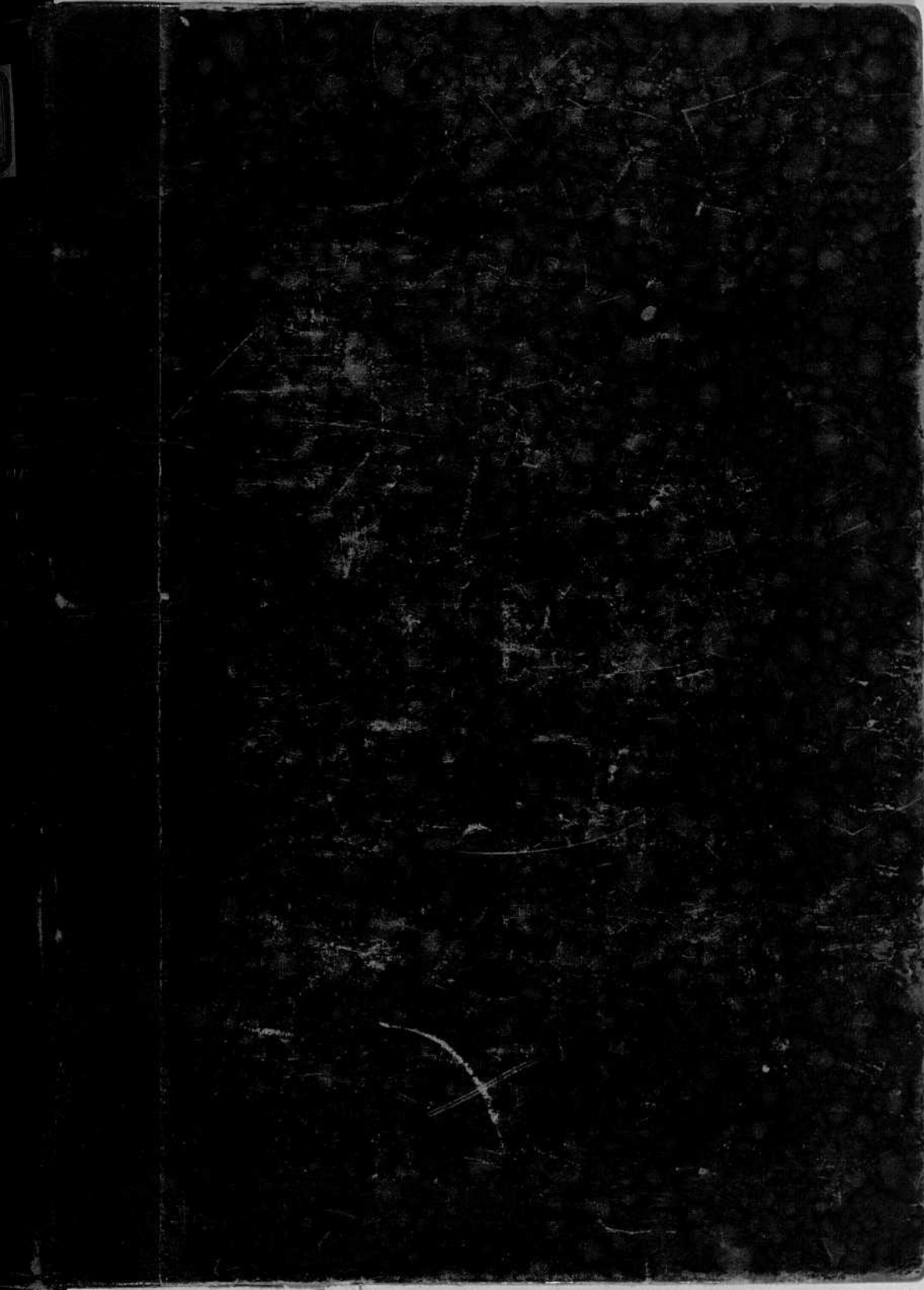
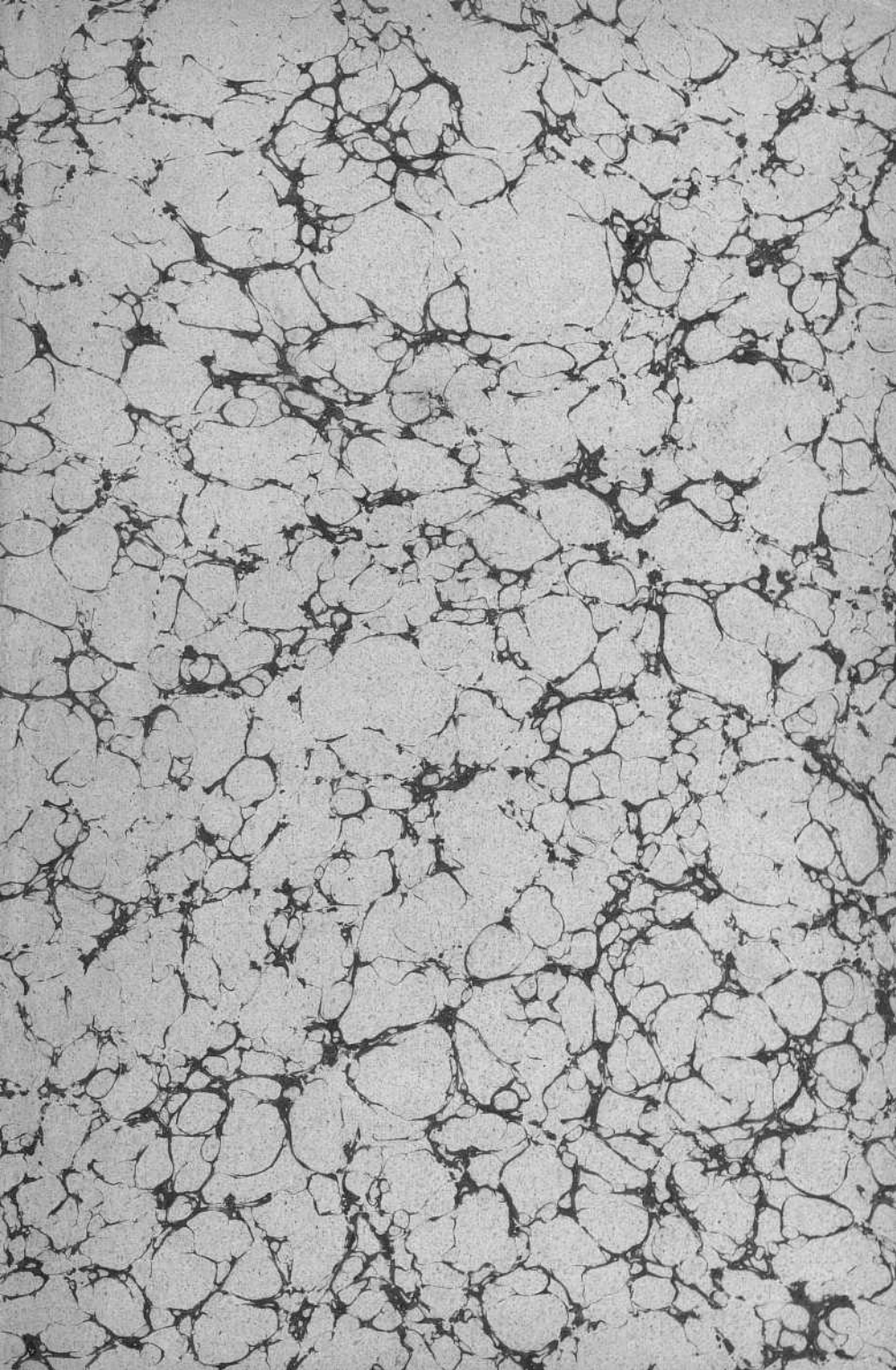




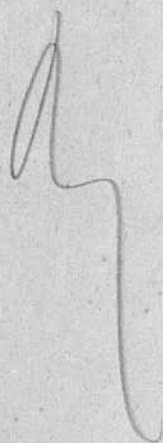




221 24
5

Lagartijo y Frascuelo
y su tiempo.





BIBLIOTECA DE LA LIDIA.

Lagartijo y Frascuelo

y su tiempo.

POR

ANTONIO PEÑA Y GOÑI



MADRID.

—
IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE JULIÁN PALACIOS.

Calle del Arenal, núm. 27.

1887.

+

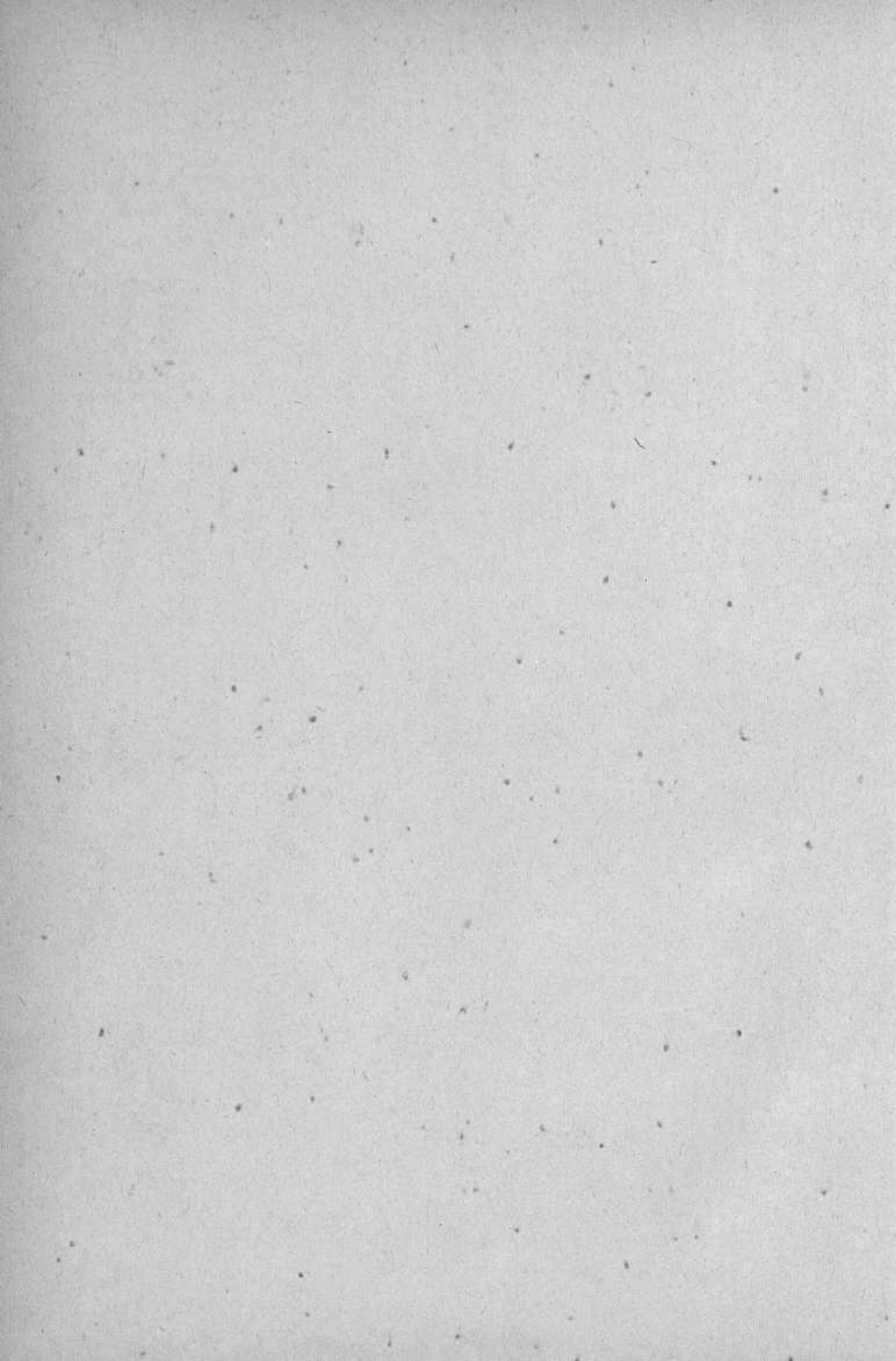

~~~~~  
De esta obra, queda hecho el depósito  
que prescribe la Ley, para asegurar el  
derecho de propiedad.  
~~~~~

Al Sr. D. Julián Palacios
Proprietario de La Lidia
Madrid.

Acepte V., Sr. Julián, la
dedicatoria de esta obra, como ca-
rísimo recuerdo de su agrado y buen
amigo

Ante
señal y firm.

Madrid, Enero a 28 de 1887.



PREFACIO.

Escribir la historia de Rafael Molina, Lagartijo, y de Salvador Sánchez, Frascuelo, es trazar la historia del toreo de hoy; es hacer la crítica detallada é imparcial de la importantísima trasformación que el arte de los Romeros, Pepe Illo y Costillares ha sufrido en la época presente.

No se me ocultan las grandes dificultades inherentes al asunto, si éste ha de hacerse comprensible, sin gran esfuerzo, á la inteligencia de los toreros y de los aficionados.

Las cuestiones taurinas son extremadamente complejas, porque tratan de un arte cuyos principales detalles se resisten á una exacta comprobación.

Para convencerse de ello, basta fijarse en un hecho que la prensa taurina y los periódicos políticos que se ocupan de toros ofrecen á nuestra atención todos los días.

Un periódico asegura que el espada *A* ó *B* dió una estocada ida y se escupió de la suerte. Otro periódico afirma que esa estocada estaba en buena dirección, y que el matador entró y salió perfectamente.

¿De parte de quién está la razón? Imposible averiguarlo. ¿Por qué? Porque la posibilidad de demostrarlo no existe.

Para juzgar la dirección de la estocada, sería

necesario hacer la autopsia á la res, y ver si el acero entró derecho ó se desvió la punta.

Y cuanto á juzgar al matador, no habría poder humano que pusiera de acuerdo á quien había dicho que el espada se había escupido, con quien afirmaba rotundamente que había entrado bien y salido limpio de la cabeza.

¿Podría probar cualquiera de los dos su aserto?
¿De qué modo?

Todos los días se leen en los periódicos, así políticos como profesionales, las opiniones más encontradas, los juicios más opuestos, cuando se trata de juzgar una suerte taurina. Y dáse frecuentemente el caso de que no uno, ni dos, sino tres ó cuatro revis-teros aprecien de tres ó cuatro modos distintos la ejecución de una suerte dada.

El uno dice que una estocada fué á *volapié*; el otro dice que fué *arrancando*; éste, que á *paso de banderillas*; aquél, que á *un tiempo*.

La confusión que las revistas de toros deben producir en el ánimo del aficionado y del torero, se podría hacer patente con sólo insertar, unas tras otras, las opiniones que se contraen á la lidia de un solo toro.

Entonces se vería que no hay medio de armonizar los juicios críticos, porque no hay modo de establecer unanimidad de pareceres entre los que dicen que una cosa es *blanca*, y los que afirman que esa cosa *blanca* es precisamente *negra*.

Esto demuestra, en mi concepto, hasta la saciedad, que la crítica taurina, la que pretende abarcar, principalmente los detalles de la lidia, es poco menos que imposible, sino imposible del todo.

Lo que no puede demostrarse, no puede conven-

cer, y ya probaré en sucesivas páginas que la historia misma del toreo ofrece y ofrecerá siempre inmensos escollos á la crítica, sobre todo en aquello que se refiere al génesis del verdadero arte de torear, porque la falta de documentos y la escasa consistencia de los argumentos que los historiadores emplean para probar sus asertos, arrancan al toreo del terreno de la historia, y lo lanzan desde luego á las fantasías de una leyenda popular.

Antes de ahora he dicho algo con respecto á este asunto, y voy á repetirlo, ya que la oportunidad se presenta, contando con que el lector me perdonará si me cito á mí mismo:

«La crítica de toros existe no sé por qué. Un libro, una partitura, una escultura, un cuadro; todo eso está á nuestro alcance; vemos, oímos y palpamos; tenemos el documento. Además, las artes y las ciencias se rigen por leyes inmutables; pero pretender ejercer jurisdicción sobre lo que se ve de lejos y como en perspectiva, tratar de establecer reglas sobre un arte, oficio, ó llámese como se quiera, que lucha contra una masa movable é irracional, cuyos instintos y transformaciones no pueden examinarse sino de cerca; reglamentar, en una palabra, lo que no es posible verificar, ni rectificar, por tanto, me parece un poco fuerte.

»Si pienso después de esto en que Montes, que ha escrito un tratado de tauromáquia, sufrió más de treinta cogidas, y *Pepe Ilo*, autor de otro tratado anterior, murió en las astas del toro, entonces la crítica me parece sobradamente ridícula.

»Yo creo que debería la revista de toros contener una relación animada y al por menor de todas las suertes é incidentes de la lidia, y dejar el resumen y las apreciaciones críticas... al curioso lector.

»A nadie se le ha ocurrido criticar á Leotard ni á Blondín, por ejemplo, y decirles que los saltos mortales se dan por este ó el otro lado, y el balancín debe llevarse de esta ó aquella manera. Creo que la vida de un hombre merece, cuando menos, esa pequeña muestra de respeto.

»Por eso repito que no hay discusión posible, tratándose de cuestiones taurinas. Donde no pueden convencer razones, tiene que reinar necesariamente la pasión.» (1)

Tres años hace que escribí las precedentes lí-

(1) ; *Cuernos!* Revistas de toros.—Prólogo.

neas, cuando no pensaba volver á ocuparme de cuestiones taurinas. Y hoy que la casualidad, el dios de los tontos, que representa en mi humilde vida importantísimo papel, me ha traído á un terreno que creía abandonado para siempre, me aferro más á mi opinión.

Hasta tal punto estoy convencido de que en materias taurinas no es posible una serena y tranquila discusión, que escribo esta obra sin esperanza alguna de llevar la persuasión al ánimo de nadie.

Y si se me permite hablar con brutal franqueza, diré, sin ambajes ni rodeos, que, encariñado hace tiempo del asunto que he elegido, escribo este libro, más que para dar gusto á los demás, para darme gusto á mí propio. Ni más, ni menos.

Tengo un primo hermano, frascuelista feroz, que cansado de discutir inútilmente con los lagartijistas, agotadas la paciencia y la bilis, ha apelado al siguiente sistema, que recomiendo con todo interés á los partidarios de uno ú otro diestro.

Cuando mi primo tropieza con un aficionado á quien no conoce, y éste le invita á hablar de toros, pregunta siempre:

—¿Es V. frascuelista?

Si el interpelado contesta afirmativamente, se entabla la discusión, todas son rosas y la cosa marcha, como es natural, á un largo, con todo el aparejo y viento en popa.

Pero si la contestación es negativa, no hay discusión posible. El frascuelista se niega terminantemente á hablar de toros, con tal de evitar indispensables disputas, y no hay poder humano que le haga pronunciar una palabra.

Alguna que otra vez, y previa promesa formal

de que se ha de razonar tranquilamente, acepta, aunque de mala gana, la polémica que degenera indefectiblemente, como es sabido, en formidable regaño.

Alguna he presenciado en la cual, llegada la pasión al paroxismo, y cuando cinco ó seis lagartijistas invectivaban con furia creciente á Frascuelo, oía yo gritar á mi pariente:

—¡Son ustedes unos ignorantes! ¡Ustedes no saben ver toros! ¡No entienden ustedes de toros ni una palabra!

Y cuando los lagartijistas, fuera de sí al escuchar estas frases, exclamaban furiosos y con aire de desprecio:

—De modo que aquí el único sabio, el único que ve toros y el único que entiende de toros es V.!

—Ustedes lo han dicho—contestaba con la mayor serenidad mi primo.

Y les volvía majestuosamente las espaldas.

Un gran método de discutir, no hay que dudarlo, cuando se trata de toros y de toreros. No existe otro más contundente ni más eficaz, allí donde la demostración resulta imposible, y el asunto queda reducido á una simple cuestión de gustos.

Es, por tanto, el único que deben emplear lagartijistas y frascuelistas, so pena de venir á las manos ó contraer una ictericia.

Pero emplear la palabra en un círculo privado, no es lo mismo que discutir con la pluma ante el público. En el primer caso, la libertad es ilimitada, y nula la responsabilidad. Cada uno puede abrir el regulador al entusiasmo y llegar hasta la hermosísima exclamación: «Lo admiro todo como un bruto!» que la obra de Shakespeare arrancó á Víctor Hugo.

Porque hay que tener en cuenta que, tratándose de Lagartijo y Frascuelo, puesto que estamos en este caso, no es lagartijista ni frascuelista convencido quien se contenta con entusiasmarse al hablar de las buenas cualidades de uno ó de otro diestro.

Admiradores de lo bueno deben serlo todos, y para extasiarse ante lo bueno, no hacen falta argucias ni esfuerzos de ninguna clase. La cuestión es que no debe conceptuarse apasionado por ningún artista, á aquél que sólo sirve para encomiar las buenas cualidades, que para ese viaje no se necesitan alforjas, sino al que atenúa los defectos, y hasta llega á convertirlos en bondad, estimándolos pasajeros contrastes que ponen de relieve lo bueno, y aumentan su valor.

Pero este modo de discutir que se usa en privado, no puede emplearse, no debe emplearse cuando la discusión se traslada al terreno de una crítica razonada é imparcial, que tiene pretensiones de ilustrar la opinión del público.

Confieso ingénuamente que soy de los que, en privado, discuten con apasionamiento y emplean la frase de Víctor Hugo que he mencionado hace poco, cuando se trata de un artista cualquiera, de cuyos méritos estoy plenamente convencido; pero así como confieso esto, confieso también que creo poseer la suficiente abnegación, para prescindir de toda ceguera, cuando me dirijo al público.

Este dualismo parecerá extraño á muchos, pero entiendo que puede explicarse fácilmente, con fijarse en que la soledad y la meditación de un trabajo de gabinete, despojan al escritor del carácter impetuoso y apasionado que las controversias privadas imponen, sobre todo, cuando se trata de toreros.

Con la palabra hablada é irresponsable, es casi imposible sustraerse á la influencia que ejerce sobre las discusiones nuestro temperamento meridional; pero éste se modifica y atempera cuando la frase escrita es expresión de un pensamiento depurado por la crítica, en el aislamiento y en el estudio.

Lectores habrá (temo que sean muchos), que tuerzan el gesto y juzguen indigestas é inoportunas las anteriores pesadas declaraciones. Indigestas, sí; inoportunas, no.

He escrito bastante de toros y de toreros, y soltado prendas que la suspicacia pudiera echarme en cara, presentándolas como pruebas de contradicción.

Hé aquí alguna de esas prendas:

«Soy, pues, frascuelista, y frascuelista atroz, apasionado, intratable. Lo fui en *El Imparcial* cuando Salvador tenía pocos partidarios; lo soy mucho más ahora, que tanto han aumentado en número.

»Si los lagartijistas son inmensamente superiores en cantidad á los frascuelistas, me alegro mucho, y buen provecho les haga. Para ellos, Rafael es el primer torero y el primer matador de toros de esta época. Perfectamente. Para mí, Salvador es el primer torero y el único matador de estos tiempos. Que ellos tengan su opinión y me dejen á mí la mía. Yo sería capaz de conceder que Lagartijo pueda llegar á ser Arzobispo de Toledo, con tal de no discutir el asunto.» (1)

Como se ve, la prenda no es floja, y creo ser un escritor honrado al exhibirla sin rodeos. Al leer esas líneas, podrían muchos exclamar:

—¿*Lagartijo y Frascuelo y su tiempo*? Pues no hay que hablar más! Este buen señor pondrá á Rafael como un trapo, y á Frascuelo por las nubes, y se quedará tan satisfecho.

Ni lo uno, ni lo otro. Como quedan Lagartijo y Frascuelo, ya se verá más tarde. Cuando yo escribí

esa feroz declaración de frascuelismo, no creía que los hados temerarios volverían á meterme de hoz y de coz en las contiendas crítico-aurinas.

Hablé, pues, en privado; me expresé fuera de cacho, como quien dice, y esa exageración mía venía, en el punto y hora en que la escribí; á dar mayor fuerza á mi opinión sobre lo apasionadas que tienen que resultar necesariamente todas las controversias aurinas.

En el trabajo que ahora ofrezco al público, las circunstancias cambian por completo. Ahora hay que pensar, hay que estudiar y hay que razonar. Las frases hechas no valen; los arranques retóricos huelgan.

Lo que salga de este estudio será todo lo malo que se quiera, pero estará fundado en algo.

¿Que no convence? Pues que no convenza. Ya he dicho antes que no me lisonjea la esperanza de convencer á nadie; no pretendo un fin, busco un resultado.

Y para terminar, ahí va una declaración importante, pero muy importante.

Cuando se vea que estudio y juzgo á Lagartijo y á Frascuelo, empleando el método de una minuciosa investigación de hechos y de circunstancias; cuando se vea que aplico á Rafael y á Salvador la teoría de los medios, habrá muchos que suelten la carcajada, ó me pongan cual digan dñeñas, por dedicar á un estudio sobre Lagartijo y Frascuelo, la misma atención, la misma seriedad que si se tratara de dos grandes artistas, poetas, músicos, literatos, pintores ó escultores.

Si se burlan, que se burlen, y si se indignan, que se indignen; me importa poco. Es una sencilla

cuestión de punto de vista. Cada uno es dueño de mirar las cosas por el lado que se le antoje, y yo juzgo las corridas de toros y á los toreros, desde mi punto de vista particular.

Cuando vuelvo los ojos á nuestra sociedad, á nuestra literatura y á nuestro teatro; cuando veo lo extranjero, es decir, lo malo del extranjero casi siempre, infiltrarse en nuestro modo de ser, y robarle sus rasgos más esenciales; cuando veo lo falso en el teatro y la novela; cuando veo las infectas traducciones que privan por ahí y se introducen en todas partes; cuando veo nuestro carácter mixtificado, nuestra sintáxis adulterada y nuestra lengua convertida en repugnante *horizontal*, llena de esos perfumes de moza averiada ó de vieja disfrazada de joven, que son la negación absoluta del estilo; cuando respiro por todas partes la mentira, y me la quieren imponer como si fuera la verdad; cuando veo y palpo todo eso, entonces me cobijo en las corridas de toros y en los hechos de los toreros, porque me enseñan la verdad, porque me enseñan á admirar el valor y la destreza en todo lo que tienen de real y positivo, porque me enseñan á admirar la virilidad, porque, en una palabra, me demuestran que, aquí donde lo extranjero lo ha invadido todo y lo ha corroido todo, aquí donde todo se ha trasformado y se ha tambaleado al influjo de los tiempos y al choque de las circunstancias, sólo las corridas de toros han permanecido en pié, desafiando todos los cambios sociales y políticos, y tanto más potentes, cuanto han sido mayores los denuestos y las injurias que sobre ellas han caído y siguen cayendo. Y esto, ¿por qué? Porque son el último resto de lo único español que vamos conservando, porque en-

carnan el carácter entero del pueblo español, y porque dan á entender que en medio del desquiciamiento que parece amenazarnos, se levantan como la protesta más elocuente contra los que conceptúan decaído el valor y la fortaleza de las clases populares de España.

Y mi entusiasmo por las corridas de toros crecería aún más, si fuera posible, al escuchar las palinodias de ciertos aficionados, víctimas de un momento de aberración pasajera, ó dotados de un nivel intelectual poco envidiable.

Después de esta leal declaración, después de este *Himno de Riego* mal instrumentado, que opongo á ciertas *Marsellesas* cursis, entro en materia con el necesario desahogo.

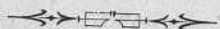
«Gracias mil á quien me aplauda
Y mal rayo á quien me pegue.»

Sobre todo, que nadie se llame á engaño.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

PRIMERA PARTE.

Preliminares.



I.

Necesidad de las competencias.—El temperamento y la nota personal.—

“La posteridad es una superposición de minorías.”.—Explicación de esta frase de Gounod.—Las escuelas.—Carácter especial del arte del toreo.—La literatura taurina.—Un juicio sobre Curro Guillén.—Aben Amar.—*El Clarín*, *El Enano*, D. Parando y D. Clarencio.—*Anales del Toreo*, y *El Toreo*.—Obras didácticas.—Dudas, contradicciones y confusiones.—Los aficionados antiguos.—Lo que dá de sí la literatura taurina.—Situación en que coloca al autor de esta obra.—En busca de luz.

En todas las esferas de la actividad humana, en las ciencias y las artes, en la política, en la industria y en el comercio; allí donde el hombre pone al servicio de una obra cualquiera su inteligencia, su celo ó su valor, nace inmediatamente la competencia, como necesidad imperiosa de la naturaleza misma.

La vida es lucha y la lucha implica emulación. De aquí han surgido las grandes transformaciones que en los ramos del saber ha introducido el temperamento del hombre ansioso siempre del «más allá,» ganoso siempre de perfección, en pugna abierta con todo linaje de dificultades y persiguiendo un ideal cualquiera, en el cual ha encarnado siempre el individuo su nota característica, su nota personal.

Todo se transforma y todo cambia, al calor del trabajo que nos lleva por etapas más ó menos agitadas al hallazgo de la verdad. Y mientras el hombre parece nacido para contrarrestar todo movimiento de progreso, merced á las preocupaciones de la rutina ó á la ceguera de la ignorancia, los hombres, es decir, los privilegiados de la inteligencia, los escogidos, realizan su misión en medio de gran-

des batallas, porque lejos de abdicar su dignidad, rebajando su nivel intelectual al de la masa común, pugnan por elevar el nivel intelectual de la masa común hasta la altura del nivel superior que ellos han alcanzado.

El resultado es lento y se halla sujeto á vaivenes incessantes, pero es seguro y definitivo, con la labor del tiempo. Las generaciones, al sucederse unas á otras, van dejando un contingente relativamente exíguo que logra penetrar en los ideales de los grandes hombres, comprenderlos y saborearlos; porque así como la naturaleza dota á los grandes hombres de grandes facultades creadoras, del mismo modo reparte en otros hombres la facultad de comprensión que los eleva hasta la altura de la obra creada, bien sea por aptitudes ingénitas que el estudio afina y desarrolla, ó bien por el esfuerzo admirable de la razón que quiere darse cuenta del por qué y del cómo de las cosas.

Esos residuos de generaciones van depurando paulatinamente la obra de la mentira que se arraiga en la mayoría, con toda la fuerza que ejerce siempre en las inteligencias limitadas lo superficial y falso; y, de generación en generación, acaban por constituir un número suficiente para imponer la verdad y vengar al hombre desconocido ó despreciado ayer, de las injusticias de sus contemporáneos.

He aquí explicada la hermosa frase de Gounod «la posteridad es una superposición de minorías.»

He dicho antes, que en cualquiera ideal que el hombre superior persigue, se destaca su nota característica, su nota personal; en una palabra, su temperamento.

De aquí, naturalmente, los puntos de mira diversos; de aquí las ideas distintas; de aquí las luchas de temperamentos diferentes que se amoldan más ó menos á las aptitudes, á los gustos y á la naturaleza de los públicos; de aquí, en fin, las competencias.

En las artes, las competencias han existido siempre, dan-

do margen á la creación de las «escuelas» que han preconizado principios dados para llegar al ideal y producido artistas que han sustentado esos principios y ejecutado sus obras, sin apartarse de ellos lo más mínimo.

Y como estos principios se han visto siempre impugnados por otros principios de carácter resueltamente antagónico, de aquí la creación de bandos que han adoptado uno ú otros y se han alistado bajo la una ó la otra bandera y han dado margen á las simples rencillas, á las peleas templadas ó á las encarnizadísimas luchas que la historia de la humanidad registra en sus páginas.

El arte del toreo no podía sustraerse á esta necesidad común, y no se ha sustraído, en efecto; pero antes de pasar á tratar someramente de las escuelas y las competencias taurinas, conviene establecer clara y terminantemente la diferencia que existe entre todas las artes y el de torear, diferencia importantísima que coloca á todo aquel que se proponga filosofar sobre el toreo en una situación poco menos que imposible.

Las artes, que son la expresión de la naturaleza, dejan manifestaciones visibles que se someten al exámen de la crítica y son documentos permanentes. La literatura deja el libro; la música, la partitura; la pintura, el cuadro; la escultura, la estatua; la arquitectura, el edificio.

El toreo, por este concepto, es la negación del arte. El torero domina al bruto por la fuerza de la inteligencia, de la astucia, de la agilidad y del valor; pero la manifestación de estas cualidades es material y fugitiva. El torero no deja obras, deja hechos, cuya clasificación ha dado margen á las deficiencias, á las contradicciones y á los absurdos, que, generalmente, dominan en las historias del toreo escritas hasta el día.

Nada puede reconstituirse, nada puede probarse, nada puede detallarse, porque como nada queda y las reglas de

torear no pueden tener sino un valor relativo, dadas las condiciones de una fiera, cuyos instintos no es posible conocer, sino por generalidades, se hace absolutamente imposible llevar el convencimiento al ánimo de nadie, allí donde no pueden existir la comprobación ni la demostración.

Los toreros pertenecen á la generación que presencia sus actos. Muertos aquéllos desaparecen sus hechos para los que no los han visto ejercer su profesión; y esta es la razón por la cual pueden los supervivientes entregarse á la fantasía, exagerar, inventar, desfigurar los hechos á su gusto, elevar á los toreros muertos á la altura que les convenga, cantar, en fin, en todos los tonos y en todos los modos, y haciendo competencia á Rubini y á la Patti, la copla aquella:

El mentir de las estrellas,
es un seguro mentir;
pues que nadie ha de subir
á preguntárselo á ellas.

Un ejemplo. ¿Cómo toreaban los Romeros y Pepe Illo, Costillares, etc.? No lo sabemos; no conocemos sino generalidades que han llegado hasta nosotros, más por la boca del pueblo que por las pesquisas de la crítica.

Si á D. José de la Tijera no se le hubiera ocurrido dejar escritos los detalles de la muerte de Pepe Illo, no sabríamos del asunto más que lo que nos han trasmitido los romances populares.

Desde principios del siglo actual, la literatura taurina empieza á dibujarse, existen ya algunos documentos, muy raros pero lo suficiente para formarse alguna idea de cómo se toreaba en aquellos tiempos.

Y, ¡oh desencanto! En cuanto podemos disponer de lo escrito, en cuanto aparece un aficionado cualquiera, trasladando al papel sus impresiones, caemos en la cuenta de que los héroes de hoy eran tratados de la siguiente manera:

«La verdad es que á Guillén le falta bastante para ser un torero completo; que tiene muchas pretensiones, y este es un defecto grandísimo, pues cuando esto sucede no bastan las reglas ni saber, porque todo se ejecuta sobre supuestos falsos. Sus volapiés son en general largos, y en los toros arrancados, pára poco los pies, de donde resultan las estocadas atravesadas ó poco profundas, tendidas horizontalmente ó flojas.

Todo lo notará Vd., particularmente en los toros castellanos, á los que todos ellos tienen aprensión, unos más, otros menos.» (1)

El Guillén á que se alude, es el famosísimo Curro Guillén. Y cuanto á que todos los toreros de entonces tenían *aprensión*, unos más, otros menos, á los toros castellanos, eso viene á demostrar que, después de SETENTA AÑOS, se torear y matan hoy más toros de la tierra que entonces.

Con el advenimiento de Montes, la crítica taurina hace su verdadera aparición, perdóneseme el galicismo. Ejércenla *Aben Amar* (D. Santos López Pelegrín), en *El Correo Nacional*, y alguno que otro aficionado desconocido; pero las revistas del primero, son más bien una sátira político-aurina, que verdaderas críticas de la lidia.

En todas ellas se ve que los diestros pinchan tanto como hoy, por no decir más, y que su trabajo es juzgado con suma benevolencia, teniendo en cuenta más el modo de ejecutar la suerte que su resultado material.

En 1850, D. Joaquín Simán y D. Manuel López Azcútia, fundan *El Clarín*, primer periódico de toros de la época moderna; y en 1851, Azcútia y D. José Carmona y Jiménez, crean *El Enano*. Y aquí comienza realmente la

(1) "Juicio crítico de los toreros escriturados en Madrid en el año 1816," publicado en *El Enano*, número correspondiente al día 9 de Mayo de 1886.

revista de toros moderna, la que dá cuenta detallada de las suertes y termina con un resumen breve y sustancial de las condiciones de los toros y el trabajo de los lidiadores.

Pocos años después surgen D. Blás de la Reguera (Don Parando), en Madrid, y Velázquez y Sánchez (D. Claren-cio), en Sevilla.

El primero abre una seria y formal cátedra de tauro-máquia en *Las Novedades*, y desmenuza las suertes con una pulcritud, un rigor y una inteligencia, que son letra muerta para los aficionados de hoy.

El segundo hace las revistas en verso y no detalla. Es-cribe cosas como la siguiente:

«De un volapié recibiendo.»

En lo que atañe á la parte histórica del toreo, no hay sino hojear la *Bibliografía taurina* de Carmena y Millán, para comprender que se ha escrito muchísimo sobre las fiestas de toros, pero que no hay historia ordenada y me-tódica hasta la publicación, en 1850, de la *Historia del To-reo y de las principales ganaderías de España*, de D. Fer-nando G. de Bedoya, obra que dejaron completamente en lugar secundario, los *Anales del Toreo* de Velázquez y Sánchez, y *El Toreo* de Sánchez de Neira.

La primera de estas obras es importantísima, y aparte los vuelos retóricos de su autor que revelan al poeta á cada paso, contiene datos en extremo interesantes y nuevos, so-bre todo, á partir de Curro Guillén hasta el Gordito.

La estrecha amistad que unió á Velázquez y Sánchez con Juan León y Curro Cúcharas, púsole al tanto de la his-toria del toreo en los tiempos del protegido de Herrera Guillén; y ayudando con esto al estudio de los hechos que el distinguido escritor sevillano pudo apreciar personalmen-te, escribió la primera parte de los *Anales del toreo*, que es, de las tres en que la obra está dividida, la más nueva y la más interesante.

Velázquez y Sánchez fantasea bastante, es casi un ideólogo; pero permite á la crítica separar la parte que corresponde al poeta de la que presenta el historiador.

De *El Toreo*, de Neira, me he ocupado en varias ocasiones. Es, indudablemente, lo más completo y útil que hasta ahora ha producido la literatura taurina, por la abundancia de datos de todo linaje que contiene, y por la autenticidad, unánimemente reconocida, de su ilustrado autor.

Pero lo mismo Velázquez y Sánchez que Sánchez de Neira, proceden en sus juicios, por afirmaciones, negaciones ó dudas, sin determinar apenas, sin demostrar nada, porque nada puede demostrarse en materia de crítica taurina, y nos vemos precisados á prestar fe á sus apreciaciones, fiados, no más, que en su honrada palabra.

No me ocupo de los folletos y libros, tanto antiguos como modernos, que se contraen á simples descripciones del espectáculo, porque nada hay en ellos que ayude á las investigaciones de la crítica, en lo que atañe á fijar de una manera exacta y positiva las individualidades de éste ó del otro lidiador; y solo mencionaré, como obras didácticas, los tratados de torear de Pepe Illo y de Montes, refundido y aumentado este último en 1876, por *Pilatos* (Santa Coloma.)

He ahí, en resumen, los documentos que se ofrecen á la crítica taurina, si pretende emitir un juicio razonado é imparcial sobre las grandes figuras del toreo.

¿Y qué resulta del atento exámen de esos documentos? Un cúmulo de dudas, una serie de confusiones que conturban el ánimo é introducen la crítica en un verdadero laberinto. ¿Dónde está el hilo de Ariadna? Es inútil buscarlo.

Mientras los supervivientes á los más célebres diestros que florecieron á mediados del siglo actual, cuentan de éstos maravillas; mientras el público de hoy, siguiendo esa corriente, cree que aquellos toreros lidiaban las reses como

si fueran de mazapán, y realizaban cosas que no es dado alcanzar á los más afamados lidiadores de hoy, los documentos escritos atestiguan que ayer, como hoy, no bastaba un sopapo para quitarse los toros de enmedio; que ayer, como hoy, los más aventajados matadores daban estocadas buenas, regulares y malas; que no todos los toros se estoqueaban con el mismo lucimiento; que morían más ó menos caballos; que los picadores sufrían grandes porrazos y visitaban con frecuencia las enfermerías; que los toros cogían á los toreros, lo mismo, exactamente lo mismo que los cogen hoy, y que la lidia, en fin, *mutatis mutandi*, presentaba, ayer como hoy, los mismos accidentes.

Que no se escandalicen los viejos al leer esto; que no griten á la blasfemia; que no me excomulguen, por Dios. Las palabras se las lleva el viento, y lo escrito queda! Consúltese lo escrito, y se verá que siempre pareció mejor lo pasado que lo presente; que la palabra *decadencia* tiene un consumo extraordinario; que se pone tachas á todo el mundo, y que muchos héroes de hoy, son los hombres criticados acerbamente por los aficionados de ayer.

Esto en cuanto á los lances particulares de la lidia, que en cuanto á la lidia, en general, existían diferencias radicales, de las que me ocuparé á su tiempo, cuando trate de determinar lo que las corridas de toros y el público eran ayer y son hoy.

Ahora bien; teniendo en cuenta cuanto llevo dicho, ¿qué situación es la mía, al buscar las fuentes de conocimiento que han de servirme para juzgar el toreo de estos tiempos y fijar las entidades de Rafael Molina y de Salvador Sánchez?

Por un lado, los ditirambos de lo que se ha hablado; por otro lado, el rigor y las contradicciones de lo que queda escrito. Aquí la fantasía del público que ha elevado á la categoría de héroes populares á los diestros pasados;

allá los apasionamientos y severidad de ese público que niega á los lidiadores que ve, cualidades que concede de buen grado á los lidiadores que nunca ha visto.

En todas partes dudas, embrollos, confusión; en todas partes afirmaciones ó negaciones absolutas; en todas partes el entusiasmo irreflexivo, el encono insensato, el afán de negarlo todo ó de concederlo todo; en todas partes el delirio, la ira, la ceguera, la pasión, como consecuencia esencial y lógica de la naturaleza misma del espectáculo.

¿Comprende ahora el lector, por qué motivo he dicho antes, que todo aquel que se propone filosofar sobre el toreo, se coloca en una situación poco menos que imposible?

¿Hay seguridad de edificar algo sólido con los materiales tan discutibles, tan deficientes, que tengo á mi disposición?

No importa, sin embargo; siempre que al juzgar las sucesivas páginas se tenga en cuenta que vamos á buscar lo probable en vez de lo seguro, con ayuda de un estudio general y aproximativo de hechos y de circunstancias, todavía puede llegarse á un resultado suficiente.

Entremos con serenidad en ese dédalo de confusiones, y tratemos de hallar alguna luz. Creo conocer lo bastante á Lagartijo y á Frascuelo, para determinar, sin el auxilio de nadie, la obra que cada uno de ellos ha realizado en el arte de torear; pero como las artes se trasforman, como se trasforman las costumbres, hay que estudiar, ante todo, la radicalísima transformación (en mi concepto, la primera desde los Romeros acá), que Lagartijo y Frascuelo se vieron forzados á imponer al arte del toreo.

Vamos á examinar serenamente este importante asunto.

II.

El génesis del toreo moderno.—Francisco Romero, Bellón y Martincho.—Lo que se nota en estos diestros y en José Cándido.—Pedro Romero, Costillares y Pepe Illo.—La gran figura de Pedro Romero.—La escuela de Ronda y la escuela de Sevilla.—Juicio crítico de estas dos escuelas.—El toreo serio y el toreo movido.—Las escuelas en la suerte de matar.—Deducciones.

No soy yo el llamado á determinar de un modo indudable, dónde reside el génesis del toreo moderno. Entre Francisco Romero y los Palomos, la elección ofrece muchas dudas.

Quede para otros esclarecerlas, si es posible; que para el objeto de esta obra, basta con tomar, como creadores del arte del toreo, á Francisco Romero y á su hijo Juan: á Francisco, por ser el más famoso de cuantos mataron toros por primera vez con el auxilio de la muleta, y á Juan, por ser quien organizó el primero la lidia con cuadrillas completas de lidiadores de á pie y de á caballo.

Francisco Romero es una figura muy saliente, no solamente por méritos propios, sino por haber fundado una verdadera dinastía de toreros, de la cual, como se verá más tarde, fué Pedro Romero el más digno y el más insigne y renombrado de sus representantes.

Bellón y Martincho, representan, después de Romero, el arrojo temerario, la extraordinaria audacia, la temeridad llevada hasta un grado hoy inconcebible, sobre todo, en lo que respecta al célebre lidiador guipuzcoano.

Si Goya no hubiera trazado con su lapiz admirable la suerte que representa á Martín Barcáiztegui sentado en una silla, aprisionados los pies con grillos, citando á un toro con un sombrero de anchas alas y estoqueándolo con

el arma que hoy se usa para la muerte, no podría comprenderse ese rasgo de valentía inverosímil que revela un corazón capaz de afrontar todos los peligros, con grandeza llevada hasta la brutalidad.

El arte, esto es, el modo de matar toros con reglas fijas y razonadas; el arte que buscaba la resolución del problema de verificar las suertes metódicamente, y como resultado de un estudio de las condiciones de las reses, á las cuales había que amoldar la inteligencia del lidiador; ese arte estaba todavía en mantillas.

Lo que se nota en Bellón, Martincho y José Cándido, es, ante todo, el arrojo que proviene de la ligereza, de la agilidad, de la musculatura, de lo físico, en una palabra. Y pruébalo indudablemente la circunstancia de nacer en aquella época, los recortes, los quiebros, los cuarteos, los saltos de frente á cola y trascuerno, suertes todas que requieren, indispensablemente, condiciones físicas extraordinarias.

La muerte se reduce á ver llegar los toros, y no será mucho suponer que, en aquel tiempo, se estoquease, no solamente citando á los toros, cuando éstos se paraban y dejaban colocarse al matador, sino en cualquiera circunstancia en que vinieran levantados.

«Pero si se tiene presente—dice Neira en su *Toreo*—que entonces las puyas de las varas de detener eran más largas y punzantes que las que se han usado y usan, se comprenderá con facilidad que los toros, en su mayoría, habían de ir á la muerte, acabados, rendidos y sin poder.

»¿Qué podía hacerse entonces con un toro que, aculado á las tablas, no arrancase, poco ni mucho, en dirección al engaño? Matarle á desjarrete ó de cualquier manera, siempre deslucida para el espada y repugnante para el público.»

Así estaba el *arte*, cuando el gran Costillares inventó el volapié, es decir, el modo de matar á los toros que no se arrancan.

Ya desde entonces, el problema estaba resuelto, puede decirse, pero en forma embrionaria. La suerte de recibir tenía que dar margen á varios derivados, como así mismo la del volapié; más para ello era necesario que un diestro excepcional se presentara en la arena y depurara y afinara aquellas suertes, hasta convertirlas en fuente inagotable de recursos que la inteligencia había de clasificar, presentándolos como medios seguros de defensa, contra la fiereza y el poder de los toros.

Y aquí surge Pedro Romero.

Pedro Romero es, en mi concepto, la figura más gigantesca del arte de lidiar. Basta un hecho para probarlo. Sabido es que cuando se verificaron en Madrid las fiestas de toros para solemnizar la jura de Carlos IV, Costillares y Pepe Illo exigieron que se descartasen de la lidia los toros castellanos.

Pedro Romero, interrogado sobre el particular, contestó á la autoridad que se comprometía á matar cuantas reses pastaban en el campo, como en efecto, lo hizo.

«En aquella corrida—dice Neira en *El Toreo*—por no seguir Illo el consejo de Romero, fué volteado y herido, conduciéndole éste en brazos al palco de la condesa de Benavente, duquesa de Osuna; y cuando Romero volvió al redondel, se encontró con que ningún espada había intentado matar al toro.

»Vieron que al bajar de nuevo al redondel, se encontró con que ninguno se disponía á dar muerte á la res, y los demás espadas, que en el primer momento no habían pensado en tal cosa, prepararon las muletas, como demostrando que ellos iban á verificarlo.

»¿Hacían esto porque eran más antiguos, ó por cubrir el expediente? No lo sabemos. Ello es que Pedro Romero dispuso seriamente que todos se apartaran; se dirigió gravemente al sitio en que la fiera escarbaba el polvo, la fijó

después de dos pases naturales, la citó y la mató de una buena *recibiendo*.»

Dejemos á un lado los detalles del hecho, cuyas minuciosidades trascienden á fantasía, y fijémonos en el hecho mismo.

Los principales matadores de la corrida, son: Costillares, Pedro Romero y Pepe Illo. El primero y el último pretenden previamente eliminar de la lidia á los toros castellanos, señal evidente de que no se creen con recursos suficientes para matarlos.

Verifícase la corrida, y, efectivamente, Pepe Illo es cogido y herido por un toro de Castilla, al cual nadie, incluso Costillares, se determina á dar cara, después del accidente, hasta que Romero baja del palco de la duquesa de Osuna, y sea como fuere, que esto importa poco, hace rodar á su enemigo.

¡A qué inmensa altura se muestran en este incidente el valor y la inteligencia de Pedro Romero! ¡De qué modo tan concluyente se revelan sus profundos conocimientos de las reses y la incomparable confianza que tiene en su destreza y en su arrojo! La seriedad, la calma, la sangre fría, he ahí al hombre. La posesión absoluta de todos los secretos del arte y el profundo estudio de las condiciones de los toros, he ahí al lidiador. Las facultades del lidiador están en relación directa con el temperamento del hombre para formar un todo perfecto; hay equilibrio, hay unidad, hay fusión.

Por eso he dicho antes y repito ahora, que Pedro Romero es la figura más gigantesca del arte de lidiar.

Las circunstancias especiales que rodearon su existencia, su misma longevidad, hacen de Pedro Romero una figura sin par, cuyos rasgos más esenciales pueden determinarse mejor que los de otro torero cualquiera.

En el apogeo de su gloria, á los 45 años de edad, cuan-

do el descenso de facultades se hallaba cercano y los toros no le habían castigado apenas, Romero deja la profesión y se retira á su casa.

«En edad de 76 años—dicé el conde de la Estrella en una carta á D. Luis Ballesteros, fecha 19 de Junio de 1830—se halla (Pedro Romero) mui ágil y hace todo el servicio á que es llamado como voluntario realista y primer granadero de su compañía, aunque sean dos horas de centinela más derecho que un uso, y de cuando en cuando sale también á caza por aquellas sierras por tres ó más dias.» (1)

Y en la solicitud que á Fernando VII dirigió Romero en 6 de Junio de 1830, se leen estas palabras del valeroso anciano:

«De cualquier modo su brazo no está aún tan debilitado, que no pueda brindar un toro á la salud de V. M. y de la Reyna su señora.»

Todo eso demuestra palmariamente que Pedro Romero tuvo todas las condiciones que se requieren para ser un torero completo: las facultades físicas que son espontáneo dón de la naturaleza, y la inteligencia que es la labor del artista. Si á esto se añade un temperamento perfectamente equilibrado, como todos los hechos de Romero lo demuestran, no cabe duda de que fué un verdadero coloso en el arte de lidiar reses bravas, y el primero que pudo estudiar las suertes en todos sus detalles, y extraer de ellas todos cuantos recursos posee hoy la tauromaquia.

Véase el magistral retrato que en sus *Escenas andaluzas*, y capítulo titulado *Toros y ejercicios de la gineta*, traza de Pedro Romero el famoso *Solitario*, D. Serafín Estébanez Calderón:

«Su alta estatura le hacía dominar la fiera: el buen

(1) Véase el núm. 33 de LA LIDIA (año IV) correspondiente al 15 de Noviembre de 1885.

corte de su persona le daba presteza de una parte y exactitud maravillosa para todos sus movimientos. La fuerza que mandaba en sus jaretas, le hacía siempre mejorarse sobre el toro, y con el poder de su muñeca remataba instantáneamente al toro más pujante, en cuanto la punta de la espada tomaba cebo en el cerviguillo. Si á esto se añade ánimo y corazón á toda prueba que no le dejaba conturbarse en medio del trance más peligroso, y arte y habilidad inagotables que le sugerían recursos en los mayores apuros, se tendrá idea de lo que fué aquel dechado y modelo del circo español.»

El retrato es admirable, como se ve, pero hasta el *Solitario* cae en la debilidad común de creer que Pedro Romero *remataba instantáneamente* á cuantos toros metía el estoque. Y ya se verá más tarde que sus impugnadores le censuraron *trinchar vivo* algún toro, lo cual sucedía entonces, sucede ahora y sucederá siempre que se maten toros, mal que les pese á los deificadores sistemáticos de todo lo pasado.

Hay en la vida de Pedro Romero una circunstancia importantísima que me obliga á detenerme algo en el ligero esbozo que dedico al célebre lidiador. Esta circunstancia es la de haber creado Romero la llamada «Escuela rondeña», como contraposición á la «Escuela sevillana», cuya creación atribuyen los historiadores modernos á José Cándido.

Esta es cuestión que debo tratar con interés, porque de las dos escuelas precitadas arrancan dos diversos modos de torear, que aun actualmente se disputan las simpatías de los aficionados.

Oigamos á Neira en *El Torero*:

«Entiéndese por Escuela rondeña la del toreo fino, elegante, si así puede llamarse, que enseñó el maestro Pedro Romero, encargando á sus discípulos que en ninguna

ocasión delante de los toros moviesen los pies más que con arreglo al arte, sin faltar á este en lo más mínimo; diferenciándose de la Escuela sevillana que enseñó José Cándido, la cual admite más movilidad, menos aplomo, menos clasicismo y formalidad, pero que por ser más alegre y variada suele divertir más al público, que, en su inmensa mayoría, no tiene el conocimiento necesario para apreciar el valor de las suertes, sin que por esto se entienda que nosotros neguemos mérito á los que realmente lo tienen.»

Descartemos todo lo abstracto y compendioso de estas definiciones de Neira, y tratemos de fijar bien los términos.

¿Qué es, en suma, la Escuela rondeña? La que *vence* al toro por medio de la inteligencia y de la sangre fría.

¿Qué es, en suma, la Escuela sevillana? La que *burla* al toro por medio de la astucia.

Fijémonos un poco en estas dos conclusiones, en las cuales sintetizamos las cualidades esenciales que se atribuyen á esas dos escuelas.

La primera implica, desde luego, el equilibrio entre la inteligencia y el valor, y dá á entender que el torero prescinde de todo aquello que, por su brillante esterioridad, *divierte* al público, y va sólo á la seriedad de la verdadera brega, esto es, de la brega que castiga al toro, según las condiciones de éste.

La segunda sacrifica la seriedad en aras de la alegría; no importa que la lidia que se dé á un toro se halle extrictamente amoldada á las facultades de éste ni á las reglas rigorosas de la tauromaquia, con tal de recabar de esa lidia los aplausos que arrancan siempre la gallardía y la agilidad de los diestros, en las diversas suertes de recortes, cuarteos, quiebros y demás que son de lucimiento casi seguro, y á cuya buena ejecución puede ayudar notablemente el garbo y la elegancia del lidiador.

En el caso segundo, el público no necesita sino ver

para apreciar, desde luego, el mérito de la suerte; mientras en el primer caso le hace falta comprender, tanto quizá como el torero, para apreciar debidamente su maestría.

Por más vueltas que he dado á este asunto, no he logrado sacar en limpio más que esas dos conclusiones.

Qué es la Escuela rondeña, según nos han enseñado los que se han ocupado de las escuelas del toreo? El toreo serio, el toreo fino, el toreo elegante.

Qué es la Escuela sevillana? El toreo alegre, el toreo movido.

Pero es posible determinar con exactitud dónde acaban la serenidad y la finura, y donde empiezan la alegría y el movimiento? Aquí entra el gran problema.

En mi concepto, y guiado únicamente por la práctica de ver toros, las escuelas de Ronda y de Sevilla, juzgadas como antagonismo que representa lo bueno y lo menos bueno ó malo del toreo, son sencillamente un desatino, perdóneseme la franqueza.

La lidia de toros requiere indispensablemente los principios que preconizan esas dos mal llamadas escuelas, y digo mal llamadas escuelas, porque sus reglas son ciencia infusa en el lidiador de reses bravas.

¿Qué es esto? Deberán los toreros que sigan la Escuela rondeña, lidiar los toros con la gravedad y la hinchazón y el aparato majestuoso de quien va á celebrar un sacrificio pagano?

Deberán los toreros que sigan la Escuela sevillana, lidiar los toros poniéndose ante ellos á bailar boleros y seguidillas?

Nada más absurdo. El sorteo de reses se presta, sin faltar en lo más mínimo al carácter de la fiesta, á la seriedad de la Escuela de Ronda, lo mismo que al movimiento de la de Sevilla.

Pero admiten esta fusión los tres estados del toreo en

la lidia? En esto es en lo que debe uno fijarse para determinar con exactitud la parte que corresponde á cada escuela.

El estado levantado de las reses no solamente se presta, sino que pide los lances de capa, para traerlas al segundo estado, al del toro parado.

Ahora bien; ¿pertenecen los lances de capa que se ejecutan con sujección á las reglas del arte, á la Escuela de Ronda? Si se tiende la suerte y se estiran los brazos, sí; pero si se mueven los pies y se gana con ellos lo que no se ha sabido ganar con los brazos, no.

Resumiendo: si se hace bien la suerte, sí; pero si no se hace bien la suerte, no. De lo cual resulta que la Escuela rondeña es el toreo bueno, y la Escuela sevillana el toreo malo.

Vamos al segundo estado del toro. En este caben, como condimento de la suerte de varas, los recortes, los cuarteos, los quites á punta de capote rematados con ó sin quiebro, las mil suertes de adorno que el público actual aplaude con tanto entusiasmo. ¿Qué hay que decir acerca del particular? Que siempre que no sean un abuso que coarte las facultades de los toros, sin necesidad perentoria, esas suertes son lucidas y contribuyen en modo poderoso á prestar vida y animación al espectáculo.

Llegamos al estado último, al del toro aplomado, y... aquí te quiero, escopeta! No hay más que dos maneras de matar: arrimarse á los toros ó despegarse de los toros; matarlos cara á cara y frente á frente, enbraguetándose con ellos sobre corto, ó matarlos al cuarteo más ó menos disimulado, y escurriendo el bulto más ó menos.

El matador que se arrima á los toros y entra corto y derecho, ¿es de la Escuela de Ronda? Me parece hacer á Ronda demasiado honor.

El matador que no se arrima á los toros y entra largo y torcido, ¿es de la Escuela de Sevilla? Que diga Sevilla si acepta ese vilipendio.

¿Qué se deduce de lo dicho? Que no hay semejantes Escuelas de Ronda y de Sevilla; que las suertes *movidas*, que hoy se llaman propiamente *de adorno*, son necesidad imperiosa de la lidia, cuyo lucimiento aumentan de un modo extraordinario; que las suertes *sérias* son producto natural de la práctica, el arrojo y la inteligencia del lidia-dor; que todas ellas son consecuencia directa é irremediable del temperamento del torero; y que únicamente en el caso de aparecer el adorno como sistema para atenuar el mal efecto producido por la ausencia de cualidades serias, puede censurarse el toreo movido, porque entonces viene á constituir un recurso de mala índole.

En todo gran torero hay fusión de las dos escuelas. No hay más que leer la historia del toreo para convencerse de esta verdad; y no quita el *movimiento* de las suertes de adorno, la *ligereza* de las suertes serias.

Lo que no debe olvidarse es que en el acto de matar no hay Ronda ni Sevilla que valgan. El infortunado Pepe Illo se presenta en la historia como uno de los más salientes ejemplares del toreo sevillano, y, sin embargo, se conoce que en la suerte de matar, el desdichado poseía demasiado la Escuela de Ronda, puesto que sus tremendas cogidas, sin exceptuar la de su muerte, fueron producidas por *parar* demasiado.

Fuera de las pequeñas particularidades que he señalado, no hay toreo de Ronda ni toreo de Sevilla; no hay más que toreo bueno y toreo malo.

Los toreros no traen consigo la Escuela de Ronda ni la Escuela de Sevilla; traen el toreo que les dictan sus aptitudes y su temperamento, y nada más.

¿A qué escuela pertenecen Lagartijo y Frascuelo? Si á la de Ronda ó á la de Sevilla. ¿Quién les ha enseñado la una ó la otra? Nadie; ellos han aprendido á sortear las reses, según sus alcances y la práctica de torearlas; el instinto de

conservación es el que regula los actos de los lidiadores.

Eso han hecho todos, y no hay más escuela que la que cada uno se crea, en relación con sus facultades, con su valor y con su inteligencia. Ya lo demostraré sin dificultad, cuando me ocupe de los hechos y de la vida de los dos afamados diestros que en la actualidad se disputan las simpatías del público de Madrid.

»Que un lidiador, según sus facultades, su inteligencia ó su valor, intente y ejecute suertes que otro no se atreve á hacer, no significa que el arte sea distinto para el uno y para el otro.

»Lo que para este puede ser fácil y sencillo, para aquél parecerá difícil de ejecutar.

»Ambos saben cómo se hace la suerte, pero los dos no la practican del mismo modo.

»En este arte, como en todos, hay instintos, genios y talentos privilegiados que van delante de los demás, sin que nadie pueda remediarlo ni oponerse á ello.»

Esto dice Neira en *El Toreo* (biografía de Pepe Illo), y dice muy bien.

Para que se vea hasta qué punto es cierto que cada torero tiene su *escuela*, cuando llega á ser una verdadera autoridad en el arte, consignaré que Velázquez y Sánchez, en sus *Anales del toreo*, no se contenta con las escuelas de Ronda y Sevilla, sino que agrega á estas la escuela de Chiclana que representan Montes y José Redondo.

Y recientemente ha inventado no sé quién (Pérez de Guzmán probablemente) la escuela cordobesa, de la cual es pontífice, naturalmente, Rafael Molina, Lagartijo.

No falta ya sino que se le ocurra á cualquiera crear la escuela basco-navarra y armar caballero de ella á Luis Mazzantini, diciendo que viene á sintetizar la esencia del toreo de los Leguregui y Martincho.

No sé si el afamado torero de Elgoibar podría encerrar

en su arte, muy discutido hoy, la escuela de los antiguos é intrépidos lidiadores basco-navarros, pero la escuela basco-navarra tendría su razón de ser, con tanto ó mayor fundamento que las escuelas de Ronda, Sevilla, Chiclana y Córdoba.

Ya lo he dicho antes; todo eso viene á probar que no hay más que una escuela: la escuela individual, la que nace del temperamento y aptitudes de cada torero. Lo demás es perderse en divagaciones ó en logomaquias que no pueden convencer á nadie.

Largo ha sido el paréntesis que me he visto forzado á abrir para ocuparme de las dos escuelas del toreo; pero ya verá el lector cuán necesario era tratar ese asunto con algún detenimiento, para encauzar el curso de los hechos y comentarios que han de venir á continuación.

Volvamos á Pedro Romero, y entremos con él en la historia de las competencias.

III.

Las competencias.—Pedro Romero y Costillares y Pepe Illo.—El público de entonces, según José Delgado.—Dos cartas.—El partidario de Romero y el defensor de Costillares.—Cómo se mataban los toros en aquella época.—El valor y la astucia.—Jerónimo José Cándido y Curro Guillén.—Epoca de transición.—Francisco Montes.—Curro Cúchares y el Chiclanero.—Cayetano Sanz y Manuel Domínguez.—El Tato y el Gordito.—Estado del arte de torear á la aparición de Lagartijo y Frascuelo.

La primera competencia que señala en sus páginas la historia del toreo, es la de Pedro Romero, Costillares y Pepe Illo. No solo el inventor del volapié y su infortunado discípulo Delgado, ponían á contribución toda su destreza para rivalizar con Romero, sino que, como dice Neira, todos los toreros de fama de aquella época, Conde, Garcés y otros, apuraban hasta donde podían sus conocimientos taurinos, sus gracias y sus recursos para vencer á aquel coloso.

Pero la verdadera lucha se estableció entre Romero por un lado, y Costillares y Pepe Illo por otro, aunque cada uno de los tres tuviera sus parciales más ó menos apasionados

¿Se cree acaso que, por entonces, los ánimos eran menos ardientes que ahora, y que los partidarios de los diestros peleaban con esa mesura, con ese aplomo que ahora concedemos sin dificultad á los aficionados del pasado?

Quien tal piense, está en un error. También en aquellos tiempos había gente mal educada y brutal; también en aquellos tiempos ofrecía la fiesta nacional á sus impugna-

dores un contingente de público que aprovechan todavía hoy con gran fruición, para echar sobre los más la momentánea barbárie de los menos

Y quien nos lo va á decir, es un testigo de mayor excepción, es el mismo Pepe Illo. Oigámosle:

«Finalmente, la indiscreta é inmoderada conducta que el pueblo baxo observa en las funciones de toros, influye conocidamente en el poco acierto de los toreros, contra los quales dirigen sus obscenas y torpes palabras, su estrepitoso ruido de voces, palos y quantos excesos y descomposuras inspira solo la embriaguez. De este principio procede igualmente el que los toros atraídos por tantos motivos, que mueven su soberbia, se hacen indóciles hasta el extremo de no poderles sujetar los profesores, y aspirando solamente á satisfacer la ira que engendra en ellos tan abominable algazara, parten con la mayor desproporcion hacia los toreros, que en este caso, mas que nunca, deben estar atentos y prevenidos, no menos que ocupados en cumplir las obligaciones de su instituto, para satisfaccion de los espectadores juiciosos, sin contestar ni interesarse de los despreciables procedimientos que dexo anotados » (1)

¿No es verdad que todo esto no parece escrito hace cerca de un siglo? ¿No es verdad que parece escrito ayer? Sin embargo, es preciso confesar que lo que Pepe Illo atribuye al pueblo bajo, se ha convertido hoy en patrimonio común. Y casi casi podría afirmarse que el pueblo bajo de hoy da ejemplo, en general, con su conducta, á clases que se estiman á un nivel superior de las populares. Lo cual, en medio de todo, no deja de constituir un *adelanto*,

(1) Tauromaquia ó arte de torear á caballo y á pie: obra escrita por el célebre profesor Josef Delgado (vulgo) Illo. Corregida y aumentada con una noticia histórica sobre el origen de las fiestas de toros en España.—Madrid MDCCCIV.—Parte primera, cap. I.

y viene á demostrar, una vez más, la verdad del adagio «al cabo de los años mil, vuelven las aguas por donde solían ir.» ¡Qué bien dicen los franceses: *Plus ça change, plus c' est la même chose!*

Si de los excesos del pueblo bajo de Madrid á fines del pasado siglo, pasamos á las opiniones que sustentaban en aquel tiempo los partidarios de Romero y Costillares, bastante ilustrados para expresarse sin el auxilio de «obsceñas y torpes palabras, estrepitoso ruido de voces, palos y cuantos excesos y descompostura inspira sólo la embriaguez», nos encontramos con dos curiosísimos documentos que la revista taurina, LA LIDIA, publicó en sus números del 7 y 28, de Julio de 1884, con el epígrafe: *Cómo hacían la crítica de las corridas de toros nuestros abuelos.*

Son dos cartas escritas: la una por un partidario de Pedro Romero, y la otra por un idólatra de Costillares, que dan exacta medida de cómo se juzgaba á los toreros en el año de gracia de 1789.

Oigamos al romerista que es el que rompe el fuego:

«Madrid 16 de Noviembre de 1789.

MUY SEÑOR MÍO: Ha muchos días que Vmd. siendo un estrangero reciénvenido, y aficionado á las fiestas de toros, desea oír mi parecer acerca del mérito comparado entre Romero y Costillares, los dos afamados estoqueadores, *que tienen dividido al público en opiniones, en bandos, y aun en odios.* Admira Vmd. con razón que no siendo los españoles visos en estos espectáculos, por su costumbre heredada, y conocimiento adquirido á fuerza de presenciar este género de luchas, estén todavía tan divididos en el juicio de estas dos espadas; y á la verdad es cosa extraña que ande en opiniones lo que atestigua la vista y decide una sencilla razón.

Pues sepa Vmd. Monsieur, que la primera virtud del torero es el valor, sin el qual nadie puede abrazar tal oficio: la segunda es la frescura, sin la qual todo es bulla, corage, ceguedad, riesgo continuo, y desgracias, como le sucede á Pepe Illo todos los años: la tercera buenos pies, no tanto para huir (accion indecorosa) quanto para afirmar los pasos, ó falsearlos á tiempo en los escapes, cortes, vueltas y riesgos para burlar la acometida de la fiera, y salvar el cuerpo el lidiador: la quarta el arte y manejo de la muleta, con que le provoca, le corta, le atrahe, le sugeta, y le hace estar á raya, humillándole su altiva cerviz á recibir la estocada: la quinta, el pulso y empuje en el brazo derecho, para acertar y penetrar recia y profundamente aquella estocada. Estas son las calidades esenciales é indispensables del buen lidiador; y estas las mismas que posee Romero.»

« . Sin embargo, los pareceres se dividen en dos bandos, y se disputa como opinion lo que es una verdad y un hecho, *hasta degradar é infamar con groseros vilipendios* los de un partido al ídolo del partido opuesto, sin atender que rebaxando tanto al contrario, quitan gran parte de gloria al favorito.

Yo creo que la causa de este desatinado juicio proviene de que los expectadores no quentan sino el número de las estocadas que recibe el toro, y el acierto de que muera de la primera, que casi siempre es casualidad; y así dicen el gran Romero dió tres estocadas al toro A, y Costillares no más que dos al toro B: Romero de cinco toros solo mató bien uno, y Costillares tres. Esto es juzgar del mérito de un hombre por la fortuna ó la casualidad. Si el matar de la primera estocada fuera pura habilidad, y no dicha y acaso, no dirían las gentes fulano está hoy desgraciado. Si esto fuera así, los aprendices que lidian los tres ó quatro últimos toros, y suelen matarlos á veces á la primera

estocada, merecerían el nombre de maestros y la Palma »

« Dexemonos, amigo, de cotejos, que son inútiles, porque cada uno de los dos campeones tienen escuela distinta: la de Romero es mas franca, mas elegante, mas generosa, pero reservada solo para hombres agiles y animosos. Mire usted en estas lides los pasos y las posturas de pies del uno y del otro, y verá Vmd. en cuales se ven los movimientos del susto, y en cuales los de la confianza é intrepidez. »

Hasta aquí el romerista. Vamos ahora á escuchar las razones del partidario de Costillares:

« Madrid 24 de Noviembre de 1789.

Amigo Taurimaco, y socio mio, seas el que gustes, de baxa ó alta esfera, de mediana ó infima clase; no puedo menos de levantar la voz, y hechar mi quarto á espadas, habiendo leído su critica, acerca del mérito de los dos lidiadores Romero y Costillares.

A primera vista se descubre, que toda ella es *dimanada de la passion*, mas que de la razon, aunque querais aparentar que la ingenuidad os mueve, y lo que es mas, vuestro conocimiento, deberé creer y decir, que una y otro se ha alucinado en ésta ocasion, pues no se descubre palabra que manifieste la mas minima indiferencia por parte vuestra: en otras espresiones se descubre palmariamente lo referido: vamos á la prueba.

Cinco son las circunstancias, ó reglas que Vmd. dá para que un torero sea bueno; concedo en esta parte, pero niego que las posea Romero como verdaderas reglas, para usar de ellas, me explicaré: primera: valor que Vmd. dice, en Romero, es temeridad: segunda: frescura, indeterminacion: tercera, buenos pies, no se puede asegurar, porque quando ha querido usar de ellos, ha sido en ocasion, que no le ha

dexado el toro lugar para otra cosa, que para tentarse hacia el ombligo: quarta, la muleta, nadie puede disputársela, que por una pasión no hemos de quitarle el mérito que en esta parte posee; quinta, el pulso, es aceleramiento y fatalidad

Todas estas reglas son unas casuales, y otras contingentes en todo torero; pero en Romero son temeridades, y arrojos sin tiempo.»

.

«Lo que es meter y sacar la espada, todos lo hacen, no consiste en esto la regla de estoquear al toro, sino *en saber poner el ojo en la cruz de la fiera, y subsistir en ella, hasta concluir la acción*; como ni por dar muchas estocadas es mal matado un toro ni por dar pocas. Romero, Costillares y Pepe Illo, han matado infinitos toros á la primera estocada, y no por eso ha sido buena, aunque haya muerto el toro, pues de 20 toros que hayan muerto, los 12 han sido degollados, los cinco baxa la estocada, ó transversal, los dos descabellados, y el uno con todo el rigor del arte; pero *trinchar al vivo*, como nuestro Romero lo executó en la antepenúltima corrida, por la mañana, solo su aliento, bravura, destreza, y frescura, lo puede executar con asombro de todos los expectadores.»

.

«Todas las observaciones que Vmd. propone de Romero, son *arrebatamientos, indeterminaciones, temeridades, perplexidades, arrojos, desatinos*, y pocas precauciones, que deslucen su conocido mérito.»

.

«Me parece basta de la crítica: juzguemos imparciales. Costillares, Romero, y Pepe Illo, es un triunbirato de buenos lidiadores; cada uno tiene sus particulares que le granjean su mérito. Costillares las vanderillas, y el conocimiento, (que los ignorantes llaman cobardía), Romero, la capa,

é intrepidez inconsiderada, (que los suyos llaman valor), Pepe Illo, lo atrevido y jugueton (que el vulgo llama monadas), Romero aventaja en fuerza y estatura á los dos; no en espíritu, pues en su tanto mas tiene Pepe Illo; fuerza y espíritu, es muy distinto lo uno de lo otro, en valor, contemplamos iguales á todos ellos; en fuerza no: Romero, por su naturaleza, robustez y gran corpulencia, no hay duda que supera á los referidos; pero en conocimiento, reglas, desembarazos, y libertad para lidiar, es menester taparse los ojos, ó confesar que excede Costillares á los dos: tener mas ó menos fuerza, no está de parte del hombre, que á estar, todos fuéramos fuertes, y ninguno á otro se vencería, y estaríamos en continuado equilibrio; á Pepe Illo le falta alcance, y le sobra determinacion, é intrepidez, y ceguera, (como á un maestro). Me parece bastante lo dicho.»

¡A cuántos comentarios se prestan los párrafos que acabo de copiar! Ante todo salta á la vista el comedimiento del defensor del arte de Pedro Romero. Diríase que su literatura pertenece á la *escuela rondeña (!)* mientras que la de su impugnador ostenta los caracteres *movidos* de la *escuela sevillana*. No hay sino fijarse en las frases que he subrayado de intento, para ver que la dureza y el apasionamiento están de parte del campeón de Costillares, el cual llega hasta á contradecirse lamentablemente, atribuyendo á Pepe Illo más *espíritu* que á Romero y afirmando á renglón seguido que sobra á Delgado *ceguera*, esto es, la cualidad que denota precisamente *ausencia de espíritu*!

¿Y qué dicen los lectores, de la estupenda noticia de que en aquellos tiempos, que hoy conceptuamos como la edad de oro de la tauromáquia, se mataba UN TORO con *todo el rigor del arte*, se *degollaban* DOCE y morían CINCO con estocadas *bajas ó transversales*, es decir, *atravesadas*?

Vamos á ver. ¿Qué dicen de esto los que hablan á cada

momento del toreo *clásico* y exclaman indignados que hoy no hay toros ni toreros, sino monos y maletas, que la plaza parece un campo santo por lo triste, y otras lindezas de igual jaez?

¡Válgame Dios y qué cosas aprende uno, dedicándose á estudiar concienzudamente la historia del toreo!

Y si se tienen en cuenta las circunstancias de aquella época, cuáles eran sus costumbres, su política y su literatura; si se pone en relación la libertad de expresión que hoy poseemos, con las trabas que entonces aherrojaban la libre emisión del pensamiento; si se juzgan desapasionadamente las radicales diferencias que existen entre el modo de ser de aquella sociedad y el modo de ser de ésta, ¿no había entonces la misma ceguera, la misma violencia y la misma pasión que ahora, para tratar á los toreros? Conteste quien quiera, con tal que conteste con imparcialidad

Reservándome algunas enseñanzas que de las cartas trascritas se desprenden, para utilizarlas en páginas sucesivas, únicamente quiero hacer notar ahora, que la competencia entre Pedro Romero y Costillares pone de manifiesto que hubo siempre dos modos distintos de torear, que dividieron las opiniones de los espectadores.

No cabe duda alguna; la sangre fría y la inteligencia, la que se opone á la fiereza del toro dejando á éste sus medios naturales de defensa, contrarrestándolos con un perfecto conocimiento de sus condiciones generales y eventuales transformaciones; la lidia, en una palabra, que da al toro lo que éste pide, puso de parte de Pedro Romero á los verdaderos aficionados, á los que miran en primer término, al toro.

La astuta destreza, la que recaba del valor intrínseco del torero, de su agilidad y de su ligereza, medios suficientes para burlar los embroques del toro, imponiéndose á éste, sin darle tiempo para defenderse, reunió en torno de

Costillares á los aficionados que miran en primer término al torero.

Para convencerse de que Joaquín Rodríguez, cuyo inmenso mérito me guardaré muy bien de discutir, pertenecía á la clase de toreros astutos, no hay sino fijarse en que inventó el volapié, es decir, una muerte *por sorpresa*, y que, con mucha razón, califica Pepe Illo de *cierta y segura* con los toros aplomados, y Montes, de *muy fácil y segura* con las referidas reses; y en que Pepe Illo (el de las monadas) fué discípulo predilecto de Costillares.

De la competencia entre Romero y Costillares nacieron, pues, como queda dicho, los dos llamados toreo diferentes que se disputaban entonces, siguieron disputándose en lo sucesivo y se disputan todavía en la actualidad los aplausos del público.

Después de aquellos afamados diestros, pasan años y años sin que se establezca una verdadera competencia. Hay siempre, eso sí, el toreo *sério* y el toreo de *monadas*, que renacen en Jerónimo José Cándido y en el desdichado Curro Guillén. Con el primero se van los aficionados; con el segundo la masa general del público.

He aquí lo que dice Neira en la biografía que dedica á Curro Guillén, en *El Toreo*:

«Cándido, sorprendiendo al público con la perfecta ejecución de las suertes, según las reglas escritas; Curro Guillén, con sus infinitos juguetes y arriesgados lances; y aunque los inteligentes prefiriesen el concienzudo trabajo del primero, la verdad es que la inmensa muchedumbre gustaba más de las valerosas gracias del rumboso torero, que de la serena y fría exactitud del quebrantado en sus facultades, renombrado maestro.»

Sin embargo, después de la muerte de Pepe Illo y de la retirada voluntaria y prematura de Pedro Romero, los acontecimientos borrascosos que marcan la entrada del

siglo actual, ejercen su natural influencia sobre el toreo, y puede decirse que establecen, en las glorias del comienzo, una solución de continuidad.

Durante la dominación francesa, la afición decae. El público vuelve las espaldas á la plaza por no ver corridas presididas por autoridades francesas, y se da el caso de que los soldados de José Napoleón se sitúan en los alrededores de la plaza de toros y obligan á la fuerza á los transeúntes á ver las funciones.

¡Da gusto recordar hoy este admirable rasgo de *españolismo*!

Fernando VII vuelve á Madrid en 1814, suspende las fiestas de toros y levanta esta suspensión al año siguiente.

Antonio Ruíz, el Sombbrero, su hermano Luis, Juan Jiménez, el Morenillo, Juan León y Roque Miranda, llenan, sin lucimiento y sin oprobio, el espacio que media entre la muerte de Curro Guillén (1820) y el advenimiento de Montes, en 1832.

Con Francisco Montes se inicia, como dice muy bien Sánchez de Neira, la época del renacimiento del toreo.

Dos años antes, en 1830, Fernando VII había fundado en Sevilla una Escuela de tauromáquia, dirigida por Pedro Romero, en la cual ingresó Montes por recomendación de Jerónimo José Cándido, que era segundo maestro de la Escuela, y había visto torear á su joven recomendado.

Un año no más duró la Escuela, pero tan corto espacio de tiempo, fué suficiente para que estudiasen en ella dos diestros, que en breve habían de llamar extraordinariamente la atención de todos los públicos de España: Francisco Montes y Francisco Arjona Guillén, Cúchares.

El primero, calificado generalmente hoy con el dictado de «el primer torero del presente siglo,» no tuvo competencias, no podía tenerlas, porque se sobrepuso inmediatamente á todos sus coetáneos, y fué causa de que, renacien-

do la afición, tornaran las corridas de toros á ostentar toda la animación y lucimiento de que generalmente carecían desde los últimos años del siglo XVIII.

Pero si Montes no tuvo competencias, hubo, en cambio, una competencia terrible, memorabilísima, no bien el gran Paquiro dejó de existir en Chiclana el 4 de Abril de 1851.

Fué esta competencia, la que entablaron Francisco Arjona Guillén, Cúchares y José Redondo, el Chiclanero, en la plaza de Madrid, el año 1832.

¿Qué clase de torero era Cúchares? ¿A qué escuela pertenecía? Dejemos hablar á los que le conocieron.

Opinión de D. José Pérez de Guzmán:

«Toreaba de capa con defensa, pero con poco lucimiento, por la escasa importancia que dió siempre á la pulcritud en los detalles, y su inclinación á la chabacanería, sobre todo, cuando el vulgo le fué instigando á seguir por ese camino, el cual llegó á ser la corriente del toreo para la completa ruina de esta afición.

»En su última época, Cúchares expió este error, por la supremacía que sobre él adquirieron algunos que de otra suerte jamás hubieran logrado equiparársele. Por su facilidad en evitar el peligro, Cúchares fué apurando tantos medios para hacerle remoto, que prescindió de los reconocidos en el arte, haciéndole accesible, por último, á otros que, careciendo de sus principios, fueron degradándole poco á poco.

En la suerte que imprimió mayor decadencia, fué en la de matar. No solo cambió este acto toda su gravedad y compostura por la bufonería propia del carácter de este diestro, sino que se trasformó por completo. Quedó reducida á quitar la vida al toro prescindiendo de los medios únicos reconocidos hasta entonces: la pericia combinada con la noble valentía. La suerte de recibir se abolió casi por completo, y los volapiés tomaron nueva forma, vién-

dose arrancar al matador en semicírculo en vez de seguir la línea recta. No debemos dejar de notar la habilidad especial de Cúchares al dar estocadas derechas en esta actitud, cosa no lograda por todos.

»Tuvo fama bien poco justificada en su muleta. Ya la gente de Sevilla, comenzando quizás por Curro Guillén, y de seguro, por Juan León, habían desatendido bastante el buscar la defensa en la perfección del uso de aquel auxilio tan importante, supliendo esta falta con el conocimiento de un animal con el que viven familiarizados, y con la soltura innata en su país. Cúchares redujo su uso á cansar y aburrir los toros con ella para aprovechar un momento de descuido y meter el brazo casi impunemente, y muchas veces enviarlos al arrastradero con solo un puntillazo dado con la espada. En este acierto fué muy diestro, y adquirió pronto discípulos que, como él, encontraron recursos para evitar mayor peligro, pero también mayor lucimiento.»

El juicio de Pérez Guzmán es duro y parece sincero.

Helo aquí concretado ingeniosísimamente por D. Alejandro Latorre, en 1845 :

«Arjona (Cúchares).—Admirable y asombroso atronador, matador de tronío y torero atronado. Salta, brinca, corre, capea, banderillea, mata, descabella, adora y saluda y zapatillea á los toros. No se ha hecho ni puede hacerse más, malo ó bueno, porque unos aplauden y otros silban. A saber la razón dónde está. Si se hiciese todo á tiempo, también se aplaudiría á tiempo.»

Vamos al Chiclanero, y oigamos á Velázquez y Sánchez :

«En la muerte de los brutos no podía llevarse á más grado la aplicación del principio aquel de Pedro Romero: «A los toros hay que darles lo que ellos piden;» y consultando casi siempre bien la índole, mañas, pasos en la lidia y situación del animal, era sóbrio en el juego de mu-

leta, que nunca en sus manos pasó de medio auxiliar para inmediatos fines, y aguardaba á las reses bravas y boyantes con intrepidez y firmeza; se iba á las tardías ó cansadas, aprovechando con presteza y tino los encuentros; se arancaba derecho y corto al volapié y á la media vuelta con los bichos recelosos ó reparados; y en la brega con reses difíciles por sus resabios ó defensas, careciendo de esos trasteos originales de León y Arjona Guillén, resolvía la cuestión con arrojos de una impetuosa bravura, y que muchas veces exaltó hasta el delirio la satisfacción de los espectadores, en alguna comprometió, y terriblemente, su vida »

Veamos ahora lo que Neira dice:

«En la contienda ó competencia que con Cúchares sostuvo en Madrid el año 1852, llamó la atención que, al paso que éste, según su costumbre, saltó, brincó, cuarteó, galleó y capeó, Redondo no se apartaba un momento de la severa escuela de Romero, y cuando más, á imitación de Montes, galleó con el capote al brazo. En los quites á los picadores, nunca usó las verónicas, sino las largas; y al matar, lo hizo, especialmente en las siete primeras, que fueron las de competencia, con tal precisión, con tal arte, serenidad y compostura, que Costillares no daría mejores volapiés, ni Romero recibiría mejor los toros.»

Conocidas las condiciones de Cúchares y Redondo, ¿era posible una competencia? ¿Hay competencia posible entre lo cómico y lo bello? No; la victoria tenía que decidirse inmediatamente á favor del Chiclanero, como se decidió en seguida, reconociéndolo así con actos un tanto equívocos su mismo competidor.

Después de Cúchares y el Chiclanero, que representan pura y simplemente la mentira y la verdad en el toreo, vienen Cayetano Sanz y Manuel Domínguez, en los cuales no cabe lucha, porque no ofrecen contrastes sus modos de torear. Ambos son refractarios á las *monadas*.

Pero no bien Curro Cúchares presenta en Madrid, como discípulo suyo, á Antonio Sánchez, el Tato, y en cuanto éste comienza á estirarse como torero, ejecutando con suma gallardía toda clase de adornos, surge un banderillero excepcional, un verdadero coloso en esta especialidad, Antonio Carmona, el Gordito, el cual aplaudido delirantemente al practicar la suerte de su invención llamada «banderillas al quiebro,» empuña estoque y muleta, hácese matador, y establece con el Tato la más formidable de las competencias, de que hay ejemplo en la historia del arte de lidiar.

Al llegar á este punto puedo dar fe de los hechos como testigo presencial. Pero, ¿á qué recordar aquellos horrores? ¿A qué hablar de aquellos lamentables espectáculos en los cuales la saña de los tatistas y gordistas llegaba á inconcebibles extremos? ¿A qué hacer memoria de uno de los contendientes, mesándose los cabellos y llorando como un niño, ante la implacable ira de sus contrarios?

Como he de hablar mucho del Gordito al ocuparme de Rafael Molina, no quiero hacer constar ahora, sino que en la competencia entre el Tato y Antonio Carmona, aquel representaba la verdad *en la suerte de matar*. Eso solo le bastó para vencer á su adversario en Madrid.

No he de formular aquí mi juicio sobre el malogrado Antonio Sanchez, inutilizado para el toreo, cuando comenzaba á aplomarse y llegaba á la plena posesión de todas sus facultades. Me basta, para mi propósito, consignar la circunstancia de que el volapié verdadero, el volapié mejor, como le llama Montes, fué su única arma, para alcanzar victoria indudable sobre el Gordito.

Resumamos: veamos lo que se desprende de la historia de las competencias que brevemente he relatado.

Con José Cándido y Pedro Romero, se determinan los dos toreros llamados rondeño y Sevillano. Romero representa el primero y Cándido el segundo. No insisto sobre

lo que estos toreros son, en realidad, puesto que este asunto queda tratado en páginas anteriores.

De Pedro Romero salen Jerónimo José Cándido, Francisco Montes, el Chiclanero, Cayetano Sanz y Manuel Domínguez.

De José Cándido salen Costillares, Pepe Illo, Curro Guillén, Cúchares, el Tato y el Gordito.

Los sucesores de Romero sacrifican las *monadas* á la seriedad; no gustan de las exterioridades brillantes de las suertes y toread de brazos.

Los sucesores de José Cándido buscan preferentemente los aplausos en la irreflexiva intrepidez ó en la astucia toread de cuerpo y de pies.

Antes de pasar adelante, y por si alguien me advierte que la figura de Costillares está mal colocada en el grupo sevillano, le diré únicamente, que no tiene otra colocación quien inventó una suerte que sorprende al toro y de la cual hay que salir *con todos los pies*. Recuérdese que el partidario de Costillares, al resumir las cualidades de éste y de Pedro Romero y Pepe Illo, coloca á Joaquín Rodríguez, como invencible *en las banderillas*.

Examinemos ahora fielmente los resultados del toreo de *monadas* y del toreo sério, á la hora de matar.

Ninguno de los sucesores de Pedro Romero muere en las astas del toro, por más que todos sufren mayores ó menores cogidas, pero ninguno se inutiliza para el toreo.

De los sucesores de José Cándido, mueren en la plaza Pepe Illo y Curro-Guillén y queda inutilizado el Tato.

No demuestra esto irrefutablemente que á la hora de matar no hay, no sirve la escuela de *monadas*? No demuestra esto irrefutablemente que el que ha practicado la escuela de las *monadas* á la hora de matar, ha sido un matador deplorable, ó ha pagado con su vida la falta de conocimiento?

Para los cuarteos, los galleos, los recortes, los saltos y demás suertes que requieren agilidad, podrá haber todas las escuelas que se quiera, pero para matar un toro no hay más que dos escuelas: la buena, la que auna el valor y la pericia, y hace que el matador arranque corto y derecho cuando la res se presta, ó se desembaraza de ella á la media vuelta, silbe ó no silbe el público; y la mala, la que sorprende al toro y le mata generalmente á traición, sean cualesquiera sus condiciones.

Obsérvese otra cosa importantísima. De José Cándido, que enseña los quiebros, galleos, etc., nacen los grandes banderilleros, como Costillares, Curro Guillén, Cúchares y el Gordito, que están acostumbrados á cuartear.

De Pedro Romero nacen Montes, el Chiclanero, Cayetano y Domínguez; que no sobresalen como banderilleros, y son algunos de ellos banderilleros detestables.

La escuela de matar de Pedro Romero, es decir, la de recibir toros, muere en realidad con el Chiclanero y Domínguez.

La escuela de matar de Costillares, subsiste completamente en la actualidad.

Cuando Lagartijo y Frascuelo aparecen en la arena, ¿qué es lo que encuentran? Muerto el Chiclanero, Manuel Domínguez en la senectud, y Cayetano Sanz sin facultades. La suerte de recibir que se había transmitido de unos á otros, convirtiéndose las plazas de toros en escuelas prácticas de tauromaquia, no existe ya, no la practica nadie. Domínguez es el último eslabón de la gran cadena que empieza en los Romeros.

¿Quién puede adiestrar á Lagartijo y Frascuelo? Nadie. Queda el Tato para el volapie, pero el último representante de Costillares desaparece prematuramente, cuando Rafael y Salvador comienzan á despuntar.

¿A dónde vuelven sus ojos estos nuevos campeones de

la tauromaquia? ¿Tendrán que reformarla? ¿Tendrán que trasformarla? ¿Con qué elementos?

He aquí á dos muchachos, á dos chiquillos privados de todo recurso, que aparecen súbitamente en un arte que no les ha dejado herencia, que no los ha presentado nada práctico, que los ve nacer abandonados y pobres, y á cuyo esplendor tienen que contribuir, cuando todos aquellos que podían enseñarles algo, no pueden enseñarles absolutamente nada.

Hay que tener muy en cuenta estas circunstancias para entrar en el exámen de la vida y de los hechos de Rafael Molina, Lagartijo, y de Salvador Sánchez, Frascuelo.

Por eso he creído indispensable trazar estos *Preliminares*, que son, como se dice en términos administrativos, las tripas del expediente que voy á despachar.

Por eso he creído indispensable investigar la historia de los toreros de ayer, antes de entrar en la historia de los toreros de hoy.

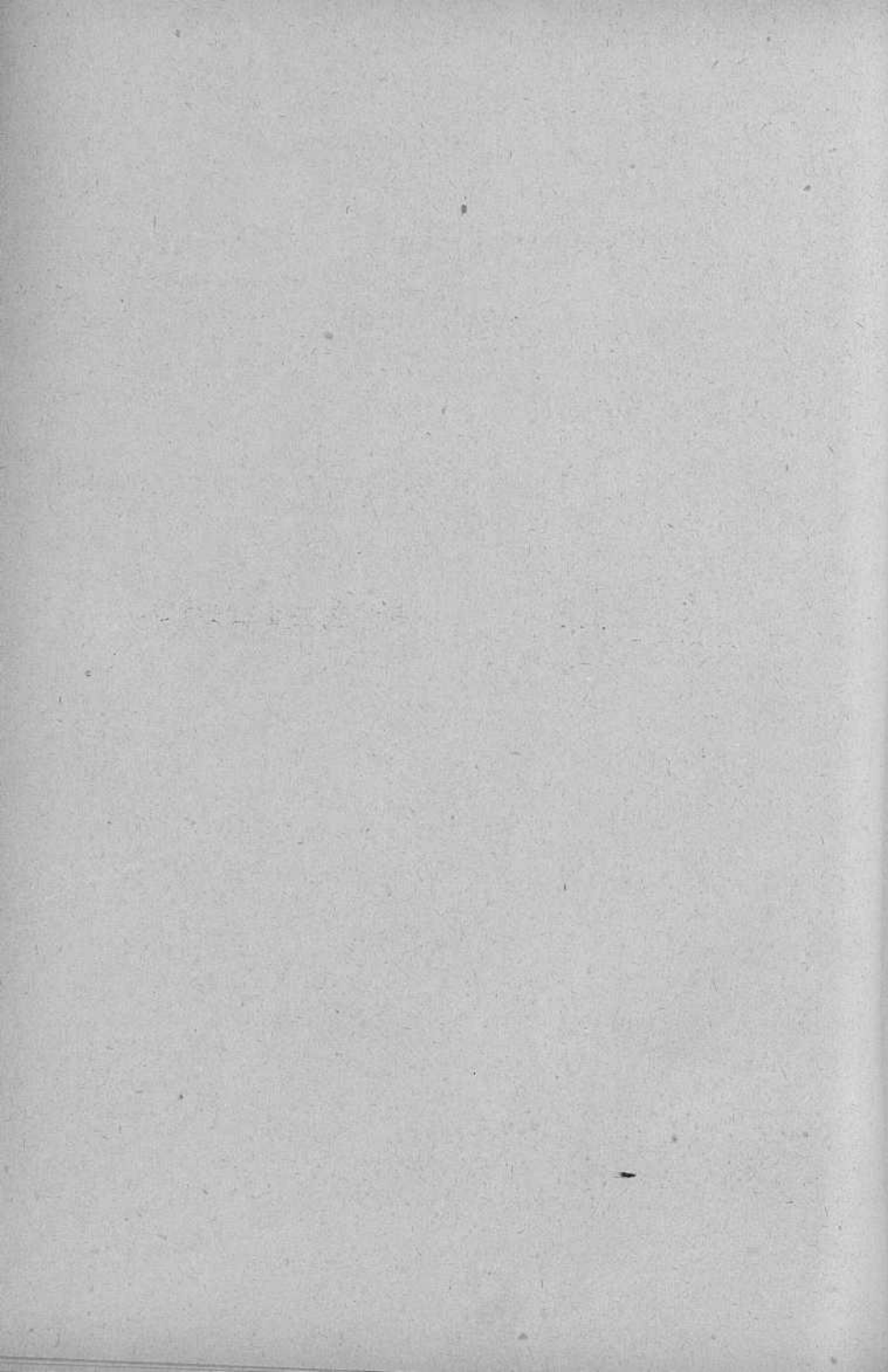
Vamos allá, sin desconfianzas ni temores.

Las enseñanzas que suministra el pasado, son jalones que préviamente coloco, á fin de que nos faciliten las enseñanzas que ha de suministrarnos el presente.

SEGUNDA PARTE.

Lagartijo y Frascuelo.





I.

Aparición de Rafael Molina.—La Plaza de Madrid.—Ovación y cogida.—Sobresaliente de espada.—La alternativa.—Primera contrata.—La lucha.—El maestro y el discípulo.—Lagartijo y el Gordito en Cádiz.—Coleos y recortes.—La cogida de Rafael.—Conducta del Gordito.—Comunicados, subvenciones y alabarderos.—Segunda cogida de Lagartijo en Madrid.—Carmona y *El Enano*.—Salvador Sánchez en Madrid.—Mojigangas.—El novillero.—Alzas y bajas.—Banderillero y sobresaliente de espada.—La alternativa de Frascuelo.—La cogida.—Dos gallos.—En busca de la verdad.

En la tarde del domingo 13 de Setiembre de 1863, verificóse en Madrid la 15.^a media corrida de toros de la temporada, lidiándose tres toros de D. Antonio Miura y tres de D. Rafael José de la Cuña (Lisboa), por Francisco Arjona Guillén, Cúchares, Antonio Sánchez, el Tato, y Antonio Carmona, el Gordito, acompañados de sus respectivas cuadrillas de banderilleros.

Salió el tercer toro que era de Miura y correspondía al Gordito. Al tocar á banderillas, presentóse en el redondel, con los palos en la mano, un peón joven, apuesto y elegante que alegró al toro, lo citó, y, esperándolo á pie firme, le clavó en los rubios un soberbio par al quiebro.

Una ovación inmensa acogió la ejecución de aquella suerte, en la cual, la precisión, la serenidad y la gallardía del banderillero, llamaron la atención extraordinariamente.

En el año siguiente de 1864, apareció el banderillero aquél, como sobresaliente de espada, en el cartel de la 8.^a media corrida, verificada el 23 de Mayo, con las cuadrillas del Tato, Gonzalo Mora y el Gordito. El lunes 13 de Junio y en la 11.^a media corrida de aquella temporada, torearon

seis toros de Miura, Cúchares, el Gordito y Villaverde, figurando como sobresaliente Pablo Herraiz, y en esa corrida mató el quinto toro, por cesión del Gordito, el banderillero que tanto se lució al clavar el par quebrando de que queda hecho mérito.

En la corrida de Beneficencia celebrada aquel año el 3 de Julio, lidiáronse cuatro toros de D. Joaquín de la Concha y Sierra, dos de D. Antonio Miura y dos de D. Cándido Lopez, de Ejea de los Caballeros (Zaragoza) nuevos en la plaza de Madrid.

El notable banderillero, que no era otro que Rafael Molina, mató el sétimo toro y fué arrollado, cogido y herido en un muslo por el octavo, que pertenecía á la ganadería de Concha y Sierra.

He aquí cómo relata este notable incidente Pérez de Guzmán en sus *Toreros cordobeses*:

«Después de haber ejecutado esta suerte (la de matar), repitióla en la tarde del 3 de Julio de 1864 en un toro de Miura, y habiéndolo pasado de muleta con cinco naturales y cuatro de pecho á la perfección, y muerto de una magnífica estocada magistralmente colocada en el sitio propio que el arte indica, saltó á la arena el toro sexto de la corrida, perteneciente á la ganadería de Concha y Sierra, y Lagartijo se encontraba recibiendo los plácemes del público y recogiendo del redondel los muchos cigarros que por todas partes le arrojaron. El toro, rebosado por delante de los caballos en las primeras suertes de vara, habíase venido entre los toriles y puerta de la cuadra, y encontrándose con él Lagartijo, quiso éste, hechándose (*sic*) hácia los medios, darle un cuarteo ceñido y con él salvar la embestida, pero las facultades del toro, fresco y recién salido de los chiqueos y la querencia natural hácia estos, hizo que, ganándole la acción y el terreno, le alcanzase recogiénole y dándole un puntazo de consideración en el muslo derecho y en su

parte interior, ocasionándole algunas contusiones, efecto de la caída violenta que sufriera. Instantáneamente alzóse del suelo con el rostro lívido de ira y el traje descómpuesto y con anxlilo de su capoté burló repetidas veces á la fiera en varios lances entre la emoción mas profunda de los espectadores y el frenesí con que le victoreaban. Pasada tal escena fué retirado á la enfermería, donde los facultativos atendieron á la curacion de su herida, de la cual, restablecido con celeridad, marchóse á torear con su matador Carmona á Cádiz.

Así comenzó su carrera en Madrid el aplaudidísimo banderillero del Gordito que tanto y con tanta justicia llamó la atención del público, al presentarse por primera vez en la plaza de la corte, el día 13 de Setiembre de 1863

Se restableció tan rápidamente Lagartijo de la herida recibida el 3 de Julio, que ya el 28 de Agosto mató los dos últimos toros de la corrida en que estoquearon los cuatro anteriores José Ponce y el Gordito. Rafael figuró en esta corrida como sobresaliente de espada, con la obligación de matar los dos toros susodichos.

En la corrida extraordinaria, con división de plaza, celebrada el 29 de Setiembre de aquel año, el Gordito mató los tres toros de plaza entera, y Mariano Antón y Lagartijo, los tres en división.

Al año siguiente, Rafael figuró como sobresaliente en la corrida del 4 de Junio, con Cayetano y el Gordito de matadores, y estoqueó los dos últimos toros. En la del 19 del mismo mes hizo otro tanto y mató dos toros portugueses.

Llegó el año de 1865; y en la corrida verificada el 15 de Octubre, Cayetano Sanz dió la alternativa á Rafael Molina Lagartijo, quien mató, con extraordinario aplauso, el toro *Barrigón*, de la ganadería de doña Gala Ortíz, de una magnífica estocada. El bicho había tomado trece varas, matado dos caballos y recibido dos pares y medio de banderillas.

Como detalle bastante curioso, hay que hacer constar que el cartel de dicha corrida decía:

«Espadas—Cayetano Sanz, Antonio Carmona (el Gordito) y Rafael Molina (Lagartijo) que alternará por primera vez en esta plaza, confiando, mas bien en la indulgencia del público que en sus propios merecimientos, y procurará desempeñar con el mayor lucimiento, desde esta corrida, las obligaciones que le impone su nueva categoría.»

Las simpatías del público por el novel matador se mostraron de tal manera, que al año siguiente de haber tomado la alternativa, figuró ya Rafael escriturado como tercer espada, para toda la temporada de 1866, con el Tato y el Gordito, dando principio, por tal concepto, á sus tareas en la corrida de inauguración celebrada el 1.º de Abril de 1866, en la cual se corrieron seis toros de D. Ramón Romero Balmaseda (antes Barquero), de Sevilla, y tres de D. Estéban Antonio Oliveira, de Lisboa.

¡Qué carrera tan rápida y tan brillante! Tres años habían bastado en Madrid al banderillero discípulo del Gordito, para ocupar á su lado la categoría de matador por toda una temporada. Aún no había cumplido Rafael los 25 años, no era todavía mayor de edad, y ya le era dado medir sus fuerzas como espada con el Tato y el Gordito.

Quien así comenzaba á ganar terreno, no podía permanecer estacionario. Rafael luchó y luchó con todo el que se le presentó delante: con Cúchares, con el Tato, con Bocanegra, con el Gordito.

Tenía quienes le estimulasen y trabajó como un valiente, no tratando de establecer competencias anunciadas á tambor batiente, como habia de hacerlo más tarde, sino con el afán natural y noble de quien desea adelantar en su carrera, estableciendo reciprocidad entre las simpatías del público y las facultades y la voluntad del torero.

Se ha censurado ácremente á Lagartijo su pretendida

competencia con Antonio Carmona. ¡Competir el discípulo con el maestro! —se ha dicho—eso es indigno!

Y por qué ha de ser indigno? Si un discípulo torea al lado de su maestro, ¿debe acaso cruzarse de brazos, y procurar que una reserva voluntaria haga destacarse el trabajo de quien le adiestró en los lances de la lidia?

¿Tenía la culpa Lagartijo de que, al revelarse en él el matador de toros, ofreciesen sus cualidades, por tal concepto, más garantías al público que las cualidades del Gordito?

Entre Antonio Carmona y Rafael Molina no hubo jamás más competencia que la que arrancaba lógica y naturalmente del mérito de ambos, como matadores de toros. Y como Rafael se mostró, sin gran trabajo, superior á su maestro, en el arte de estoquear, no hubo ni pudo haber competencia.

Ahora, si en el terreno personal ocurrió algo entre discípulo y maestro, esa es cuestión que no interesa á nadie; así como nada tiene que ver la superioridad de Rafael sobre Carmona, como matador de toros, para la inmensa y decisiva influencia que éste ejerció en la carrera de Lagartijo. A su tiempo hablaré de esto con la detención que merece.

Lagartijo peleó como queda dicho, con todo el mundo sin envidias ni rencores, con la hermosa emulación de quien quiere adelantar en su carrera, procurando imitar y mejorar, si es posible, lo que hacen los demás.

¿Se quiere una prueba de que Rafael, en aquel tiempo, llevaba su valentía hasta peligrosísimos extremos? Y se quiere á la vez, la prueba de que no era Lagartijo quien buscaba rivalidades, sino otros matadores los que no podían mirar con buenos ojos la preponderancia que el joven diestro cordobés iba adquiriendo de día en día?

Voy á presentar inmediatamente esa prueba. Siento en

el alma exhumar documentos de cierta índole, pero, imparcial, ante todo, tengo que hacer historia y atenerme á los resultados de la misma. Ahora, escuche el lector.

El 29 de Junio de 1870, verificóse en Cádiz una corrida de toros. Conviene advertir que Cádiz se distinguió siempre por su pasión por el Gordito; que en Cádiz fué donde estuvo la tropa sobre las armas, con motivo de verificarse, en 1868, una corrida de competencia entre el Tato y Antonio Carmona, y que de Cádiz salieron ciertos escritos que proclamaron al Gordito *gloria del arte*.

En dicha corrida de 29 de Junio de 1870, corriéronse por primera vez en aquella plaza, seis toros de la antigua ganadería de Siguri, propiedad entonces de D. Manuel Jesús García, vecino de Sevilla. Eran matadores Antonio Carmona y Rafael Molina.

He aquí lo ocurrido en la lidia del cuarto toro, tal como lo relata el corresponsal en Cádiz de *El Enano*, en correspondencia titulada *Toros en Cádiz*, inserta en los números del 11 de Julio y 18 del mismo mes, de aquel periódico.

«El cuarto, *Pajarito*, colorado, ojo de perdiz, cabeza de respeto, astilargo, de muchos pies, y recargando en algunas puyas, *Lagartijo* se va á los medios y espera al toro, hincado de rodillas, dando un cambio tan perfecto, que recibió una ovación de los que lo vieron.

»Onofre señala cuatro buenas varas, sacando herido el caballo dos veces, á los quites *Largartijo*; y el *Gordo*, que sentía los aplausos que aquél conseguía, se agarra á la cola del toro sin haber para qué; Calderón agarra carne en dos, sacando herido el caballo y viniendo al suelo en otras dos, con bastante exposición, perdiendo dos caballos. *Lagartijo* colea entonces al bicho, y el *Gordo* también volvió á hacerlo, entablándose entre los dos una especie de lucha, coleando y jugando ambos.

»El público que conocía el derecho que *Lagartijo* tenía

con este toro que le correspondía, silbaba y chillaba al *Gordo* para que se limitase á hacer los quites que pudiese, dejando en libertad á *Lagartijo* de lucirse. El señor gobernador llamó al palco al *Gordo*, amonestándole para que siguiese la suerte de vara, que sin razón había éste paralizado. Marqueti planta tres buenas varas, el *Gordo* vuelve á coger la cola del toro, y *Lagartijo* le coge los cuernos y juguetea, quedándose parado delante de la misma cara, por lo que es frenéticamente aplaudido.

»Benito Garrido y Rafael Bejarano salen con los palos, y Rafael Molina los pide á éstos; saca un pañuelo, lo planta en el suelo, y sobre él intenta dar el cambio.

»*Pajarito*, que por efecto de los coleos se hallaba apurado de patas, conservando solo su condición de bravo, tan pronto ve á *Lagartijo*, se le arranca muy sobre corto y no por derecho, y el diestro, con demasiada vergüenza, en vez de echarse fuera, se mantiene para dar el cambio, como sucedió, y mete los brazos, se queda el bicho en la suerte, y *Lagartijo* es cogido con el cuerno derecho y tirado al suelo, haciendo el toro por él dos veces, sin conseguir recogerlo del suelo, defendiéndose también con las piernas dicho espada, mientras llegaron los muchachos, especialmente *Gallito*, que fué el primero.

»*Lagartijo* se levanta y pide palos, y en el momento le vemos que se echa las manos á la pierna izquierda, oprimiéndose ésta: lo cogen entre varios y es conducido á la enfermería.

»En el mismo instante (vergüenza nos da el referirlo) Antonio Carmona, el *Gordito*, coge un par de banderillas con ánimo de ponerlas: el público, que con su silencio hacía patente el sentimiento recibido con la cogida de *Lagartijo*, se levanta indignado como una sola persona, y obliga á este torero á que entregue los palos que tenía en la mano.

»Obligado á soltarlos, Benito Garrido, *Villaviciosa*, co-

loca dos medios pares cuarteando, y Juan Yust, uno bueno lo mismo.

»El *Gordito* trastea con doce naturales, once con la izquierda, cinco sin nombre conocido y todos tan ceñidos, que el público no cesa de silbarle, y mucho más, cuando da dos pinchazos retemalos; lía de nuevo y concluye con una corta á volapié de lejos.

»Reconocido *Lagartijo* por los facultativos, resultó tener una herida situada en la región anterior y externa del tercio inferior del muslo izquierdo, como á tres traveses de dedo de la articulación, de pulgada y media de extensión, perfectamente horizontal, con relación á la dirección del hueso y de tres pulgadas de profundidad en dirección arriba y á fuera, que solo interesa la piel, tegido celular y fibras musculares y aponeuróticas, cuya herida fué clasificada de leve por el señor facultativo de plaza D. José Arizmendi, que le hizo la primera cura, siendo conducido, concluída ésta, en una camilla á la fonda.»

Hasta aquí la relación del hecho.

Véanse las apreciaciones del corresponsal de *El Enano*, en el resumen de su revista.

Después de hablar de los jugueteos del *Gordito* y de *Lagartijo* con el cuarto toro, añade:

«Todavía nos quedaba que presenciar más: ¡quién lo hubiera creído! habían pasado estos juegos, estábamos en la suerte de banderillas, *Lagartijo* sale herido. Lo conducen á éste á la enfermería, y no había llegado aún, cuando *un mal compañero* se atreve á coger banderillas, *como dando á entender la alegría que le embargaba*.

»En la vida hemos visto una reprobación mayor que la que sufrió este compañero llamado el *Gordito*, en el instante de coger los palos. Ni una sola persona quedó sentada, tal era la indignación que les causaba la conducta de aquel torero. Ese mismo público, con la emoción profunda por

la cogida de Rafael, recobra sus fuerzas y con sus gritos y ademanes, enseña, que no por la ausencia del herido iba á hacer el *Gordo* cuanto se le antojase.

»*Lagartijo*, desgraciadamente, se hallaba fuera de la plaza; el público había quedado allí para velar por él. Sabe Dios lo que hubiera sucedido al *Gordito* si entre los que le silbaban hay uno *con los mismos sentimientos que á él le adornan*. Un público que se conduce así, dando pruebas de su sensatez y buenos sentimientos, merece los plácemes de todos.

»Antes de concluir, diremos que Antonio Carmona *ha tenido la culpa de la cogida de esta tarde*. Es verdad que era el más antiguo y el jefe de la lidia, en general pero Rafael Molina lo era, en particular, de los toros que á éste le tocaba matar, y por esta circunstancia, todo cuanto el último quisiera hacer con sus toros (dentro del arte se entiende), estaba en sus facultades, y no que el *Gordo* con sus inconveniencias, *buscó* lo que todos lamentamos.»

Estas eran las *competencias* que el discípulo predilecto de Antonio Carmona, sostenía con su maestro.

Repito que me duele mucho tener que reproducir ciertos documentos que los aficionados modernos desconocen por completo, pero como este libro es de historia y es de crítica, necesito limpiar á *Lagartijo* de algunos pecados que se le han imputado con sobrada ligereza.

Por lo demás, hay que leer los comunicados que el *Gordito* dirigía al periódico sevillano *El Porvenir* en Noviembre y Diciembre de 1868, para comprender hasta qué punto tenían que ser infranqueables los abismos que Carmona colocaba entre él y sus competidores. Aquellos comunicados iban dirigidos á zaherir cruelmente al *Tato*, á consecuencia de haber hecho Antonio Sánchez promesa formal y pública de torear con todos sus compañeros, *menos con el Gordito*.

Así peleaba entonces la gente de pelo trenzado: con la pluma y con el estoque, en la plaza y en los periódicos, imputándose unos á otros el subvencionar á la prensa y regalar localidades á los alabarderos; de una manera, en fin, que pone de manifiesto la tristísima exaltación de los ánimos en aquellas horribles y cruentas luchas que, como siempre, fomentaban los parásitos de los diestros, esa cáfila de mal llamados amigos que no podían enaltecer los méritos del ídolo, sino negando toda buena cualidad á su competidor.

Desde entonces hasta la fecha, ¿hemos cambiado algo? Respondan las personas imparciales. Algo podría decir yo con respecto á los que, capaces de venderse á cualquiera por un perro chico, juzgan á los demás, tomándose á sí propios por modelo, y no comprenden el entusiasmo puro, el entusiasmo desinteresado.

Pero no se debe jamás contestar á los imbéciles y á los canallas. Hay que compadecer á los primeros y despreciar á los segundos. Que es lo que he hecho y haré siempre.

Basta de digresión y volvamos á Lagartijo.

En la última corrida de la segunda temporada de 1867, anterior á la extraordinaria en que tomó la alternativa Frascuelo, Rafael sufrió una cogida.

Verificóse dicha corrida el domingo 20 de Octubre, rompiendo plaza un toro llamado *Sevillano*, negro bragado y corniabierto, perteneciente á la ganadería de D. Francisco Taviel de Andrade (antes de Vázquez) vecino de Sevilla.

En una de las varas que puso el Francés (Domingo Granda), Lagartijo remató el quite con un recorte, quedándose tan cerca de la cabeza, que el toro no tuvo más que estirar el hocico para cogerlo con el cuerno izquierdo, suspenderlo y engancharlo.

Rafael cayó al suelo y el bicho le metió la cabeza dos veces; produciéndole dos heridas, una en un muslo y otra

en una nalga. Conducido á la enfermería y luego á su casa, el herido curó al mes y salió para Córdoba, donde se restableció completamente en breve tiempo.

Llegó el año 1869 en el cual estaban contrados el Tato, Lagartijo y Frascuelo; y en la infausta tarde del 7 de Junio, acabó para el toreo el infortunado Antonio Sánchez. Lagartijo descabelló al primer golpe al toro *Peregrino*, de D. Vicente Martínez, que inutilizó al Tato para siempre.

El Gordito habíase visto precisado á huir de la corte, después de su desastrosísima competencia con el Tato, divorciado de un público con el cual había de intentar inútilmente hacer las paces más tarde en repetidas y desagradables ocasiones.

Cayetano Sanz estaba en el ocaso de su carrera. El Curro había muerto en la Habana el año anterior. Bocanegra no había podido adquirir carta de naturaleza en la plaza de la corte. Manuel Domínguez, cansado y sin facultades, toreaba apenas.

Además, ni la edad, ni el temperamento, ni las cualidades de Lagartijo le ponían en condiciones de tener, por aquel entonces, ningún rival.

Era necesario que la providencia le pusiera en frente á un torero, joven como él, como él animoso, que hubiera nacido contemporáneamente para la lidia y cuyas sobresalientes aptitudes fueran un acicate para lanzar por el camino del progreso á Rafael Molina que, de otro modo, estaba expuesto á no luchar y á no adelantar, por falta de combatiente.

En este preciso momento histórico, como se dice ahora, aparece, con oportunidad verdaderamente providencial, la figura de Frascuelo.

Busquemos á Frascuelo en Madrid, como hemos buscado antes á Lagartijo. Por ahora, me contento con relatar

hechos y trazar la serie de paralelas que el estudio de Rafael y Salvador requiere

Es muy difícil precisar el día en que Salvador Sánchez pisó por primera vez la plaza de Madrid. Comenzó toreando los novillos embolados que se corrían para los aficionados, y ya en el año de 1863, en las dos novilladas verificadas el martes 8 y el domingo 13 de Diciembre, aparece como banderillero de Villaverde en los toros de puntas que se corrieron en aquellas

El Boletín de loterías y de toros (continuación de El Enano), fundado y redactado por Carmona en 1851, es un arsenal abundantísimo de datos, para seguir, día por día, á Lagartijo y Frascuelo.

Carmona era un aficionado inteligente y severísimo que no torció jamás su criterio y que juzgó á los toreros con suma imparcialidad, á despecho de escenas muy desagradables ocurridas con Julián Casas y Pucheta. No quebrantaron jamás su ánimo las dádivas ni las amenazas y Pérez de Guzmán, en sus *Toreros Cordobeses*, califica como periódico el más reputado y veraz de la corte, al *Boletín de loterías y de toros*.

Don José Carmona y Jiménez fué mi maestro; á su lado y al lado de aficionados inteligentes y serios como él, aprendí lo poquísimo que sé de toros, y si digo esto, es para probar que no hablo de Carmona por referencias, pudiendo, como pude apreciar muy de cerca, la inteligencia y la admirable entereza de carácter que era patrimonio del director de *El Enano*.

He de acudir tantas veces al autorizado testimonio de Carmona, que no me ha parecido inoportuna la anterior declaración.

Advierto también que siempre que cite á Carmona, aludo al *Boletín de loterías y de toros continuación de El Enano*.

En su número de 15 de Diciembre de 1863, y hablando de las novilladas verificadas en los días 8 y 13, se lee lo siguiente, que se refiere á la del día 13 :

«El segundo (toro) tenía por nombre *Lobito*. Cárdeno, bragado, buen mozo y de buenas púas, salió ligero y bravo.

Salvador Sánchez, *chico aficionado de los que salen en los primeros novillos embolados y que no manifiesta poca disposición*, le dió *dos quiebros, mucho mejor el segundo que el primero*. Le aplaudieron y le echaron bastantes cigarros.»

En el resumen de la novillada se lee lo siguiente :

«El joven Salvador Sánchez, repetimos, que nos agrada *por su bravura y su buen deseo*.»

«En la 7.^a corrida de novillos verificada el domingo 8 de Enero de 1865, el cartel, después de anunciar la lidia de dos novillos embolados, decía :

«2.º Un torete embolado, para cuya lid se ejecutará la *mogiganga nueva*, titulada :

LOS EUNUCOS Y LAS ODALISCAS.

Al efecto se presentará una comparsa de moros con tambor batiente, mandada por el sultán y se colocará en un pabellón construído en el redondel. En seguida saldrán las ODALISCAS en un carro triunfal escoltadas por cuatro EUNUCOS montados en BURROS, los cuales armados de garrochas, se colocarán en los ángulos del pabellón, para defender al SULTAN y á las ODALISCAS de las acometidas del torete; pero si no se acerca le buscarán en cualquier punto de la plaza. Dos MOROS metidos en CESTOS le pondrán banderillas, y por último, el SULTAN le dará muerte.»

Y dióselas, en efecto, el sultán, de una estocada arran-

cando, tres medias á volapié y un certero descabello que le valió palmas.

¡Aquel estupendo sultán, jefe supremo de los eunucos y de las odaliscas que se estilaban entonces en la plaza de toros de Madrid, no era otro que Salvador Sánchez, Frascuelo!

¡Qué gran ejemplar se perdió la iconografía taurina, por no haber dibujado Perea á Salvador, vestido de Frascuelo-Pachá! ¡Con turbante y todo!

En la 16.^a corrida de novillos verificada el 19 de Marzo de aquel mismo año, tenemos de nuevo en campaña á Salvador, como comparsa de la mogiganga *El doctor y el enfermo*.

Oigamos á Carmona:

«El torete fué bien banderillero en *cestos* y muerto por Salvador Sánchez de una estocada *recibiendo*, después de haberlo trasteado muy regularmente y casi descabellándolo á la primera vez que lo intentó.»

Después de la mogiganga, se corren dos toros de puntas y Salvador figura como banderillero en la cuadrilla de Manuel Caro que actuaba como espada.

Carmona dice en el resumen de su revista:

«De los banderillos, sobresalió Salvador, y como espada, estuvo bien.»

Es decir, que antes de cumplir los *veintiún* años de edad, Frascuelo *recibía* novillos y sobresalía banderilleando toros.

En la novillada del 19 de Noviembre, nueva mogiganga titulada: *Los guachindangos de Sevilla, en la celebración de una boda de gitanos*. ¡Bonito título!

Salvador no toma parte en la mogiganga, actúa como banderillero de Villaverde, en los dos toros de puntas.

Y dice Carmona, refiriéndose al primer toro:

«Salvador Sánchez clavó medio par al cuarteo, uno lo

mismo muy bueno y otro regular tras de una salida falsa.»

Llega el segundo toro y dice Carmona:

«Salvador Sánchez le saltó al traseuerno.» En la tercera corrida de novillos verificada el 3 de Diciembre de 1865, encontramos el primer ascenso de Salvador. Véase lo que decía el cartel al enumerar los lidiadores para los dos toros de puntas:

«ESPADA.—Vicente García, *Villaverde*, con su correspondiente cuadrilla de banderilleros, contándose entre ellos Salvador Sánchez, *Frascuelo*, que dará el *quiebro en la silla*, si algún toro se prestase á esta suerte.

SOBRESALIENTE DE ESPADA.—El mencionado *Frascuelo* sin perjuicio de banderillar los toros que le correspondan.»

Advertencia importante. Este es el primer cartel en que aparece en Madrid el nombre de Salvador Sánchez, *Frascuelo*.

Consultemos á Carmona para ver cómo se portó en la función el diestro de Churriana:

«Salvador Sánchez, *Frascuelo*, tomó la silla é intentó poner banderillas sentado en ella; pero no lo efectuó por las advertencias justas y prudentes que le hicieron los competentes toreros Regatero y Muñiz, colocando al bicho un par y dos medios, cuarteando.»

Esto sucedió en la lidia del primer toro. En la del segundo, Carmona dice:

«*Frascuelo* quiso también clavar rehiletes en la silla, y al fin no lo ejecutó, poniendo dos buenos pares al cuarteo.»

En la novillada siguiente del 10 de Diciembre, Salvador pasa de sobresaliente á matador de novillos, y hace su *debut* del modo siguiente:

«Y Salvador Sánchez, *Frascuelo*, que empezó á trastear al bicho con recelo y arrancando de largo, aun cuando concluyó más en la cabeza, después de infinitos pases natu-

rales, con la derecha y por alto, le dió un pinchacho á mete y saca fuera de suerte, otro á volapié, otro arrancando de largo; intentó otro y se echó fuera, otro á paso de banderillas, tres en hueso á volapié; el toro se tapaba; una corta á la media vuelta, otra lo mismo y algo baja... El banderillero Juan Mota ayudó poderosamente al joven matador. Este dió cuatro verónicas.»

Todo este desavío lo produjo el primer toro que se llamaba *Ligero*, y pertenecía á la ganadería de D. Juan Manuel Fernández, vecino de Trujillo.

Vamos al segundo toro, *Señorito*, de la vacada de Carriquiri.

«*Frascuelo* tomó una silla y plantó un buen par sentado en ella y dando el quiebro, cayéndose á poco un palo, estando después arrollado y librándose, tanto por el cuarteo que dió en la cabeza del *bicho*, cuanto por el capote de Mota y luego otro buen par al cuarteo, siendo muy aplaudido.

Salvador Sánchez brindó el toro á unos caballeros que ocupaban el palco núm. 38, y después de dos pases naturales, uno de pecho, otro con la derecha y otro dando una vueltecita, citó y recibió al *bicho*, moviéndose un poco y dándole una corta algo baja y delantera, que ahondó desde entre barretas, dando al estoque con el sombrero calañés el banderillero Victoriano Alcón. *Frascuelo* había lanceado al toro con dos verónicas y una de farol, y después galleó poco ceñido.»

Este fué el *debut* de *Frascuelo* como matador en las corridas de novillos. Desde ese día. su nombre aparece en casi todos los carteles, como encargado de matar los toros de puntas en las novilladas.

No quiero aburrir al lector con la minuciosa relación de las faenas de *Frascuelo* en las funciones de novillos verificadas en Madrid, en 1866. En ellas le sucedió lo que á todos sucede, ya sean novilleros, ya sean matadores de

cartel: á veces vínole el santo de cara, y otras de espaldas.

Véanse las dos andanadas que le largó Carmona por las novilladas verificadas en los días 2 y 4 de Febrero de aquel año.

Allá va la primera andanada:

«Salvador Sánchez ha capeado bien y banderilleado lo mismo, tanto en la silla como al cuarteo; pero en los pases y en la muerte está cada vez peor; se encorva, baila y se sale de la suerte, descomponiéndose además, y enseñando al toro á que le siga, en vez de castigarlo y prepararlo con la muleta; sin esta no hay defensa ni lucimiento; y si además no se arranca desde el terreno conveniente, en vez de concebirse esperanzas, se sufren desengaños.»

Allá va la segunda:

«Salvador Sánchez, *Frascuelo*, en los quites está demasiado pronto en meter el capote, pues lo hace apenas besa el toro al caballo: tampoco nos gustó con la muleta, y se hace preciso que destierre los mete y sacas que solo deben darse en casos muy especiales. Este diestro, en vez de adelantar, decae y lo sentimos; nada de mareo ni de baile, y sí compuesto, tranquilo y pies paraos (*sic*); nada de encorvarse ni de salirse del centro de la suerte, y sí intentar y saber lo que se intenta en la muerte, y defenderse y castigar y preparar bien con la muleta al *bicho*.»

Las dos filípicas anteriores no son flojas. Pero llega la novillada del 21 de Mayo, en la cual Salvador mató sus dos oros de dos estocadas: la una aguantando y á volapié la tota, y he aquí á Carmona echando las campanas á vuelo:

«*Frascuelo* nos ha gustado extraordinariamente y al público también, que le aplaudió con entusiasmo y le regaló muchos cigarros; ha estado muy fresco, muy ceñido y muy oportuno.»

¡Singular coincidencia! En el mismo número de *El Enano* (22 de Mayo de 1866), en que Carmona habla con tan-

ta benevolencia de Frascuelo, dedicaba á Lagartijo, en el resumen de la corrida verificada el 20, las siguientes líneas:

«Rafael Molina nos gustó anteayer en cuanto cabe en un principiante: su primer toro lo mató con incertidumbre, pero regularmente, y bien su segundo, habiendo mejorado los pases.»

Abreviemos. Durante el año de 1866, Salvador tomó parte por primera vez en una corrida de toros en Madrid, sustituyendo á Gonzálo Mora, en la extraordinaria verificada el miércoles 31 de Octubre, y organizada por Cúchares para socorrer á la viuda é hijos del picador Manuel Ledesma, el Coriano. En ella toreó Frascuelo gratis como todos sus compañeros, figurando de sobresaliente de espada, y mató el tercer toro por cesión del Curro, y además el último de la corrida, por cierto con muy poco lucimiento, pero haciendo dos quites notabilísimos en la lidia del primer toro, y clavando un buen par de banderillas al quiebro, sentado en la silla, al toro segundo.

Desde este día, hasta el en que tomó la alternativa en la plaza de la corte, Salvador toreó en las novilladas de Madrid, en corridas de provincias, en la plaza de Lisboa, sin parar casi un instante, intentando recibir, haciendo quites, dando el quiebro con ó sin ella, saltando al trascuerno, lanceando de capa, descabellando, puntilleando, queriendo hacerlo todo y aprenderlo todo, con un atropellamiento y una sangre cuyos ímpetus nada bastaba á contener.

Cuando llegó la temporada de 1867, la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid, decía en sus carteles lo siguiente:

«Los espadas contratados hasta ahora, son los acreditados y aplaudidos

FRANCISCO ARJONA GUILLÉN (Cúchares),

CAYETANO SANZ y

RAFAEL MOLINA (Lagartijo).

con sus excelentes cuadrillas de picadores y banderilleros.

El público tiene reconocido á CÚCHARES como primer espada y distinguido maestro en la tauromaquia; la inteligencia de CAYETANO SANZ, y su excelente escuela en el toreo, han sido siempre apreciadas y aplaudidas, y el simpático y valeroso joven LAGARTIJO, recogió en el año anterior gran cosecha de aplausos. Por todas estas circunstancias, la Empresa se promete que será muy agradable al público, la reunión de aquellos tres diestros.

Sin embargo, la Empresa juzga muy oportuno consignar en este programa, para el debido y anticipado conocimiento del público, de los señores que han estado abonados en el año anterior, y de los que quieran abonarse de nuevo, que dichos tres espadas y sus cuadrillas, no trabajarán reunidos en todas las corridas, por que tienen estipulado en sus escrituras las salidas de costumbre para torear en otras plazas del Reino, y que en tales casos la Empresa los sustituirá con otros reconocidos como tales lidiadores, y dará también lugar para matar los dos últimos toros á jóvenes aplaudidos, como SALVADOR SÁNCHEZ (Frascuelo), y otros á quienes es conveniente estimular en la profesión tan difícil como arriesgada que han emprendido.»

He reproducido *in extenso* estos párrafos del cartel, porque son en realidad curiosos, y denotan lo mucho que había logrado distinguirse Frascuelo en su trabajosísimo y accidentado aprendizaje.

En aquella temporada primera que comenzó el 21 de Abril, figuró, pues, Salvador en Madrid, como banderillero de Cayetano y sobresaliente de espada, mejor dicho, como espada de reserva, al igual de Lagartijo en 1864 y 1865, hasta que tomó la alternativa.

En esa temporada de 1867, Salvador mató más que banderilleó, y ocho días después de la corrida última de temporada en la cual fué cogido Rafael, como queda rela-

tado antes, se celebró el domingo 27 de Octubre una corrida extraordinaria á beneficio del Real Hospital de Nuestra Señora de Atocha, en la cual torearon de balde. Cúchares, su hijo Francisco Arjona Reyes y Frascuelo, y mató un becerro de dos años que se corrió en quinto lugar, Hipólito Sánchez Arjona, sobrino de Curro.

En esa corrida dió Cúchares la alternativa á Salvador que hizo su *debut* de la siguiente manera:

«Francisco Arjona (Cúchares) cedió los trastos de matar á Salvador Sánchez (Frascuelo) dándole, por consiguiente, la alternativa. *Frascuelo*, llevaba traje grosella y oro, y previos cinco pases naturales, otros tantos con la derecha y uno preparado de pecho, dió á *Señorito* una en hueso bien señalada á volapié, otra corta, siendo desarmado y un volapié bueno, siendo cogido el diestro é introduciéndole el *bicho* el asta derecha por debajo del chaleco y chaqueta del lado derecho y arrastrándole hasta que las dos prendas se rompieron: el diestro se levantó como si nada le hubiera ocurrido y descabelló al toro á la primera vez de intentarlo, siendo por ello muy aplaudido y obsequiado con cigarros. Las señoras del Consejo que ocupaban el palco núm. 29, regalaron á *Frascuelo* una rica petaca »

El toro *Señorito* pertenecía á la ganadería de D. Manuel Bañuelos y Salcedo, del Colmenar y era retinto oscuro y bien armado.

Salvador mató además el sexto toro (se corrían ocho, mató el sétimo el Cabo y Currito el último) después de haberle puesto dos pares de banderillas y además un par el Curro y otro su hijo.

He aquí como relata Carmona la muerte del sexto toro:

«*Frascuelo*, que ya se había puesto otra chaqueta con bordado de plata, brindó la muerte de *Cuervo* á las señoras del Consejo del Hospital, y con cuatro pases naturales, dos con la derecha y dos de pecho, citó para recibir y el

bicho no entró, y después lo recibió, aunque no consumó la suerte, dándole una corta y baja El diestro fué obsequiado con cigarros.»

El toro en cuestion pertenecía á la vacada de Gutiérrez, y era colorado, ojo de perdiz y bien armado.

Cuando Salvador Sánchez, Frascuelo, recibió en la plaza de Madrid la alternativa, le faltaban dos meses para cumplir 23 años!

Ya tenemos aquí á Lagartijo y Frascuelo hechos unos matadores de toros, el uno antes de cumplir los 25 años, y el otro antes de cumplir los 23. Hemos visto las vicisitudes del uno y del otro, para alcanzar la codiciada alternativa. Ya tiene su cuadrilla cada uno; ya campan los dos por sus respetos; tienen juventud, valor, simpatías y una brillante carrera en perspectiva

La lucha era inevitable; aquellos dos gallos de acerados espolones tenían que pelear en cuanto se encontraran frente á frente.

¿Cuándo surgió la competencia? En cuanto torearon juntos como matadores, por primera vez, en la plaza de toros de Granada, en las corridas de los días 7 y 11 de Junio de 1868.

Prepárese el lector á oír cosas estupendas, desconocidas hasta hoy muchas de ellas, y todas muy sabrosas, acerca de una competencia que dura aún, después de 18 años de combate.

Hemos llegado al punto culminante de esta obra; á la parte más grave y espinosa de mi trabajo.

Fuera de ciertos hechos curiosísimos y completamente nuevos que daré el primero á conocer, quiero apelar al testimonio del prójimo, al relatar una competencia que he presenciado en su mayor parte.

Tengo á la vista algunos documentos interesantes, opiniones ajenas que quiero aprovechar, antes de emitir la

mía sin saña, sin pasión, leal y francamente, como cumple á quien no tiene más adoración en el mundo que la verdad y dice la verdad, tal como la siente, sin ambajes ni rodeos, á despecho de los terribles disgustos que la propaganda de la verdad en el toreo y fuera del toreo le ha proporcionado tantas veces, y con la sola esperanza de ver tarde ó temprano triunfante la verdad, como la ha visto fuera del toreo y en todas partes.

Entremos en materia.

II

Primer encuentro de Lagartijo y de Frascuelo.—El periódico *El Mengue*—La competencia en Granada.—*El Mengue* y Salvador.—Lagartijo y Frascuelo en Madrid con el Tato.—Cogida del Tato y consecuencias.—Rafael y Salvador solos.—Atrocidades en competencia.—Lagartijo citando á recibir.—Cayetano Sanz, Currito y Frascuelo.—Un año de cogidas.—La corrida de Beneficencia de 1871.—Media luna y multas.—Un gran paso de Salvador.—Rafael y Salvador matan seis toros cada uno.—Incidentes.—La temporada de 1872.—Un brindis de Lagartijo al Tato.—Censuras y elogios.—Ovaciones á Frascuelo.—Una corrida de Beneficencia.

Lagartijo y Frascuelo se encontraron por primera vez juntos, en la Plaza de Toros de Granada el domingo 7 de Junio de 1868.

Para enterarme de los sucesos taurinos de aquel año, tengo á la vista la colección de *El Mengue*, del famoso periódico que marcó en la prensa madrileña una época inolvidable.

Dirigía *El Mengue* D. Mariano Garisuain Blanco, aficionado audaz é inteligente que, á consecuencia de la competencia entre el Tato y el Gordito, armó una verdadera revolución en Madrid, y puede decirse que en toda España.

No hay sino leer la colección del periódico, para convencerse del entusiasmo sincero, admirable que Garisuain sentía por el toreo verdad.

Horribles, tremendas fueron las censuras que dirigió al Gordito, censuras harto justificadas por el trabajo de aquel diestro durante su competencia; pero no fueron menos acres sus juicios respecto á las deficiencias del toreo de Antonio Sánchez.

Dijo la verdad al uno y al otro; y si el Tato salió vencedor de la pelea, *El Mengue* pudo tener la satisfacción de ver triunfantes sus ideas taurinas, que ponía en práctica, en parte, sino en todo, el matador que Garisuaín defendía con imparcialidad y sin pasión alguna.

Garisuaín fué cruel hasta el exceso con el Gordito; pero hay que tener en cuenta las villanas armas que los partidarios de Carmona, en provincias, ponían en juego para desacreditar al director de *El Mengue*, que no tuvo calma suficiente para despreciar la calumnia.

Lo de siempre. Se dijo que el Tato *daba dinero* al *Mengue*, como hoy se dice que Frascuelo da dinero á los que le defienden; y Garisuaín, lo repito, no tuvo suficiente serenidad, como la tiene alguien que yo conozco muy de cerca, para moderar la cruenta saña de su campaña antigordista.

Pero, con ese lunar, *El Mengue* no perdió su autoridad ni un solo instante, y hoy dá gozo recorrer aquellas páginas en que las exageraciones de la pasión pusieron en evolución el campo taurino, y señalaron una época admirable de movimiento y de vida entre toreros y aficionados. Verdad es que los aficionados de entonces, se parecían á la inmensa mayoría de los aficionados de hoy, como se parece un elefante á una hormiga.

En la primera corrida de toros verificada en Granada el 7 de Junio de 1868, torearon por primera vez juntos, como matadores, Lagartijo y Frascuelo.

En esa corrida no ocurrió realmente nada de particular. Lagartijo cedió á Frascuelo el primer toro, cárdeno oscuro y meano, perteneciente á la ganadería de Concha y Sierra, y que se llamaba *Centello*.

Salvador estuvo desgraciado en la muerte de este toro; mató regularmente el cuarto que brindó á la bailarina Piteri, y dió al último una magnífica estocada que el público aplaudió con entusiasmo.

Rafael se hizo aplaudir en el trasteo y muerte del tercer toro, y estuvo también desgraciado en los otros dos que mató.

El Mengue, en el resumen de la revista, se contenta con decir:

«Lagartijo, sin ganas de trabajar; Frascuelo con voluntad.»

Pero llegó la corrida del día 11 de Junio, y se armó la gorda, según la propia expresión del *Mengue*, que hace el siguiente relato de la lidia del cuarto toro:

«El Sr. Presidente agitó su pañuelo para que tomara libertad el cuarto Ignoramos su nombre, negro meano y herido por Caín; tomó diez lancetazos, seis del valiente Francés, dejando dos caballos, uno herido, y sufriendo con resignación tres caídas, estando á los quites los espadas (vaya la gorda); Frascuelo en un quite, quedó de rodillas, y Lagartijo lo hizo en otro, quedando de espaldas, con rodilla en tierra y muy corto. (Palmas á ambos matadores.)

»Marqueti señaló dos puyazos, en uno cayó en el testuz, al quite Lagartijo, y Calderón otros dos, estando al reparo los dos matadores.

»Declarada la guerra entre ambos matadores, *los dos se tendieron en el suelo á poca distancia del cornúpeto*, y el Señor Presidente les amonestó para que se ajustaran á la lidia tal como lo recomienda el arte; cogieron banderillas de á cuarta, dejándolas bien al cuarteo; Lagartijo se sentó en la silla, y el toro, falto ya de facultades, no se le vino, y le puso un grandioso par á topa carnero; Frascuelo se pasó una vez, y dejó otro par cuarteando.»

En el resumen de esta revista, se lee lo siguiente:

«Los matadores han competido en arrojo y serenidad.

»Frascuelo tiene el corazón como el Coradino. Sr. *Mengue*, ¿conoció V. al Coradino? No? Pues ni yo tampoco, pero dicen que tenía el corazón de hierro».

Tal fué el principio de la competencia entre Lagartijo y Frascuelo. En la plaza de Granada se encontraron por primera vez como jefes de cuadrilla, y bastó el primer choque de aquellos dos temperamentos antagónicos para que surgiera fatal y necesariamente la declaración de una guerra sin cuartel, que los partidarios de uno y otro diestro habían de tener siempre encendida, aun contra la voluntad de los dos competidores.

Aquel año, Lagartijo no estaba en Madrid. Toreó en los dos anteriores de 1866 y 1867, alcanzando muchos aplausos en las muertes de algunos toros, pero produciendo, sobre todo, el entusiasmo general cuando ponía banderillas al quiebro, con un garbo y una elegancia irresistibles.

En 1868, Salvador estaba contratado con el Tato y el Gordito, y presencié la espantosa caída del segundo y los escándalos á que dió márgen la célebre competencia entre los dos diestros sevillanos.

Frascuelo estuvo en la primera temporada desigual y, en general, muy poco afortunado.

Véase lo que le decía *El Mengue* al tratarse de la corrida del 27 de Abril:

«Frascuelo necesita consejos. Ha venido al toreo, hace un momento y por eso le disculpamos. Sin embargo, los problemas del toreo se resuelven con mucha presteza. Si no *pasa* los toros como su maestro (Cayetano Sanz), si no *para* los piés como los paraba Manuel Domínguez, y si el codo del brazo derecho no le coloca en dirección de la mano, y esta á la altura del pecho, no herirá nunca los toros para matarlos, y su reputación pasará, como otras muchas, al olvido.»

En el resumen de la corrida del 21 de Junio, todavía está *El Mengue* más duro con Frascuelo. Dice así:

«Si ahora que está en los primeros ensayos y cuando la opinión no ha pronunciado aún su último fallo, no

se enmienda, pronto pasará al rincón de los olvidados.»

No vaya á creerse que, por estar Lagartijo ausente de Madrid, le olvidaba *El Mengue*.

En diversas correspondencias de provincias que publicaba el célebre semanario de Garisuaín, hay algunas en que se elogian con calor las faenas de Rafael, y otras en que se censuran con mayor ó menor acritud.

Ahí va el jabón que daba á Rafael el corresponsal de *El Mengue* en Cádiz, en la *apreciación* de la corrida verificada allá, el 28 de Junio de 1868:

«Rafael Molina Lagartijo, tampoco cumplió cual debía; si se coloca tan corto ¿por qué no lo hace derecho? Si lo hiciera, no le veríamos salir sesgando de la cabeza como le hemos visto en sus dos toros; ni resultarían esas estocadas atravesadas, ni se vería en la necesidad de abusar del consabido descabello, pero entonces no sería digno discípulo de su digno maestro (el Gordito). Le aconsejamos sin embargo, que renuncie á muchas de las cosas de él aprendidas, y tal vez pueda ocupar un puesto distinguido en el decaído toreo».

Como se ve, *El Mengue* tenía para todos.

Salvador que, como queda dicho, estuvo desafortunado en la primera temporada, terminó ésta, sin embargo, con aplauso de *El Mengue*.

Decíale éste en la apreciación de la corrida extraordinaria del 9 de Julio, celebrada á beneficio del hospital de cigarreras:

«Frascuero nos ha gustado matando... Los resabios de la mano derecha los ha desterrado de poco tiempo á esta parte. Antes hería, pero no mataba. Ahora mata. El día que iguale la mano izquierda, con la desvergüenza que trae al lado de los toros, la guapeza en los *quites* y otros detalles de adorno que tiene, como las divisas, etc., podemos sacar un torerito».

En la reseña de la corrida del 12 de Julio, todavía está más expresivo *El Mengue*, que después de dar una soberana paliza al Gordito, y de decir que el Tato estuvo desconfiado y casi huyendo, habla de Salvador en los siguientes términos:

«Hemos dicho que renunciábamos á todo género de apreciaciones, pero no podemos pasar desapercibidos los adelantos de Frascuelo. Ha dado al tercer toro dos pases sobre la mano izquierda, y un volapié, que superan á todo encarecimiento. Adelante, muchacho.»

Y al reseñar, en la segunda temporada, la corrida del 9 de Octubre, dice *El Mengue*:

«Frascuelo *llegó* á la puerta de arrastradero á *pasar* su primer toro (de Moruve), como se llegan los hombres. Arrancó antes que el chico se colocara, pero le recibió en la mano izquierda, dándole toda la salida de la muleta. Bien por el muchacho. Aquella manera de *cambiarse*, aunque hubo una ligera duda, y aquella manera de matar, son faenas que merecen apreciarse. Sigue, niño, por esa senda, y darás á los madrileños un matador de toros que há tanto tiempo desean.»

Llegó el año de 1869, memorable para la historia de España, y para la historia del toreo, puesto que quedó inutilizado para la lidia el infortunado Antonio Sánchez, el Tato.

En ese año fueron contratados Lagartijo y Frascuelo, con el célebre matador de los volapiés.

Vuelvo ahora á Carmona y á su *Boletín de loterías y de toros*, porque *El Mengue* no volvió á publicar número alguno desde Octubre del año anterior.

Pero si Garisuaín era inflexible con los toreros, Carmona no le iba en zaga; y muy pronto se verá de qué modo trataba á los matadores, sin distinción de categorías.

La primera rociada toca á Lagartijo en la corrida del 4 de Abril.

«A *Lagartijo* tenemos que censurarle fuertemente; si ha de echarse fuera al arrancar, como lo hizo ayer, debe retirarse del toreo.»

Ni más ni menos. Allá va otra rociada, que no es floja, á propósito de la corrida del 18 de Abril. Esta rociada toca á todos.

«Hoy no hay más que barullo, mucho meneo, grande zaragata y ningún arte ni inteligencia; cada cual no piensa más que en salir del paso de cualquier modo, y todos ideando el medio de destrozar á los toros con recortes, capotazos, y por correrlos mucho y no por derecho; ninguno se para ni recibe, y escepto el Tato, vemos que la mayoría se echan fuera al arrancar, y cuando se presenta un toro inocente, pero que tiene muchos pies ó se defiende por instinto natural, se arrima toda la cuadrilla al *bicho* y tratan de hacer ver que éste es de mucho cuidado, volviéndolo y revolviéndolo, como si fuera de sentido y de condición aviesa. Nosotros también salimos disgustados y sufrimos más que otros, porque presenciamos los arteros recursos y miserias que se ponen en juego para encubrir la no inteligencia y el poco arte, y á veces la *jindama*»

Esta filípica debió quizá producir efecto en Lagartijo y Frascuelo, puesto que en el resumen de la corrida siguiente, Carmona dice que Lagartijo volvió por su buen nombre, y que Frascuelo satisfizo una necesidad al recibir su primer toro.

Pero al llegar al Tato, el crítico se dispara, y dice:

«El Tato ha quedado esta tarde (25 de Abril), por bajo de sus compañeros... Sacó dicho toro (el cuarto) en un quite que hizo á Marqueti, y que fué necesario que lo enmendase el *Cuco*, el cual también tiene que preparar y colocar con el capote los *bichos* que ha de matar el primer espada. ¡Válganos Dios y qué jefe de redondel tenemos tan manco de la izquierda, y que no procura recibir más que el *parné!*»

Falta el palo á Salvador, que no se hizo esperar. En el resumen de la corrida del 16 de Mayo, se lee:

«Salvador Sánchez, Frascuelo, tampoco adelanta, y sentiremos tener que perder la esperanza que nos hizo concebir en la segunda temporada del año último: *tiene mejor escuela para trastear que todos sus compañeros*, puesto que algo tomó del único que sabe manejar la muleta con arte, que es Cayetano Sanz; pero si ejecuta algunos pases buenos, son los menos, y lo peor de todo es que baila y se escama ó hace extraños, lo cual no demuestra toda la frescura que debe haber... Hay que recibir toros y parar los pies, Sr. Salvador.»

Llegamos al triste día del 7 de Junio, en que, para solemnizar la jura de la Constitución de 1869, se verificaron dos medias corridas, la una por la mañana, á las diez, y la otra por la tarde. En esta segunda media corrida ocurrió la cogida del Tato, que voy á copiar del *Boletín de loterías y de toros*, seguro de que los lectores lo agradecerán:

«El cuarto (toro de D. Vicente Martínez, de Colmenar Viejo), acudía por *Peregrino*; castaño, de pies y bien armado, se presentó abanto, y el Tato quiso pararle, pero el tunante del *bicho* sólo medio admitió una verónica. Sin codicia recibió una vara, y baja, de Iglesias, quien sufrió un porrazo y se quedó á pie; tres de Calderón, y dos, una de ellas baja, de Agujetas (1). Julián Sánchez clavó un par de las de cintas y banderas al cuarteo, y Mariano otro de cintas y plumas, y uno de los naturales, de la misma manera que aquél.

»El Tato da seis pases naturales, cuatro con la derecha y uno por alto, una corta á volapié y en dirección de atravesar; otra en hueso, á volapié también, y un gran

(1) Picador así apellidado, y que no hay que confundir con el actual Manuel Martínez (Agujetas).

volapié de los que él dá, siendo cogido con el asta derecha, suspendido y volteado, sin hacer caso el toro del diestro, cuando cayó. El *Tato* se levanta y se echa las manos á la herida para impedir la salida de la sangre, y empieza á andar solo con la pierna izquierda dando saltos, en cuyo acto su gente, que ya estaba junto á él, y otros, le auxilian y conducen á la enfermería, donde se dió por el facultativo de guardia el parte que dice que el *Tato* ha recibido una herida en el tercio superior de la pierna derecha, de cuatro centímetros de longitud vertical por tres de profundidad, que le impidió seguir trabajando, marchando el espada á su casa.

«*Lagartijo* tomó los trastos, y *Villaverde* estuvo conforme en ello, descabellando aquél á *Peregrino* con mucho garbo y acierto al primer golpe».

Conducido á su domicilio, calle de la Victoria, esquina á la Carrera de San Jerónimo, la herida presentó, desde luego, suma gravedad, é hizo precisa la amputación del miembro lesionado, operación que se verificó el lunes 14, ocho días después de la cogida.

En el *Boletín de loterías y de toros* del día siguiente (15 de Junio), hallo la siguiente interesante noticia:

«En las diferentes operaciones y sajaduras que se han hecho al *Tato*, tanto en el muslo como en la pantorrilla y pie derecho, ha demostrado el paciente gran valor y presencia de espíritu, tratando de animar á los concurrentes al acto con algunas expresiones propias de su genio jovial; pero ayer tarde, cuando le hacían la amputación cuatro dedos más abajo de la rodilla, en cuya operación se mostró con una resignación y valentía sobrenatural, sosteniéndole un buen aficionado de Madrid y amigo del espada, y el banderillero Domingo Vázquez: cortada que ya le fué la parte de pierna, exclamó con tristeza: «¡Adiós Madrid!» cuyas palabras expresan, entre otras muchas cosas que el

público conoce y no hay necesidad de decir, el dolor y pena del que fué matador de toros, al convencerse de dejar de serlo ».

Así murió para el toreo el simpático y valiente matador sevillano que no quiso escuchar los consejos de Carmona y de Garisuaín en *El Enano* y en *El Mengue*, cuando le predecían la cogida que sufrió.

Ambos inteligentes aficionados habían advertido al Tato el peligro que corría al arrancarse al volapié teniendo los toros humillada la cabeza.

Sufrió por ello más de una cogida, no teniendo, como no la tuvo, en general, habilidad suficiente para vaciar los toros con la muleta; y vino á morir, por fin, para el toreo, por esa misma causa, y en las circunstancias de que queda hecha relación.

Cayetano Sanz, Lagartijo y Frascuelo, se encargaron de torear todas las corridas que el Tato tenía comprometidas en aquella temporada. Al entregarle íntegras sus compañeros las cantidades que le correspondían, quiso Antonio Sánchez cederles una buena parte; pero Rafael y Salvador se negaron rotundamente á ello, y el Tato, profundamente conmovido ante la nobilísima conducta de aquellos jóvenes matadores, regaló un estoque á Lagartijo, y el traje negro que vestía en el día de la cogida, á Frascuelo.

Muerto el Tato para el arte, quedaron Rafael Molina y Salvador Sánchez dueños de la situación, solos, árbitros del porvenir, única esperanza, única ilusión de los aficionados.

Aquí comienza realmente la historia de Lagartijo y de Frascuelo.

En la corrida del 21 de Junio, primera que se verificó después de la cogida del Tato, actuaron como espadas Lagartijo y Frascuelo, lidiando seis toros de Miura.

Fuese el temor que las reses de Miura inspiran general-

mente á todos los toreros, ó fuese la natural emoción que en éstos produjo la desdichada suerte de Antonio Sánchez, lo cierto es que, tanto Rafael como Salvador, estuvieron en aquella corrida desdichadísimos al matar; pero en las sucesivas se rehicieron, quién más, quién menos, sobresaliendo ambos en los quites é intentando Frascuelo recibir algunos toros. Los defectos salientes de los dos eran: en Lagartijo, echarse fuera al herir y encorvarse al pasar, y en Frascuelo abusar lamentablemente de la muleta y descomponerse al herir en cuanto no cogía los blandos en la primera estocada.

Los dos tenían, sin embargo, muchos partidarios, y ya comenzaba á dibujarse el afán insensato de aplaudirlo todo al espada predilecto, afán en el cual, se distinguían fuertemente los apasionados de Rafael.

Los dos jóvenes matadores estaban entonces en pugna abierta, pero en la Plaza de Madrid sabían contenerse ante un público que imponía respeto á ambos.

Las peleas tremendas se verificaban en las plazas de provincias, donde Lagartijo y Frascuelo, cometían todo género de atrocidades, recortando, coleando, rascando el testuz de los toros, arrodillándose y tendiéndose ante ellos y dando márgen á que los presidentes los amonestaran severamente, como en Granada, el año anterior.

En Madrid, lo repito, guardaban relativa prudencia, pero hostigados por la prensa que después de vapulear al Tato mientras estaba útil, comenzó como siempre á llorar su pérdida en cuanto se inutilizó para el toreo, Lagartijo y Frascuelo hicieron en la corrida del 19 de Setiembre de 1869, un memorable pinito.

Lidiáronse en aquella corrida seis toros de D. Julián Bañuelos, y desde la salida del tercero, llamado *Fortuno*, retinto albardao y bizco de la izquierda, comenzaron ya las temeridades por parte de Salvador.

El toro se enredó á la salida de una vara, en la brida del caballo de Francisco Calderón, y fué Frascuelo, y con las dos manos, se agarró al cuerno de la res y deshizo el enredo con la mayor frescura, obteniendo una gran salva de aplausos.

Tocaron á banderillas y tomaron los palos Lagartijo y Frascuelo. Salvador pidió una silla, se la trajeron, se sentó en ella, alegró al toro y éste acudió al paso. Un instante antes de llegar á la silla, se incorporó Frascuelo con el objeto de evitar la cogida saliéndose fuera; pero al ver el movimiento de Salvador, el bicho se detuvo y Salvador volvió á sentarse, quedando á cortísima distancia del cornúpeto al cual *saludó* varias veces el temerario banderillero. Viendo que el animal permanecía inmóvil, Frascuelo se levantó, y en aquel momento, arrancó el toro á la silla, llevándosela en la cabeza y haciéndola pedazos.

Después de esta serie de atrocidades, Salvador citó sin silla y clavó un magnífico par quebrando.

Lagartijo que había estado con olímpica tranquilidad contemplando á su compañero, se fué al toro en cuanto lo vió parado, se colocó delante, metió mano al bolsillo de la chaquetilla, sacó el pañuelo, lo tendió en el suelo, y citó al animal.

Acudió éste tan de mala manera, y con tanta valentía le esperó Rafael, que á penas tuvo tiempo de salirse en falso, siendo acosado y librándole de un desavío Salvador que, con la celeridad del rayo, se interpuso montera en mano, entre el bicho y Rafael, librando á éste de una cogida segura.

Lagartijo, sin inmutarse, volvió al toro, colocó de nuevo el pañuelo en el suelo, clavó en él los piés y citó. El bicho arrancó como una bala, y Rafael, sin moverse absolutamente nada, quebró de cintura y colocó un asombroso par en las péndolas.

Salvador terminó la suerte con medio par de banderillas de á tercia, que clavó, saliendo en falso intencionadamente dos veces, rascando al toro el testuz en la primera salida, y agarrándose á un cuerno en la segunda.

Y así terminó aquella memorable serie de temeridades que el público acogió con inmensa ovación, colmando á Lagartijo y Frascuelo de palmas y de cigarros.

Otra cosa notabilísima había ocurrido en esta corrida en la muerte del primer toro. Aquí dejo la palabra á Carmona:

«Rafael Molina (Lagartijo), con traje verde y oro, da cuatro pases naturales, otros tantos con la derecha, cuatro medios pases, tres cambiados y dos de telón, y *cita para recibir*, pero se echa fuera lastimosamente, y por consecuencia resultó la estocada muy atravesada; después da una en hueso á un tiempo, bien señalada, otra lo mismo á volapié, y una buena de la misma clase ».

Me parece que la cosa merece consignarse, pues, en mi concepto, es la *única vez* que Rafael Molina ha intentado recibir un toro en la plaza de Madrid.

El año 1869 terminó con una corrida extraordinaria verificada el 31 de Octubre, á beneficio del Tato. El infortunado diestro salió con su cuadrilla á la plaza, en una carretela descubierta, y fué objeto de una delirante ovación que le hizo verter abundantes lágrimas, así como al Cuco.

En dicha corrida trabajaron gratis todas las cuadrillas de Antonio Luque, Lagartijo, Frascuelo, Machío (Jacinto) y Chicorro.

Para el año siguiente de 1870 fueron contratados Cayetano Sanz, Francisco Arjona Reyes y Frascuelo.

Recuerdo y recordaré siempre la admirable muerte que dió Cayetano al primer toro de la corrida de Beneficencia verificada el jueves 2 de Junio de aquel año.

Era el bicho berrendo en castaño, y pertenecía á la

ganadería de D. Antonio Hernández; se llamaba *Listón*. Llegada la hora de matar, Cayetano, que encontró al bicho muy noble, lo toreó de muleta de un modo pasmoso, girando sobre los talones y siempre sobre la mano izquierda, al natural y de pecho, dando después una magnífica estocada arrancando, en la cual prestó el toro poderosísima ayuda al matador. La ovación que alcanzó Cayetano es una de las más grandes que he visto en Madrid. Por mi parte no olvidaré nunca aquel maravilloso trasteo que resucitó más tarde Frascuelo en una corrida memorable también, y también de Beneficencia.

Fuera de aquella magistral faena de Cayetano, el célebre matador estuvo, en general, durante la temporada de 1870, sumamente desgraciado, lo cual no debe extrañar nadie, dada la falta de facultades, la salud, la edad y, sobre todo, las condiciones de Cayetano Sanz en el momento de herir.

Salvador sobresalió muchísimo al lado de sus dos compañeros, y llevó una temporada de gran carena, por la brega y los quites, en los cuales adquirió una verdadera celebridad. Recibió algún toro y fué cogido en la corrida del 18 de Setiembre por el último bicho que se lidió completamente de noche, recibiendo una herida, por fortuna no grave, en sitio muy delicado, y que el pudor no permite nombrar.

Aquel año fué de cogidas. Currito fué herido, en mala parte también, por el segundo toro de la corrida de 16 de Mayo.

Y Lagartijo sufrió el percance de que daba cuenta el *Boletín de loterías y de toros* del 17 de Mayo, en los siguientes términos:

«Ayer se ha levantado el apósito al espada Rafael Molina (Lagartijo), que se halla herido en Córdoba. En el matadero de esta ciudad recibió un puntazo dicho espa-

da de una vaca, á la que había coleado, y al caer descabellada le metió el asta cerca del talón del pie derecho. Parece que la herida no tendrá consecuencias desagradables».

Y á renglón seguido se lee el siguiente suelto:

«Anoche salió para Ronda el espada *Frascuelo*, con su cuadrilla, á fin de torear en la plaza de dicho punto el día 19 del corriente, en sustitución de su compañero *Lagartijo*, que no puede trabajar y á quien entregará aquél el importe íntegro que reciba de dicha corrida».

En la temporada de 1871, torearon juntos Rafael y Salvador, ganándose ambos muchas palmas y llevando, en general, admirablemente el peso de las corridas.

El año fué notable por un incidente digno de consignarse en las páginas de este libro, porque señala un hecho único en la historia de Frascuelo, como matador de cartel.

Ocurrió el incidente en la corrida extraordinaria de Beneficencia, verificada el domingo 21 de Mayo. Lidiáronse en ella seis toros de Miura, de los ocho que estaban anunciados, porque el sétimo salió casi de noche, saltó la barrera en cuanto se vió en la plaza, y se marchó al corral, terminando allí la corrida, sin dar suelta al octavo toro.

Ya se comprenderá, por esta circunstancia, que la lidia fué pesadísima, como lo fué, en efecto. Lagartijo, Currito y Frascuelo eran los jefes de las cuadrillas, y los tres trabajaban de balde.

Rafael mató su primer toro, según dice Carmona, de una corta arrancando, sin soltar; una en hueso, á volapié, siendo arrollado y encunado; otra lo mismo, bien señalada, y una buena á volapié.

Currito despachó al segundo, de dos estocadas cortas, á volapié, en las tablas, y Frascuelo dió cuenta del tercero «de una estocada en hueso, á volapié, y otra muy buena, arrancando, hasta la cruz, siendo aplaudido, y arrojándole

el rey (D. Amadeo), una petaca de piel de Rusia, con cigarros y un billete de 500 reales.»

Las peripecias comenzaron con la muerte del cuarto toro, que correspondía á Rafael. Dejo la palabra á Carmona:

«Lagartijo tardó quince minutos justos en matar á *Doblito*; le dió ocho pases naturales, doce con la derecha, seis medios pases, uno preparado de pecho y dos cambiados, siendo desarmado una vez, y arrollado y desarmado otra, al quite *Gallito*; una corta á volapié, aprovechando; otra lo mismo y bien señalada; dos en hueso, á volapié, no arrancando con fe en su segunda; el bicho acometió, y *Lagartijo*, en defensa, tiró la defensa á los ojos, y un pinchazo delantero á volapié. Torrijos acertó al segundo golpe.»

Currito mató el quinto de cuatro estocadas cortas y bajas, en su mayor parte. He aquí lo que dice Carmona del último tercio de lidia que sufrió el sexto toro:

«*Frascuelo*, con quince naturales, diez y seis con la derecha y uno cambiado, dió, entre pinchazos y estocadas, ocho, tomando el olivo una vez. Se expuso la media luna y salieron los cabestros; pero el toro se fué al corral cuando le pareció, matándolo allí».

Ya queda dicho que los toros sétimo y octavo no se lidiaron.

Falta ahora, para completar los detalles de la media luna dada al toro de Frascuelo, incidente famoso que dió entonces muchísimo que hablar á los aficionados, transcribir los principales párrafos de un artículo que Carmona dedicó al asunto en *El Enano*. Hélos aquí:

«Salvador Sánchez (Frascuelo), se lastimó una pierna al volcar el carraje en que iba, y participa á la Diputación que no puede torear; ésta, que ya tenía ofrecimiento de Cayetano para torear en caso extraordinario, llama al

apoderado de aquél, y no habiendo tiempo que perder, el mismo apoderado de aquél marcha casi (!) en posta á Villamantilla y se trae á Cayetano, anunciando la Diputación, por medio de cartel, la salida de Sanz; pero *Frascuélo*, que iba á trabajar de balde como todas las cuadrillas lo hacen en las corridas de Beneficencia (1), duda si podrán creer algunos que deja de torear porque no gana, y no porque no pueda, y anuncia á la comisión de la Diputación que trabajaría; nosotros, antes que trabajara *Frascuélo*, lo hubiéramos hecho reconocer por los facultativos.

El presidente, en nuestro juicio, debió mandar exponer la media luna á *Lagartijo* en su segundo toro, cuarto de la corrida, y no disponer la salida del sétimo *bicho*, porque era de noche, y Rafael Molina, como jefe de redondel, debió adoptar eficaces medidas para que el sexto *bicho* fuese inmediatamente al corral, dividiendo la gente en tres grupos para que facilitaran la entrada de aquel por las puertas de la barrera, auxiliando también los picadores.

» Como nada de lo que se dijo queremos ocultarlo, se habló de que las cuadrillas, que como ya hemos expuesto, trabajaban de balde, se unieron para no activar la marcha al corral del citado sexto toro, á fin de que no se corrieran los dos últimos.

» Nosotros creemos que aquellos se alegrarían de no lidiar más toros de Miura, pero no el que abiertamente y de mala fe se pusiesen de acuerdo para no cumplir las órdenes de la autoridad ».

Hasta aquí Carmona. ¿Y no puede atribuirse—objeto yo—el desobedecimiento de las cuadrillas á los mandatos de la autoridad, al digno y nobilísimo deseo de quitar á Salvador la afrenta de la media luna?

En cuanto pinchó al toro dos veces se vió claramente

(1) ¿Lo hacen ahora?

que Frascuelo estaba desprovisto de fuerzas; cojeaba fuertemente de la pierna izquierda, y se hallaba en un estado morboso indudable. La prueba es que á la primera intimación de la presidencia para que se retirase, lo hizo en el acto y se marchó á los estoques, sin vacilar un momento.

La conducta de Lagartijo, entorpeciendo las órdenes de la autoridad, fué, en mi concepto, admirable. Comprendió la triste situación de su compañero, é hizo cuanto pudo para ver si el toro se echaba y salía arrastrado, evitando así los principales efectos de la media luna. Si no lo consiguió, no fué ciertamente por haber dejado de poner en práctica todos sus esfuerzos.

Esto valió á Rafael *ciento veinticinco pesetas* de multa, como director de la lidia, y *doscientas cincuenta pesetas* que la presidencia impuso á cada una de las tres cuadrillas, de las cuales correspondía también su parte á Lagartijo; pero las multas se perdonaron al poco tiempo, y en realidad la fama de Lagartijo y de Frascuelo no sufrió ningún menoscabo por los desagradables incidentes de aquella célebre corrida.

Fué, sin embargo, la corrida en cuestión, el principio de las violentas hostilidades que una parte del público madrileño comenzó á demostrar contra Salvador.

En el resumen de la corrida del 25 de Junio, decía ya, Carmona:

«Frascuelo ha estado muy bien, especialmente en las estocadas: este matador hace bien en desmentir con hechos en el redondel, lo que se habla ó escribe en su contra; con arte, buen deseo y vergüenza, se consiguen en el *circo* los aplausos imparciales del público y de la prensa independiente, que es á lo que deben aspirar los lidiadores, despreciando á los aduladores y á los que tratan de explotarlos».

La temporada de 1871, como queda dicho, fué notabi-

lísima. Lagartijo y Frascuelo demostraron entonces: el primero, un valor asombroso en la muerte de varios toros; y el segundo, unos deseos de adelantar tales, que en la última corrida consumó la suerte de recibir. Esta corrida merece un párrafo especial.

Se verificó el 22 de Octubre, fué extraordinaria, y la Empresa dijo en el programa, lo siguiente:

«Agradecidos los lidiadores á la deferencia y aplausos con que el público ha premiado sus esfuerzos durante la temporada, se han propuesto todos rivalizar en esta función de despedida para el mayor lucimiento de sus respectivas suertes, á fin de que los concurrentes salgan completamente satisfechos de la lidia, y quede á los aficionados un grato recuerdo de las cuadrillas que han estado escrituradas».

Lo prometido en el cartel se cumplió estrictamente, y el público salió entusiasmado de la corrida.

Rafael mató su primer toro, que era de Hernández y se llamaba *Cordobés*, de una gran estocada á volapié, y dió muerte al segundo, de Pérez de la Concha, llamado *Sacto*, de una admirable estocada arrancando, valiéndole ambas muertes dos entusiastas y prolongadas ovaciones.

He aquí lo que dice Carmona de la muerte del tercer toro, de Bermúdez, y llamado *Merino*:

«Salvador Sánchez (Frascuelo), que lucía traje café y negro, dió un gran paso en su historia taurina, que no solo le valió una ovación completa, sino la adquisición de una magnífica perra galguera, cigarros y un fino regalo envuelto en un papel, que le arrojaron desde el palco 96.

»El citado espada dió cuatro buenos pases naturales y un excelente cambio en la cabeza, y citó y recibió al toro, dándole una buena estocada.

»¡Gracias á Dios que vemos recibir toros! Todos los espadas que quieran distinguirse, deben seguir ese camino.»

El último toro de Hernández, de nombre *Sevillano*, lo mató Salvador casi de noche y lloviendo, de dos pinchazos y media estocada en la cruz.

Currito no estuvo tan afortunado como sus compañeros, pero todos se desvivieron por cumplir las promesas que habían hecho en el cartel. Al tercer toro, que fué el que recibió Salvador, lo lanceó éste de capa de un modo magistral, y el mismo bicho lo banderillearon los tres espadas admirablemente al cuarteo, quitándole además Frascuelo la divisa en un recorte. Puede decirse que, desde que el toro pisó la plaza, hasta después que lo arrastraron, las ovaciones se sucedieron casi sin interrupción.

El suceso merecía la pena de consignarse, siquiera para demostrar que, en otros tiempos no muy remotos, la voluntad ayudaba á la inteligencia y al valor, y los matadores lograban complacer al público cuando se proponían arrancar palmas con un trabajo de buena ley.

El año 1872, Rafael y Salvador torearon con Cayetano Sanz. Sin entrar en grandes particularidades acerca de aquella temporada, en la cual los dos jóvenes matadores alcanzaron grandes y merecidos aplausos, y dejando también á un lado la parte que concierne á las faenas de Cayetano Sanz, que estaba entonces en completa decadencia, hay que señalar, como cosa notabilísima y digna de relatarse con algunos detalles, el magnífico final que tuvo la temporada.

Terminadas las corridas de abono con la que se verificó el domingo 20 de Octubre, en la cual no pudo tomar parte Lagartijo por haber sufrido una cogida en la plaza de Zaragoza, pusieron de acuerdo con la empresa Rafael y Salvador, y convinieron en matar cada uno seis toros de una misma ganadería.

El efecto que la noticia produjo en los aficionados, fué considerable. Aquello constituía una novedad importantísima que puso en efervescencia al público todo.

Se acordó que los doce toros fueran de D. Antonio Hernández, y que las corridas se verificaran los domingos 3 y 10 de Noviembre, como en efecto se verificaron. He aquí cómo empezaba Carmona la reseña de la primera:

«Llegó el día 3 de Noviembre, y nos probó que un espada mata los seis toros, y que no es necesario ese lujo de tres matadores y un sobresaliente para una media corrida de seis bichos, como así se llamaba antes, cuyo ejemplo podría servir á la empresa para solo escriturar dos espadas y un medio espada, con la obligación de matar el último toro y sustituir en caso de desgracia, rebajando por esta economía el precio de las localidades».

Conformes de toda conformidad.

La corrida se verificó sin ningún incidente desgraciado, y Frascuelo, que la presencié desde el palco número 33, no tuvo necesidad, afortunadamente, de moverse de su sitio. Lagartijo escuchó grandes aplausos en la lidia y muerte de sus toros. He aquí el resumen de Carmona:

«*Lagartijo* ha estado fresco en sus toros, excepto en el sexto, y ceñido en los pases, excepto también en dicho toro; capeó bien y estuvo oportuno en los quites; en la dirección de la plaza, regular».

La segunda corrida extraordinaria, en la que Frascuelo debía matar otros seis toros de Hernández, se verificó el domingo 10 de Noviembre, pero con ganado distinto. Lo que motivó esta determinación, se explica en el siguiente preámbulo de la reseña que dedicó Carmona á aquella corrida:

«Sabido es por nuestros abonados, que, al disponerse esta corrida lo mismo que la anterior, convino la empresa con los diestros *Lagartijo* y *Frascuelo* en que los toros que hubieran de lidiarse serían de una ganadería en ambas funciones y de la posible igualdad de condiciones; pero saben también por nuestra reseña de la primera, que el ganado

en ella empleado no satisfizo completamente al público. Pues bien, tanto la empresa, como el citado *Frascuelo*, creyeron, en su deseo de complacer á los espectadores, no habría inconveniente en sustituir los toros anunciados con otros mayores de otra ganadería acreditada, y al efecto, se dirigieron al simpático *Lagartijo* que estaba ausente de esta corte, pidiéndole la venia para cambiar los bichos; pero no debió ser muy conforme la contestación, cuando Salvador Sánchez se dirigió al público con un comunicado haciendo presente que contra su voluntad no podría lidiar toros de *más respeto* que los de la corrida precedente, y cuando la empresa cuidó de advertir que los toros eran, por sus condiciones, de libras y lámina, iguales á los de la corrida anterior. Sin embargo, el sábado llegaba á Madrid *Lagartijo*; su compañero *Frascuelo* le esperaba en la estación del ferro-carril, y allí mismo el primero, dando una prueba de buena amistad al segundo, consintió en que se corrieran los toros que se quisieran sin poner cortapisa de ningún género; y en su virtud se eligieron y buscaron inmediatamente seis toros del duque de Veragua, anunciándose tan buena novedad para los aficionados por carteles extraordinarios. Llegó por fin el día de ayer domingo que tanto esperaban los inteligentes, y en honor de la verdad, debemos decir que sus esperanzas no fueron defraudadas».

Una observación antes de hablar de la corrida. ¿Quién dió á *Frascuelo* el pernicioso consejo de escribir un comunicado declarando que, contra la voluntad del espada, no podía matar éste ganado de *más respeto*? No se había convenido en que los doce toros serían de la misma ganadería? A qué, entonces, esa reticencia vanidosa é inoportuna que tenía que traer forzosamente sobre Salvador las antipatías de los partidarios de Rafael? ¡Cuántas, pero cuántas de estas tonterías se cometen en el mundo, cuando la sangre bulle y el raciocinio está ausente!

Algunas han cometido Rafael y Salvador, lo mismo el uno que el otro; pero si se fuera á contar la parte que corresponde á cada uno, Frascuelo sería seguramente quien saldría menos beneficiado.

La corrida del 10 de Noviembre fué magnífica, y proporcionó á Salvador estrepitosas ovaciones. La que alcanzó en la muerte del quinto toro, merece consignarse. Carmona la describe del siguiente modo:

«...Y el dicho matador, después de cinco naturales, tres pases cambiados y uno bueno con la derecha, le dió una corta, recibiendo, un poquito baja, un pinchazo en hueso, también recibiendo, y una honda aguantando, que resultó algo baja y contraria por haberse embraguetado demasiado, concluyendo por descabellarle en medio del redondel á la primera. Dos ó tres silbidos que daría probablemente algún amigo de Baco, proporcionaron á *Frascuelo* la mayor ovación á que puede aspirar un torero, demostrándole todo el público con atronadores aplausos y voces de entusiasmo el aprecio que hace de su valor y conocimiento».

He aquí el resumen de Carmona:

«La corrida, pues, ha sido buena. Toda la gente se ha portado bien y no queremos hacer distinciones. *Frascuelo* ha acreditado hoy que es un torero de conciencia á quien nadie se le pone por delante, y que junto con *Lagartijo*, son ambos necesarios en la plaza de Madrid, viéndose muy perplejo el aficionado que sea de buena fé para conceder á ninguno de los dos la primacía. Tenemos, sin embargo, que criticarle el empeño, que ayer demostró en recibir los toros una, dos y tres veces, pues aunque dicha suerte es la primera del toreo y él tiene empeño en practicarla, lo cual le aplaudimos, no debe nunca hacerse con un mismo toro repetidamente. En los quites estuvo oportuno, y bien en la dirección de la plaza».

No terminó, sin embargo, con aquellas dos corridas la

temporada de 1872. Lagartijo y Frascuelo, que tantas ovaciones habían alcanzado, quisieron despedirse del público de Madrid dignamente, y lo hicieron, toreando los dos una tercera corrida extraordinaria, que se verificó el domingo 17 de Noviembre.

La empresa la anunció en los carteles consignando en ellos como preámbulo que en vista del extraordinario entusiasmo que en el público habían producido las dos últimas corridas, se disponía para el día indicado una gran corrida de toros, en la cual, tomarían parte los simpáticos y aplaudidísimos diestros Rafael Molina (Lagartijo) y Salvador Sánchez (Frascuelo), los cuales, profundamente agradecidos á la acogida que el público les había dispensado, trabajarían unidos con sus escogidas y excelentes cuadrillas de banderilleros

Verificóse, en efecto, la corrida, y lidiáronse ocho toros de Veragua, dos de ellos reparados de un ojo y regalo uno que el ganadero hacía en obsequio del público.

El primer toro, llamado *Lechuguino*, hermoso animal, negro bragado y muy bravo, arremetió en furiosa carrera contra los tableros y se rompió á raíz el asta derecha que le quedó colgando.

A pesar de tan grave avería, tomó cuatro varas y mató un caballo, entre el griterío del público que pedía que el toro fuese retirado al corral. Villaviciosa y Juan Yust, clavaron á *Lechuguino* dos pares y medio de banderillas, y Rafael, temiendo que los aficionados atribuyeran poco mérito á la muerte de una res á la cual faltaba el cuerno derecho, subió al palco de la presidencia y ésta dispuso que *Lechuguino* fuese al corral.

Salvador mató admirablemente el segundo toro; Rafael muy mal el tercero; Salvador muy bien el cuarto; Rafael estuvo asombroso en la muerte que dió al quinto con una estocada en la cruz hasta la mano, de la cual salió el ma-

tador embrocado; Salvador perdió completamente los papeles y mató deplorablemente el sexto; Rafael muy bien el sétimo, y Salvador remató casi de noche el octavo y último de un gran volapié, después de haber brindado la muerte al tendido número 5.

La corrida, en general, fué excelente; el ganado cumplió muy bien, mejor que lo que podía esperarse en el mes de Noviembre, y tanto Rafael, como Salvador, á pesar de los lunares que quedan apuntados, fueron objeto de ruidosas ovaciones.

«Han concluido dignamente las corridas de toros—escribía Carmona—en este año, y no podemos menos de felicitar á la empresa que tantos buenos ratos nos ha proporcionado, no escaseando los gastos por complacer al público, que por otra parte ha sabido recompensar sus esfuerzos».

Así terminó la que puede llamarse famosa temporada del año 1872, cuyo recuerdo rejuvenecerá á los aficionados que lean los precedentes detalles, como me ha rejuvenecido á mí el escribirlos.

La de 1873 empezó mal para nuestros dos héroes, que torearon solos las dos primeras corridas y estuvieron bastante desgraciados, pero en la cuarta de abono volvieron por su honra. La corrida en cuestión ofreció algunos incidentes que no puedo pasar en silencio.

Al primer toro de Veragua, como los restantes, lo despachó Rafael de un buen volapié, que deslucieron cinco intentos de descabello. He aquí la faena que empleó Salvador en la muerte del segundo. Habla *El Boletín de loterías y de toros*.

«Armado de todas armas, se presentó ante la fiera Salvador Sánchez (Frasculo), con rico traje morado y oro, y decidido con esa buena voluntad y afición que tantas simpatías han granjeado al joven espada, á recibir á Ven-

cedor Tres veces intentó la suerte y dos veces la consumó, resultando por su orden un pinchazo en hueso, una corta bien señalada y una buena, previos seis naturales, uno grande de pecho, desarmado en una, dos con la derecha, tres cambiados y siete medios pases. Grandes aplausos, sombreros, cigarros y petaca que arrojaron desde el tendido núm. 1, premiaron el ardimiento y serenidad de *Frascuero* ».

Chicorro, que toreaba de tercer espada, mató el tercer toro de un volapié tendido, dando las tablas.

La muerte del cuarto toro dió margen á una escena conmovedora, y proporcionó á Rafael una de las ovaciones más grandes que ha recibido en la Plaza de Madrid. Para relatar el hecho, dejó la palabra al *Boletín*:

« Al efecto se acercó (Lagartijo) al callejón de la barrera, contiguo á la puerta del chiquero, en la que se hallaba el *Tato*, y entre los aplausos del público brindó al malogrado diestro la muerte del toro. Ocho naturales, cinco con la derecha y cuatro cambiados, fueron bastantes para una corta á volapié, muy bien señalada, y un gran volapié hasta la mano, que dió en tierra con el cornúpeto. En medio del entusiasmo que produjo faena tan lucida, el público en masa pidió que el *Tato* se presentase en la Plaza. El desgraciado matador, acompañado de *Lagartijo* y *Frascuero*, tuvo que verificarlo, saliendo algunos pasos á la arena, donde fué objeto de una inmensa ovación, ovación que le obligó á retirarse visiblemente conmovido y con los ojos llenos de lágrimas. En cuanto á *Lagartijo*, recogió grandísima cosecha de aplausos, puros y sombreros ».

El toro se llamaba *Garguito*; negro mulato, listón, bragado, cornivuelto y de muchos pies.

Aún recogía Rafael cigarros y devolvía sombreros, cuando salió el quinto toro, llamado *Volante*, en cuya lidia se reprodujeron casi incesantemente las ovaciones. Tocó la

primera á Salvador, que lanceó de capa admirablemente al bicho, con cuatro verónicas, tres de frente por detrás, y una de farol, y terminó galleando.

Tocaron á banderillas, y tomaron los palos Lagartijo y Chicorro, colocando el primero un par cuarteando y otro al sesgo, magníficos ambos; y uno de frente y otro al cuarteo, superiores, el segundo. Nueva y entusiasta ovación.

He aquí la muerte de *Volante* reseñada por el *Boletín*:

«*Frascuélo*, después de cinco naturales, dos cambios, dos con la derecha y cinco medios pases, hizo morder el polvo al *bicho*, merced á un inmejorable volapié hasta el puño, que valió al matador entusiastas aplausos, chisteras, hongos y cigarros. Desde el tendido número 4 se dejó caer de cabeza un individuo, cuando *Frascuélo* victoreado pasaba por allí. El individuo en cuestión, bravo, duro, pegajoso y recargando, se arrojó en los brazos de *Frascuélo* y comenzó á besarle con furor, hasta que un *amarillo* y un inspector hicieron entender al entusiasta admirador que los besos no sientan bien en el sexo feo. Inútil es decir que el público presencié con alborozo aquella escena conmovedora hasta cierto punto.»

En la lidia del sexto toro alcanzó grandes aplausos Fernando Gómez, el Gallo (á quien llamaban entonces *Gallito chico*), dando un quiebro con la capa, hincadas en tierra las dos rodillas.

Chicorro mató á la res de un volapié bajo.

En el resumen, decía *El Boletín*:

«*Lagartijo* y *Frascuélo* han quedado como buenos, y ambos se han hecho acreedores á los aplausos del público. Sigán por esa senda, y no han de faltarles los nuestros, sinceros y desinteresados».

Como sucede y sucederá siempre en cuestiones de toros, no siempre acompañó la suerte á Rafael y Salvador, ni pudo, por tanto, el severo Carmona emplear constante.

mente el incensario, al tratarse de aquellos dos campeones de la tauromaquia de hoy, á quienes el director de *El Enano* admiraba sinceramente, en los cuales veía el porvenir del toreo, y á quienes por esta misma causa no dejaba pasar el menor desliz.

En la corrida siguiente estuvo desgraciadísimo Rafael en la muerte que dió á su primer toro, pinchándole numerosas veces, é invirtiendo en la faena más de media hora.

«Si Cayetano Sanz—escribía Carmona dando cuenta del hecho—que tiene sus defectos, pero que es más torero que todos los que hoy pisan el redondel, hubiera sido el que mataba el toro de Lagartijo, á la mitad del tiempo que gastó Rafael, le echan la media luna, habiéndole antes dado dos ó tres recados de atención. Nos irritan las parcialidades».

Este hecho denota elocuentemente las grandes simpatías que Lagartijo tenía entonces en la Plaza de Toros de Madrid, simpatías que habían de acrecentarse de día en día, hasta convertir al célebre torero en verdadero é indiscutible ídolo del público madrileño.

A los que pudieran objetarme que *El Boletín de loterías y de toros* era parcial en sus juicios, les recordaré que Pérez de Guzmán, amigo y paisano de Rafael, y entusiasta admirador y apologista del diestro cordobés, calificó al periódico de Carmona de *el más reputado y veraz de la corte*. Lo he consignado en páginas anteriores, y me conviene repetirlo en ésta.

La prueba de que Carmona daba y quitaba, según era el trabajo de Lagartijo y Frascuelo, está en la introducción que dedicó á la corrida siguiente, á la que se verificó el 18 de Mayo.

«A la corrida que vamos á describir—decía—se le agregaron todos los atributos de las extraordinarias, estando colgada la Plaza;... pero faltó lo principal, que fueron

buenos toreros y lidiadores á la altura de la Plaza de Madrid, y en relación con lo que ganan. Siguiendo así, antes de que se estrene la Plaza que se construye, la afición á los toros habrá muerto, retirándose aburrido el público inteligente; y el grandioso circo que se levanta se verá desierto las más de las veces. Si los diestros tuvieran conciencia, se avergonzarían del fatal pronóstico que hacemos, y trabajarían con arte y afición, á fin de que en la historia no pesara sobre ellos tal baldón ».

Por esta filípica se comprenderá lo desgraciados que estuvieron Lagartijo y Frascuelo en dicha corrida; pero ocho días después, al dar cuenta de la extraordinaria del 22 de Mayo, Carmona se dispara lleno de entusiasmo, y dice:

«En nuestro número anterior, apelamos al amor propio de los espadas especialmente, á fin de que, trabajando con arte y afición, procurasen levantar el toreo; nuestro llamamiento ha tenido eco en el bravo matador Salvador Sánchez (Frascuelo), y en nuestro nombre y en el de los aficionados, le damos las más expresivas gracias, debiendo estar orgulloso el joven diestro de la gran ovación que obtuvo en su segundo toro, quinto de la corrida, donde se aplaudió con frenesí y se llenó de sombreros la arena, y hubo puros y petacas para el regenerador del toreo verdad. Nosotros creemos que no olvidará nunca *Frascuelo* la ovación tan general y merecida con que el público de Madrid le distinguió en la tarde del jueves.»

El toro quinto de dicha corrida, se llamaba *Cucharero*, negro, bien armado y de libras; pertenecía á la ganadería del marqués del Saltillo. He aquí la muerte del toro descrita por Carmona:

«*Frascuelo*, ceñido y en su terreno, trasteó magistralmente, á lo Cayetano, al *bicho*, dándole cuatro pases naturales, dos de pecho, otro preparado, y un gran cambio en la

cabeza y forzado; dos cambiados y dos con la derecha y una en hueso, recibiendo, otra corta lo mismo, y media estocada, también recibiendo. Hubo ovación completa, chisteras, cigarros, una petaca del palco número 6, y otras petacas de varios tendidos.»

Rafael, que estuvo en esa corrida bastante desgraciado, volvió por su honra en la extraordinaria de Beneficencia celebrada el domingo inmediato, 25 de Mayo, y en la cual rivalizaron los dos espadas, alcanzando grandes ovaciones.

Se lidiaron nueve toros (uno de gracia), de Veragua, por Lagartijo, Frascuelo y Chicorro. Rafael despachó á su primero de una en hueso y un magnífico volapié; su segundo de un gran volapié, y su tercero de otra estocada, grande y buena. Salvador mató su primero de una gran estocada recta y contraria, recibiendo; su segundo de una en hueso, recibiendo, una corta á volapié, y una magnífica arrancando; y su tercero de dos medias á volapié, dos en hueso, y una buena, á volapié también. Chicorro estuvo desacertado en la muerte de sus toros. El de gracia lo mató el Regaterín de dos volapiés atravesados y un descabello á la primera.

Ninguna particularidad digna de notarse ofrecieron las otras corridas, hasta que llegó la memorable del 22 de Junio, en que Rafael sufrió la tremenda cogida que voy á relatar.

III.

Cogida de Rafael.—La herida y sus consecuencias.—Brindis de Frascuelo á Lagartijo.—Un reló de oro.—Grandes estocadas y ovaciones.—Temporada suplementaria de 1874.—*Debut* de Cara-ancha en Madrid.—La última temporada de la Plaza vieja.—Faenas de Lagartijo y de Frascuelo.—Un toro descabellado sin recibir ninguna estocada.—Indignación de Carmona.—Cogida de Fernando Gómez, el Gallo.—Las niñerías de Frascuelo.—Salvador matando seis toros de Bermúdez á beneficio de la Asociación de la Cruz Roja.—Ovaciones.—Más corridas.—Cogida de Machío.—Rafael matando seis toros de Miura á beneficio de la Asociación de la Cruz Roja.—Elsanto de espaldas.—Un par de banderillas histórico.—Salvador en baja.—Final de la Plaza vieja.

En la tarde del domingo 22 de Junio de 1873, se verificó en la Plaza de Madrid la décima sexta corrida de abono; lidiáronse seis toros de la ganadería de D. José Bermúdez, de Sevilla.

Para dar idea exacta de la impresión que produjo en esa corrida la cogida que sufrió Lagartijo al matar su primer toro, copio el primer párrafo de la revista del *Boletín de loterías y de toros*, que dice así:

«Escribimos bajo una triste impresión: el toreo sufrió ayer un inmenso contratiempo, que produjo en el público una honda sensación. Aun cuando por fortuna el cuerno derecho de *Charretelo* no había interesado el hueso, tendones ni arterias de la parte superior del brazo derecho del primer espada, el efecto que produjo en la concurrencia la bajada de cabeza del desgraciado *Lagartijo*, después de salir de las astas del *bicho*, y en cuyo acto fué auxiliado por su hermano y otros diestros para conducirlo á la enfer-

mería, fué espantoso, dibujándose en todos los semblantes el pesar que les agobiaba. »

Describamos la cogida. Rompió plaza un toro llamado *Charretelo*, negro girón, bragado y bien armado, que comenzó á acudir á los caballos con coraje, y terminó desafiando. Tocaron á banderillas, y se vió inmediatamente la tendencia del toro á desarmar. El Gallito (José Gómez), clavó un buen par cuarteando, único que el animal se dejó poner descubriéndose. Juan Molina salió dos veces en falso; intentó clavar un par, puso otro al cuarteo, y el Gallito erminó el tercio con un buen par, en la misma suerte.

Llegada la hora de matar, Rafael, que vestía un traje encarnado con cordonadura negra, se dirigió á *Charretelo*, al cual dió nueve pases, arrancandose en seguida á matar, muy en corto, y clavando la tercera parte del estoque. En aquel instante fué cogido y suspendido, quedando materialmente á la merced del animal, que siguió derrotando al brazo del matador, siendo inútiles los capotes de Frascuelo, Juan Molina y otros que acudieron inmediatamente al quite.

Cuando Lagartijo se separó del toro, dió algunos pasos, se echó mano al brazo derecho, y cayó desplomado, recogiéndolo en seguida su cuadrilla, que lo condujo á la enfermería en brazos. Frascuelo, en medio de la inmensa cuanto penosa emoción que produjo la desgracia en todo el público, cogió estoque y muleta, se fué á *Charretelo*, le pasó al natural y con la derecha seis veces, sufriendo un desarme, y lo despachó de un volapié corto é i lo, y un descabello á la primera, alcanzando una gran ovación.

El parte facultativo del doctor D. Antonio Alcaide de la Peña, decía que Lagartijo había sufrido una herida en el tercio medio y parte anterior del brazo derecho, como de unos ocho centímetros de longitud, interesando todas las partes blandas, y otra en el tercio inferior y parte pos-

terior, de unos dos centímetros, lesiones que podían conceptuarse de gravedad.

Frascuelo, lejos de perder la serenidad ante la terrible desgracia de su compañero, se creció, y después de haber alcanzado muchos aplausos en la muerte del segundo toro, obtuvo una ruidosa ovación, acompañada de cigarros y sombreros, al despachar el cuarto toro de una gran estocada arrancando, hasta la mano. En la brega y quites estuvo incansable, y despertó el entusiasmo general en un quite que hizo á Onofre, que cayó á pie y en descubierto ante el quinto toro, hermoso animal llamado *Soriano*, que tomó veinte varas, dió ocho caídas y mató seis caballos.

La pena que causó la cogida de Lagartijo fué tan grande, que el anuncio de seis toros berrendos de la ganadería de Hernández que se lidiaron en la siguiente corrida, fué insuficiente para que el público acudiese á la plaza. Torearon Frascuelo y Chicorro, alcanzando Salvador aplausos en la muerte de su primer toro, y dos grandes ovaciones en las del segundo y tercero, tercero y quinto de la corrida, á los cuales dió muerte de dos magníficas estocadas arrancando. Chicorro estuvo muy mediano.

La curación de Lagartijo fué tan rápida, que asistió desde el palco núm. 88 á la última corrida de abono de la primera temporada, verificada el día 13 de Julio. Lidiáronse seis toros de Veragua, por las cuadrillas de Frascuelo y de Chicorro, matando el primero sus tres toros de un modo que hizo memorable aquella corrida.

Para que se vea que no exajero, deajo la palabra á Carmona.

Primer toro:

« Salvador Sánchez Frascuelo, que vestía azul con alamares de luto, pasó á *Miranda* con cuatro naturales, siendo arrollado y casi cogido en uno, dos de telón y uno cambiado, que precedieron á una magnífica estocada arran-

cando, de la que espichó el animalito. Aplausos y cigarros.»

Segundo toro:

«Frasculo, previos tres naturales, tres en redondo, seis con la derecha, dos de telón y un cambio, mandó *rodar á Rodao* con una soberana estocada arrancando, que arrancó aplausos entusiastas, cigarros del estanco y sombreros.»

Tercer toro:

«Frasculo, delante del toro, brindó la muerte de éste á Rafael Molina Lagartijo, que se hallaba en el palco número 88. Salvador, sereno, valiente, fresco y ceñido, pasó á *Cantarillo* con cuatro naturales, tres con la derecha y cuatro cambiados, señalando un buen pinchazo en hueso, después del cual se dejó caer con un colosal volapié hasta los gabilanes, que dió con el toro en tierra casi instantáneamente.—Lagartijo, entusiasmado, y con el cariño que profesa á su compañero, quien por su parte le corresponde cumplidamente, se despojó de su magnífico reloj de oro, y envuelto en un pañuelo, lo arrojó á Frasculo. El público frenético colmó de aplausos al joven matador, y le arrojó durante largo tiempo, una nube de cigarros y sombreros, así como una buena petaca. Todo lo merecía Salvador.»

Así estaban en el año de gracia de 1873 Lagartijo y Frasculo, en aquellos tiempos en que los partidarios del uno y del otro aplaudían á rabiar lo bueno que los dos hacían, en que no había largas maravillosas, ni *salir por la cara*, ni *rosar los costillares*, ni otras mil lindezas matemáticas, cuya invención estaba reservada á una novísima generación de aficionados y de revisteros de toros.

Pasemos adelante, que tiempo vendrá en que me ocupe con más detención de ese asunto.

En aquel año hubo dos corridas extraordinarias, que se verificaron los días 20 de Julio y 15 de Agosto. En esta última trabajó Salvador, que mató el quinto toro de una gran estocada recibiendo, que le valió frenéticos aplausos.

Lagartijo volvió á presentarse, después de su herida, en la corrida del 14 de Setiembre, en la cual toreó con Frascuelo y Chicorro, siendo muy aplaudidos, tanto Rafael como Salvador, por más que no hicieron nada sobresaliente; pero en la siguiente corrida del 21, Lagartijo despachó á su primer toro de una colosal estocada arrancando, que produjo entusiasmo frenético en toda la concurrencia, y estuvo fresco y acertado en los demás toros, aunque no tanto como en la muerte del primero. Mató con Rafael Chicorro

En la corrida del 5 de Octubre torearon Salvador y Chicorro, y mató Frascuelo su primer toro de un pinchazo en hueso, y una buena, á volapié; su segundo de una magnífica estocada, recibiendo, y su tercero de otra gran estocada, recibiendo también; esas dos estocadas valieron al matador dos ovaciones inmensas, viéndose el redondel lleno de sombreros y de cigarros.

Carmona decía en el resumen de su revista, lo siguiente:

« *Frascuelo* estuvo ayer acertadísimo, y recibió dos de sus toros sin mover los pies; pero conviene que pronuncie más el quiebro de muleta por el costado derecho para la salida del toro, á fin de evitar un percanee; oportuno en los quites, y regular en la dirección de la plaza; los aplausos que recibió, así como los cigarros y las *canoas* que le arrojaron, prueban las simpatías de este matador, y el premio merecido á la mejor de las suertes de matar. »

De nuevo torearon Rafael y Salvador juntos con Chicorro, en la corrida del 12 de Octubre, que fué notable. Lagartijo se dejó caer sobre su primer toro, con una estocada á volapié, hasta mojarse los dedos, con acompañamiento de grandes aplausos, cigarros y sombreros.

Llegó el segundo toro y Salvador lo despachó, según expresión textual de Carmona, « de un pinchazo recibiendo y una magnífica estocada recibiendo, que hizo morder el polvo al cornúpeto. Ovación completa y muy merecida. »

En el tercer toro estuvo desgraciado Chicorro, y lo mismo le sucedió á Rafael en la muerte del cuarto, al cual pinchó cinco veces é intentó cuatro descabellarlo.

El quinto toro murió á manos de Frascuelo «de una soberana á volapié en la misma cruz;—dice Carmona—después de dos naturales, dos cambiados, seis por alto y cuatro con la derecha Aplausos, sombreros y cigarros.»

En en el resumen de la revista, decía el *Boletín de loterías y de toros*:

«*Lagartijo*, que estaba bastante desmejorado, muy bien en su primer toro; detestable, infernal en el segundo. *Frascuelo*, admirable en los dos, y bregando, como él sólo sabe hacerlo.»

En la corrida del 26 de Octubre, estuvo admirable *Lagartijo*; mató su primer toro de una gran estocada sobrada, saliendo enganchado con el cuerno derecho entre la faja y el chaleco, y cayendo de pie con mucha frescura. Al sétimo toro de la corrida, que derribó y pisoteó á Juan Molina, á la salida de un par, lo despachó Rafael de una corta alta y un magnífico volapié. Las dos muertes le valieron sendas y merecidas ovaciones.

La temporada de 1873, terminó con aquella corrida. La Empresa de la Plaza de Toros quiso despedirse del público con cuatro corridas extraordinarias, que se verificaron en los días 1.º, 8, 15 y 22 de Marzo de 1874, esto es, antes del día de Pascua, en que terminaba el contrato de arriendo.

Para esas corridas, fueron contratados el Gordito y Bocanegra, y si me ocupo de ellas, es solamente por decir que Antonio Carmona, se presentó ante el público de Madrid por primera vez, después de su famosa competencia con el Tato, y que en la cuadrilla de Bocanegra, se dió á conocer en la plaza de la corte, el hoy distinguido matador, José Campos, Cara-ancha.

Como dato histórico referente á Cara-ancha, haré constar que hizo su *debut* en Madrid, colocando dos pares al cuarteo al segundo toro de la corrida del 1.º de Marzo. El animal se llama *Gitano*, era negro, cornicorto y pertenecía á la ganadería de Laffitte.

En el resumen de la segunda corrida, decía el *Boletín*, lo siguiente:

«De los banderilleros, merece un buen aplauso José Campos *Cara-ancha*, que por su destreza, su actividad, serenidad y sangre torera, se ha captado las simpatías de todo el público, y fué en realidad, ayer tarde, el héroe de la plaza. ¡Bien por *Cara-ancha*!»

Cuanto al Gordito y Bocanegra, el primero salió en general, bastante mal parado como matador, y el segundo, estuvo también desgraciado, siendo cogido dos veces al matar el último toro de la tercera corrida, y herido, aunque no de gravedad, en un muslo.

Cara-ancha mató el sexto toro de la cuarta corrida de una estocada caída arrancando, que le valió una ovación. Como es el primer toro que José Campos ha matado en la Plaza de Madrid, añadiré que el animal se llamaba *Canario*; era sardo, ojinegro y corniabierto, y pertenecía á la ganadería de D. Antonio Hernández.

En la citada corrida, Vicente García Villaverde sustituyó á Bocanegra que no pudo torear por no hallarse restablecido de la herida que recibiera en la corrida anterior.

Inmediatamente, después de aquellas cuatro corridas extraordinarias, se verificó la inauguración oficial de la temporada de 1874, temporada célebre, por ser la última de la Plaza de Toros vieja, fecunda como pocas en incidentes, y que por estas razones, voy á relatar con alguna extensión.

Comenzó con la corrida extraordinaria de Pascua, el día 5 de Abril, y Carmona la saludó del siguiente modo:

«Si las corridas que prepara la nueva Empresa que

ha tomado á su cargo la Plaza de esta capital se parecen á la extraordinaria que para *solemnizar* la actual temporada se verificó ayer tarde, lucida va á quedar la Empresa, y lucidos también los aficionados!»

Cualquiera creará, al leer esas líneas, que la corrida flaqueó por el lado de los matadores. Y no hubo nada de eso; el que fué detestable fué el ganado, que pertenecía á D. Vicente Martínez. Quiero transcribir íntegros los párrafos que Carmona dedicó á las muertes de los toros de Lagartijo y de Frascuelo, para que se vea la serena imparcialidad con que el director propietario del *Boletín de loterías y de toros*, juzgaba siempre á los espadas.

Primer toro de Rafael:

«Rafael Molina, *Lagartijo*, preciosamente ataviado de celeste y oro, pasó á *Ciervo* con cuatro naturales, dos con la derecha, un cambio y dos por alto, previos los cuales se dejó caer con una admirable estocada arrancando, hasta la mano. La ovación fué tan grande como merecida. Canoas, hongos, cigarros, palmas, todo esto duraba aún, después de haber pisado tierra el segundo cornúpeto.»

Primer toro de Salvador:

«Salvador Sánchez, *Frascuelo*, vestido con un elegante traje grana y oro, se las hubo con un *bicho* entablerado y que quería *najarse* á toda costa. Dos naturales, seis con la derecha, seis por alto y ocho cambiados, precedieron á una arrancado, buena, que hizo morder el polvo al toro en muy breves instantes. El espada fué muy aplaudido y obsequiado con sombreros y cigarros.»

Segundo toro de Rafael:

«*Lagartijo* invirtió largo tiempo en concluir con su enemigo, que huía como un desesperado, y daba unos viajes capaces de cansar al mejor andarín. Cinco naturales, cuatro con la derecha y tres por alto, prepararon un volapié invisible y arrancando de muy largo, una media esto-

cada ida y otra media buena, que puso término á aquella muerte tan poco lucida, pero necesaria. No tenía el espada la culpa, sino aquel animal tan huído y tan cobarde. *Lagartijo* fué muy aplaudido.

Segundo toro de Salvador:

«Cuando *Frascuelo* fué al toro, éste se hallaba completamente huído, pegado á las tablas y corriendo de un lado á otro, sin hacer para nada caso del engaño. La tarea duró mucho tiempo Cuatro naturales, seis con la derecha y ocho de telón, precedieron á una media estocada buena, arrancando, y á un tremendo golletazo á paso de banderillas. La gran mayoría del público aplaudió con calor al espada, por haber dado al toro la muerte que merecía.»

Los otros dos toros los mató regularmente José Machío. En el resumen escribió Carmona que, dadas las condiciones de las reses y el fuerte viento que reinó durante toda la tarde, los espadas de cartel habían cumplido como buenos.

En la corrida primera de abono verificada el jueves siguiente 9 de Abril, ocurrió un incidente que quizá sea único en la historia del arte, y que Carmona juzgó con una severidad cercana á la indignación.

Rompió plaza un toro de Bañue'os llamado *Remendao*, retinto, albardado, de buena estampa, de libras y bien colocado. Al ponerle una vara el picador de reserva Benitez, se rompió la puya, y quedó clavada más de una cuarta en el morrillo del animal. Después de muchas fatigas se la arrancó Frascuelo en el callejón de la barrera, después de lo cual se cambió de tercio, saliendo de primeras Juan Molina con un par cuarteando, al que siguió otro de Mariano Antón en la misma suerte.

En cuanto recibió el toro el segundo par, tomó querencia á un caballo muerto, y tanto y tanto se emperró en aquella querencia, que Juan Molina no pudo, por más que

hizo, clavar el tercer par de ordenanza, por lo cual la presidencia se vió obligada á mandar tocar á muerte.

He aquí esa muerte relatada por Carmona :

«A la querencia cada vez más acentuada del caballo, encontró á *Remendao* Rafael Molina, *Lagartijo*, que vestía un traje canario con alamares negros. Un pase natural, nueve con la derecha, diez por alto y ocho medios pases, empleó *Lagartijo*. Una vez dejó la querencia el toro y volvió á ella, gracias al capote del *Gallito* que estuvo muy torpe en toda la tarde. Otra vez volvió á dejarla el toro, que dió una vuelta completa á toda la plaza. Rafael no aprovechó estas dos ocasiones, la segunda sobre todo. *Pidió permiso* al público para descabellar, y arrojó una mancha sobre su historia de torero, descabellando al bicho á la primera intentona. Sr. Rafael, eso se hace en un matadero, no se hace en la Plaza de Madrid. La espada debe ser siempre espada; para lo demás hay un diestro contratado al efecto: el puntillero. *Lagartijo* tuvo una ovación »

En la misma corrida Rafael mató al cuarto toro que tenía unos cuernos descomunales, de una estocada hasta la mano, que le valió grandes aplausos y una petaca.

Salvador despachó sus dos toros de dos estocadas moviéndose los dedos, y recibió dos ovaciones, una de ellas, la segunda, con acompañamiento también de su correspondiente petaca.

Hay que leer el resumen de Carmona, que dice así:

«*Lagartijo* muy mal en su primer toro. Mil veces hemos visto toros en querencia de caballos muertos; jamás hemos visto que ningún espada haya descabellado sin dar una estocada. Los recursos de un espada se manifiestan en estas ocasiones. Lo demás es salir malamente del paso con el aplauso del público de mentira. Esta es la verdad, y nosotros, que somos justos siempre, debemos decírsela á Rafael. En su segundo toro estuvo mejor y en el trasteo nada

más que regular, encorvándose mucho y con gran recelo.

Frascuelo ha estado regular también en los pases, y muy bien en las estocadas. En la brega, como siempre, muy bien.»

Lo notable que hubo en la corrida siguiente del 12 de Abril en la cual se lidiaron seis toros de Miura, por Lagartijo, Frascuelo y Machío y sus cuadrillas, fué que los matadores anduvieron de cabeza, que mecharon sus toros, que escucharon silbas estrepitosas y unánimes, y que el último toro tuvo que ir al corral, porque no se veía gota en la plaza, cuando tocaron á matar, y Machío tuvo que tomar cinco veces de cabeza el callejón.

En aquella corrida estuvo Salvador mejor que Rafael, y digo mejor, porque rivalizando los dos en quedar mal, la palma se la llevó Frascuelo, que quedó peor. Rafael pinchó á sus dos toros *once veces*, y Salvador la friolera de *diez y ocho!*

Un incidente desgraciado señaló la corrida del siguiente domingo 19, en la cual fué cogido Fernando Gómez, que entonces se apodaba *Gallito chico*, y formaba parte, como banderillero, de la cuadrilla de José Machío. Produjo la desgracia el segundo toro de la corrida, llamado *Cara-buco*, colorado, bragado y meano, gacho y apretado de defensas, y que pertenecía á la ganadería de D. Anastasio Martín, vecino de Coria del Río (Sevilla).

Al salir de segundas el *Gallito chico*, con Angel Pastor, clavó un par al cuarteo, pero por haber parado demasiado en el embroque, fué enganchado y volteado por el toro, sin que hubiera posibilidad de evitar el lance. El Gallo se levantó y dió algunos pasos, pero la contracción de la pierna derecha y una abundante hemorragia que dejó manchada de sangre la arena, hicieron vacilar á Fernando, que fué inmediatamente cogido en brazos y llevado á la enfermería, desde la cual se le condujo á su casa en una camilla.

El herido resultó con dos cornadas en el muslo derecho, de las cuales sanó afortunadamente. En dicha corrida, Salvador mató con aplauso sus dos primeros toros, y de una magnífica estocada á un tiempo su tercero, muerte que le valió una larga y ruidosa ovación.

Merece leerse en el resumen de Carmona, la parte que se refiere á Salvador. Dice así:

«*Frascuelo* bien en la muerte de su primer toro, algo más desgraciado en el segundo, y admirable en el tercero. En los quites, como siempre, inimitable y oyendo aplausos á cada momento. Incansable en la brega, en general, y demasiado pesado en ciertas monadas que son muy celebradas en provincias, pero que en Madrid no pasan. Quisiéramos, en bien de Salvador, que desechara ciertas niñerías impropias de un torero formal, tales como dar en el hocico al toro, rascarle la frente y otras por el estilo.»

No hay que olvidar que Carmona decía esto á *Frascuelo*, en el año de gracia de 1874, hace trece años. ¡Qué hubiera dicho ahora!

Lagartijo no toreó en aquella corrida. *Machío* mató los otros tres toros y de un modo deplorable, por cierto.

Voy á ocuparme ahora de un verdadero acontecimiento taurino que se verificó cuatro días después de la última corrida que queda mencionada, acontecimiento que constituye una de las páginas más brillantes de la historia de *Frascuelo*, y que no olvidarán seguramente jamás los aficionados que en aquel tiempo asistían serena é imparcialmente á las famosas contiendas de Rafael y Salvador en la Plaza vieja de toros.

Ardía entonces en España la segunda guerra civil, y habíase constituido en la corte una benéfica asociación llamada de las Hermanas de la Cruz Roja, cuyo objeto era acudir al socorro de los heridos en campaña.

Frascuelo se dirigió á dicha asociación compuesta de

distinguidas damas de la alta sociedad madrileña, y se brindó á matar solo y sin retribución alguna seis toros. Aceptada con tanto apresuramiento como gratitud tan noble oferta, verificóse la corrida en la tarde del jueves 23 de Abril de 1874, bajo la presidencia del señor vizconde de la Torre de Luzón, y en ella alcanzó Frascuelo una continuada y entusiasta ovación, como jamás se había visto otra en plaza alguna.

Dejo á Carmona la palabra para que juzguen los lectores lo que fué aquella corrida, y la inimitable maestría que en ella desplegó Salvador.

«Una tarde primaveral en toda la extensión de la palabra; animación extraordinaria; llena de bote en bote la plaza; hermosísimas mujeres, capaces de encender las aficiones taurinas del más atrabiliario impugnador de esta fiesta verdaderamente nacional; alegría por todas partes; ese indescriptible bullir de gentes, esa expansión de franqueza y libertad que solo puede tener cabida en la arena de los Montes y Chiclaneros: he aquí el aspecto que presentaba el jueves el anchuroso circo de la Puerta de Alcalá.

«Todos los pechos latían á impulsos del más bello de los sentimientos: la caridad. Esta había tenido eco en el corazón del bravo y simpático Salvador Sánchez (Frascuelo), que *sin retribución alguna* se brindó á matar *él solo* los seis toros de la corrida.

»Nada tiene, pues, de extraño, que el público acogiera con una inmensa salva de aplausos la presentación del arrojado espada que, después del despejo, á las cuatro en punto, y al frente de su cuadrilla, hizo el tradicional paseo en medio de la más inusitada animación.»

Así describe Carmona el aspecto de la Plaza de Madrid, en aquella tarde memorable en que se lidiaron seis toros de D. José Bermúdez, de Sevilla. He aquí las muertes de Salvador, tomadas del *Boletín de loterías y de toros*:

Primer toro:

«Salvador Sánchez, *Frascuelo*, ataviado lujosamente con un riquísimo y precioso traje lila y oro, pasó al bicho con uno natural, dos con la derecha, dos cambiados, tres por alto y veintisiete medios pases, todos los cuales precedieron á un intento de estocada, una ida á volapié, en la que el toro no hizo por él; una buena á volapié y otra corta y buena, lo mismo. Al intentar el descabello, el bicho se tapaba; el diestro consiguió su objeto á la tercera intontona.»

Segundo toro:

«Salvador brindó este toro á la duquesa viuda de Medinaceli, presidenta de la Asociación, que ocupaba el palco núm. 4; dió al bicho dos naturales, tres en redondo y dos con la derecha, una corta y algo baja, recibiendo, y una magnífica por todo lo alto. Grandes aplausos, canoas, coraceros, vegueros y un precioso reló de oro, regalo de la señora duquesa de Medinaceli, con las iniciales de brillantes y la cruz roja á la vuelta, también de pedrería, premiaron el lucido trabajo del valiente matador.»

Tercer toro:

«Salvador, corto y ceñido, flameó la muleta en dos naturales, cuatro con la derecha, dos cambiados y seis por alto, dejándose caer en seguida con una soberana arrancando, en los rubios. Gran ovación de aplausos, hongos, cigarrros, etc.»

Cuarto toro:

«*Frascuelo* pasó á *Botonero* con dos naturales, cuatro en redondo, doce con la derecha y cinco medios pases, que precedieron á un pinchazo en hueso y una grande hasta la mano, algo contraria. Grandes aplausos y dos estuches que encerraban una petaca con las iniciales de brillantes y rubíes, gemelos y botonadura de brillantes. Estos regalos fueron lanzados por la señora condesa de Lombillo, que

ocupaba el palco núm. 2, y á la cual brindó Salvador la muerte de este toro.»

Quinto toro:

«Salvador, después de cinco naturales, dos con la derecha y dos cambios, ceñidísimos, se dejó caer con una muy buena y hasta la taza, arrancando. Gran ovación, aplausos, canoas, cigarros y demás.»

Sexto toro:

«Salvador brindó este bicho á las señoritas que ocupaban el palco núm. 78, lo pasó con tres naturales, cuatro con la derecha, cuatro por alto y tres cambiados, y lo mató de dos pinchazos en hueso bien señalados, una estocada corta y una magnífica á volapié. Grandes aplausos. La señora de Martín, que ocupaba el dicho palco 78, le obsequió con una cadena de oro con el dije de lo mismo, y una petaca de piel de Rusia, con unas iniciales y corona Real.»

He aquí el resumen de la revista de Carmona:

«*Frascuero*, admirable de valor, serenidad y acierto en la muerte de los toros. Baste decir que la corrida empezó á las cuatro y terminó á las seis. En los quites inimitable; incansable en la brega, hasta el extremo de no haberse sentado ni un momento durante toda la corrida, y mejor que otras veces en la dirección. La conducta del reputado diestro es digna de los mayores elogios, y nosotros unimos nuestro humilde, pero sincero aplauso, á los que el jueves se le dirigieron en las continuadas ovaciones de que fué objeto. Estamos seguros que el público de Madrid no olvidará nunca el patriótico y generoso acto llevado á cabo por Salvador Sánchez, así como el lucimiento y brillantez verdaderamente notables con que lo ha ejecutado.»

Excusado es decir si aquella inolvidable corrida dió que hablar y si la opinión fué unánime al hacerse lenguas del admirable comportamiento de Frascuelo. Más de un aficionado de entonces, se sentirá rejuvenecido, estoy se-

guro de ello, al leer la descripción de las muertes que dió Salvador á sus seis toros.

Memorable fué también la siguiente corrida, cuarta de abono, verificada el domingo siguiente 26, y en la cual actuaron como espadas Lagartijo, Frascuelo y Machío.

Se lidiaron seis reses del marqués del Saltillo, y Rafael estuvo hecho un fenómeno en las muertes de sus dos toros. Oigamos á Carmona.

Primer toro de Lagartijo:

«Rafael Molina *Lagartijo*, vestido de morado y oro, pasó con algún recelo á *Repentino*, dando tres con la derecha, cuatro de telón y dos cambiados, y echó á rodar al bicho de una magnífica arrancando, embraguetándose. La plaza quedó sembrada de canoas, hongos y cigarros, mientras los aplausos ensordecían el aire durante largo tiempo. Ovación muy merecida.»

Primer toro de Frascuelo:

«*Frascuelo*, vestido de grana y oro se las hubo con un bicho codicioso, acosón, y que se revolvía con la rapidez del rayo. Empezó su faena con cuatro magníficos pases en redondo y uno grande de pecho muy ceñido y limpio que arrancó grandes aplausos; continuó con cuatro naturales, diez y seis con la derecha, siete cambiados y tres por alto, todos los cuales precedieron á un pinchazo en hueso, recibiendo, pero quedándose en el centro de la suerte, por lo cual fué acosado y arrollado, librándose gracias á una serenidad admirable y á sus muchísimos pies; dos en hueso bien señaladas, y un magnífico volapié. El espada fué aplaudido.»

Segundo toro de Lagartijo:

«Rafael pasó magistralmente á *Pimiento* con tres en redondo de mucho castigo, uno natural, otro con la derecha, dos cambiados y cuatro por alto, dejándose caer con un gran volapié hasta la mano, que hizo morder la tierra

al bicho, previos seis medios pases. La ovación fue grandísima y merecida. Sombreros, cigarros y aplausos hasta la pared de enfrente.»

Segundo toro de Frascuelo:

Para la inteligencia del juicio de Carmona, hay que tener en cuenta que el quinto toro de Saltillo, segundo que mató Salvador, era, como dice el *Boletín*, un «hermosísimo animal, grande como un castillo, alfilerado, más bien que encorvado, negro, bragao y meano, con muchos pies, muchísimo poder, gran bravura y gran codicia.»

El animal tomó once varas y mató tres caballos. Dejo ahora la palabra al *Boletín*:

«En esta situación, y cuando aquel formidable cornúpeto crecía en valor y necesitaba castigo que amenguase sus fuerzas, el señor presidente mandó tocar á banderillas, en medio de la indignación general. Silbidos y gritos de «No lo entiende V.» «¡Qué se vaya!» y otros análogos se dejaron oír entre un tumulto espantoso que proporcionó al señor marqués de Puerto Seguro una ovación nada envidiable. El *Cabo* prendió dos buenos pares cuarteando, y uno bastante malo *Armilla*. En la plenitud de todas sus fuerzas encontró Salvador á aquel tremendo animal, á quien pasó con siete naturales, ocho con la derecha y cuatro por alto, siendo arrollado dos veces y salvándose por milagro de varias cogidas inminentes, gracias al arrojo verdaderamente notable del valiente diestro. ¡Qué terrible responsabilidad para el señor presidente si *Frascuelo* hubiera sufrido una cogida! Con una admirable estocada hasta la mano, y un descabello á la segunda, previos catorce medios pases, terminó la faena Salvador, que fué aplaudido con entusiasmo y obsequiado con cigarros y sombreros. ¡Bien merecido lo tenía!»

En el resumen de la revista se lee:

«*Lagartijo*, admirable en sus dos estocadas, y muy bien

en los pases, sobre todo en los que dió á su segundo toro, pases en redondo y sobrecorto que castigan mucho y apuran las patas de las reses, mientras los telonazos y los cambios no castigan y enseñan á los toros. *Frascuelo*, dadas las condiciones de sus bichos, muy bien, pero con más exposición y arrojo que lucimiento. Machío fresco y parado en los pases, pero detestable en las estocadas.»

La corrida siguiente del 10 de Mayo tuvo también su parte notable, por lo que respecta, sobre todo, á *Frascuelo*, que perdió en ella los estribos completamente. Se lidiaron seis toros de Adalid, y Lagartijo mató su primero de dos pinchazos, una estocada atravesada y un buen volapié, y su segundo, al cual empezó trasteando magistralmente y concluyó mareándolo con treinta y nueve pases, de una baja arrancando.

Salvador no pinchó á su primero más que *ocho* veces, amén de *seis* intentos de descabello, y dió al segundo *seis* estocadas, descabellando á la primera. Dos silbas estrepitosas acogieron las deplorables faenas de *Frascuelo*.

En la descripción de la corrida siguiente del 14 de Mayo, encuentro este significativo párrafo del *Boletín* que se refiere á la muerte del quinto toro:

«Salvador, corto, ceñido y aprovechando, pasó al bicho con cuatro naturales y una con la derecha, para dejarse caer con una inmejorable estocada á un tiempo, que hizo caer al animal instantáneamente. Aplausos y un gallo que soltaron desde un tendido. Salvador merecía una gran ovación y no la tuvo, lo cual es lógico y natural, tratándose del público de Madrid, que en esta ocasión demostró ser el público más caprichoso, frívolo, impresionable y tornadizo de todos los públicos del mundo.»

En esa corrida no toreó Rafael; acompañó á *Frascuelo* José Machío, y mató el sétimo toro Angel Pastor, que actuaba como sobresaliente.

Tengo que hacer mención especial de la corrida del 17 de Mayo, que fué la llamada comunmente de San Isidro, y en la cual sufrió Machío una espantosa cogida.

Lidiáronse en esa tarde seis toros de D. Anastasio Martín. El primero murió á manos de Rafael, de un gran volapié hasta la bola, que hizo innecesaria la puntilla, y proporcionó al espada una colosal ovación que duró hasta bastante tiempo después de haber salido á la plaza el segundo toro. Salvador mató regularmente nada más el segundo, de un pinchazo, un buen volapié y un descabello á la segunda, siendo bastante aplaudido.

A José Machío correspondía matar el tercer toro, llamado *Cabezón*, retinto, albardado, bragado, astiblanco y bien armado. Después de pasarlo con frescura quince veces, el matador lió y se armó, estando el animal algo desiguallado. En el momento en que iba Machío á arrancar, se le vino el toro encima, lo cogió, lo derribó, lo enganchó varias veces volteándolo y recogiénolo con furia, consinténdose tanto en el bulto, que los capotes de Angel y Salvador, que acudieron inmediatamente en auxilio de su compañero, fueron de todo punto insuficientes para que el toro abandonara su presa.

Harto de cornear á Machío, se apartó *Cabezón* del sitio de la desgracia, dejando al matador tendido en el suelo y sin conocimiento. Como detalle dramático, recuerdo que Mariano Antón echó su capote de brega sobre el cuerpo de Machío, cubriéndolo por completo; así fué llevado el que todos daban por muerto á la enfermería, donde reconocido por los médicos, resultó con una grave herida en un muslo.

La casualidad hizo que viera yo torear á Machío en Santander con Cayetano Sanz, en el mes de Agosto de aquel año (si mal no recuerdo), lo cual prueba que sanó pronto de su grave herida. Detalle curioso: Machío se entrenó en Santander después de su cogida, con traje granate

y negro, el mismo color que llevaba cuando fué herido en la Plaza de Madrid!

El tal *Cabezón* fué famoso para morir. Lagartijo empuñó estoque y muleta, en cuanto llevaron á Machío á la enfermería, y dirigiéndose denodadamente al toro, le dió una buena estocada arrancando, pero salió trompicado de la suerte, resbaló y fué milagro que no presenciáramos una segunda edición de la primera cogida. Y no paró en esto la odisea del *Cabezón*, sino que una vez echado, lo levantó el puntillero y arremetió el animalito tras el banderillero el Gallo (José Gómez) que, á no zambullirse en el olivo de cabeza, hubiera probado el asta de aquel insaciable cornúpeto. Cayó por fin *Cabezón* para no levantarse más, y Rafael recogió gran cosecha de entusiastas aplausos.

Sin embargo, después de lo malo que hizo *Cabezón per se*, falta lo malo que hizo hacer *per accidens*. La cogida de Machío sembró en la plaza tal dosis de *aprensión*, que Rafael mató al toro cuarto de un pinchazo, echándose fuera, y un horrible sablazo en la bajo, con acompañamiento de desarmes y caídas en el callejón; y Salvador, por no ser menos que su competidor, largó al quinto toro un pinchazo, cinco estocadas cortas y un descabello á la segunda. Rafael se enmendó en el último, matándolo de un volapié hasta la mano, muy aplaudido.

La siguiente corrida fué notable por los espadas que acompañaron á Salvador: uno de ellos, nuevo en la plaza de Madrid, se llamaba José Cirineo, y el otro era José Giraldez Jaqueta.

Frascuero, después de haber cedido el primer toro á Cirineo, tuvo que convertirse en Cirineo de su homónimo, puesto que el nuevo espada, después de dar dos pinchazos, fué cogido al rematar un pase, y recibió un puntazo superficial en el cuello, lo cual obligó á Salvador á dar muerte al toro de un gran volapié hasta la mano, que le valió una

ovación. Esta se repitió en la muerte del tercer toro que murió á manos de Frascuelo de dos pinchazos y un volapié hasta la guarnición, y también escuchó muchos aplausos Frascuelo al matar el cuarto de un pinchazo, media estocada alta, y otra buena á volapié.

Jaqueta escuchó dos silbas monumentales en las faenas y suertes de los toros segundo y quinto, y Cirineo mató el sexto de un pinchazo, andando, y una estocada á volapié.

«*Frascuelo* ha cumplido en la muerte de sus toros—decía Carmona;—le aconsejamos que no se quede en las estocadas para que no resulten cortas. En los quites, admirable, siendo la salvación de todos, no cansándose nunca y oyendo siempre aplausos. En la dirección de la plaza, detestable.»

Llegamos ahora á un acontecimiento memorable, á una corrida de toros dispuesta á formar *pendant* con la famosa en que Salvador mató seis toros de Benjumea el 23 de Abril de aquel año, á beneficio de los heridos en campaña.

Impulsado, sin duda alguna, por amigos oficiosos, por esos aduladores interesados ó tontos que forman la corte de los toreros de fama, Rafael tuvo una insigne debilidad: se ofreció á la Asociación de la Cruz Roja para matar solo y sin retribución alguna, como Salvador lo había hecho anteriormente, seis toros, y puso por condición que las seis reses habían de pertenecer á la ganadería de Miura.

Sabiendo las condiciones que en general ostentan los toros de Miura reputados, sobre todo entonces, como terror de la gente de coleta, el ofrecimiento de Lagartijo tenía todos los caracteres de un osado reto. Todos los aficionados lo comprendieron así, y todos comentaron el hecho con el calor y el apasionamiento de que puede tenerse fácilmente idea, con sólo pensar que los partidarios de Rafael y Salvador comenzaban en aquel tiempo á enardecerse

de modo inusitado, al calor de los méritos y deficiencias del uno y del otro espada.

La corrida se verificó en la tarde del jueves 28 de Mayo, un mes y cinco días después de celebrada la de Salvador, corrida esta última cuyos detalles se han leído en líneas precedentes.

Mi deber de historiador me imponía la obligación de reseñar aquí las muertes de los seis toros de Miura, copiando lo que dijo de ellas Carmona en el *Boletín de loterías y de toros*, á fin de que los lectores pudieran comparar con las faenas de Frascuelo en la corrida del 23 de Abril, las que hizo Lagartijo en la del 28 de Mayo.

Quiero, sin embargo, faltar á ese deber y consignar tan sólo que Rafael estuvo desgraciadísimo, y que pinchó á sus seis toros *veintiseis* veces, después de *ciento setenta y seis* entre pases y medios pases.

El preámbulo de la revista que Carmona dedicó á aquella corrida, merece transcribirse. Dice así:

«Esta corrida revistió la misma importancia que la verificada hace poco tiempo á beneficio de la Asociación de la Cruz Roja, corrida en la que *Frascuelo* mató solo seis toros de Benjumea. Con el mismo objeto se brindó el espada *Lagartijo* á matar solo seis toros de la ganadería de D. Antonio Miura, de Sevilla, acto muy laudable y que nosotros debemos elogiar con el mismo entusiasmo y sinceridad que lo hicimos al tratar de la anterior de *Frascuelo*.

Parece, según es voz pública, que en esta en que *Lagartijo* ha matado seis Miuras, ha habido circunstancias especiales de amor propio, y otras de las que nosotros prescindimos y prescindiremos siempre, porque juzgamos en todas ocasiones al torero y nunca al hombre; pero no dejaremos de advertir, tanto á *Lagartijo* como á *Frascuelo*, que ciertos alardes y ciertas rencillas, no conducen á nada bue-

no, aconsejándoles al mismo tiempo, que no se dejen llevar de primeras impresiones y de malos consejos. Esto, por supuesto, en el caso que sean ciertos los comentarios que hacen todos los aficionados.»

En el resumen de la revista, Carmona se contenta con decir á Lagartijo lo siguiente:

«De Rafael Molina, no hemos de ocuparnos. El lector juzgará por la reseña de la lidia; para nosotros, un diestro en las circunstancias en que *Lagartijo* se ha encontrado en la corrida, está fuera de censura.»

Por mi parte, añadiré tan sólo, que se dijo entonces que Rafael había llegado de Córdoba aquella misma mañana, bastante fatigado, y que se resentía del cansancio. El hecho es, que en más de una ocasión, se le vió durante la corrida, después de haber matado con gran pena algunos de sus toros, apoyarse con los dos brazos en la barrera, y permanecer jadeante y sin fuerzas en aquella posición.

Afortunadamente, el angel de la caridad desvió de Lagartijo las públicas censuras que de esta suerte hubieran caído sobre su trabajo; y si la reputación del torero sufrió entonces grave menoscabo, pudo decirse del hombre que su nobilísima conducta le granjeó la estimación de todos los aficionados.

En la corrida del domingo siguiente, 31 de Mayo, toreó Rafael con Villaverde, y se ganó dos inmensas ovaciones y una silba colosal. Mató su primer toro de un volapié durmiéndose en la cuna, y su tercero, de otro volapié hasta la mano, que, de puro embraquetarse, resultó contrario. Grandes aplausos y lluvias de sombreros y cigarros, premiaron el admirable arrojo del espada. Pero llegó el cuarto toro, y Rafael se desconfió de tal modo, que le pinchó seis veces en lo bajo, y recibió una serenata de silbidos general.

Esto es nada, sin embargo, con lo que ocurrió en la corrida de beneficencia que se verificó el jueves 11 de Junio,

después de haberse anunciado para el domingo 7, y haberse suspendido á causa de la lluvia. Dicha corrida fué tan notable por lo mala, que no resisto al deseo de tomar á Carmona la relación de los lances más salientes, seguro de que los aficionados se reirán de la sintáxis y de la indignación del director de *El Boletín de loterías y de toros*.

Primer toro. Era de Miura, negro, grande, flaco y astillado del izquierdo. Véase la muerte del animal:

«Rafael Molina (Lagartijo), con traje botón de oro y negro, aburrió y enseñó al pobre animal, dándole ocho pases naturales, doce con la derecha, seis medios pases, tres por alto, dos cambiados, siendo desarmado dos veces y cambiando el color de la muleta, y lo mató de dos en hueso arrancando; un volapié en dirección de atravesar; media estocada arrancando de largo; una baja á paso de banderillas; dos pinchazos lo mismo; un volapié en hueso y una contraria á paso de banderillas, con varios intentos de estocadas, y que no pinchaba por arrancar de lejos y porque el toro últimamente tomó defensa cerca de un caballo muerto. Rafael estuvo muy descompuesto y najándose, pero oyó algunos aplausos de los *independientes*!»

Segundo toro. Era de Pérez de la Concha (D. Joaquín), negro bragado y bien armado. Habla Carmona:

«Salvador Sánchez (Frascuero), vestido de color tórto-la y oro, dió dos naturales, otros dos por alto y cuatro con la derecha, y una buena estocada á volapié, saliendo trompicado, y como además tropezó, cayó en tierra, pasando el *bicho* por encima del cuerpo, de cuyas resultas lastimó al diestro el brazo derecho. Hubo ovación completa.»

El tercer toro, de Miura, lo mató Villaverde de dos estocadas cortas y un metisaca bajo.

Cuarto toro. Era de Pérez de la Concha, como el segundo, y jabonero y bien armado. Rafael lo mató del modo siguiente:

«*Lagartijo*, que estuvo malísimo, y que mereció la media luna mucho más que *Villaverde*, dió catorce pases con la derecha, cuatro con la izquierda, tres de telón, dos cambiados y uno de pecho, siendo desarmado y arrollado; una en hueso á volapié, sin soltar el estoque; otra lo mismo y acosado, al quite admirablemente *Frascuelo*; otra en hueso á volapié, echándose fuera, y otra corta á volapié, siendo otra vez desarmado en un arranque del bicho.»

Quinto toro. Era de Miura, negro azabache y de buena lámina. He aquí cómo lo mató Salvador:

«*Frascuelo* estuvo pesado y sin castigar en los pases, y moviéndose mucho; después de diez naturales, nueve con la derecha, cuatro por alto y uno cambiado, dió un mete y saca algo bajo, arrancando: dos pinchazos sin soltar el estoque, una arrancando y tendida, otra buena y contraria algo ida, y un volapié bueno.»

Sexto toro. Era de Pérez de la Concha, negro mulato y bragado. Saltó al callejón de la barrera *ocho* veces, y llevado al corral en el último tercio, porque Villaverde dió seis pinchazos, y el presidente, Sr. Marqués de Sardoal, mandó exhibir la media luna.

Sétimo toro. Era de Miura, castaño, lucero y corniabierto; se le llamó entonces el toro del granizo. He aquí la infausta muerte que recibió de manos de Rafael:

«*Lagartijo*, con diez pases naturales, doce con la derecha y tres por alto, dió una en hueso, arrancando, siendo desarmado y tomando el estribo de la barrera; un pinchazo en el pescuezo, echándose fuera y arrancando de lejos; otros dos lo mismo en todas sus partes; otro cuarteando demasiado; otro á volapié; otro en el pescuezo fuera de suerte, y otros dos lo mismo; ya llovía, y una corta y en dirección de atravesar, y descabelló al *bicho*; pero éste se levantó, por lo que no fué más que atontado, y luego se echó en medio de la mar, porque caía el diluvio, y hubo

silba y pedir la media luna; pero el Sr. Sardoal tan fresco, tan injusto y tan parcial; cuidado que decimos esto con muchísima consideración, como que no queremos pegar un tropezón. »

Lo que dice Carmona del octavo toro es notable, y retrata su retórica de cuerpo entero. Véase la clase:

«El octavo toro, de Pérez de la Concha, tenía por nombre *Cimbarillo*, y estaba encerrado por si el pueblo soberano quería verle la jeta, puesto que el *bicho* se había baldado de los cuatro remos, y para sustituirle, la Comisión de la Diputación Provincial tenía preparados dos toros de Bañuelos; pero no hubo necesidad, porque hasta Dios se cansó de la corrida y la concluyó con fuego, bombas y nieve, mezclada, esto es, con relámpagos, truenos y grani-zo y agua; y pies para qué os quiero, á coger coche de tranvía ó de lo que hubiese. »

Falta el resumen de la revista de Carmona, que también es de oro. Aquí la ira de Carmona estalla de un modo inusitado, al tratarse de Rafael, á quien dirige un sermón que tiene que oír. Helo aquí:

«A *Lagartijo* no le hemos visto nunca tan descompuesto ni tan huído, parecía como que había pasado muy mala noche y lo llevaban á la fuerza; ni aun quites hizo á los picadores, y se caía. Esto no es digno de un primer espada, y hoy que no tenemos donde volver los ojos, piénselo bien Rafael, y no haga que los aficionados presentes y los que vengan maldigan su conducta, y los pobres que mantiene el Hospital se horroricen al oír su nombre; hablamos con la lealtad que acostumbramos, y esperamos confiados en que *Lagartijo* cambiará de rumbo: fuera de malos consejeros y de zánganos, el que quiera comer que lo sude, como sucede á todos los diestros, que además tienen expuestas sus vidas á cada instante, y por lo tanto, deben ahorrar por si tienen un desavío, ó para cuando los toros

puedan más que ellos, que esto consiste según en la vida que se trae, y bastante hemos dicho: hablamos además con todos los que deban recoger lo que exponemos.»

Así hablaba Carmona á los toreros. La sintáxis del inteligente y severo director del *Boletín de loterías y de toros*, era deplorable, porque Carmona, demasiado lo habrán echado de ver los lectores, no tenía pizca de escritor, pero hablaba siempre el honrado lenguaje de la verdad, y decía siempre lo que pensaba, sin ambajes ni rodeos. Así alcanzó entonces autoridad indiscutible, y se hizo escuchar de toreros y aficionados, al extremo de ser el *Boletín* el órgano más autorizado de la opinión general.

En la corrida del domingo 14 de Junio, hubo un hecho notable; un par de banderillas que puede llamarse histórico, y que fué, sino el mejor, al menos de los mejores y más lucidos que Lagartijo ha clavado en la Plaza de Toros de Madrid.

Corriéronse en dicha corrida seis reses de Veragua; salió el quinto, llamado *Lobito*, y en cuanto tocaron á banderillas cogieron los palos Villaverde y Rafael. El primero puso un par cuarteando, después del cual el toro se fué al lado de las tablas, colocándose casi debajo del palco número 48, que ocupábamos nosotros.

Lagartijo se puso en frente del animal, en los tercios, y le alegró para que acudiese, pero viendo que no se movía, quitóse la montera y se la arrojó, con tal acierto, que fue á caer entre las manos del toro. Embistió éste furioso á la montera de Rafael, y rebrincando por ella, se arrancó con bravura indecible á coger á Lagartijo.

Rafael esperó al toro con pasmosa serenidad, clavó los pies en el suelo, señaló el quiebro de cintura con una elegancia y un aplomo que no pueden describirse, y quieto, inmóvil, sin perder un milímetro de terreno, clavó el par en las péndolas, saliendo el toro rebotado hacia los medios,

y quedando Lagartijo clavado en el mismo sitio desde donde había arrojado la montera.

He visto poner muchos pares á Rafael, la mayoría de ellos admirables, pero jamás he presenciado la ejecución de una suerte de banderillas al quiebro, en la cual el arrojo, la maestría y la elegancia se aunaran de un modo tan perfecto. Cuantos aficionados vieron poner aquel par á Lagartijo, lo recordarán como una de las cosas más portentosas que en la suerte de banderillas se han visto en la Plaza de Toros de Madrid.

Los aplausos que oyó Rafael y los sombreros y los cigarros que el público le arrojó, lleno de delirante entusiasmo, constituyeron una de esas ovaciones que Lagartijo no habrá olvidado seguramente. El par de banderillas citado, fué de esos que pasan á la historia, y con eso está dicho todo.

Ninguna particularidad digna de mención ofrecieron las dos corridas siguientes, en las cuales Rafael y Salvador cumplieron regularmente; pero en la verificada el 5 de Julio con toros de Veragua, Rafael se acostó en el morrillo de las dos reses que mató, obteniendo dos ruidosas y merecidísimas ovaciones. En cambio estuvo Salvador incierto y desconfiado, y mereció que en la muerte del sexto toro le hubiesen dado algún aviso poco agradable.

Rafael banderilleó de un modo incomparable el quinto toro, con un par de frente y otro al cuarteo, y Salvador clavó también dos pares que no tuvieron nada de particular. Lagartijo alcanzó, pareando, nueva y señalada ovación.

En la corrida del 12 de Julio, dió Rafael la alternativa á Manuel Hermosilla, que, vestido de morado y oro, mató al primer toro, llamado *Espejito*, de Miura. Hermosilla mató al animal, de *once*, entre pinchazos y estocadas, precedidos de 36 pases de muleta.

El segundo persiguió al banderillero Armilla, que al

tomar el estribo, resbaló. Llegó el toro, pegó un tremendo testerazo en la barrera, la hizo pedazos, y Armilla cayó al callejón, donde quedó materialmente enterrado bajo el montón de madera que le echó encima el animal. El aplaudido banderillero no sufrió lesión alguna.

Dicho segundo toro, murió á manos de Salvador de un horrible bajonazo que valió al matador silbidos.

El toro tercero se rompió una pata en cuanto salió, y fué retirado al corral. Rafael mató el cuarto de un gran volapié, con acompañamiento de palmas, sombreros y cigarros, y Salvador perdió absolutamente los papeles en la muerte del quinto, al cual, pinchó *diez* veces de mala manera, escuchando por tan infernal trabajo, una espantosa silba.

Y vamos ahora á la corrida verificada el domingo 19 de Julio de 1874. Esta fué la última de la primera temporada, y última también de las que se celebraron en la Plaza vieja; por esa razón, quiero dar de ella algunos detalles.

Lidiáronse seis toros de D. Manuel García Puente López, vecino de Colmenar Viejo, que fueron muertos por Lagartijo y Frascuelo.

Rafael mató el primero de un gran volapié hasta la mano, tirándose con extraordinario coraje, y mereciendo una ovación ruidosísima y prolongada; Salvador mató el segundo de un volapié hondo y contrario por embaguetarse, que fué acogido con aplausos y cigarros; Rafael dió muerte al tercero de seis pinchazos y estocadas, y un descabello á la segunda; Salvador despachó al cuarto, de una corta arrancando, caída, siendo aplaudido; Rafael mató el quinto de un pinchazo y un buen volapié, con aplausos; y Salvador, despenó al sexto, de un pinchazo y una estocada delantera.

Los toros, exceptuando el primero que fué bravo y de poder y acabó tardo, no valieron gran cosa. De los banderilleros se distinguieron Armilla y Gallito, y entre los pi-

cadores sobresalió por su mucha voluntad, Domingo Granda, el Francés.

El último toro se llamaba *Descolorido*, y fué condenado á fuego.

Y así terminó sin gloria ni vilipendio, con una corrida ordinaria, celebrada sin solemnidad alguna, la famosísima Plaza de Toros, en cuya arena realizaron sus hechos más notables los grandes astros del toreo, desde Pedro Romero, Costillares y José Delgado, hasta Francisco Montes, Redondo y Cúchares.

El día 17 de Agosto de 1874 se verificó en ella el último espectáculo. ¡Triste espectáculo en verdad! Una cuadrilla de harapientos comparsas, otra cuadrilla de principiantes dirigida por Jaqueta, cuatro mujeres grotesca y repugnantemente disfrazadas, un tal Gorrito y otro tal Setale subidos en zancos: he ahí los individuos que emborronaron la última hoja de esa historia ilustrada ayer por las heroicidades de inmortales diestros

Todos los buenos aficionados se dieron cita aquella tarde en la plaza. Carmona, Aguado y Mora y casi todos los demás abonados al palco núm. 48, entre los cuales se encontraba el autor de estas líneas, asistieron desde el citado palco á aquella infecta mojiganga. Todos fuimos á contemplar por última vez aquel recinto en el que tantas veces habíamos admirado los prodigios de valor y destreza de afamados lidiadores.

Allí había yo visto por primera vez al Gordito en 1861; allí había yo visto nacer á la vida del toreo á Lagartijo y á Frascuelo. Un pedazo de mi juventud quedaba allí, y hoy, al llegar á este punto y pensar en aquellos tiempos, multitud de recuerdos acompañan á la pluma y embargan profundamente mi ánimo.

Quiero dar de mano al asunto, ya que en páginas sucesivas habré de volver á él con algún detenimiento. Para ter-

minar con la Plaza vieja, haré constar solamente que desde su construcción, atribuída á Fernando VI en 1747, hasta la hora de su derribo, perdieron en ella su vida los siguientes lidiadores :

1.º José Delgado Illo, muerto el día 11 de Mayo de 1801, por el sétimo toro, de la ganadería de D. José Joaquín Rodríguez, vecino de Peñaranda de Bracamonte (Salamanca).

2.º El banderillero Bocanegra, que murió en el Hospital General en brazos del doctor en medicina y conocido é inteligente aficionado, D. Santiago Iglesias, el día 5 de Mayo de 1852, á consecuencia de la cogida que sufrió en la corrida del 3 de aquel mes y año. Cogió á Bocanegra el toro *Maragato*, de la ganadería de Durán, y que se lidió en cuarto lugar

3.º El matador Manuel Giménez, el Cano, que fué cogido por el toro de Veragua, *Pavito*, corrido el cuarto en la corrida del 12 de Julio de 1852. Una imprudencia del Cano que se hallaba muy mejorado de su herida, le produjo la muerte.

4.º El aficionado Oliva, cogido por un toro de gracia, corrido el 29 de Abril de 1855. El animal pertenecía á la vacada de Bañuelos. Oliva fué cogido al poner un par de banderillas.

5.º El espada José Rodríguez, Pepete, que murió en la plaza á consecuencia de haberle atravesado el corazón de una cornada el toro *Jocinero*, de Miura, en la corrida verificada el día 20 de Abril de 1862.

A estos hay que agregar los siguientes :

El picador Diego Luna que se estrenó en la Plaza de Madrid en la corrida del 1.º de Julio de 1830, con tan infausta suerte, que el quinto toro, de Gaviria, le arrojó con el caballo, produciendo la caída al picador, una terrible conmoción cerebral, de la que murió el día 3.

El matador Manuel Parra, que en la corrida del 26 de Octubre de 1829, al pasar de muleta á un toro que se lidiaba en división de plaza, fué cogido por el muslo izquierdo y volteado, recibiendo una cornada que le produjo la muerte á los pocos días.

El novillero Isidro Santiago, Barragán, que fué cogido al estoquear un novillo en la corrida del 23 de Marzo de 1851, y sufrió una cornada en una pierna; falleció el 5 de Abril.

De estas cogidas no conozco más detalles; de las citadas anteriormente he dado pormenores extensos en otra obra (1).

Como la Plaza vieja fué cuna y escuela, por decirlo así, de Lagartijo y de Frascuelo; como en aquel vetusto edificio adquirieron los dos matadores su fama y su popularidad, habrá visto el lector que me he detenido algo, demasiado quizá, en relatar los hechos más salientes de ambos, en la primera época de su apogeo.

Esa brillante etapa de la vida de los famosos lidiadores, es importantísima y ofrece interés vital para el aficionado y para el historiador, por lo cual he creído conveniente relatarla con algún detenimiento.

Eso facilitará más tarde la tarea del crítico y presentará á la atención de los modernos taurófilos, páginas accidentadas y memorables que la generalidad ignora, y con cuyo conocimiento podrán tener idea exacta de la vida y de los hechos de Rafael y de Salvador.

Vamos á la Plaza nueva.

(1) ¡Cuernos! Revistas de toros.—Cogidas de muerte. Madrid, 1883.

IV.

Inauguración de la Plaza nueva.—El apogeo de Lagartijo.—Cogida de Hermosilla.—Cogida de Juan Molina.—El amor fraternal.—Despedida de Salvador.—Rafael con calentura.—Ovaciones.—Muerte de un banderillero.—Una corrida de emociones.—Los palos de Carmoña.—Lagartijo en decadencia.—Las proezas de Chicorro:—El paso atrás.—Cogida de Frascuelo.—Su vuelta á la plaza.—Reaparición de Rafael.—Nuevo eclipse.—La temporada de 1880.—Salvador cede el puesto á su rival.—Cuatro años de ausencia.—La corrida de Beneficencia de 1882.—Faenas de Lagartijo y de Frascuelo.—La vuelta de Salvador.—La temporada de 1885.—Fin de la parte analítica.

La Plaza nueva de Toros, construída bajo la dirección de los arquitectos Sres. Alvarez Capra y Ayuso, se inauguró el viernes 4 de Setiembre de 1874. En la tarde del 3 bendijo la capilla, la enfermería y la sala de toreros, el vicario de Madrid, acompañado del capellán colector del Hospital provincial.

A las siete de la mañana del día en que se verificó la corrida de inauguración, se celebró en la capilla una misa, á la cual asistieron el Regatero, Currito, Salvador, Chicorro, Machío, Mariano Antón, Julián Sánchez, José Martín (la Santera). Antonio Calderón, Francisco Oliver y Manuel Gutiérrez (Melones).

Por la tarde se corrieron diez toros de las ganaderías siguientes, por el orden en que las reses salieron á la plaza: Veragua, Hernández, Puente López, Núñez de Prado, Anastasio Martín, Miura, López Navarro, Veragua, Puente López y López Navarro. Los tres últimos toros los compró la Diputación provincial; los demás fueron regalados por los ganaderos.

Como matadores actuaron Bocanegra, Lagartijo, Currito, Frascuelo, Villaverde, Chicorro, José Machío y Valdemoro. La corrida no ofreció gran cosa de particular. Rafael y Salvador incansables en la brega, recortaron y se adornaron con gran lucimiento, ganando palmas abundantes. En la muerte de sus toros, los matadores estuvieron poco afortunados en general; solamente Frascuelo fué muy aplaudido y obsequiado con cigarros y sombreros en la muerte del cuarto toro, único que mató de una estocada corta y contraria arrancando, pero la ovación no fué de las que se recuerdan.

Lagartijo, al correr el primer toro, fué alcanzado por éste. Rafael con gran serenidad le tapó los ojos con el capote y se arrojó al suelo sufriendo un pisotón en el muslo derecho, que le rompió la franja del calzón. Matando el último toro, que por cierto fué quemado, resbaló una vez Rafael al arrancar, y se cayó delante de la cara, pero afortunadamente el animal no hizo por Lagartijo, y éste se levantó sin avería alguna.

Fuera de estos incidentes, la corrida de inauguración de la Plaza nueva fué muy mediana y no satisfizo al público, que ocupó los trece mil asientos que próximamente el edificio tiene.

Al ocuparme de las corridas verificadas en la Plaza nueva, no he de seguir el procedimiento que he empleado en los tres capítulos anteriores. El nuevo circo taurino tiene una historia conocida, y muy joven ha de ser el aficionado que no haya asistido á las luchas que allí se han verificado desde su fundación hasta la fecha, amén de que una minuciosa descripción de las corridas aburriría seguramente al lector.

Voy, pues, á andar de prisa y á fijarme tan sólo en aquellos incidentes que merezcan especial mención, tanto más, cuanto que al estudiar detenidamente las entidades to-

reras de Rafael y de Salvador, tendré que volver la vista atrás frecuentemente.

La temporada de inauguración de la Plaza nueva, esto es, la segunda temporada del año 1874, fué una de las más brillantes que tiene en su historia Rafael Molina. Cuando estuvo mal, lo estuvo de veras, pero las faenas superiores se contaron en gran número. Rafael dió entonces estocadas admirables, se acostó en el morrillo de los toros, durmiéndose materialmente en la cuna, y no hubo animal que, al consentirse á matar Lagartijo, no saliera muerto de su mano.

Salvador tuvo el santo constantemente de espaldas, hasta las dos últimas corridas de la temporada.

Descompuesto en cuanto la brega se alargaba un tanto; fuera de sí, no bien un toro se defendía; pasando desconcertadamente é hiriendo mucho y mal, parecía que la Plaza nueva ejercía sobre el valiente matador una verdadera *jettatura*. Unicamente en los quites mostrábase siempre á una altura incomparable, y no sólo era el Salvador constante de la gente montada, sino que más de una vez su maravilloso capote libró de seguras cogidas á Lagartijo.

Las ovaciones que Rafael recibió matando sus toros fueron inmensas, y el año 1874 fué cuando realmente se hizo Lagartijo dueño de un público que muy pronto había de regatear cualidades á todo el que no fuese su torero mimado, único, indiscutible é invulnerable.

En cambio Salvador pudo ver desde luego el porvenir que le esperaba en la Plaza de Madrid. Tratado durísimamente en cuanto incurría en el menor descuido, objeto de todo género de discusiones que pretendían amenguar su mérito en la suerte de recibir, siendo Frascuelo el único que la practicaba, no era posible que un torero pundonoso resistiera impávido la pasión y la injusticia que se le venían encima claramente.

La parte que Salvador pudo tener en aquella explosión

de hostilidades, ya la veremos más tarde y en lugar más oportuno, pero bueno es hacer constar que el año 1874 fué el preludio de la gloria de Rafael y del calvario de su compañero.

En la corrida del 20 de Setiembre, hubo que lamentar la primera cogida en la Plaza nueva. La víctima fué Hermosilla. Lidiáronse en aquella fiesta seis toros de Veragua; Rafael mató el primero de una estocada atravesada, dos pinchazos y un metisaca bajísimo. Hubo gran silba y muchos aplausos.

Salvador mató al segundo de dos pinchazos y un sablazo en las costillas, oyendo una silba espantosa, sin ningún aplauso.

El tercer toro se llamaba *Cachucho*, y era negro bragao, buen mozo, cornigacho y bizco del izquierdo. Tocaba su muerte á Hermosilla, que toreaba por segunda vez en Madrid, y hacía su primera salida en la Plaza nueva.

Hermosilla empezó la faena con dos pases con la derecha, dos de telón y uno por encima del hombro, extrañándose á menudo y encorvándose mucho. El toro abandonó las tablas, y tomó viaje á los tercios, en donde Hermosilla volvió á desliar el trapo y á pasar á *Cachucho* con siete de telón, saliendo en todos por pies, porque el bicho se revolvía, y resbalando una vez sin caer. Corrieron al toro, lleváronlo enfrente del tendido núm. 4, donde quedó más cerca de las tablas que de los tercios, algo sesgado hacia aquellos, y teniendo á la espalda dos caballos muertos. En esta posición, y no del todo igualado, lió y se armó Hermosilla para estoquearle. Arrancó el espada derecho y con decisión, y á los pocos segundos, arrancó el toro también; pero al cargar la suerte, al llegar al embroque, la mano izquierda del matador quedó muerta, el toro no vió el terreno de fuera que debe indicársele con claridad siempre, y al derrotrar, enganchó á Hermosilla, lo suspendió y lo

dejó caer en el suelo, intentando varias veces recogerlo, aunque sin fruto, merced á que, consentido del todo, fué tanta su codicia, que la muleta de Hermosilla, que quedó en la arena, y el siempre eficaz y oportuno capote de Salvador, auxiliado por Rafael, fueron suficientes para que el animal desahogase su ira, mientras Hermosilla, rodando por el suelo, se incorporó y se puso en pie.

En este momento, Hermosilla, con extraordinario arrojo, intentó volver á tomar los trastos; pero Rafael, señalando la sangre que manchaba el calzón derecho del ya herido lidiador, se opuso terminantemente á los designios de éste, y apoderándose de muleta y estoque, se dirigió al bicho, mientras Hermosilla, sereno y valiente, sin dar muestras de la más ligera incomodidad, ingresó en la enfermería, donde reconocido por el facultativo de guardia D. Ramón Eusebio Morales, resultó tener una herida en la parte interna y tercio superior del muslo derecho, en dirección transversal, de unas cuatro pulgadas de extensión y una de profundidad, que se comunicaba con otra de cortas dimensiones situada á cinco pulgadas de distancia de la anterior.

Fué calificada de grave por la situación del mal y accidentes que pudieran sobrevenir, pero no sobrevino ninguno, y Hermosilla recuperó su salud al poco tiempo.

Lagartijo mató á *Cachucho* con admirable valentía. Fué desarmado en uno de los pases y embrocado sobre corto, pero el capote de Salvador se interpuso y salvó á Rafael en medio de una gran ovación para Frascuelo.

Lejos de amilanarse con este incidente, Rafael hizo coraje, se arrimó al toro, lo igualó con dos pases, y se dejó caer sobre la cuna con una estocada á volapié, hasta la guarnición, que hizo innecesaria la puntilla. Renunció á describir el delirante entusiasmo del público, y la cantidad de sombreros y de cigarros que cayó á los pies del bravo matador.

No contento con eso, todavía volvió Rafael á mojarse la mano, matando el toro siguiente de un gran volapié, con nuevo acompañamiento de aplausos, sombreros y cigarros.

La corrida del 4 de Octubre fué otro ruidoso triunfo para Lagartijo, y señaló una nueva cogida, la de Juan Molina. Se lidiaron seis toros de D. Rafael Laffitte, de Sevilla. Rafael mató el primero de una magnífica estocada á volapié que le valió la consiguiente ovación; Salvador despachó al segundo pinchándolo cuatro veces, una recibiendo y tres á volapié, en lo alto siempre, y siendo muy aplaudido; y Valdemoro dió un bajonazo al tercero.

Salió el cuarto que se llamaba *Perdigón*, colorado, ojo de perdiz y corniabierto. Mariano Antón colgó dos pares, uno cuarteando y otro al sesgo, y Juan Molina, que salió de segundas, puso su par al sesgo. Ya habían tocado á la muerte, cuando Juan quiso aprovechar un relance, y clavó un nuevo par, pero con tal desgracia, que fué cogido y volteado, recibiendo dos puntazos, uno en la parte superior é interna del muslo izquierdo, cerca de la región inguinal, y otra que se comunicaba con el primero.

Levantóse Juan del suelo y fué por su pie á la enfermería. En medio de la intensa emoción que la cogida había producido en el público, se dirigió Lagartijo al toro, después de haber brindado su muerte á las personas que ocupaban el palco número 91.

Gran parte de los espectadores comenzó á gritar desahoradamente, pidiendo que el toro fuese retirado al corral. Carmona, haciéndose cargo de este incidente, escribía con su habitual desenfado:

«El público ignorante empezó á pedir que no matase *Lagartijo*, y nosotros no comprendemos, en verdad, lo que se debía hacer no estoqueando el toro que por turno le correspondía: ¡qué de barbaridades se oyen, y cuánto estúpido se cree que es buen aficionado!»

Rafael no hizo caso de aquellas almas sensibles (!) y se dirigió resueltamente á *Perdigón*, al cual igualó con solo cuatro pases de muleta, dejándose caer en seguida con una estocada asombrosa á volapié, que echó á rodar inmediatamente al toro. El entusiasmo que aquella magistral suerte produjo en el público, no puede describirse. Los aplausos resonaron frenéticos; la plaza quedó sembrada de sombreros y cigarros, y una magnífica petaca cayó desde el palco número 91.

Lagartijo lo dejó todo, y en cuanto vió en tierra á *Perdigón*, se dirigió corriendo hacia la enfermería, de la cual salió al poco rato, manifestando al público que la herida de Juan no tenía importancia alguna. La ovación se repitió en proporciones colosales, y Rafael pudo saborear á sus anchas aquel mercedísimo triunfo.

Quien no haya presenciado aquel espectáculo; quien no haya visto á Lagartijo matar un toro que acababa de coger y de herir á Juan Molina; quien no haya visto á Rafael vengar la cogida de su hermano, con un valor, con una fiera y con un arte en los cuales parecía adivinarse el amor fraternal centuplicado por la desgracia que Juan había sufrido un momento antes; quien no haya visto eso, no ha experimentado una de las emociones más punzantes á que la lidia de reses bravas puede dar margen, ni ha presenciado uno de los triunfos más importantes y conmovedores que Rafael Molina ha alcanzado en su brillantísima carrera.

La Providencia protegía indudablemente en aquella temporada á Rafael. En la corrida del siguiente domingo, 11 de Octubre, Lagartijo estuvo también hecho un héroe, y mató sus dos toros de dos admirables estocadas en todo lo alto, y acostándose en el morrillo, obteniendo por tan lucido trabajo, dos ruidosas ovaciones.

Salvador, que en las corridas anteriores había estado,

en general, desgraciadísimo, oyendo con frecuencia muestras de desaprobación sañudas, y más de una vez injustificadas, se rehizo bastante en la del 11 de Octubre, matando un toro (el único que mató, porque el quinto fué retirado por defectuoso), de un pinchazo aguantando y una gran estocada á un tiempo.

En la penúltima corrida de la temporada, celebrada el 18 de Octubre, Frascuelo, que toreaba con Villaverde y Valdemoro, recibió admirablemente el cuarto toro, siendo objeto de una entusiasta ovación, después de haber aguantado en la muerte del primero una silba más que regular, por una faena deplorable.

La temporada de 1874 terminó el 25 de Octubre con una corrida extraordinaria de ocho toros, lidiados por Lagartijo, Frascuelo y Villaverde, con sus cuadrillas, estando de sobresaliente, para matar los dos últimos toros, Angel Pastor.

Rafael cumplió sin gran lucimiento en la brega y muerte del primer toro y del cuarto; Salvador no mató más que el quinto, porque el segundo fué al corral por inútil. Con la muerte de dicho quinto toro, se despidió Frascuelo del público de Madrid, puesto que había decidido no torear en la corte en la siguiente temporada.

La despedida de Salvador fué admirable. Citó dos veces á recibir; pinchó en hueso la primera vez y perdió terreno, pero en el segundo cite esperó á pie firme y clavó una soberbia estocada, que mató casi instantáneamente al animal. Frenéticos aplausos y aclamaciones, y una lluvia de sombreros y cigarros, premiaron la sangre torera y el arte del matador.

Para la temporada primera de 1875, fueron escriturados el Gordito, Lagartijo y Currito.

No puedo pasar en silencio, por lo que respecta á Rafael, la segunda corrida de abono, que se verificó el 4 de

Abril. Lagartijo padecía una fiebre catarral que le había tenido cuatro días en cama. A las once de la mañana del día de la corrida llamó á su médico, Sr. Alcaide de la Peña, y le pidió su opinión sobre si debía ó no presentarse en la plaza. La contestación del doctor fué rotundamente negativa, pero Rafael, temeroso de que su ausencia fuera interpretada malévolamente, se decidió á trabajar, se vistió y marchóse á la Plaza.

Yo le ví en el cuarto de toreros. Lagartijo, embozado en una capa de paño, y tiritando de frío, estaba sentado en una silla, indiferente á cuanto le rodeaba, y mostrando en su pálido semblante las huellas de la calentura.

Con la penosa impresión que la vista de Rafael produjo á cuantos observamos su abatimiento, ocupamos nuestros asientos, presagiando una mala tarde al pundonoroso matador; pero sucedió, afortunadamente, todo lo contrario.

Sea que el trabajo de la brega hubiese operado en Lagartijo una completa reacción, ó que la voluntad del torero se sobrepusiera al padecimiento del hombre, el caso es que Rafael mató su primer toro de un pinchazo en hueso y una soberbia estocada á volapié, y echó á rodar al segundo de una magnífica, arrancando, que resultó contraria por atracarse de toro. Las dos ovaciones que recibió en prueba de sus admirables trabajos, debieron limpiarle el cuerpo de calentura, mejor que pudiera hacerlo una tonelada de quina!

Las sobresalientes faenas de Rafael en la primera temporada de la Plaza nueva, y las dos últimas muertes que acabo de citar, le granjearon de tal modo las simpatías de la mayor parte del público, que desde aquel instante comenzó á hacerse patente el intransigente apasionamiento de los aficionados en favor de Lagartijo.

Más desgraciado que feliz se mostró ya generalmente desde aquel momento; pero el terreno ganado anteriormen-

te había sido tan considerable, que Rafael pudo ocupar el trono que el público le ofrecía, é imponer desde allí su omnímoda voluntad á empresas y aficionados.

Cuando Lagartijo acertaba á matar un toro de una gran estocada, apoderábase de la Plaza un verdadero delirio; y cuando, vuelto el santo de espaldas, tardaba, como tardó en varias ocasiones, media hora y más en despachar á sus reses, bastaban unos cuantos silbidos para provocar tempestades de aplausos que protestaban indignados del desacato que se cometía contra el ídolo del público madrileño.

Para que se vea hasta qué punto se había apoderado Rafael de la Plaza, basta citar el siguiente hecho ocurrido en la muerte del quinto toro lidiado en la corrida del 16 de Mayo de 1875.

Después de haberle trasteado trabajosamente, Lagartijo dió al animal un bajonazo atravesado, y se marchó acto continuo á los estoques. El toro cayó al poco rato, pero lo levantó el puntillero; y Rafael, que ya había dejado estoque y muleta, se dirigió *con el capote al brazo* al lugar donde el bicho se encontraba, y colocado delante del toro, comenzó á darle capotazos secos, hasta que se echó. ¿Para qué comentar el caso? Dígase si un matador de toros que se atreve á hacer eso y lo hace impunemente, no se ha metido al público en el bolsillo, y está autorizado á todo.

He citado el hecho para probar que Rafael Molina estaba en 1875 en el apogeo de su popularidad, y disponía á su antojo del público de Madrid. Ya se verá más tarde que, desde aquel momento, no tenía sino dejarse llevar por la corriente para conservar su puesto de ídolo, merced á las circunstancias que habían de rodear á su adversario y competidor.

Tengo que relatar ahora la horrible desgracia que ocurrió en la corrida de Beneficencia verificada el día 23 de

Mayo. Esa fecha señala la primera página negra de la Plaza nueva de Toros de Madrid.

«Tan desagradables lances ocurrieron en la función ejecutada ayer en el circo taurino—escribía Carmona en el *Boletín*—que la pluma se niega á reproducirlos, y en la mente embargada por el sentimiento no brota ni una idea. Si no fuese por el compromiso contraído con nuestros suscritores, tiraríamos los *apuntes*, y en vez de escribir la revista, haríamos un artículo condenando las fiestas de toros que á tan mal estado han traído los diestros modernos.»

Esas líneas del director del *Enano* dan idea anticipada de lo que fué la corrida. Lidiáronse en ella tres toros de Veragua, tres del Saltilo y dos de Miura, por Lagartijo, Currito y Cara-ancha y sus cuadrillas.

Rafael dió la alternativa á Cara-ancha, que mató el primer toro con mucho aplauso, de una estocada atravesada y otra corta y buena. El animal era de Veragua, y se llamaba *Apreturas*, negro, bragado y corniabierto.

Las emociones comenzaron con la muerte del segundo toro. Currito fué volteado y pisado por el animal, y sacó roto el calzón derecho desde la corva hasta la cintura. Rafael fué acosado y embrocado por el tercer toro (de Miura), cuando el matador estaba liando la muleta; y gracias al oportunísimo capote de Mariano Antón no hubo que lamentar una catástrofe.

El sétimo toro saltó al callejón por el 4, y cogió entre barreras á Mariano Granda, hermano del picador el Francés. Granda recibió varias contusiones, y una de consideración en el hígado. Rafael mató al toro de una estocada atravesada y baja, después de habernos hecho pasar un susto mayúsculo. Pocos momentos antes de dar la estocada, habíase una vez igualado el toro, y preparándose Lagartijo para arrancar; pero cuando estaba el matador liando, se le vino encima el toro, y gracias á que Rafael con gran sere-

nidad se tiró al suelo, no tuvimos que apuntar una nueva desgracia. El animalito pasó rebrincando por el cuerpo de Rafael, y éste se levantó ileso.

Pero toda esa serie de desavíos quedó oscurecida con la espantosa desgracia que produjo el sexto toro. Llamábase *Chocero*, pertenecía á la ganadería de Miura y era castaño, ojo de perdiz, meleno y astillado del izquierdo. Fué bravo en el primer tercio; tomó siete varas y mató tres caballos.

Tocaron á banderillas, y salió á parear en el lugar primero un banderillero completamente desconocido en Madrid, y cuyo nombre y apellido ignoraban hasta sus mismos compañeros. Lo único que uno de éstos, Cosme, que salió á parear con él, pudo decirnos, es que le llamaban *Llusio* y era valenciano. Su nombre era Mariano Canet.

Correspondía banderillear el toro al dicho Cosme y á Remigio Frutos *Ojitos*; ambos, segun parece, hicieron esfuerzos para no permitir que parease *Llusio*, pero á las reiteradas instancias de éste tuvo que ceder Frutos, y salió, en efecto, á banderillear el infortunado diestro valenciano.

El toro no presentaba el menor recelo, y se hallaba en los tercios de la plaza encampanado y perfectamente igualado. Canet lo alegró sobre corto, y se fué á la res por derecho; llegó al centro, clavó el par un poco bajo y al lado derecho, y se quedó parado en el embroque. El toro humilló naturalmente, y al dar el hachazo, alcanzó al diestro.

El desgraciado banderillero fué volteado en este momento, pero con tal rapidez por parte del toro, que éste tuvo tiempo para secundar el derrote antes de que *Llusio* llegara al suelo. Una vez en la arena el diestro, trató de incorporarse, pero la res acometió otra vez con gran ímpetu, y volvió á cornear y á pisotear con rabia al infeliz

banderillero, hasta que, dejándolo en la arena, tomó el toro viaje natural.

Canet se levantó, llevándose inmediatamente la mano izquierda al lado izquierdo del cuello, lado en el que se apercibía con gran claridad una horrible herida. Algunos dependientes de la plaza acudieron en seguida y se apoderaron del herido, que dejó caer los brazos y desfalleció, siendo conducido con gran celeridad por los citados dependientes á la enfermería.

Cual sería el estado del desgraciado diestro, lo comprenderán los lectores al saber que respiraba por la herida, y que ésta consistía en la rotura de la yugular izquierda.

«¡Agua, que me ahogo! ¡Madre de mi alma; no te volveré á ver!» Tales fueron las únicas palabras que el infeliz pronunció en la enfermería. Quince minutos, poco más ó menos, después de tan atroz cogida, el banderillero Mariano Canet había dejado de existir, víctima de un arrojo tan grande como su inexperiencia.

¡Ni un capote, ni uno tan sólo acudió al lugar de la desgracia! Los comentarios que sobre este incalificable descuido se hicieron entonces, son más para callados que para escritos.

En todas las corridas anteriores había actuado como primer espada el Gordito, pero con suerte tan infausta, que rara, muy rara era la tarde en que Carmona no recibiera del público unánimes y escandalosas muestras de desaprobación. El famoso D. Casiano Hernández, á quien todos designaban con el nombre pelado de «Casiano,» tenía arrendada la Plaza desde el año 1874, y fué empresario hasta el 1879 inclusive.

Viendo el mal resultado que Antonio Carmona daba para el negocio, volvió Casiano los ojos á Salvador, y después de muchas conferencias y no pocas dificultades, ultimó la escritura de Frascuelo. Este puso por condición *sine*

qua non, que el día que torease como tercer espada, habían de lidiarse siete toros con objeto de no matar el sexto, á lo cual accedió Casiano.

Frascuelo se presentó de nuevo en la Plaza de Madrid, después de una corta ausencia, en la corrida del 6 de Junio de 1875. Rafael se creció al lado de su compañero, y los dos llevaron el peso de las corridas con buen ánimo, haciendo una temporada con alzas y bajas, como siempre, pero brillantísima en general.

Lagartijo alcanzó extraordinarias ovaciones, y Frascuelo las alcanzó también, pero vióse clara y determinada en sus adversarios la tendencia de oscurecer el mérito de la suerte de recibir, que Salvador practicaba con frecuencia, sin que nadie á su lado lo intentase siquiera. Aquella era la sombra de los lagartijistas; no podían admitir que hubiera un matador de toros que se luciera en la suerte más difícil del toreo, alcanzando por ello una supremacía evidente sobre Rafael, y á desvirtuar esta supremacía, tendían los enconados esfuerzos de los numerosos partidarios de Lagartijo.

Un almuerzo dado por Frascuelo á algunos elevados personajes caracterizados como alfonsinos, en aquella época en que la restauración acababa de verificarse, convirtió á Salvador ¡quién lo creyera! en el torero de la aristocracia, de la crema social, y dió margen á enemistades é incidentes que ahora paso en silencio, puesto que habré de ocuparme en páginas venideras, de aquel celeberrimo almuerzo que tanta influencia ejerció en los futuros destinos de Salvador Sánchez.

A fines de Octubre de aquel año de 1875, Lagartijo se vió acometido de calenturas gástricas que degeneraron en erupción variolosa, por lo cual, no pudo tomar parte en las dos últimas corridas de la temporada.

El año de 1876, torearon de nuevo juntos Lagartijo y

Frascuelo. La temporada fué fatal para Rafael que, en general, y salvos contadísimos toros que afianzó á la primera con soberbias estocadas, estuvo descompuesto, receloso y huído. Hubo una corrida, la tercera de abono de la primera temporada verificada el día 30 de Abril, que fué notabilísima, porque en ella trabajaron Rafael y Salvador en competencia, para ver quién lo hacía peor.

La reseña de Carmona, es superior, y leyendo sus párrafos más salientes, pasarán un buen rato los aficionados. Allá van: primero el preámbulo:

«De buena gana renunciaríamos á describir la corrida de toros que tuvo lugar ayer en nuestro circo madrilleño, si la obligación que tenemos para con el público, no nos lo exigiera. Algunos lo agradecerían, sin embargo, que al menos no verían escrito, como perpétuo baldón de su cobardía el lamentable espectáculo que ayer presenciamos; pero no se apuren los llamados toreros, que de ellos hemos de decir menos de lo que se merecen.»

Así empezaba Carmona su revista. Ahora verán los lectores si el director del *Boletín de loterías y de toros* dijo de los toreros, *menos de lo que se merecían*.

Se lidiaron seis toros de Miura que fueron estoqueados por Lagartijo, Frascuelo y Machío.

Primer toro de Rafael:

«El señor *Lagartijo*, bailando, agachándose é incierto, después de cuatro naturales, seis con la derecha, uno de telón y dos cambiados, dió al toro, que durante toda la lidia fué noble, un tremendo golletazo, saliéndose de la suerte y temblándole los cordones de la chupa. *Gran silba.*»

Primer toro de Salvador:

«El señor *Frascuelo*, incierto y poco ceñido, le dió cuatro pases naturales y uno con la derecha, siendo desarmado, y para no ser menos que su compañero, endilgó, arrancando, un soberbio golletazo. *Gran silba.*»

Segundo toro de Rafael :

«Entre veinticuatro pases justos y cabales que se descomponen en seis naturales, seis de telón, ocho con la derecha que parece que alarga más la distancia, tres cambiados y uno de pecho, pinchó al pobre *Escultor* con una media estocada tendida barrenando, otras dos arrancando muy cortas en que el bicho aprendió á taparse, otra en que el animal dió al espada un testerazo en el brazo derecho, que por el golpe le hizo caer de espaldas delante de las astas de que no quiso hacer uso la rés (por lo cual y por haber dejado Juanito Molina en la cabeza su capote, pudo el matador levantarse), un pinchazo alto andando, una corta caída delantera, un conato de pinchazo, tres ídem en hueso á volapié dando las tablas, y finalmente ¡gracias á Dios! una baja á toro parado. *Tremenda silba.*»

Segundo toro de Salvador :

«Sonó la hora fatal, y el Sr. Salvador, después de dos pases con la derecha, uno cambiado y otro de telón, se tiró con una estocada que resultó contraria, saliendo trompicado y perdiendo la muleta; no tuvo más remedio, porque el toro le perseguía, que saltar la barrera, lo cual intentó también hacer el toro.—Hasta aquí, si bien hay mucho criticable, puesto que el espada no debió colocarse en el terreno de dentro, podríamos disimular algo, pero la faena posterior es incalificable y no la hemos visto á este torero nunca, más grosera ni más deslucida. Figúrense nuestros suscritores que después de otros tres pases de telón, once con la derecha, estirando el brazo, y dos cambiados, dió, vayan contando, un pinchazo alto perdiendo el trapo, una corta buena arrancando de largo, una contraria y delantera sin soltar, otra contraria saliendo arrollado y librándose por pies, un pinchazo al aire, otro bajo, otro en las costillas, otro sobre largo, otro en la tripa, un intento de descabello, otro pinchazo bajo y un gollete. Pedir más es avari-

cia. La grito era terrible, y el presidente envió un aviso al espada un poco más tarde de lo que nosotros lo hubiéramos hecho. Habíamos siempre visto en Salvador que si tenía *jindama* la disimulaba mucho, y le hemos concedido siempre la cualidad de valiente y pundonoroso; ayer no vimos más que miedo sin arte, y no queremos decir más. *Estrepitosa silba.*»

El resumen de Carmona no tiene tampoco desperdicio. Dice así:

«La tarde muy mala con mucho aire y lloviendo sin cesar, en términos de que los clarines se metieron en las gradas al tercer toro, dejando desde entonces de sonar los timbales. Los picadores, peores, sin saber su obligación y picando alguno en el rabo del toro. Los banderilleros, á excepción de Pablo, más malos, ignorando hasta el A B C del toreo. Los espadas, rematadamente malos, peores que todos y con más miedo que .. un miedoso. La presidencia bien, aunque muy condescendiente con los lidiadores, á quienes debió multar fuertemente. La entrada regular. Nosotros, presintiendo la ruina y decadencia del toreo para un tiempo muy próximo.»

Después de leer este resumen, salta á la vista la injusticia con que Carmona trató á todos los toreros. No era posible aplaudir aquellas deplorables faenas; en esto estamos conformes. ¿Pero no merecían alguna benevolencia, en vista del temporal que reinó durante la corrida?

Carmona mismo empieza por decir que la tarde fué *muy mala, con mucho aire, y que llovía sin cesar.*

Ahora bien: ¿se puede torear con aire? ¿Se tiene confianza á la hora de matar, cuando el aire descubre el cuerpo y los pies se agarran mal en el suelo mojado? ¿No eran todas esas circunstancias suficientes para atenuar en parte el trabajo de los diestros?

Que esto lo hagan, como efectivamente lo hacen, los

revisteros de hoy, en su mayoría, pase; pero que lo hiciera Carmona, tan imparcial y tan sereno siempre, á despecho de su forma desaliñada y brutal á veces, no tiene perdón.

Y todavía exclamaba el hombre: «no se apuren los mal llamados toreros, que de ellos hemos de decir menos de lo que se merecen.»

Pues si llega á decir lo que se merecían, es capaz Carmona de pedir la media luna, no para los toros, sino para los lidiadores!

En descargo del inteligente director del *Boletín de loterías y de toros*, hay que consignar, sin embargo, que la corrida del 30 de Abril debió dejar furiosos á los aficionados, puesto que al hacer Rafael y Salvador el paseo, en la siguiente del 7 de Mayo, fueron acogidos con una silba estrepitosa; y ni el uno ni el otro hicieron en dicha corrida nada notable.

La corrida del 18 señaló un triunfo para Salvador. El periódico de Carmona dedicó á aquella corrida una revista en la cual se parodiaba con gracejo una sesión de Cortes. Basta esta circunstancia para que se comprenda desde luego que la tal revista no estaba escrita por Carmona. Debe, en mi concepto, atribuirse aquella reseña al actual director del *Enano de Madrid*, D. Ernesto Jiménez, aficionado inteligente como pocos, y que sustituyó á Carmona muy pronto en los trabajos del *Boletín de loterías y de toros*.

He aquí la relación que hacía el *Boletín* de la muerte del primer toro de Frascuelo:

«Faltaba que el señor Frascuelo se rehabilitase en la opinión pública, midiendo sus armas con oradores como los que el Sr. Miura envía, y que por tan bajo de su reputación dejaron á aquél en la sesión del 30 de Abril último. Era preciso apurar el entendimiento, y conociéndolo así el jefe del partido expresado, se dirigió á *Cocinero*, previa la

venia del señor presidente, y con frase reposada y tranquila, le pasó cuatro veces al natural, tres con la derecha y dos cambiados, se plantó el hombre, *clavó los pies*, citó y dió á la res una estocada hasta el puño, *recibiendo*, por todo lo alto, aunque algo sesgada, porque, como *Montes*, dió mucha salida con la izquierda y concluyó descabellando á la segunda. (*Grandes aplausos de todos los lados de la Cámara sin distinción; los que ocupan las tribunas públicas arrojan sombreros, cigarros y hasta levitas y gabanes en su entusiasmo; un ciudadano envia al afortunado orador un estoque: en fin, aquello parecia una plaza de toros en sus buenos tiempos.*)»

La muerte del segundo toro de Salvador fué como sigue, según el *Boletín*:

«Repuesto algún tanto (el toro), y viendo que *Frascuélo* le presentaba ocasión para vengarse, puesto que se le colocó enfrente soltando el trapo, acometió y fué pasado dos veces al natural, dos cambiándose, cinco con la derecha y cuatro por alto, sufriendo el atrevido cornúpeto una soberbia estocada en los rubios, arrancando sobre corto y como se debe. (*Aplausos en todos los lados; gritos de entusiasmo.*)»

En el resumen decía el *Boletín*, juzgando el trabajo de Frascuelo:

«Si la manera un tanto dura que en nuestros números anteriores hemos usado con los toreros, ha sido causa de que Salvador, picado su amor propio, haya vuelto por su honra en esta corrida, nos congratulamos de ello. Reciba, siempre que los toros sirvan para ello, cuantos se le presenten, sin temor á que por dar mucha salida se atraviesen las estocadas, ni á que salgan mal dadas éstas, porque esos defectos se corrigen con el tiempo, y preciso es que el que quiere aprender se ejercite, que nadie ha salido maestro desde el primer día. Oiga los consejos de la prensa, no se

engría, siga parando los pies y recibirá siempre los aplausos de hoy.»

Cuanto á las faenas hechas por Rafael en dicha corrida, he aquí el varapalo del periódico de Carmona :

«Rafael Molina atrasa notablemente, y á juzgar por lo que vamos viendo, ha entrado en el período de decadencia. No basta que un día acierte á matar un toro, porque además de que lo hará de la única manera que sabe, para ser torero se necesita dar á cada res la lidia que pide, y él no sabe recibir ni dar volapiés sin cuartear demasiado, ni arrancar en corto y por derecho... Porque le queremos, porque es una esperanza ya casi perdida, le excitamos á que vuelva sobre sí y piense que su conducta puede perjudicarle.»

Aún estuvo más duro Carmona al tratarse de otras corridas de aquella temporada, pero paso por alto las tremendas censuras del *Boletín*, para ocuparme de la última corrida de la temporada, en la cual ocurrió un suceso extraordinario y digno, por todos conceptos, de especialísima mención.

Verificóse la corrida el día 29 de Octubre, y lidiáronse un toro de Miura, otro de Barbero, otro de Benjumea, y tres de Salas, actuando como espadas Lagartijo, Frascuelo y Chicorro.

Rafael mató su primer toro de una corta alta, un pinchazo delantero y una estocada sesgada. Salvador despachó al segundo de un pinchazo en hueso y una grande arrancando, sobrada.

Salió el tercero, de Benjumea, llamado *Medias negras*, berrendo en negro, capirote y botinero y bien armado. Lo que hizo Chicorro con este toro, se necesita haberlo visto para creerlo. Comenzó por dar el salto de la garrocha de un modo admirable, se dirigió inmediatamente á cuerpo limpio al toro, y le arrancó la divisa en un recorte ceñidí-

simo, saliendo Chicorro en seguida á ofrecérsela á los príncipes de Baviera que ocupaban con Alfonso XII el palco régio.

Aceptado el regalo, presentóse nuevamente Chicorro en la Plaza, tocaron á banderillas, cogió dos pares de á cuarta, clavólas magistralmente al cuarteo, agarró luego un par de las comunes, y lo clavó también de una manera admirable

Entre el delirio de los espectadores asombrados por tales faenas, se apoderó Chicorro de los trastos de matar, dirigióse al toro y lo echó á rodar de un pinchazo en hueso y un asombroso volapié hasta la mano, que hizo morir instantáneamente á *Medias negras*, sin necesidad de puntilla.

Lo que pasó en la Plaza no hay nadie capaz de describirlo. No he visto jamás espectáculo semejante, ni más sombreros, cigarros y prendas de vestir, desparramados por la arena. Ni creo que se haya visto jamás á un torero ejecutar cuatro suertes distintas, el salto de la garrocha, quitar la divisa sin capote al brazo, poner tres pares de banderillas, dos de ellos de á cuarta, y matar finalmente al toro, todo ello admirablemente, con matemática precisión y sin solución de continuidad.

El público, fuera de sí y no sabiendo de qué modo había de colocar su entusiasmo á la altura del mérito de Chicorro, pidió desaforadamente que el toro le fuera concedido, y á ello accedió el presidente.

El afortunado lidiador cortó la oreja á la res y la mostró á los espectadores que aplaudieron con frenesí, consumándose de tal suerte un acto sin precedentes en estos tiempos, en la Plaza de Toros de Madrid.

Rafael tardó treinta y ocho minutos en matar el cuarto toro; Salvador despachó al quinto de una gran estocada arrancando, y Chicorro despenó al sexto de un pinchazo y dos estocadas medianas.

¡A cuántas reflexiones se presta el incidente de Chicorro! ¡Y cuán elocuentemente se manifiesta en él la importancia capital que tiene en los toreros la suerte, eso que llaman ellos gráficamente venir el santo de cara. Y, sin embargo, la suerte es poco, cuando el arte no la ayuda. En tales casos el santo se vuelve de espaldas constantemente, porque lo fortuito es excepcional, y sólo á la casualidad puede atribuirse una serie de faenas sucesivas que nadie ha ejecutado como Chicorro, y una ovación única en su género y tal como jamás la han alcanzado en su vida ni Lagartijo ni Frascuelo!

Por lo que Chicorro hizo durante toda la lidia del tercer toro en la por esa única circunstancia famosa corrida del 29 de Octubre de 1876, debería deducirse que José Lara era torero y matador de toros consumado. Lagartijo y Frascuelo quedaron oscurecidos, aplastados, en aquella corrida, por Chicorro.

Lo cual no obsta para que Rafael y Salvador sean diez años después de aquel suceso los dioses indiscutibles de la tauromáquia moderna, mientras Chicorro pasó inmediatamente al panteón de las nulidades, como torero y como matador.

Pero demos de mano á filosofías prematuras y terminemos con la temporada de 1876. Ya he dicho que esta fué fatal para Lagartijo y excelente para Frascuelo. El primero mató admirablemente pocos toros y se huyó en la mayoría de las corridas, acentuando de un modo notable el paso atrás para herir, tranquilo que hizo su aparición en el año de 1874, coincidiendo con la inauguración de la Plaza nueva.

Salvador tuvo pocas veces el santo de espaldas, pero cuando lo tuvo, fué de todas veras, y resistió con coraje mal disimulado tres ó cuatro silbas, alguna de las cuales, como se ha visto antes, fué de las que forman época; pero

se enmendó siempre y volvió por su honra, con esa vergüenza torera que sus adversarios calificaban entonces de envidia.

Para que se vea que quiero apoyar mi opinión con citas ajenas, véase cómo juzgaba Santa Coloma á Lagartijo y á Frascuelo en aquella época. Las opiniones del célebre revistero de toros de quien decía Roberto Robert graciosísimamente que parecía «un convaleciente de ahorcado,» se hallan en un libro que publicó entonces con el título de *Apuntes biográficos de los diestros que más se han distinguido en el arte de torear.*

He aquí lo que decía de Lagartijo :

«Dejaríamos un gran vacío á esta reducida reseña si pásarámos en silencio su última temporada del año 76 en la Plaza de Madrid. No es nuestro ánimo recordarle los desengaños que ha sufrido, perfectamente justificados, de los inteligentes, en una y otra corrida. Escritas están las crónicas taurinas por los inteligentes. Cuando no ha tratado de desmentir con hechos sus censuras, nos ha hecho creer que ó solo ha querido salir del paso á costa de su reputación, ó ha meditado en el peligro.—Esto se nos resiste creer, puesto que hallándose en toda su potencia las facultades físicas, con numerosos amigos que todo se lo aplauden y empresarios que dejan á su elección las condiciones en sus contratas, hacemos punto final para dejar á otros la solución de lo que ha sido al comenzar su ejercicio taurino, lo que es hoy y lo que será, siguiendo la marcha que lleva.»

Como se ve, Lagartijo sale de manos de Santa Coloma tan mal parado como la gramática castellana.

Vamos á Frascuelo :

«El joven de que nos ocupamos, hasta en los momentos (1877) en que cerramos el resumen de su vida torera, ha merecido bien de los aficionados, y como ya hemos re-

petido, brega mucho en la Plaza con oportunidad, y más de una vez con lucimiento. Intenta hacer todo lo bueno del arte, desde la suerte de *matar recibiendo* hasta la de *parar* los toros con el capote. No dudamos, si la suerte le sigue sonriendo, que se aproxime á la escuela de Manuel Domínguez, á la de Cayetano y aún á la de Carmona el *Gordito*, (!) únicos á quienes hoy puede consultar, pero nunca entrar en COMPETENCIAS... Siga, pues, los consejos de un antiguo aficionado y no olvide á lo que ha dado lugar esta clase de *piques* entre compañeros.»

La prueba de que las censuras que toda la prensa dirigió entonces á Rafael eran justificadas, está en que Lagartijo no quiso aceptar la escritura para el siguiente año de 1877.

Fueron, pues, contratados el Gordito y Frascuelo, y comenzó la temporada con la corrida extraordinaria del 1.º de Abril. En ella estuvo admirable Salvador; recibió un varetazo en el muslo derecho al embraquetarse con el primer toro que mató de una soberbia estocada, y echó á rodar al segundo de otra gran estocada en los rubios, alcanzando en las dos faenas dos entusiastas ovaciones.

Cara-ancha, que estoqueaba con Carmona y Salvador, estuvo desdichadísimo; pero aquello fué nada en comparación de las faenas que hizo el Gordo, cuyo primer toro murió desastrosamente, y más desastrosamente aún su segundo, á quien pinchó cinco veces en el pescuezo, y fué llevado al corral por los mansos, después de haberse exhibido la media luna.

Así empezó la temporada! En la primera corrida de abono (8 de Abril), sustituyó á Antonio Carmona, su hermano Manuel, quien al matar el primer toro, recibió un puntazo en una mano, al dar una estocada corta, sin soltar. Frascuelo tuvo que tomar los trastos y matar al animal, como lo verificó con una magnífica arrancando, que le

valió aplausos prolongados, cigarros y sombreros. Mató además Salvador el segundo, quinto y sexto, y repitieron las ovaciones, por el acierto con que lo verificó.

Cara-ancha estuvo también en esta corrida muy desgraciado.

La fortuna parecía sonreír á Salvador, cuando ocho días después, en la corrida verificada el domingo 15 de Abril, sufrió Frascuelo la más tremenda cogida de cuantas hasta ahora registra su azarosa vida de torero.

Corrieron seis toros de Adalid, por las cuadrillas de Frascuelo, Hermosilla y Cara-ancha. Salvador mató el primero de una gran estocada hasta la mano, contraria, de puro atracarse, que le valió aplausos entusiastas y demás excesos.

Salió el segundo toro, llamado *Gindaleto*, negro bragado y cornalón. En una de las varas que tomó del picador Suarez, dejó el toro caer á éste, y acudió al quite Hermosilla, pero el animal salió tras él y le iba á los alcances, cuando Salvador metió su capote para librar á Hermosilla. Lo que entonces pasó no es fácil precisarlo; Frascuelo se quedó sin capote, y echó mano á la montera para defenderse; Hermosilla quedó sin capote también. Toparon los dos, los embrocó el toro, y cayó de bruces Salvador, en-ganchado por el animal y despedido á poca distancia.

En aquel momento *Gindaleto* acometió á Frascuelo, le tiró un hachazo, lo arrastró brevísimo trecho, y continuó su viaje. Un grito de espanto se oyó en toda la plaza. Salvador se levantó, y, como si nada le hubiera sucedido, se dirigió por su pie á la barrera del tendido núm. 10, pero al querer poner las manos en ella, cayó de rodillas, dándose contra el estribo un golpe que le produjo una rozadura en el ojo derecho.

Inmediatamente fué cogido en brazos el desgraciado diestro y llevado á la enfermería, desde la cual, y sin pér-

dida de tiempo, llevaron á Frascuelo á su casa en una camilla. El terror que se apoderó de los espectadores fué indescriptible, y no faltaron salvajes que, atribuyendo á Hermosilla una catástrofe de la cual sólo la fatalidad era responsable, arrojaron contra el que conceptuaban causante de la desgracia, una lluvia de naranjas.

Cuanto á los lidiadores, fué tal el desconcierto que se apoderó de ellos, que no podían apenas sostener los capotes en la brega, convirtiéndose la Plaza en un herradero que inspiraba compasión.

Todo Madrid acudió en aquellos días á casa de Frascuelo y, como sucede en tales casos, los detalles que se dieron de algunas visitas, del estado del herido, etc., etc., fueron tan minuciosos, que más de una vez lo ridículo hizo su grotesca aparición.

La naturaleza de hierro de Salvador resistió afortunadamente á las terribles heridas que le infirió *Gindaleto* en parte muy posterior, y, aun no transcurridos dos meses de la cogida, volvió á presentarse en la Plaza.

¿A qué hablar de las corridas que se verificaron durante ese interregno? Herido Salvador, y ausente de Madrid Rafael, la Plaza de la corte arrastró una existencia deplorable, hasta la memorable tarde del jueves 7 de Junio de 1877.

En la corrida verificada dicha tarde, reapareció Frascuelo acompañado de Currito y Hermosilla. La ovación que recibió al presentarse en la arena, fué inmensa, pero puede decirse que quedó oscurecida con las que alcanzó en la muerte de los toros que le correspondieron. Aquí dejo la palabra al *Boletín de loterías y de toros*.

Primer toro de Salvador.

«*Frascuelo*, de lila y oro, fuese en busca del animal que se hallaba en las tablas; llegó hasta la misma cabeza con el trapo liado, y, una vez desembozado este, dió uno

natural, dos cambiados, cinco con la derecha, y uno por alto, poniendo fin á la res de una gran estocada arrancando hasta la cruz y en los rubios. La ovación fué grande; hubo cigarros en cajas, en mazos y sueltos; petacas en sus estuches, sombreros, pañuelos, botas de vino y otros excesos. »

Segundo toro de Salvador:

«Salvador mató á su enemigo de una gran estocada á volapié, dando las tablas, previos cinco naturales por alto, ocho con la derecha, dos medios pases, dos cambiados, y un pinchazo en hueso también á volapié, en las tablas. Se repitió la escena ocurrida en el segundo toro. Tanto se embraguetó el diestro, tanto metió el brazo, que se hirió la mano derecha con el pincho de una banderilla de las que tenía clavadas el bicho, yendo á la enfermería, de donde salió con la herida vendada al poco rato »

En el resumen decía el *Boletín*:

«*Frascuero*, más *guapo* que antes para los toros, hiriendo magistralmente, toreando en corto, trabajador, hecho un torero.»

En la corrida del 24 de Junio, fué cogido Cara-ancha al matar el cuarto toro que era de Salas y se llamaba *Bolero*; el espada fué herido en el muslo derecho, en el momento de dar una gran estocada. El toro murió y Cara ancha sanó afortunadamente, al poco tiempo.

Como sucedía siempre que Lagartijo y Frascuelo no figuraban en el cartel, la temporada de 1877 trascurrió sin ofrecer los contrastes y las peleas que ofrecían cuando toreaban juntos Rafael y Salvador. Este, como es natural, llevó el peso de la lidia, y, á despecho de alguna que otra tarde mediana, hizo una temporada magnífica, sobresaliendo de un modo notabilísimo al lado de sus compañeros.

El año siguiente de 1878, Casiano consiguió que Rafael volviera á Madrid, y fué nuevamente escriturado con

Currito y Frascuelo, subsistiendo la cláusula del contrato de Salvador, por la cual, la empresa se obligaba á correr siete toros, cuando Frascuelo figurase de tercer espada.

La temporada recobró la animación de otros tiempos, y tanto Lagartijo como Frascuelo, recogieron grandes aplausos, pero la suerte fué mucho más propicia á Salvador que á Rafael, y esto dió motivo á que los enemigos de Frascuelo se enconaran más y más, preparando así la célebre retirada de Salvador, que no tardó en verificarse.

Rafael no quiso venir á Madrid en la siguiente temporada de 1879, lo cual prueba que en la anterior quedó poco satisfecho del público. Tomó parte tan solo en la corrida de beneficencia verificada el 25 de Mayo, en la cual tardó más de media hora en matar el primer toro (de Aleas) y despachó el segundo, quinto de la corrida, de una magnífica estocada arrancando que valió á Lagartijo una ruidosa ovación.

En la reseña de la corrida del 6 de Julio inserta en el *Boletín de loterías y de toros*, y al tratarse del primer toro que mató Salvador, de un soberbio volapié, hallo el siguiente párrafo:

«Los aplausos y cigarros fueron muchos, contándose entre los que aplaudían el espada *Lagartijo* que presenciaba la corrida desde el palco núm. 110.»

La segunda temporada ofreció de particular la cogida de Frascuelo por el cuarto toro de la corrida verificada el 12 de Octubre. El animal pertenecía á la ganadería de Miura; Salvador fué cogido y volteado tres veces, después de un medio pase, arrancándole súbitamente el toro, sin dar tiempo á que se rehiciese el matador.

Frascuelo sacó lastimado el brazo derecho y no pudo torear más en aquella temporada que terminó con una corrida extraordinaria á beneficio de los inundados de Murcia, Alicante y Almería, verificada el 16 de Noviembre y en

que estoquearon los ocho toros Gonzálo Mora, el Gordito, Currito, José Machío, Cara-ancha, Angel Pastor y Paco Sánchez.

El único matador que se lució, fué el Gordito, que obtuvo una ovación, matando su primer toro de una buena estocada arrancando y un lucidísimo descabello. Rafael y Salvador, entregaron dos mil reales cada uno para los desgraciados á cuyo beneficio se celebró la corrida.

Llegó el año 1880, y terminó la empresa del famoso Casiano con dos corridas extraordinarias que se jugaron los días 7 y 14 de Marzo, y en las cuales, trabajaron Cara-ancha, Felipe García y Lagartija.

Don Rafael Menéndez de la Vega, actual empresario de la Plaza de Toros de Madrid, se hizo cargo de la empresa en 1880, y contrató á Lagartijo, Currito y Frascuelo. Desde aquel instante, y por esas causas inexplicables que presiden siempre á la intrusión de la moda, empezó á adquirir la afición á las corridas de toros un auge considerable.

La mala sombra que parecía rodear al pobre Casiano á quien se hizo justicia, como siempre, después de la muerte del célebre empresario acaecida pocos años después, desapareció por completo de la Plaza de la corte. Los abonos fueron creciendo sucesivamente á par de las exigencias de los lidiadores y del precio de las localidades.

Las corridas de toros se hicieron el espectáculo madrileño de moda, hasta llegar á señalar el auge insensato que han alcanzado en los momentos actuales.

Como desde instante puede decirse que me ocupo de sucesos de hoy, seré muy breve.

La temporada de 1880 constituyó para Frascuelo una serie tal de apasionamientos y de injusticias, que la situación del pundonoroso diestro llegó á hacerse de todo punto insostenible, como lo demostraré más tarde.

Salvador, herido en su amor propio, y aconsejado, según parece, por amigos y admiradores, formó la firme resolución de abandonar la Plaza de Madrid, dejando el campo libre á Rafael, con el cual no podía luchar de ningún modo.

Y en efecto, terminada la temporada del año 1880, Frascuelo se retiró de la Plaza de la corte, dejando dueño y árbitro de ella á su afortunado rival, que pudo gozar á sus anchas de su triunfo, durante los años de 1881, 1882, 1883 y 1884.

Durante este período de cuatro años, no tengo necesidad de reseñar corridas, ni de fijarme en particulares incidentes, puesto que las faenas de Rafael y de sus compañeros están presentes en las memorias de todos los aficionados.

Pero no es posible pasar en silencio la única aparición de Frascuelo en la Plaza de Madrid, durante los cuatro años de su voluntario alejamiento. Aquella aparición fué célebre, y ha constituido en la historia de Lagartijo y de Frascuelo una fecha inolvidable, una fecha histórica que quedará para siempre.

No quiero relatar por mí mismo los lances principales de la famosa corrida de beneficencia celebrada el día 4 de Junio de 1882. Un escritor muy distinguido y nada sospechoso en cuestiones de parcialidades frascuelistas, me da perfectamente hecho ese trabajo.

Se trata del Sr. Mártos Jiménez, que en aquella época dirigía la revista taurina *La Lidia*, firmando sus reseñas y sus artículos con el seudónimo de *Alegrías*.

He aquí los párrafos que dedicó á las muertes de los toros de Lagartijo y de Frascuelo.

Primer toro de Rafael:

«Lagartijo, ataviado de azul con golpes de oro, entiéndeselas con *Cirilo* (de Veragua), con la siguiente faena: dos

naturales, seis de telón, dos con la derecha y uno cambiado para una corta al volapié, algo caída; dos altos, varios trasteos y un cuasi descabello á la primera. Algunos aplausos.»

Primer toro de Salvador:

«Fracuelo, de verde oscuro, con ricos bordados de oro, brinda á la presidencia, y dirigiéndose á su adversario (el toro *Zorrillo*, de Muruve), le prepara con seis pases naturales, cuatro de telón, uno con la derecha y dos cambiados, tirándose á matar de la manera mejor que el arte y el corazón pueden pedir, resultando una estocada á volapié en las mismas pëndolas y hasta la empuñadura. El animal cayó al suelo como herido de un rayo. Extraordinaria ovación. Sombreros, cigarros á granel, prendas de vestir, petacas, algunos regalos y palomas vistosamente adornadas de cintas de seda. El Rey echó al redondel un veguero cubierto de papel plateado. Aún duraba el frenesí popular, cuando apareció el tercero.»

Segundo toro de Rafael:

«La faena de Rafael fué corta, pero magistral y excelente. Dió cuatro en redondo *dibujados* y dos cambiados, de primera, para una buena estocada á volapié, tirándose en regla; luego sacó el estoque y el toro cayó sin necesidad de puntilla. Gran ovación. Le fué regalada una petaca de plata; aplausos, sombreros, un estanco de cigarros, etc., etc.»

Segundo toro de Salvador:

«Llegó la hora de las grandes sensaciones. Salvador toma los trastos, y más con el cuerpo que con la muleta, y más con los alamares de su chaquetilla que con el trapo, pasa á la res ceñidísimo en extremo. No recordamos haber visto cosa igual. Emplea seis naturales y uno cambiado, cita á recibir y despacha al de Veragua con una estocada hasta los gavilanes, *recibiendo*, un poquito caída. Al toro aún de pie, sacó el estoque el diestro, echándose la res en

seguida. Ovación indescriptible, tan prolongada y tan nutrida como en el primer toro. De nuevo le arrojaron palomas y varios regalos.»

En el resumen de la reseña, escribía *Alegrías*:

«*Lagartijo*: algo desconfiado y pasando de largo á su primer toro, no empleó la faena que la res exigía; falta ya en el último tercio de facultades, debiera el lidiador haberla dado tablas y consumir allí el volapié con mayor lucimiento; tiróse á matar precediendo el consabido paso trasero y la media estocada solo nos pareció aceptable. En su segundo toro mucho tendríamos que decir, aunque escasas nos parecerían todas nuestras alabanzas para juzgarle como se merece. Aquellos cuatro pases en redondo y los dos cambiados, valieron cualquier cosa, y sobre todo el segundo de ellos que fué *obligado*. Al herir lo hizo por derecho, aunque no tan en corto como deseáramos, y la estocada resultó perfectamente puesta. La ovación fué merecidísima. ¿Por qué no le veremos siempre así?

«*Frasquito*: era hoy un día de prueba y nos probó una vez más que sabe rayar donde el primero. A su primer toro dió un volapié, empleando todas las reglas que para esta suerte señala el arte; cuadró perfectamente, dió con el trapo la correspondiente salida y se acostó sobre el morrillo... pudo decirse de esta faena empleada en *Zorrito* lo que del *Chiclanero*... Si el estoque hubiera tenido líneas divisorias, pudieran haberse podido apreciar los tanteos de su entrada. En su segundo, á incomparable altura, pasó con la muleta para que ya no vuelva á decir el público que le admiraba, que carecía de mano izquierda; fué un prodigio de limpieza y ejecución. Citó y consumó la suerte de recibir, teniendo culpa él mismo, por empitonarse demasiado, que la estocada no resultase en los mismos rubios. Las dos ovaciones que le ha tributado el público de Madrid, deben haberle hecho olvidar pasadas rencillas. ¡Así se conquista

lo perdido! Nos agradó también en extremo verle llegar con la muleta á la cara de la fiera y desplegarla en su sitio. ¡Sr. Salvador, su mano izquierda ha ganado mucho con la ausencia de nuestro lado! Nuestras felicitaciones más entusiastas »

La reseña termina con los siguientes párrafos:

« El resumen de esta festividad taurina, puede hacerse consignando que formará gloriosa época en los anales del toreo. Los pases de Rafael á su segundo toro, han sido magistralmente ejecutados. Salvador tuvo que luchar con esto, y se esforzó, pasando al suyo rozando los pitones de la fiera con su propio cuerpo. ¡No cabe ni más arte ni más serenidad!

El público, hubo momentos en que rayó su entusiasmo en frenesí. Con sus exclamaciones, hacía mejor que nosotros el resumen de esta grandiosa competencia.

¡Lagartijo, decían los espectadores, superior!

¡¡Fracuelo, sublime!!! » (1)

Toda la prensa política y taurina estuvo unánime en colmar de elogios á los dos campeones, y los juicios de las reseñas coincidieron con los que de *La Lidia* he transcrito.

Después del memorable triunfo de Salvador, se elevó un clamoreo que pedía la vuelta á la Plaza de Madrid del matador de toros que tan alto había dejado su nombre; pero Frascuelo se hizo el sueco y obró, en mi concepto, muy cuerdamente. Conocedor, á costa de su pundonor torero, del público de la corte, comprendió Salvador, sin duda, que le convenía estirarse fuera de aquella atmósfera caliginosa, para adquirir la serenidad, el aplomo que los lagartijistas, con su intransigencia absoluta, le hacían perder tan fácilmente en el circo madrileño.

(1) *La Lidia*, revista taurina. Número 12, extraordinario, correspondiente al lunes 5 de Junio de 1882.

Se mantuvo, por tanto, firme, y dejó trascurrir el año 1882, sin tomar parte en ninguna corrida. En el de 1883 su eclipse fué total, y lo mismo sucedió en el siguiente de 1884; pero al llegar á término la segunda temporada de dicho año, las instancias de la empresa que era eco fiel del deseo de todos los aficionados, pudieron fácilmente convencer á Frascuelo. En el núm. 496 del semanario taurino *El Toreo*, correspondiente al lunes 27 de Octubre de 1884, se insertaba la siguiente noticia:

«FRASCUELO.—Si nuestras noticias son exactas, el viernes último, momentos antes de marchar á Jerez, firmó este diestro la contrata para torear el año próximo en la Plaza de Madrid.

La escritura consta de once pliegos, y aunque no hemos examinado el contenido de ella, sabemos que le serán abonados 16.000 reales por corrida y 1.000 duros de regalía al terminar cada temporada.

Con la escritura de este diestro, ha quedado formada la terna para el año próximo con *Lagartijo*, *Frascuelo* y *Gallito*.»

Para solemnizar, sin duda, la escritura de Salvador, dispuso la empresa una corrida extraordinaria, en la cual mataron Lagartijo y Frascuelo seis novillos de Miura, que no toros, alcanzando ambos grandes ovaciones y manifestando el público su entusiasmo al ver de nuevo juntos en el *Sancta Sanctorum* del arte de la tauromaquia á los dos ilustres rivales.

Llegó, por fin, la anhelada temporada de 1885, entró la corte en ebullición, subiéronse los precios de las localidades, los aficionados se lanzaron á la Plaza, ávidos de emociones; Capuletos y Montescos, Güelfos y Guibelinos tomaron por asalto palcos y andanadas, gradas y tendidos. Y se desarrolló durante aquellas dos temporadas famosas la codiciada lucha de los dos colosos.

De sus resultados se enterará el lector, pasando la vista por el juicio que merecieron las faenas de Lagartijo y de Frascuelo al inteligente aficionado D. Francisco de Amallo, firmante de una *Ojeada general* inserta al final de la *Reseña de las corridas de toros que se han verificado en la Plaza de Madrid durante el año de 1885*, interesante colección de las revistas de toros de el *Boletín de loterías y de toros*, en cuya dirección sustituyó á Carmona en 1879, D. Ernesto Jiménez, actual director de *El Enano de Madrid*, y uno de los revisteros más autorizados é imparciales de España.

Sánchez de Néira escribió, como prólogo al tomo de reseñas, muy pocas líneas. Las últimas dicen así:

«Solo una larga práctica y especiales conocimientos en tauromáquia, como los que la Redacción de EL ENANO DE MADRID posee, pueden conseguir lo que ésta ha alcanzado; y al reconocerlo así el que suscribe, á quien la amistad ha impuesto el grato deber de dirigir estas cuatro palabras al lector, recomienda la adquisición de este libro á todos los aficionados á la fiesta nacional, porque en él han de hallar, al lado de la verdad, la manifestación de una especial inteligencia en asuntos taurinos, que tanta falta hace para apreciarlos debidamente.»

Después de *arroparme* con el testimonio de Neira, ahí van los juicios del Sr. Amallo, sobre la conducta que observaron Lagartijo y Frascuelo en la temporada de 1885:

«Por orden de antigüedad corresponde el primer lugar á «Lagartijo;» pero, ¿cómo hablar de este matador sin recordar sus continuas huídas, su modo de pasar encorvado, arrastrando medrosamente la muleta y su manera torcida de herir, saliendo espantado la mayoría de las veces?

¿Qué alabanzas se han de tributar á un torero, á quien el público, queriéndole honrar más de lo que merecía, espiaba ansioso la ocasión para demostrarle sus simpatías, y

sin embargo, se le ha visto volverse airado contra ese mismo público que quiso honrarle y que le abrumaba con sus continuas muestras de desagrado?

Será preciso olvidar las deslucidas faenas que ha empleado en casi todas las corridas en que ha tomado parte y buscar en las 26 funciones en que ha salido algún pequeño motivo que justifique algún aplauso. Pero quédese para otro consignar las acerbas censuras que este diestro ha merecido y á quien no pudo concederle la justicia, la mayoría de los aplausos que la simpatía le prodigó.

Algún trasteo magistral, muchos dibujos con el capote, tal cual estocada dada á ley; tal ha sido lo digno de aplauso que ha hecho en la temporada un matador de la categoría y pretensiones del célebre espada cordobés.

Por la antigüedad de su alternativa, corresponde tratar en segundo lugar de «Frascuero;» pero por el mérito demostrado en el redondel por tan excelente torero, merece ocupar indiscutiblemente el primer puesto entre todos los matadores de la presente época. Valeroso, activo é inteligente, ha ejecutado, con perfección admirable, arriesgadísimas suertes, despertando el entusiasmo á tal extremo, que amigos y adversarios han unido sus aplausos para premiar la verdad del toreo que él realizaba.

Su constitución de acero, su vista de lince y su arrojo sin límites, le han llevado siempre al sitio del peligro; y donde quiera que un compañero se ha visto expuesto á ser víctima de la fiera de los toros, allí ha acudido él á salvarle con sin igual destreza.

No es posible recordar los arriesgadísimos quites que ha hecho en las 23 corridas en que ha tomado parte.

Peones y ginetes han encontrado constantemente su salvación en el oportuno auxilio de «Frascuero,» que con su serenidad y maestría supo trocar en motivo de admiración y de aplauso los peligros más inminentes, colocán-

dose por este concepto á una altura donde ninguno ha podido llegar.

Los aficionados recuerdan la tarde del 12 de Abril, en la que el tercer toro de D. Félix Gómez, llamado *Tramposo*, cogió é hirió al banderillero «el Morenito,» quien salió con vida del lance únicamente por la oportunísima y eficaz intervención de Salvador.

Aquel bravo colmenareño que, hallándose muy entero, había cortado el terreno enganchando al banderillero y volteándole, se revolvió furioso á cornear al caído; y cuando, fijada en él la encendida mirada, se lanzaba con selvática fiera á descargar el tremendo golpe, se interpuso el inimitable capote de *Frascuelo*, que, dominando á la fiera, evitó la desgracia, admirando al mismo tiempo al público por su arrojo en tan noble y difícil suerte.

Pero si admirable se ha mostrado en los innumerables quites que practicó, igualmente ha demostrado su superioridad al estoquear los toros que le han correspondido, y por lo tanto, la gloria de la temporada pertenece de derecho á este lidiador que con tal verdad ha toreado, que bastaría esta sola temporada para acreditarle de excelente torero, si no fuera porque su fama, sólidamente cimentada, le aclama como el primer matador de toros de España.

Ha esperado con valentía en la suerte de recibir, ha ejecutado el volapié con los toros que se recostaban en las tablas, con la verdad que lo hacía el *Tato*; ha tomado intrépidamente el terreno contrario cuando la difícil colocación de los toros lo ha exigido; ha pasado con muleta corta magistralmente en diferentes ocasiones y con la perfección que pocos podrán alcanzar; ha llegado generalmente con la mano al morrillo. Las 23 corridas en que ha tomado parte han sido un continuo triunfo para *Frascuelo*. ¡Lástima que en dos de ellas, á un torero tan superior haya que negarle los aplausos por volver la cara, arrancar sin meterse

y cometer otras faltas inconcebibles en un matador de su mérito ! »

Hasta aquí el Sr. Amallo. Ya se sabe lo que ocurrió después. Rafael se negó rotundamente á volver á Madrid, para torear en la temporada del año próximo pasado de 1886, y sólo se presentó en Aranjuez, con su banderillero Guerrita, en dos corridas, la primera de las cuales fué una apoteosis de la que me ocuparé más tarde. Escriturado Lagartijo para el año actual, aquí termina la parte analítica de mi trabajo.

He querido dar á esta parte alguna extensión, para que los aficionados tengan ante sus ojos la relación de los hechos más salientes de la carrera de Lagartijo y de Frascuelo en la Plaza de Madrid, principal palenque de la competencia y teatro de las más notables hazañas de nuestros héroes.

He trazado la historia de Rafael y de Salvador desde su aparición en la corte hasta la fecha, largo período de tiempo que abarca las vicisitudes de más de veinte años de lucha azarosa y constante.

Voy ahora á sintetizar ; voy á estudiar á los dos célebres diestros detenidamente, sin pasión alguna ; voy, en una palabra, á aquilatar, en lo posible, sus cualidades y sus defectos, y á examinar la obra que cada cual ha realizado dentro de un arte que tanto han ilustrado y en el cual dejan ambos un nombre inmortal.

La aplicación de la teoría de los medios á Rafael y Salvador ha de darnos, en mi concepto, y por más que muchos se rían, resultados sorprendentes. Comencemos la tarea con decisión, tomando á Lagartijo y á Frascuelo desde su nacimiento hasta su aparición en la Plaza de Madrid ; de este modo llenaremos el vacío que existe al principio de la segunda parte de esta obra, y así podrá el crítico caminar con todo desembarazo.

V.

Don José Pérez de Guzmán y Rafael Molina.—“Toreros cordobeses.”—Los ascendientes de Lagartijo.—Su nacimiento y primeros años.—El aprendizaje.—Rafael mozo de nave.—Su expulsión del matadero de Córdoba.—El primer quiebro.—Los Carmonas y Lagartijo.—El maestro y el discípulo.—Carácter de Rafael.—Apología y contradicciones.—Salvador Sánchez.—Nacimiento y primeros años.—El padre de Salvador.—Fracuelo peón y papelista.—Novillos en Móstoles.—Cogida en Chinchón.—Los protectores de Frascuelo.—La hazaña de Tolosa.—Detalles íntimos.—Una carta de Pedro Romero.—Salvador juzgado por Neira antes de la alternativa.—Las espinas de este libro.

Tengo decidido empeño en probar que dejo toda pasión aparte al juzgar a Lagartijo, por lo mismo que sus apasionados me han achacado siempre la dureza y la injusticia, cuando he censurado al diestro cordobés en mis numerosas revistas de toros.

Voy, pues, á acudir, para seguir los primeros pasos de Rafael en el toreo, á un testimonio que no podrán recusar los frascuelófobos más empedernidos; voy á acudir al testimonio de D. José Pérez de Guzmán.

Pérez de Guzmán era cordobés y amigo intimísimo de Rafael Molina, á quien quería entrañablemente, en quien idolatraba, puede decirse sin faltar en lo más mínimo á la verdad.

Es preciso haber conocido á Pérez de Guzmán y haber hablado largamente con él, como lo he hecho en varias ocasiones, para comprender hasta qué extremos llegaba el cariño que el escritor taurino cordobés profesaba á su amigo y paisano.

Pérez de Guzmán publicó en Córdoba, en 1870, un interesantísimo folleto titulado *Toreros cordobeses*, que no es sinó una apología de los diestros que nacieron en la afamada ciudad morisca. En dicho folleto consagró su autor un largo capítulo, el último, á Rafael Molina, é hizo en ese capítulo una biografía de Lagartijo que alcanza desde el nacimiento del célebre torero, hasta la fecha en que apareció el folleto, pocos meses después de la última cogida del Tato.

Pérez de Guzmán no se contenta con relatar hechos, sinó que juzga á Lagartijo como torero, durante aquella su primera época, revelando ya estos juicios la admiración y el afecto que profesa al diestro cordobés.

Pues bien; del folleto de Pérez de Guzmán voy á extraer los materiales que necesito para determinar, de una manera exacta, de una manera perfecta, los antecedentes que han de ayudarme vigorosamente á fijar la entidad torera de Lagartijo.

Tiene la palabra el autor de *Toreros cordobeses*:

«De muy antiguo se conoce en Córdoba una honrada familia que lleva por apellido Sánchez y por apodo *Poleo*; en todas épocas los torileros fueron individuos de ella y en la plaza construída en el campo de la Merced, un Rafael Sánchez mató en varias ocasiones los toros que le cediera su pariente Bejarano, ya el Panchón ó bien los toreros sevillanos que en la última época de la dicha plaza alternaron con los espadas cordobeses.

Por los años de 1840 María Sánchez, hermana del torilero *Poleo*, unió su suerte á un hombre llamado Manuel Molina, conocido por el apodo *El niño Dios*, el cual se ejercitaba toreando en novilladas por los pueblos y con sus rendimientos como banderillero sostenía su familia.

De tal unión, el día 27 de Noviembre de 1841, nació un niño á quien pusieron por nombre Rafael, y más tarde

lo conocieron los públicos por el apodo de *Lagartijo*.

Si la afición y las disposiciones para el arte del toreo se heredan de padres á hijos, Rafael recibió tal herencia de ambas líneas, pues sabido que su padre vivió de él y su abuelo materno mató muchas veces por cesión, y además con frecuencia se ejercitaba en torear las novilladas que frecuentemente se hacían. Pasaron los primeros años de Lagartijo y su niñez se deslizó en la holganza, descuidada su educación instructiva, llegó á la edad viril sin haber aprendido ni los primeros rudimentos, pero en cambio sabía por oídas, perfectamente, las nociones del toreo en general, y aun había practicado en cuantas ocasiones se les presentara, manifestando desde luego excelentes dotes para la lidia.» (1)

Fijémonos en una circunstancia. Lagartijo es engendrado por un banderillero; nace de la hija de otro banderillero, y lleva, por tanto, en sus venas, sangre de banderilleros por las dos partes, por parte de padre y por parte de madre. Vamos adelante.

«El 8 de Setiembre de 1852, se celebra en Córdoba una corrida extraordinaria organizada, con motivo de la feria, por el Ayuntamiento. Lídianse en ella seis toros y dos novillos de D. Rafael J. Barbero, encargándose de la muerte de los toros José Carmona, el Panadero, que torea entonces por primera vez en Córdoba, y Antonio Ortega. Ambos llevan sus cuadrillas.

Para la lidia de los dos novillos, son espadas Antonio Luque y José Sánchez, de catorce años de edad; picadores, Juan de Dios Martínez (a) Riñones, y Rafael Alvarez (alias) Onofre, de quince años ambos, y banderilleros, Mariano Bejarano, Francisco Quesada, Manuel Fuentes (a) Bocane-

(1) El lector benevolo debe pasar siempre por alto la sintáxis de Pérez de Guzmán.

gra, de catorce años, y Rafael Molina (a) Lagartijo, de once años. Todos los lidiadores son vecinos de Córdoba.

El día 29 del mismo mes, se verifica otra función de novillos de muerte, lidiados por los mismos toreros; pero en el cartel, Rafael Molina ocupa el primer puesto entre los mismos banderilleros á cuyo lado figuraba como último en la función anterior.

Aquella cuadrilla de jóvenes recorrió, en 1852 y 1853, las plazas de Almagro, Ciudad-Real, Ubeda, Jaen, Ecija, Málaga y Granada obteniendo en todas, según la frase de Pérez de Guzmán, «el más brillante éxito, y consiguiendo triunfos que sólo están reservados á toreros consumados.»

Al llegar á este punto, Pérez de Guzman entra en una digresión sobre la nueva forma de torear, y después de achacar, nada menos que á Francisco Montes la creación del toreo *movido*, añade:

«Tomando nuevamente el hilo de nuestro relato, diremos que la cuadrilla cordobesa había toreado en las ciudades y pueblos de la provincia, que se había presentado ante sus paisanos en 16 de Enero del año 1853 y 25 de Julio del mismo año con un espada nuevo á su cabeza llamado Manuel Fuentes, *Bocanegra*; que en 5 de Agosto del año 54 dieron también otra función en *celebridad* de haber terminado *felizmente* la grave crisis porque acababa de atravesar la nación, repitiéndose el 15 del propio mes y el 25 de Diciembre de este año; que en todas había tomado parte Rafael, y que los carteles decían: «con una lucida cuadrilla de banderilleros, entre los que figura el *tan* aplaudido joven conocido por *Lagartijo*: Que en 24 de Abril del 59, en 29 de Junio del 61 y 25 de Julio de este año, había banderilleado novillos de respeto, y que habiendo crecido en años y fama, llegó el 8 de Setiembre y figuró como individuo de la cuadrilla que debía lidiar los

6 toros de muerte en aquella tarde, dando así el primer paso formal en su carrera. »

Al llegar á este punto, hay que advertir que el autor de *Toreros cordobeses*, omite un detalle biográfico muy importante, cual es el de haber ejercido Lagartijo durante su niñez, un oficio muy adecuado á sus aspiraciones que le permitía sortear reses de vez en cuando, y adquirir junto á ellas ciertos conocimientos preliminares que pueden servir, en ocasiones determinadas, para decidir de la vocación de un torero.

Por eso es verdaderamente extraño que Pérez de Guzmán, al juzgar á Lagartijo por sus trabajos hasta el año 1861, escriba:

«El torero que desde el día de su aparición en la plaza vence obstáculos y alcanza triunfos positivos, *sin conocer los inconvenientes del aprendizaje*, cobra una superioridad de ánimo tal y confía en sus dotes hasta el punto que lo hace el que motiva estos apuntes »

No hay sino fijarse precisamente en los primeros pasos de Rafael Molina en el toreo, para convencerse de que fueron un *aprendizaje* afortunadísimo, concurriendo en él la circunstancia de haberse formado una cuadrilla de principiantes que pudieron hacer en colectividad lo que les hubiera costado muchísimo trabajo verificar individualmente.

Además, y aquí viene la omisión de Pérez de Guzmán, Lagartijo era entonces mozo de nave del Matadero de Córdoba, y su afición á sortear las reses bravas que iban á parar al establecimiento era tal, que dió margen, nada menos, que á la expulsión del arrojado mozo de nave, como puede verse por el siguiente curioso oficio que publicó LA LIDIA en su número extraordinario del 27 de Octubre de 1884, y que dirigió la alcaldía de Córdoba al alcaide del Matadero:

«Noticioso de que el mozo de nave Rafael Molina se permite saltar las tapias de los corrales del Matadero para lidiar las reses bravas destinadas al abasto público, infringiendo de este modo los preceptos reglamentarios y burlando las órdenes dictadas con repetición para impedir este abuso, he resuelto prevenir á Vd. que expulse del establecimiento al referido joven, prohibiéndole su entrada en lo sucesivo y deteniéndolo á disposición de esta alcaldía, si vuelve á saltar el edificio, para imponerle la corrección oportuna. *Córdoba 16 de Mayo de 1857.* —J. GARCÍA LOVERA.»

No hace falta más para probar que Lagartijo, no contento con el aprendizaje de las plazas, aprovechaba contemporáneamente el de los corrales del Matadero de Córdoba, lo cual vino á ser causa de su expulsión.

Vamos á ver ahora, de qué modo logró Lagartijo entrar en relaciones con los Carmonas y formar parte, después de bastante espera, de la cuadrilla del Gordito, como banderillero.

Según mis noticias, que no son las de Pérez de Guzmán, los Carmonas tenían gran amistad con el picador Onofre, pariente de Rafael, y en casa de Onofre paraban, cuando toreaban en Córdoba.

Parece ser que en una corrida verificada en Algeciras hacia 1860, Lagartijo dió á un toro un quiebro tan ceñido con las banderillas, que José Carmona, maravillado ante aquella precoz destreza, escribió á su hermano Antonio, hablándole con gran elogio de Rafael y haciéndole presente la conveniencia de atraerse al muchacho é incorporarlo á su cuadrilla.

Poco tiempo después, vió el Gordito banderillear á Rafael y quedó prendado de su maestría. Hablóle Onofre con mucho interés en favor de su pariente; y Antonio Carmona llevó consigo á Rafael, cuantas veces pudo hacerlo,

sin incorporarlo, bien á su pesar, á la cuadrilla, por no haber en ella plaza vacante.

Detalle curioso En aquel tiempo, Rafael Molina era conocido con el apodo de *El chico*. ¿Cuándo fué bautizado con el de *Lagartijo*? No lo sé, pero he adquirido el detalle del primer apodo, por el testimonio de personas veraces que debo suponer muy bien informadas. (1)

Pérez de Guzmán habla con alguna extensión de las primeras relaciones de Lagartijo con los Carmonas. Y como los primeros pasos de Rafael en el arte de lidiar toros, son importantísimos para mi objeto, voy á citar los párrafos que el autor de *Toreros cordobeses* dedica al asunto:

«Había en esta capital (Sevilla), tres hermanos, que con el estrépito de su fama habían llamado la atención y sido con instancias solicitados de todas las empresas de Andalucía, trabajando con éxito asombroso en la antigua plaza de la Maestranza de Ronda. Fueron ajustados también para el vecino reino de Portugal, y á todos lados les acompañó *Lagartijo*, con el carácter de banderillero.

De los hermanos de que vamos hablando, solo José Carmona (a) el *Panadero*, había toreado en esta ciudad en la función organizada por el Ayuntamiento, y cuyo cartel queda antes copiado. No titubeó, por tanto, la empresa de la Plaza de Córdoba en contratar desde luego á dichos lidiadores, y con ellos, á *Lagartijo*, que formaba en la cuadrilla de Manuel Carmona, que daba el cambio y banderilleaba al estilo de Portugal, cuyo viaje le había sido muy conveniente é instructivo.

La empresa ofreció al público que el menor de los tres hermanos, Antonio Carmona (a) *Gordito*, mataría en unión

(1) Juan Molina me ha confirmado recientemente este detalle, añadiendo que aun hoy, es conocido Rafael entre las personas de su familia por el apodo *El Chico*.

con José y Manuel, alternando por primera vez, los toros que le correspondieran. Así se verificó, y los cordobeses pudieron ver que *Lagartijo*, el discípulo predilecto del novel espada, ya era un banderillero consumado, que daba el quiebro como su maestro, y que ayudaba con inteligencia á los espadas. Trabajó en varias plazas de Andalucía, y para el día 15 de Agosto, en que la ciudad de Cáceres celebra su feria, fueron los Carmonas contratados llevándole como banderillero y teniendo la desgracia de ser cogido por un toro de Benjumea, tercero de la corrida, en el acto de banderillarlo, recibiendo una herida de bastante extensión en la parte posterior del muslo.

Apenas convaleciente volvió á su país natal, y fué contratado para banderillar y estoquear en la Plaza de Bujalance cuatro toros de D. Rafael José Barbero en la tarde del 24 de Setiembre, y es inútil ponderar el arrojo de Rafael al comprometerse á tal empresa, falto de la salud necesaria para la brega, y con una cuadrilla de malos principiantes, en un local tan poco á propósito; pero la Providencia le sacó ileso del enorme peligro que corriera, reservándole para que llegase al puesto que él soñó en sus infantiles días.

En Setiembre de este año resolvieron SS. MM. hacer una visita á las provincias andaluzas, y este rico florón de la corona de Castilla, que tuvo durante muchos siglos la honra de ser corte de mil reyes, recibió á sus monarcas como era de esperar. Entre las fiestas ofrecidas por Sevilla á los augustos huéspedes, fueron apartadas dos corridas de ocho toros, que habían de estoquear los Carmonas en unión á Manuel Domínguez, torero que gozaba muchas simpatías de aquel público. De la cuadrilla de los primeros formaba parte Rafael Molina, trabajando tan á satisfacción de todos, que cada uno de sus pasos hacía comprender que llegaría á ocupar un puesto envidiable en el arte, *si bien su*

cardcter apático y poco comunicativo le impedía el rodearse como debiera, de los muchos aficionados que fija su vista en él, le consideraban como el único capaz de recoger la herencia de sus antecesores en el toreo.»

Hay que fijarse en el fragmento de frase que he subrayado de intento. A los veinte años de edad, Rafael Molina tenía un carácter *apático* y poco comunicativo.

Oigamos ahora á Pérez de Guzmán contar la presentación de Lagartijo en Madrid:

«Antonio Carmona había seguido su carrera con el lucimiento que pocos; apenas le fué concedida en Córdoba la categoría de Espada, todas las plazas de España se apresuraron a contratarle; y en la temporada del 62 de que llevamos hablado, solo el público de Madrid le conocía por oídas. La Empresa de dicha plaza anunció en su cartel de abono para la temporada siguiente del año 1863, su nombre en unión á los de Cúchares y el Tato, y lo que en esta época sucediera facil es de comprender. Madrid hizo justicia al torero simpático y al novel matador, héroe del quiebro: bien lo probó la solicitud con que se buscaban los billetes; el crecidísimo abono que la empresa tuvo, y la animación de las funciones en aquel año realizadas. *Lagartijo* seguía formando parte de la cuadrilla de Manuel Carmona; había banderilleado con dicho matador en Barcelona, y á su vuelta se hallaba en Madrid: con insistencia había pedido una y otra vez al Gordito que le sacase en alguna función; pero este deseo de ambos se estrellaba en la imposibilidad de hacerlo por estar completas las cuadrillas y nadie cederle su puesto: últimamente Rafael habló á la empresa para salir el segundo domingo de Setiembre, sin recibir por su trabajo estipendio alguno, y al condescender á ello tocaba el logro de un deseo por tanto tiempo soñado. La corrida comenzó, y el oscuro banderillero vió llegar la hora señalada para mostrar su trabajo y su voluntad, y apenas tocaron á ban-

derillas en el segundo toro, se adelantó para realizar esta suerte; una parte del público concurrente al tendido núm. 5, en cuya localidad *El Gordito* contaba con un inmenso partido, gritó «el quiebro» «el quiebro» y en efecto, La gartijo echóse hácia los tercios y alegrando al toro lo aguantó hasta el momento de meterle la cabeza, en cuyo acto se cambió con tal aplomo, arte y serenidad, metiendo los brazos y resultando un par tan perfectamente puesto y en tan buen sitio, que el público no pudo menos de admirarse de que quien aquello hacía hubiera estado alejado del circo de Madrid hasta aquel día.»

Lo que pasó después, queda relatado *in extenso* en páginas anteriores.

Ahora me conviene consignar una opinión de Pérez de Guzmán que sintetiza de una manera concluyente las cualidades de Lagartijo, antes de la aparición de Frascuelo, como competidor del célebre diestro cordobés.

El autor de *Toreros cordobeses* habla de la temporada taurina de Madrid de 1865, en la que fueron contratados Cayetano Sanz, el Tato y el Gordito, y dice: de Cayetano, que *reune las envidiables dotes de la habilidad suma junta con la excesiva modestia*; del Tato, que *presumir puede de herir bien y con nobleza los toros que estoqueó*; y del Gordito, que *para burlar el peligro cien veces en cada tarde con medios nuevos y cada vez distintos, para enloquecer de júbilo al público en cada vez que despliega su capote, para admirar, en fin, la sangre fría de ver llegar un toro á la salida de los chiqueros y puesto en medio de la plaza ganarle la acción con solo un movimiento, visible apenas, de rodilla ó cintura*, fué contratado el espada el Gordito y su banderillero y *predilecto amigo y discípulo émulo de sus aplausos y sus triunfos, Rafael Molina, Lagartijo*. Véase con qué disimulo descarta Pérez de Guzmán en el Gordito y en Rafael el trabajo que atañe al *matador de toros*.

Por lo que respecta al carácter de Lagartijo, el autor de *Toreros cordobeses* lo acentúa todavía más que en las pocas palabras que más atrás he copiado, en las siguientes:

«En todos los artes, y más en aquellos que para sobresalir se necesitan dotes especiales, el que fija la atención del público lleva también sobre sí el deber de ser modesto para con sus compañeros de ejercicio y generoso en aquello que á su alcance estuviere.

Que estas cualidades son propias del sujeto que motiva estas líneas, es un hecho al alcance de cuantos le conocen, y hemos indicado en las páginas anteriores que su carácter es *mas bien apático y poco comunicativo*, añadiendo ahora que es *modesto y frío hasta la indiferencia con respecto al trabajo de sus compañeros, pero arde en su pecho la noble emulación cuando halla un digno rival en la lidia.*»

Pérez de Guzmán resume sus opiniones sobre Rafael, en las siguientes líneas:

«En toda la lidia Rafael Molina está fresco, guapo y confiado en la cabeza de los toros, pero especialmente en esos quites propios suyos, que de nadie aprendió, que son la creación de su toreo, y en que parece ser tan ageno al peligro que le rodea. Consiente los toros de una manera que pasma; y metido en la misma cuna los vacía tan ceñido, que no hay toro que resista tal faena sin aplomarse, en cuyos momentos burla la ferocidad hasta con el sarcasmo, postrándose ante ellos y tocándole la frente y los pitones. La misma serenidad y superioridad de ánimo conserva en los pases de muleta la cual es de mucho castigo y de grandísima defensa. En el acto de herir los toros es bastante afortunado y sus primeros pasos en el arte como espada, hicieron concebir lisongeras esperanzas que hasta hoy no han sido defraudadas.»

Y después de este juicio tan breve como sustancioso, el autor de *Toreros cordobeses*, termina su apología, con el

siguiente *Hosannah in excelsis Raphael*, que no tiene desperdicio:

«Hombres de la agilidad y ligereza del corzo, de perspicacia y golpe de vista como el águila, de musculatura fuerte como el acero, y siempre dispuestos, fascinados por la afición convertida en frenesí, esos nacieron para ser los creadores constantes de suertes seguras, y siempre dignas de aplauso en el arte con los toros.

Y esos mismos hombres cuando, ya en el ocaso de esas mismas facultades conservan la afición, acomodan la lidia con recursos suyos que suplantán perfectamente lo que el tiempo ú otras causas les niega, y lo prueban dos ejemplos de nuestros días. Postradas por la inacción las fuerzas, é inhabilitado para ejercicios violentos y de agilidad por el trascurso de un lustro de vida quieta y sedentaria, hallábase F. Montes en Chiclana, cuando contrajo el compromiso de ocupar la plaza de primer espada en la corte, y entonces en esa memorable temporada del año 1850 le vieron sustituir al toreo de poder propio de facultades coloradas, el de saber y maestría que nuevamente adoptó. Inerme por el cansancio de una vida larga dedicada al arte, y casi caduco por los años, volvió á la arena J. León y aquel torero, revoltoso y desenvuelto en la edad viril, animoso y estratégico en el ocaso de sus facultades, puso entonces de manifiesto recursos en armonía con su impotencia, y el modo de pasar de muleta el toro de Justo Hernández, en la tarde del 25 de Mayo de 1851 en la plaza de Aranjuez, le acreditó de hábil maestro á la altura de los más inteligentes.

Lagartijo hoy es el joven lleno de vida y loco de afición para el que no tienen dificultades los toros; es ese tipo de agilidad, ligereza, perspicacia, previsión, vista de lince y musculatura acerada; si por el trascurso de los años le viéramos falto de estas dotes y hubiere de torear, lo dicho

de Montes y León fuera aplicable á él, sin duda alguna.»

Mal se avienen la *afición convertida en frenesí*, el joven lleno de vida y *loco de afición*, con el carácter *apático y poco comunicativo* y la modestia y la *frialdad llevadas hasta la indiferencia*. Y mal se avienen también la *plenitud de vida* y la *musculatura averada*, con la *falta de salud* y la *extenuación de fuerzas físicas* de que habla el autor del folleto en más de una ocasión; pero ya he dicho antes que Pérez de Guzmán era idólatra de Lagartijo y amigo íntimo suyo, por lo cual hay que dar á esas expansiones admirativas el valor que realmente tienen, y nada más.

Creo que los lagartijistas no se quejarán de la fuente en que he ido á beber los antecedentes de la vida de Rafael.

Veamos ahora los antecedentes de la vida de Salvador.

Salvador Sánchez, menos afortunado en todo que su competidor, no ha tenido, como Lagartijo, un Pérez de Guzmán, que le siguiera los pasos y trazara una apología parecida á la de *Toreros cordobeses*, en la cual, como se ha visto, toca á Rafael Molina la parte más detallada é interesante.

Y como además conceptúo muy difícil para cualquiera el desempeño del papel de biógrafo íntimo cerca de Frascuelo, cuya idiosincrasia me parece incompatible con tal clase de empresas, los lectores tendrán que contentarse con lo que buenamente he podido averiguar, á costa de decepciones y molestias que no hay para qué traer á colación.

Salvador Sánchez nació en la pequeña villa de Churriana, provincia de Granada, el día 21 de Diciembre de 1844. Su padre, D. José Sánchez, contrajo segundas nupcias con doña Sebastiana Povedano, y de este matrimonio nacieron tres hijos, dos varones y una hembra, de los cuales fué segundogénito Salvador.

Militar retirado y en posesión de una pequeña fortuna que le permitía vivir con algún desahogo, D. José Sánchez

hubiera sido lo que se llama un hombre feliz, á no haberle dominado, según parece, la pasión por el juego que se avenía perfectamente con un temperamento violento y desordenado.

Mermada con tales excesos su fortuna, y perdida completamente más tarde, el padre de Salvador tuvo que solicitar un destino para atender á las más perentorias necesidades de su familia.

Consiguió lo que deseaba, y fué nombrado administrador de consumos de Toledo, donde permaneció siete meses, transcurridos los cuales lo trasladaron á Sádava (Cinco villas de Aragón). Allí murió el padre de Frascuelo, hacia el año de 1853, dejando á su muerte á toda la familia en la miseria más espantosa.

Trasladóse inmediatamente á Madrid la viuda con todos sus hijos, y Salvador logró colocarse de peón en las obras del ferro-carril entre Torrejón y San Fernando, en construcción entonces.

Cuando terminaron las obras, establecióse definitivamente en la corte y empezó á trabajar como papalista, ganando dos reales diarios; pero sus progresos en el oficio fueron tan grandes, que no tardó en ser ascendido á ayudante y verse en posesión de un sueldo de dos pesetas al día, con las cuales ayudaba á su madre, como lo hacía por su parte Francisco Sánchez, hermano mayor de Salvador.

Ni por asomo se acordaba entonces Frascuelo de toros ni de toreros; atento á su obligación, entregaba el jornal á fin de cada semana á la pobre viuda, y vivía contento y feliz, sin soñar remotamente en el porvenir que le esperaba.

Todo cuanto los biógrafos de Salvador han escrito sobre ambiciones y halagadoras esperanzas que inquietaron en seguida la mente del hoy famoso torero, es pura fantasía. No hubo nada de eso; Frascuelo tuvo la revelación de

sus aptitudes toreras, cuando menos podía pensar que su destino le colocase delante de reses bravas.

Y la prueba de ello es que Paco Sánchez toreaba por los pueblos antes que Salvador; y á una intimación de Paco, que no á espontánea solicitud de Frascuelo, se debió que éste lidiara novillos, por primera vez en su vida. Y hay que tener en cuenta que los dos hermanos vivían juntos.

Un sábado del año de 1860, hallábanse ambos conversando, después de haber entregado sus jornales á la madre común, cuando Paco, dirigiéndose á su hermano, le dijo:

—Mañana es la fiesta de Móstoles, y corren novillos en el pueblo. Yo voy á torearlos. ¿Quieres venir tú?

Accedió Salvador, fué á pie á Móstoles, y, en cuanto se vió delante de los novillos, estuvo toreándolos por mañana y tarde, regresando por la noche á pie á Madrid, después de haber estado todo el día *sin probar bocado*.

Desde aquel instante, su existencia cambió por completo: á la indiferencia con que había mirado los toros, sucedió una fiebre de torear que se apoderó del ánimo de Salvador, al extremo de no dejarle momento de reposo.

Continuó trabajando de papalista en Madrid, pero no hubo novillos en pueblos de la cercanía, que Frascuelo no torease, en cuanto un día de fiesta le permitía abandonar sin riesgo su ocupación.

Vió poner banderillas al quiebro al Gordito, y no quiso ser menos que el célebre Carmona.

En Julio de 1863 había fiesta en Chinchón, con acompañamiento obligado de toros y novillos. Salvador fué allá, salió un toro, cogió el muchacho un par de banderillas, citó al animal para quebrarle, midió mal los terrenos, y fué enganchado y volteado, recibiendo una tremenda cornada en la parte interior del muslo derecho, que fué declarada grave, y le tuvo en cama tres meses.

Un accidente de esa clase ocurrido á un mozalbete, que

contaba entonces diecinueve años de edad aún no cumplidos, hubiera hecho retroceder á cualquiera y abandonar un oficio tan fatalmente inaugurado; pero lejos de ejercer aquella terrible cogida, la menor presión en el ánimo de Frascuelo, redobló sus bríos y le decidió á meterse de lleno en la lidia de reses bravas.

Apenas repuesto de la cogida de Chinchón, Salvador encontró empeños para el mojiganguero Antoñeja, que contrataba á los espadas de mojiganga, dándoles dos duros por matar, y después de haber lidiado en el año de 1863, como se ha visto en páginas anteriores, los novillos embolados, mató Frascuelo, actuando de *Sultán*, su primer novillo, en la mojiganga *Los Eunucos y las Odaliscas*.

Matías Muñiz, Juan Mota y el Regatero, se interesaron mucho, según parece, por el incipiente lidiador. A este propósito, he aquí lo que dice Santa Coloma:

«Matías Muñiz (Q. E. P. D.), banderillero de primera clase, y consumado peón de lidia, tuvo ocasión más de una vez de verle en la plaza capeando y marcando los palos á las reses, por lo que se interesó en sus primeros ensayos... Los aficionados, tanto de Madrid como de provincias, fijaron en el joven Salvador su atención por su incansable celo en la colocación de los bichos, *quites*, capeos, recortes, y, sobre todo, clavando las banderillas de *frente y quebrando* sentado en la silla. En esta faena sufrió dos cogidas sin consecuencias. Trascurridos dos años próximamente en la brega de toreador de capa y *palos*, llegó el de 1866, en que figuró como espada, sin alternativa en algunas plazas, entre ellas la de Tolosa.» (1)

Al llegar á este punto, tengo que detenerme para relatar un hecho único en la historia de Salvador, y del cual

(1) *Apuntes biográficos de los diestros que más se han distinguido en el arte de torear, recopilados y corregidos por el aficionado J. S. C.*

los anales del toreo, no presenten quizá ejemplo alguno. La casualidad es causa de que pueda relatar, como testigo, un suceso en verdad extraordinario, y que no se borrará jamás de mi memoria, tanto más, cuanto que ese suceso y la circunstancia de haber sido protagonista Salvador Sánchez, Frascuelo, á quien por primera vez en mi vida veía yo torear entonces, formaron para mí doble é inolvidable acontecimiento.

Ocurrió el hecho en 1866, con motivo de las fiestas de San Juan, que en aquel año se celebraron en Tolosa. Había dispuestas tres corridas de toros para los días 24, 25 y 26 de Junio, y estaba contratado para dirigir la lidia al espada José Antonio Suarez.

Vino el día de San Juan, y en la mañana de aquel día llegaron los toreros á Tolosa; pero faltaba su jefe, faltaba Suarez, que, comprometido en los célebres sucesos del día 22, huyó disfrazado á Francia.

Para reemplazar al fugitivo, había ocupado su puesto Salvador Sánchez, que era entonces matador de novillos en Madrid, y había toreado bastantes corridas en provincias.

Acompañaba á Salvador, si mi memoria no me es infiel, Antonio Luque, apodado el Cúchares de Córdoba.

Verificóse la primera corrida el día 24; se lidiaron seis toros de Carriquiri, que dieron mucho juego, y dejaron satisfecho al público. De Carriquiri fueron también los toros de la tercera corrida, y de D. Raimundo Díaz los jugados en la segunda.

En esa segunda corrida, y lidiándose el quinto toro, ocurrió el de todo punto extraordinario incidente á que he hecho antes mención.

Apurado el toro en la suerte de varas, como todos los lidiados en las tres corridas, había llegado á la muerte sumamente descompuesto. Salvador lo pinchó varias veces, y el animal fué á refugiarse en la querencia de un caballo

muerto, donde se encastilló, tapándose y haciendo inútiles todos los esfuerzos del matador que quería descabellar á su enemigo.

El animal se hallaba cerca de las tablas, enfrente del chiquero y al lado opuesto de este. Cuando Frascuelo bregaba como un desesperado, oyóse de pronto un estrépito en la plaza y un grito de terror lanzado por todo el público. El sexto toro había hecho saltar la puerta del toril y presentádose en el redondel inopinadamente.

Frascuelo que, como dije antes, estaba de espaldas al chiquero, y echando los bofes para rematar al quinto, volvióse como un rayo al oír el clamor de la concurrencia, y se encontró con el sexto toro en la plaza.

El animal había rebotado por encima de la barrera, que hizo trizas al salir. Se revolvió contra ella, y, rehecho en seguida, dió media vuelta, quedando engallado y con la vista fija en el otro extremo del ruedo donde se hallaba Salvador, tratando de descabellar al quinto.

La ansiedad de los espectadores en aquel momento fué indescriptible, y el cuadro que la plaza presentaba, de lo más imponente que puede imaginarse el lector.

En un extremo del redondel, un caballo muerto y una res moribunda; en el otro extremo, un montón de madera, y á los pocos pasos, un toro lleno de vida, cuadrado en el suelo, levantada la cabeza, con las defensas erguidas, estremeciéndose de bravura, fiero, encampanado, pidiendo pelea, en esa actitud salvaje y noble á la vez, que convierte á un toro lleno de sangre, de gallardía y de alientos, en el animal más hermoso de la creación.

Y entre el moribundo y el vivo, entre la fiera que agonizaba y la que acababa de pisar la arena, hallábase un chiquillo de veintiun años, á quien se dirigieron con angustiosa ansiedad todas las miradas.

Allí no cabía vacilación; allí no era posible la duda; ha-

bía que resolver el problema inmediatamente; había que apagar de una manera ó de otra aquella inmensa emoción que comprimía todos los pechos. Durante más de veinte años, he visto en las plazas de toros muchos lances dramáticos, pero ninguno como este que relato, ninguno que llevara á su tensión mas grande la sensibilidad del espectador.

Frascuelo no tuvo ni un segundo de incertidumbre. En cuanto vió al sexto toro engallado á poca distancia del chiquero, se dirigió Salvador resueltamente hacia los medios, y allí, con una temeridad increíble, flameó la muleta repetidas veces.

El animal se embebió por de pronto, como aturrido por aquel desafío inverosímil, pero desengañado al instante, engreído por los reflejos rojos que su vista flotaban en son de audacísimo reto, partió como un rayo hacia Salvador.

El espantoso grito que se dejó oír entonces en la Plaza, fué aún mayor que el que se escuchó al presentarse en ella el toro. Frascuelo lo esperó á pie firme; lo dejó llegar á jurisdicción; le marcó la salida como se marca en las banderillas al quiebro; enmendó con velocidad asombrosa el terreno, al cargar la suerte, y metió y sacó instantáneamente el estoque.

La velocidad adquirida por el toro hizo su muerte tan repentina, que hundir el estoque Salvador, levantar las manos el animal y caer descompasadamente á los pies de su matador, fué obra de un segundo.

Una exclamación de asombro, y el eco de miles de frenéticos aplausos, hirieron los aires.

Frascuelo, sereno, sin inmutarse un punto, vió caer al toro sexto, y se dirigió tranquilamente á rematar el quinto, lo cual consiguió poco tiempo después.

Cuando cayó la res, el matador se vió rodeado de una

apiñada muchedumbre que lo cogió al aire y lo llevó triunfante á la fonda.

¡Dulces recuerdos de la juventud! Aquella noche fuí yo con varios amigos al Casino de la Amistad, y ví allí al héroe de la corrida. ¡Con qué maravilla le miré de arriba abajo! Con qué mezcla de admiración y de terror le contemplé! Y le dirigí la palabra! Y se dignó contestarme! Y me dió la mano! Y loco de alegría por tan señaladísima honra, me senté al piano y toqué, lo recuerdo como si fuera hoy, *cosas de En las astas del toro* de Gaztambide! Y la animación creció, y hubo libaciones más que copiosas, y... *Nessun maggior dolore!*...

Salvador tenía veintiun años; yo tenía diecinueve! Quién había de decirnos entonces que, andando el tiempo, seríamos objeto de la leyenda popular, y que esta había de asignarme diez mil reales mensuales de subvención frascuelina, como director de un periódico taurino!

Pero no anticipemos los acontecimientos, y postrémosnos de hinojos ante el *Vox populi, vox Dei*, mientras llega ocasión no lejana, de dedicarle algunos párrafos.

No faltarán antifrascuelistas que al leer la relación que antecede, sonreirán maliciosamente, y pondrán en duda, si no lo niegan en redondo, lo que acabo de contar. La verdad es que he buscado, en vano, en las biografías de Frascuelo, la menor referencia al maravilloso acto de valentía realizado en Tolosa por Salvador; lo cual es, en verdad, muy extraño.

Pero Carmona viene á ser mi salvación. El *Boletín de loterías y de toros* tenía corresponsales en todas partes, y hojeando la colección del año 1866, he tropezado con el número 803 correspondiente al día 16 de Julio, en el cual se inserta un artículo titulado *Toros en Tolosa*, del cual copio lo siguiente, que se refiere á la segunda corrida:

«Hubo en esta tarde un incidente que vino á avivar y á

sacar al público del letargo. El toro quinto se hallaba casi en la agonía; el matador sudaba la gota gorda, y no podía despacharlo; cambió el color de la muleta, y ni por esas: arrimado á un rincón, era ya la desesperación de todos, cuando el toro sexto, comprendiendo, sin duda, el número que tenía, y cansado del encierro, derribó la puerta del chiquero y se presentó en la plaza de su orden, y con todo el orgullo y bravura de que era capaz. El público temió por el matador, pues, en verdad, su posición era crítica; pero Frascuelo, que aunque muy joven ha probado ser hombre de corazón, se fué derecho para el intruso, y con una serenidad pasmosa, le recibió de frente y le dió á pasa toro una estocada con tan buena suerte, que cayó instantáneamente á sus pies. El público aplaudió con frenesí, etc.»

Como es tan fácil mentir, y se miente tanto en cuestiones de toros y de toreros, me ha regocijado en extremo encontrar en el periódico de Carmona un testimonio que viene á dar fe de cuanto he dicho, con respecto á un suceso que no tiene, que yo sepa, precedente en la historia del toreo.

Uno semejante se cita como ocurrido al gran Pedro Romero, hecho que dió á conocer el periódico *El Boletín de loterías y de toros* en el año de 1866, insertando una larga carta que Pedro Romero escribía á un amigo de Madrid, que había pedido al célebre lidiador noticias de su vida.

En dicha carta hay un párrafo que dice así.

«Y concluyo diciendo que, en la ciudad de Jerez en la misma plaza de las Angustias, salió el primer toro, y, habiéndolo picado y banderilleado, tocaron á muerte, armé la espada y muleta, y estando el toro en la Puerta del toril, fuí y lo pasé, lo recibí á la muerte, y le dí una buena estocada, tardó un poco en morir, y estando ya mareado y moribundo, teniendo yo la espalda vuelta hacia el toril,

oigo un ruido, y al mismo tiempo. una voz que decía: «Huye, huye»; vuelvo la cara y veo que va llegando á mí un toro, y en aquel acto mismo, ¿cómo habia de echar á huir? deliberé el recibirlo, á la muerte, lo agarré tan bien, que murió más pronto que el que tenía ya moribundo á mi espalda, y para memoria, los caleseros los engancharon y sacaron arrastrando ambos juntos; este toro lo tenían entre puertas para entorilarle, y fué la causa de que saltase á la plaza.» (1)

La autenticidad de dicho documento, fué puesta en duda por Neira, que al ocnparse de la carta de Pedro Romero en la biografía que aquel inteligente aficionado é historiadador dedicó al matador de Ronda en *El Foreo*, se expresa en los siguientes términos:

«Ha circulado por la prensa española y extranjera una carta que se supone escrita por Pedro Romero, con motivo de la competencia con Pepe Hillo, cuya autenticidad nos permitimos poner en duda.—Por eso, aquí no la insertamos íntegra.—Obsérvese bien en ella que empieza fijando el año de 1778, como en el que Romero toreó por primera vez con Pepe Hillo, y con solo este dato, se comprenderá que no es posible que este último célebre torero trabajase en competencia con Romero, teniendo solo diez años de edad, puesto que nació en 1768.»

Esta última afirmación de Neira, ha resultado errónea, puesto que el renombrado Doctor Thebussem demostró con pruebas incontrovertibles, en admirable artículo publicado en el número 32 de la *La Lidia* (año 5.^o), correspondiente al 27 de Diciembre de 1886, que Pepe Illo nació en Sevilla el día 14 de Marzo de 1754, caso en el cual, tenía

(1) Números 776, 777 y 778 del *Boletín de loterías y de toros* (continuación de *El Enano*) correspondiente á los días 9, 16 y 23 de Enero de 1866.

el célebre lidiador *veinticuatro años* cuando se encontró por primera vez con Pedro Romero, es decir, la misma edad que éste, puesto que Romero nació también en 1754.

Esto da mucha fuerza á la autenticidad de la carta, cuyo original aseguró el *Boletín de loterías y de toros* conservaba en su poder, pero sin citar el nombre de la persona á quien iba dirigida, ni dar pormenores que pudieran asegurar la autenticidad del documento citado.

Esa es la historia de la carta, supuesta ó real, de Pedro Romero, y tal como es, la relato. De todos modos, si el hecho es falso, á Frascuelo cabe la gloria de haberlo realizado el primero; y si es cierto, la honra de haber llevado á efecto una hazaña de que fué autor en el pasado siglo el torero más grande y más completo de cuantos registra en sus anales la historia de la tauromaquia.

Y aquí termina la vida de Salvador Sánchez, hasta que tomó la alternativa en la Plaza de Madrid, un año después de haber matado el sexto toro antes que el quinto, en la Plaza de Tolosa.

Ya se ha visto la opinión que Pérez de Guzmán tenía de Lagartijo, sintetizando las cualidades que Rafael demostraba en los albores de su profesión,

He aquí las que Neira veía en Salvador, tal como se hallan expuestas en la biografía que dedicó á Frascuelo en *El Toreo*:

«Empezó por correr *moruchos* de los que en confuso tropel se sueltan en las novilladas, consiguió trabajar de balde en los embolados, y alcanzó, por fin, torear las reses de punta en las mismas funciones.

Veíase en él un muchacho atolondrado, un mozalbete que todo lo intentaba, que todo lo quería hacer y que nada sabía. Sin embargo, los aficionados no se equivocaron.

Aquella audacia, aquel valor, aquel afán de imitar, denotaban especiales dotes.

Su voluntad era de acero.

Con dichas circunstancias, y reuniendo Salvador las dos primeras condiciones necesarias para ser torero, fácil era que alcanzase la tercera

De tal modo dominaba en él un marcadísimo espíritu de imitación, que, como vulgarmente se dice, sin encomendarse á Dios ni al diablo, intentó y ejecutó perfectamente el difícil *quiebro en la silla*, poniendo banderillas á un toro de puntas en una corrida de novillos, cuando era desconocido como torero.

El pueblo de Madrid, tan entendido como el que más, aseguró á Salvador Sánchez un gran porvenir en el toreo desde que le vió entrar á formar parte de la cuadrilla de Cayetano Sanz en el año de 1866.

Con tan buen maestro, y con tan espléndidas facultades como la naturaleza dió á Salvador, mucho debía esperarse de él, mucho exigírsele; y efectivamente, se le vió detenerse más, pararse en las suertes y tomar el derrotero de la buena escuela.

Madrid le alentaba con sus aplausos; hasta le dió carta de naturaleza, suponiendo y considerando como madrileño al que había nacido en Churriana...

Hízole adoptar el sobrenombre de *Frascuelo*, que pertenecía á su hermano, y le elevó hasta el punto de que los espadas de temporada le cediesen algunos toros para estoquearlos.

En esto fué varia su fortuna, porque al principio se *atropellaba* con los toros, y los espectadores temían por su vida

Sin embargo, no tardó mucho en dominarse, en que su decidida VOLUNTAD se impusiese á sus juveniles arrebatos, y consiguió ser matador de toros de *cartel*...

Estaban cumplidos sus deseos; el sueño de su niñez se había realizado; el mozo era un hombre, el pobre era rico...

¿Puede darse mejor prueba de lo que es capaz de conseguir un hombre con persistente fuerza de VOLUNTAD?»

Así juzgaba Neira á Salvador Sánchez, en su magnífica obra tantas veces citada, *El Toreo*, que vió la luz en 1879.

Con el juicio de Neira y el anteriormente citado de Pérez de Guzmán, los lectores tienen perfecta idea de las entidades toreras de Lagartijo y de Frascuelo, desde sus primeros años, hasta que ambos tomaron la alternativa en Madrid.

La competencia de los dos célebres diestros queda relatada extensamente en lugar oportuno, con todos los incidentes más notables que ofreció desde que se estableció en la Plaza de Granada, hasta el año actual exclusive.

Creo haber procedido con todo el método y el orden que requiere esta clase de trabajos, acudiendo con preferencia al testimonio de respetables personas, para juzgar hechos que, lo he dicho antes y lo repito ahora, he presenciado en su mayor parte.

Deseo, ante todo, que los aficionados se convenzan de que me despojo de todo apasionamiento al emitir mi opinión sobre las cualidades más notables y los defectos de Rafael y de Salvador.

Ahora voy á hablar por propia cuenta; y me propongo hacerlo con tal serenidad de ánimo, que cuanto voy á decir, estando Lagartijo y Frascuelo en pleno ejercicio, lo digera si se hubiesen retirado de la plaza ó hubiesen dejado de existir.

Ninguno de los dos puede ir más allá; ambos han realizado completamente su obra, en el moderno arte de torear, y de ellos se puede ya emitir un juicio definitivo y terminante.

Sé que entro en la parte más delicada y espinosa de

este libro, pero lejos de arredrarme esta circunstancia, me infunde mayores alientos, porque cuento de antemano con la benevolencia de los aficionados sensatos. Para ellos escribo esta obra, que no para los lagartijófobos y frascuelófobos de la clase de irracionales.

VI.

El temperamento y el medio ambiente estudiados en Rafael Molina.—Sus tres hermanos —La herencia natural.—Aspiraciones de Lagartijo.—Su maestro.—Antonio Carmona, el Gordito.—El torero y el matador.—Dudas.—La primera época de Rafael.—El temperamento y el medio ambiente estudiados en Salvador Sánchez.—La formación del torero en Salvador.—Juicios ajenos.—Lo que eran entonces Lagartijo y Frascuelo.—Contrastes.—Un almuerzo.—El torero aristocrático.—El hombre contra el torero.—Los dos temperamentos.—Hermanos en la plaza.—Un período de transformación.

El hombre depende en este mundo de dos cosas: el carácter y el medio ambiente. Causas fisiológicas, producto siempre de la herencia natural, forman el carácter.

El temperamento humano es un resultado de las operaciones de nuestra economía. Los nervios y la sangre lo regulan, y del mayor ó menor equilibrio de esos dos grandes factores de la fuerza vital, depende la manifestación material de nuestros sentimientos. Ese es el carácter.

El ser humano, en su roce continuo con otros seres de su misma especie, vive rodeado de ciertas circunstancias que están generalmente en relación con su estado social, circunstancias cuya influencia sufre constantemente y que tienen que obrar, por tanto, de un modo poderoso sobre su carácter. Ese es el medio, en la acepción naturalista que aquí tiene esa palabra.

Para que esta filosofía se haga inteligible, no hay sino tomar por ejemplo á Rafael Molina y estudiar en él: 1.º Su temperamento, que nos dará por resultado el carácter de Lagartijo. Y 2.º Las circunstancias que influyeron en su

carrera, lo cual nos revelará el medio taurino en que se incubó y desarrolló la entidad torera del célebre diestro cordobés.

Personas á quienes he preguntado cuál era el temperamento de los padres de Rafael, me han asegurado que el hijo es un trasunto fiel del temperamento de sus progenitores.

Mucha linfa y bastante bilis: esto me han dicho y esto repito yo, sin salir garante de la noticia. Que puede ser cierta, cabe afirmarlo, con solo fijarse en los cuatro individuos de la familia Molina que hemos podido conocer: Rafael, Juan, Manuel y Francisco.

Todos los aficionados recordarán la singular ineptitud del difunto puntillero y su dejadez característica; todos han visto ó ven á los restantes hermanos.

Manuel, lleno de facultades físicas, se hizo matador de toros, y es, por todos conceptos, un torero repleto de linfa, á quien ni las dotes naturales ni la enseñanza de Rafael han aprovechado para nada.

Juan es hoy uno de los peones más completos de cuantos pisan plaza; corre los toros como pocos, castiga mucho y bien con las banderillas, y prodiga sus piernas que son extraordinarias para privar de ellas á las reses que su hermano mata; pero su toreo no revela nunca emulación, va derecho al resultado sin preocuparse nunca del fin. Y hay en su carencia total de adorno y en su igualdad jamás torcida por nada ni por nadie, algo que descubre palpablemente la despreocupación y el abandono.

¿A qué hablar de Rafael? El sello de la familia Molina predomina y se destaca en el famoso diestro. Nacido en la ciudad de los Califas, lleva en sus venas la sangre de los árabes, y con ella su indolencia proverbial.

La apatía y la indiferencia de que nos ha hablado Pérez de Guzmán, son los rasgos salientes del carácter de La-

gartijo, consecuencia directa y natural de su temperamento. Linfa y bilis: aquella reina casi en absoluto; la bilis reivindica sus derechos cuando las circunstancias la estimulan, como hemos de verlo más tarde.

Examinemos ahora el génesis del torero, tratemos de seguir paso á paso la incubación del lidiador de reses bravas en Rafael Molina.

Once años tenía Lagartijo, *once años* de edad, cuando por primera vez en su vida se presentó en la Plaza de Toros de Córdoba, el año 1852.

Aquel niño prodigioso figuró entonces en el cartel, como el último de los banderilleros, y saltó al primer puesto, en cuanto se verificó la corrida.

La primera manifestación de las aptitudes toreras de Rafael Molina, fué, pues, sumamente precóz, y reveló desde luego una cualidad que puede llamarse ingénita: el cuarteo.

El nieto é hijo de banderilleros de segundo orden, dió, con este solo hecho, una prueba fehaciente de que la herencia natural se había purificado en él, señalándole *á priori* las admirables dotes que había de alcanzar muy pronto.

En cuanto el niño comienza á hombrear, ¿cuál es su ardentísimo deseo? Aprender, perfeccionarse, adelantar en su profesión y llegar á conseguir con ella gloria y fortuna.

Ha toreado bastante en absoluto, y mucho, relativamente á su edad; se ha estirado bregando en la cuadrilla de niños cordobeses; ha logrado llamar la atención de los públicos, hay en él lo que se llama la madera de un lidiador; pero le falta dirección prudente, necesita de alguien que le aleccione con el ejemplo, y á cuyo lado pueda hacerse cargo prácticamente de las reglas del oficio que como ciencia infusa bullen en su mente juvenil.

¿Cuál es, entonces, el ideal de Lagartijo? ¿Quién es el torero cuyas facultades ejercen sobre los deseos de Rafael

una influencia magnética? Antonio Carmona, el Gordito.

No podía ser otro. Allí veía Rafael á su maestro futuro y á él le atraían con fuerza irresistible todas sus aspiraciones de lidiador. ¿Y quién mejor que el Gordito, podía en aquel tiempo realizarlas?

Los tres hermanos Carmonas, José, Manuel y Antonio, toreaban juntos ó separados, según las condiciones de los contratos, monopolizando el entusiasmo de los públicos, desde que el menor de los tres, Antonio, había suscitado en Sevilla, en 1858, un verdadero delirio, con la invención de las banderillas al quiebro.

Joven gallardísimo y desenvuelto, lleno de gentileza y de animación, el Gordito maravillaba á los aficionados, no solo con el famoso quiebro, sino con las extravagantes suertes en que le hacía degenerar su creador.

Antonio Carmona era un torero consumadísimo, dotado de una serenidad de ánimo y de una frescura admirables, maestro en el arte de lidiar, y cuyo temperamento revoltoso y bullidor prestaba á los numerosos lances que ejecutaba, movimiento brillantísimo y vistosa exterioridad.

Si Madrid rechazó con justicia al matador de toros; si circunstancias especiales llevaron á aquel carácter endiosado por el engreimiento, á excesos que pagó muy cruelmente; si el Gordito, en una palabra, recibido en la corte de España en 1861, con un entusiasmo, con un frenesí, que muchos recordarán, salió de la misma plaza de un modo cuya relación constituiría en las páginas de este libro crueldad impertinente, todo eso no quita para que Antonio Carmona ocupe en la historia de la tauromáquia moderna un lugar envidiable, como torero de categoría superior y como banderillero único en la creación, de una especialidad que bastaría para hacer inmortal el nombre del Gordito.

Matador de toros no lo fué jamás Antonio Carmona,

porque viciado á bullir delante de la cara de los toros, no supo pararse nunca en el momento de estoquear.

Su naturaleza se prestó á todas las suertes que dimanaban del cuarteo; aprendió á descabellar y á dar la puntilla con perfección, y si los recortes, las monadas, el vino bebido delante del testúz, el sombrero colgado á un cuerno, el descabello á pulso y el cacheteo de ballestilla; si los galleos y recortes de toda especie tuvieron en el Gordito lucidísima ejecución, en cambio esas mismas circunstancias, flor y nata del toreo movido, le imprimieron la huella de un pecado original: el pecado del cuarteo.

No pudo parar con la muleta, no pudo arrancar derecho con el estoque; y en cuanto desapareció la juventud y escasearon las facultades, tuvo el Gordito que ceder el puesto á los que supieron vencerle sin trabajo alguno, con solo oponer la quietud al movimiento y llevarle á un terreno donde cuartear es morir.

El vertiginoso bullir de Carmona que hacía exclamar indignado á Pepete: — *eso no es torear, sino hacer titeres con los toros*, perdió en absoluto su mérito en Madrid, donde el Tato, primero, y Lagartijo y Frascuelo después, evidenciaron ante el público el mérito de la suerte de matar.

Y como en ella no tenía defensa el Gordito, todo su toreo cayó estrepitosamente. Inútiles fueron los esfuerzos del inventor del quiebro, para recuperar una influencia que había ya perdido en absoluto; todos sus afanes se estrellaron ante la afición guiada hacia nuevos derroteros por los jóvenes campeones del porvenir, por Rafael Molina y Salvador Sánchez.

Algo tardó en desengañarse el Gordito, pero amargas y repetidas decepciones le hicieron ceder por fin, hasta que hace tres años se retiró definitivamente del toreo, no sin haber dejado como valioso legado al arte, un glorioso heredero que había de idealizar su escuela.

Tal fué el maestro de Rafael Molina, tal fué el lidiador á quien se dirigieron con afanosa ansiedad todas las ambiciones de Lagartijo, en cuanto se manifestaron en el incipiente lidiador sus primeras aptitudes.

¿Quién enseñó á Lagartijo á parear al quiebro? Sobre esto he tratado de informarme de un modo fehaciente, y persona encargada por mí de preguntárselo al interesado, me ha dicho que Rafael tuvo conocimiento de esa suerte, por haber oído contar una tremenda cogida que Matías Muñiz sufrió en la Plaza de Córdoba al dar el quiebro, después de habérselo visto ejecutar á Antonio Carmona.

Añade la persona á quien he pedido estos detalles, que Lagartijo era entonces mozo de nave del matadero de Córdoba, se hizo explicar la famosa suerte, y la ensayó y ejecutó con la vacas del establecimiento.

Por mi parte, pongo en cuarentena la noticia, porque de ser cierta, daría margen á un flagrante anacronismo. La demostración es muy sencilla.

Por documento inserto en lugar correspondiente, Rafael fué expulsado del matadero de Córdoba, á mediados de Mayo de 1857. Aquel mismo año vino el Gordito por primera vez á Madrid, en compañía de sus dos hermanos, y si pudo llamar la atención como peón de brega y como banderillero, no lo fué porque ejecutára la suerte de su invención.

Los recortes y galleos que se ejecutaban en Lisboa con toros embolados, sugirieron á Carmona las bases del quiebro, y, según Velázquez y Sánchez en sus *Anales del toro*, el Gordito estrenó el quiebro en la Plaza de Sevilla «en la segunda corrida de Abril de 1858.» Allí produjo el nuevo lance indescriptible entusiasmo que la prensa propagó por todos los ámbitos de España.

La cogida de Matías Muñiz, fué, pues, posterior al estreno del quiebro en Sevilla, en Abril de 1858, y como La-

gartijo fué expulsado del matadero de Córdoba, en Mayo de 1857, no pudo ensayar una suerte que era totalmente desconocida en aquella fecha.

Es, por lo tanto, mas verosímil que Rafael viera ejecutar el quiebro al Gordito en alguna plaza, y que José Carmona apreciará en la de Algeciras la limpieza con que Lagartijo consumó aquella suerte, por los años de 1860 á 1862, revelando una precoz maestría que admiraría al José, y le impulsaría á recomendarlo al Gordito.

De todos modos, cuento lo que me han contado, dejando á otros la tarea de depurar los hechos, ya que basta por ahora, á mis propósitos consignar que los Carmonas, y con especialidad Antonio, cuidaron de la primera educación formal de Rafael Molina, llevándoselo á Portugal y apagando la sed de perfección que el muchacho cordobés tenía entonces.

En Lisboa trabajó de banderillero Lagartijo con Manuel Carmona, y allí pudo enterarse perfectamente de los principios de la escuela donde el Gordito se inspiró para inventar la suerte que le ha inmortalizado.

Poco tiempo después, el ideal de Lagartijo se había realizado, entrando á formar parte de la cuadrilla del Gordito. Este lo trajo á Madrid en Setiembre de 1863, y ya se sabe de qué manera debutó Rafael en la plaza de la corte.

La primera manifestación torera de Lagartijo en la Plaza de Madrid, fué un admirable par de banderillas al quiebro. Juventud, finura, elegancia, y aplomo; todas las cualidades de la naturaleza, y toda la maestría del arte, se mostraron allí de una vez, para realizar la perfección.

Entusiasmado el público al ver aquel mozalbete que tan gallardas muestras daba de su arrojo y de su serenidad, lo protegió con decidido empeño y saludó en Rafael Molina á una legítima esperanza del arte de torear.

El muchacho se hizo digno de tal benevolencia, y después de corta pero brillantísima campaña, tomó la alternativa con lisongero éxito.

Se hallaba Lagartijo entonces en esa hermosa época de la vida en que la despreocupación de la juventud arrolla inpremeditadamente todos los obstáculos.

La sangre bullía en sus venas; torero por vocación y por herencia natural, familiarizado desde su niñez en el sorteo de reses bravas, habíase dado exacta cuenta del toreo del Gordito, y se lo había asimilado en todas sus partes, desarrollándolo con una tranquilidad elegante, con una exquisita gentileza que habían de constituir, andando el tiempo, la defensa de toda su vida, y hacerle invulnerable á todos los ataques.

Se puso á matar y se entregó á los toros, cayendo sobre ellos, por poco que se confiara, con la irreflexiva impetuosidad que le prestaban sus pocos años, y los entusiastas aplausos de los públicos meridionales.

Donde quiera que toreara, la muchedumbre que conocía por referencias las proezas del banderillero, le pedía su suerte favorita, y le aclamaba sin cesar; y con el quiebro, los recortes, los cuarteos, con todas las monadas que Lagartijo hacía en la cara de los toros, bastábale acertar en la muerte, para que todos cuantos compartieran con él las fatigas de la lidia, quedaran oscurecidos á su lado.

De ahí las victorias de Rafael sobre Curro Cúchares, el Tato y su propio maestro el Gordito. La elegancia soberana de Lagartijo al parear y al recortar, y su intrepidez en el momento de arrancar con el estoque, realzaban de tal manera sus pocos años y apuestísima figura, que no había medio de luchar con él, sin grandes probabilidades de ser vencido.

Y lo fueron todos, sin excepción. Rafael no competía con nadie, hacía sencillamente lo que sabía, y nada más.

El Curro estaba entonces en el ocaso de su carrera, después de haber echado las bases de la degeneración según unos, de la transformación según otros, del toreo actual.

El Tato se defendía mejor con sus célebres volapiés, pero los lances variados de la brega, daban á Lagartijo indudables ventajas, y como al meter el brazo para matar, se consentía á veces Rafael tanto como el malogrado Antonio Sánchez, la balanza del favor público, se inclinaba al lado de aquel.

Cuanto al Gordito, no hay sino decir que el temperamento del discípulo, despojaba á las suertes de su maestro de toda extravaganciá, depurándolas en la forma, para comprender que, como lidiador, le llevaba ganando terreno, mientras como matador de toros, no había comparación posible.

Y cuenta que, por este último concepto, Lagartijo no tenía donde volver los ojos en aquella época. Así como el Gordito le había aleccionado en los lances de la lidia, enseñándole á ser torero, no había nadie que pudiera fijarle de un modo práctico las reglas del arte de estoquear.

¿Se quiere una prueba de ello? Héla aquí:

«*Lagartijo* es un jóven espada fresco y de corazón, pero nada más (!); no sabe manejar la muleta, ni se para, y lo peor es, que no tiene hoy de quién aprender en el redondel. Frescos estamos, porque el toreo se va.»

Este párrafo lo escribió Carmona en el resumen de la revista de toros, dando cuenta de la corrida verificada en la Plaza de Madrid el 15 de Abril de 1866, el primer año que Rafael toreaba en la corte, después de haber tomado la alternativa.

Y toreaba con el Tato y el Gordito! Esos eran los toreros á cuyo lado decía Carmona que Lagartijo no podía aprender nada en el redondel.

Todavía podemos tener mejor idea de lo que era La-

gartijo entonces, por lo que de él dice Velázquez y Sánchez en los *Anales del toreo*. Hé aquí las frases que le dedica:

«Rafael Molina se encuentra en la edad en que el torero abre delante de sí la ruta de un porvenir brillante, si desórdenes de conducta, resabios no vencidos á tiempo ó imprevistas desgracias no tuercen el curso natural de las cosas, privando á las causas constantes de sus inmediatas consecuencias. Considerado como torero, Molina hace bien lo que hacen todos; pero cuarteando, cambiándose á la cabeza, recortando en los quites, poniendo banderillas de frente y paso entre paso, haciendo el engaño en la silla, y jugando con los toros alegres, gradúa el entusiasmo de fanatismo en todas las plazas, y arrastra en los testimonios de general aprobación á los mismos severos aficionados que exigen todavía á los espadas el carácter serio de Juan Yust y el imponente señorío de Francisco Montes. Como diestro ha mejorado en el trasteo de muleta en muy pocos días, evitando el defecto de arquear el bulto en los envites. Es el término medio en la muerte de los toros entre el Tato y el Gordito; porque ni se arranca y encuentra tan por derecho y arriesgado como Sánchez, ni se remueve y agita en la conformidad que lo hace Carmona; echándose de ver que cuenta con medios suficientes para aprender y progresar.»

Cuando Lagartijo demostraba estas cualidades, en realidad notables, nada hacía presumir; ¿quién presume los funestos accidentes á que la lidia de toros es ocasionada? que se hallaba próxima la desgracia del Tato.

Conocida es de todos, y relatada queda *in extenso* la catástrofe que inutilizó para siempre á Antonio Sánchez, dejando árbitros del porvenir de la tauromaquia moderna á Lagartijo y á Frascuelo.

Este es el momento oportuno para examinar el carác-

ter de Salvador y el medio taurino en que se manifestaron sus primeras dotes. Después de este exámen, seguiremos á nuestros dos héroes, sin establecer entre ellos más separaciones que aquellas á que den margen forzosamente las vicisitudes de ambos. Lo extraño de la vida de Rafael y de Salvador; lo que los convierte en estudio interesante y cómodo ante las investigaciones de la crítica, facilitando en sumo grado los trabajos de esta, es el contraste que ofrecen esos caracteres antagónicos, condenados á trazar por ley de naturaleza dos líneas divergentes.

Así como Lagartijo ha recibido de sus padres herencia de banderillero, y carácter indolente y apático, Frascuelo es producto de dos temperamentos desquiciados que los nervios agitan sin cesar, y en los cuales los desequilibrios de la circulación establecen desórden perpétuo.

Del padre de Salvador, ya he dicho antes lo suficiente; la pasión del juego lo arruinó, y esto basta para juzgar su temperamento. La madre vive todavía; yo no la he visto más que una vez, estando su hijo herido y en cama, pero pídasen noticias de ella á las muchas personas que la conocen, y todas se harán lenguas de la extraordinaria vivacidad de una anciana, cuyo temple de hierro, continuo bullir y estado incesante de agitación nerviosa, son cariñosa desesperación de toda la familia.

La herencia natural no fué, ciertamente, ingrata con Salvador; y si el hijo no da quince y raya á sus padres, puede, al menos, demostrar elocuentemente la verdad del aforismo italiano: *il sangue non é acqua*.

Demasiado ha podido ver Salvador que la sangre no es agua! Hartas ocasiones ha tenido en su ya larga carrera, para convencerse de que, sólo á fuerza de trabajos gigantescos, llegan los desengaños y la edad á mitigar los defectos de un temperamento que Frascuelo adquirió en el capillo y dejará con la mortaja!

Sumido en la miseria desde su niñez; falto de apoyo; alejado de toda atmósfera taurina, los primeros años de Frascuelo trascurrieron sin incidente alguno digno de mención, hasta que, instigado por Paco Sánchez, fué Salvador á la fiesta de Móstoles, y se vió por primera vez enfrente de un novillo. No había cumplido entonces Salvador los dieciséis años.

Como si aquella naturaleza predestinada al toreo, hubiera esperado el más leve pretexto para manifestar sus inclinaciones, bastó que Frascuelo viera ante sí á una res brava, para que súbitamente estallára en él la vocación.

Toreó por la mañana, toreó por la tarde, danzó delante de los novillos todo el día, presa de un vértigo inexplicable, sin parar, sin comer, loco y jadeante, como si la Providencia le hubiera empujado de pronto hacia una profesión para él desconocida, pero que despertaba en Salvador un mar de instintos latentes, con el atropello, con el desconcierto de una fulgurante revelación.

El frenesí por la lidia se apoderó de Frascuelo desde aquel instante; ya no pensó más que en toros y en novillos; esa fué su preocupación de todos los momentos, esa la aspiración de todo su ser.

Se vió valiente, debió conocer que el valor, esa cualidad que, según la gráfica frase de Montes, mantiene al torero delante del toro « con la misma serenidad que tenemos cuando no está presente, » residía en él por juro de heredad; y, enardecido por la posesión de ese dón inapreciable, se lanzó sin otro auxilio á sortear reses bravas.

No tenía maestros; no tenía protectores; carecía en absoluto de medios para buscar enseñanzas que en los primeros pasos de su carrera encauzáran aquel atropellado deseo de aprender. Quizá no se cuidaba siquiera de ello; entre el desórden vertiginoso que le permitía entregarse sin freno á sus instintos naturales, y el orden y la mode-

ración á que le hubiera sometido una practica regular y bien dirigida, el descabellado carácter de Salvador optaba, sin vacilar, por lo primero.

Y así anduvo tres años toreando por los pueblos, entregado á todos los excesos de su intrepidez y de su ignorancia, pero adquiriendo soltura y fuerza, y cegado por una afición que le alucinaba completamente; en aquella embriaguez hermosa de aire libre y juventud.

Oyó hablar del quiebro del Gordito; lo vió ejecutar á alguno de los muchos imitadores de Carmona, que lo es trenó en Madrid en 1861, y dos años después, en 1863, quiso Salvador ensayar también él la suerte en Chinchón. Ya se sabe el resultado: una tremenda cornada en el muslo derecho.

Una familia amiga se compadeció del temerario joven, y lo recogió y cuidó durante los tres meses que Frascuelo estuvo en cama. De ahí data su cariño á Chinchón y los beneficios de que, en tiempos de fortuna, colmó al pueblo que tanto se interesára por la curación del herido.

Aquel cruel escarmiento no ejerció influencia alguna en el ánimo de Salvádor. Muy al contrario; enardeció su carácter rebelde á toda enseñanza, y le hizo adoptar el firme propósito de trabajar en la Plaza de Madrid.

Y lo consiguió del modo que conocen los lectores. Ya se sabe cuán rápida fué su carrera; toreó en las mojigangas, toreó en los embolados, en los toros de puntas, hizo, en una misma corrida, de espada y de banderillero, lanceó de capa, saltó al trascuerno, quebró con los palos, de pie y sentado en la silla, quitó divisas, galleó, recortó y recibió novillos.

¿Quién le enseñó á recibir? Nadie, absolutamente nadie. En su desconcertado afán de hacerlo todo, supo que recibir era colocarse delante del toro, citarlo con la muleta y herir á pie quieto; y sin encomendarse á Dios ni al dia-

blo, se colocó delante de un novillo, lo citó y lo recibió. Carmona lo afirma, y su testimonio es irrecusable.

Muñiz, el Regatero y el Cabo, que en aquella época, y asombrados por las temeridades de Salvador, seguían sus pasos con gran interés y benevolencia, asistían entre barreras á las novilladas en que tomaba parte Frascuelo, y pasaban la tarde con el alma en un hilo, aconsejándole infructuosamente, corriendo de acá para allá por el callejón, y maravillados cuando al terminar la lidia de los toros de puntas, Salvador había salido ileso de la corrida.

El público, en tanto, alentaba con entusiastas aplausos al audaz lidiador, cuyas atrocidades (no merecen otro nombre) le pasmaban, y cuya juventud despertaba generales simpatías.

Aquella naturáleza de hierro que resistía impávida las fatigas de la brega, aquel arrojo extraordinario que se manifestaba en todas ocasiones despreciando el peligro con temeridad tan ignara como imponente, aquel afán inextinguible de imitación que arremetía con todo y quería dominarlo todo, sin aprendizaje alguno y con la desquiciada impetuosidad de un tren descarrilado, tenían que causar forzosamente admiración y cariño.

La alternativa se impuso, pues, como se impuso la de Rafael; al deseo natural de los jóvenes espadas que querían emanciparse de toda tutela y ser jefes de cuadrilla, se unió el afán de un público que ansiaba para ellos una completa libertad de acción; y Lagartijo y Frascuelo pudieron decir muy alto que si la afición no se adelantó á las aspiraciones de los dos famosos campeones, esas aspiraciones fueron muy pronto las del público, y caminaron siempre de común acuerdo.

La primera temporada de Frascuelo en Madrid fué accidentada, pero terminó de un modo brillantísimo, como se ha visto por las citas de *El Mengue*.

Hay un párrafo de Carmona en el resumen de la revista que consagró á la corrida verificada en Madrid el 3 de Mayo de 1868, que merece transcribirse. Helo aquí:

«Los dos toros de peores condiciones le tocaron al tercer espada *Frascuelo*; tenga este jóven calma y no se precipite, pues le costará la vida; y además de dar un disgusto á sus amigos y á una bella (1), perjudicaría hoy al toreo de un modo extraordinario.»

De la opinión y observaciones de Carmona, en el *Boletín de loterías y de toros* se deduce que Salvador conservaba al hacerse matador de cartel, su característica precipitación, y que sus méritos eran ya grandes, cuando un aficionado tan inteligente y severo como Carmona, afirmaba que la precipitación de Frascuelo podía perjudicar al toreo «de un modo extraordinario.»

He aquí ahora el juicio que merecía entonces Frascuelo á Velázquez y Sánchez, y que copio aquí para que pueda cotejarse con la opinión del autor de los *Anales del toreo*, acerca de Lagartijo:

«Salvador Sánchez es un jóven desenvuelto, animoso, listo y muy simpático para todas las clases de la coronada villa; porque llano sin vulgaridad, digno sin empaque, y sabiendo captarse el aprecio sin esas amaneradas solicitudes que surten muchas veces un efecto contrario; el pueblo le reconoce por suyo, y las categorías sociales le estiman por lo que resalta en su esfera, como tipo recomendable en su misma especialidad. Aseguran que Cayetano Sanz le ha dado lecciones de toreo, y en el manejo de la muleta *Frascuelo* nos trae á la memoria al matador más notable de Madrid, á quien imita por lo menos intencionadamente, aunque le supera en arranque y en bríos, cuando son de menes-

(1) Alude Carmona á doña Manuela Alvarez, con quien Frascuelo contrajo matrimonio en 1.º de Agosto de aquel año.

ter para determinados lances. En las novilladas de la corte y en buen número de corridas de segunda temporada en aquel circo, Sánchez había consolidado su reputación de bravo, dispuesto y capaz de lisonjeros adelantos en el arte taurino, extendiendo la zona de sus relaciones á puntos diferentes de Castilla y de Navarra, donde cumplió á entera satisfacción de empresas y públicos, sus compromisos como diestro. Ajustado para alternar en Madrid con el Tato y el Gordito en la temporada anterior (1868), ha cubierto su plaza con decoro, y sin mezclarse en la ruidosa y lamentable contienda entre los espadas sevillanos; sustentando en Granada una competencia con Rafael Molina, en que ambos lidiadores comprobaron la razón de aquel antiguo refrán:—*toros de ocho y toreros de veintiocho.*»

En la segunda edición de los *Anales del toreo*, publicada en 1873, Velázquez y Sánchez presenta á Lagartijo y á Frascuelo con las condiciones que ambos ostentaban cuando se encontraron juntos, después de la cogida del Tato.

De Rafael, dice lo siguiente:

«Banderillero del Gordito, adiestrado en su animada escuela y protegido con loable empeño por Antonio, Rafael tomó la alternativa á fines de la temporada de 1865, y ya en 1866 estoqueaba en Madrid con el Tato y Carmona, iniciándose en el rango de los espadas con extraordinaria aceptación. Desde entonces y por una serie de visibles y satisfactorios progresos, Molina va haciéndose el matador en boga, habiendo sostenido rudísimas competencias con todos los diestros reputados en nuestro país, sustentando su pabellón con un ardimiento y una intrepidez admirables.»

Con respecto á Frascuelo, Velázquez y Sánchez se expresa en los siguientes términos:

«En el grupo de diestros de las provincias castellanas, y después de Cayetano y de Julián Casas, se destaca Sal-

vador Sánchez (*Frascuelo*), jóven lidiador, incansable en la brega, parecido á Sanz en la regularidad y aplomo del trasteo, hiriendo mejor y con más arranque, y reuniendo al estímulo de los toreros pundonorosas condiciones para ser mucho y presto, si una desgracia inopinada no viene á cortar en flor esperanzas legítimas de una carrera envidiable. Salvador ha tenido por modelo á Cayetano, y como la escuela de Sanz deriva del tuerto *Capa*, y el mancebo cuenta con más brío que sus predecesores, resulta un matador hábil y resuelto, coronando los deseos impacientes de Madrid, por tener en su abono un hombre de esta especie, en rivalidad con Andalucía »

Creo que con estos datos los aficionados todos, tendrán una idea exacta de lo que eran Lagartijo y Frascuelo, cuando emprendieron su célebre competencia.

El primero había tenido una nodriza (permítaseme la palabra), el Gordito; había aspirado á las enseñanzas de Carmona, y éste le había amamantado, infiltrando en él todas las reglas del toreo de adorno, del toreo movido, que habían valido á Antonio su reputación y sus ruidosos triunfos.

El segundo había trabajado algún tiempo, muy poco, con Cayetano Sanz, que no podía ofrecerle entonces más enseñanza que el manejo del trapo; y por los testimonios de Carmona en el *Boletín de loterías y de toros* y de Velázquez y Sánchez en los *Anales del toreo*, sabemos que Salvador se había asimilado algo de aquella portentosa maestría de Cayetano Sanz, que permitió á éste en 1856 «irse al toro con la muleta y el estoque, después de ordenar que todos los lidiadores, tanto de á pie como de á caballo, se retirasen del ruedo, y allí solo, en los medios ó en las tablas, *trastear* admirablemente sin mover los talones, dando alguna vez en esta postura y sin moverse, hasta seis *pases* en redondo,» según dice Neira en *El Toreo*.

Lagartijo era, pues, discípulo predilecto del Gordito, como Pérez de Guzmán dijo en sus *Toreros Cordobeses*, y confirmaron luego todos los biógrafos de Rafael. Frascuelo no había podido estudiar más que el trasteo de Cayetano; lo demás lo había aprendido imperfectamente y sin tener modelo alguno á quien imitar.

Como matadores de toros, los dos estaban huérfanos de toda enseñanza, porque nadie había en aquel tiempo que pudiera amaestrarlos en la parte más importante y difícil de la profesión.

Rafael llevaba, sin embargo, una ventaja positiva sobre su competidor; era torero, poseía todas las admirables dotes del Gordito, y poseía, por lo tanto, una base solidísima de defensa en todas las suertes, excluyendo la de matar.

Lagartijo, en una palabra, no tenía nada que aprender, lo sabía todo; quiero decir que sabía todo aquello que se enseña, todo aquello que desarrolla y perfecciona la práctica. Había nacido torero, y lo era consumado cuando se encontró con Salvador.

A este le quedaba todo por hacer, y se veía obligado á hacerlo sin el auxilio de nadie; encerrábanse en él multitud de gérmenes que habían de desenvolverse paulatinamente, y merced al solo impulso de una voluntad de hierro, cuyas fuerzas centuplicaba delirante afición.

Había, pues, una enfrente de otra, dos naturalezas diametralmente opuestas, separadas desde un principio por los precedentes de la profesión y en pugna abierta de principios artísticos y de caracteres.

Rafael, aplomado y apático en general, aparecía envuelto en una capa de linfa que su adversario sacudía con frecuencia, dando cabida á esos admirables relámpagos de intrepidez que lo arrollaban todo en los primeros años de lucha.

Salvador, en incubación constante, se mostraba al re-

vés de su rival, bilioso, nervioso y descompuesto, y su afán de poseerlo todo y de ejecutarlo todo tan bien ó mejor que Rafael, le hacía perder completamente la calma y realzar por ende, la tranquilidad olímpica de su competidor.

Invencible en la brega y con los palos, y valiente á la hora de estoquear, en tiempos en que la juventud se sobreponía á los excesos de prudencia, Lagartijo era entonces un rival temible, porque á la inteligencia del torero que no se desmentía jamás, se unía frecuentemente la intrepidez del matador de toros.

Ya nos lo dijo antes Pérez de Guzmán: «modesto y frío hasta la indiferencia, con respecto al trabajo de sus compañeros, arde en su pecho la noble emulación cuando halla un digno rival en la lidia.»

En esas condiciones se inauguró la competencia de Lagartijo y de Frascuelo, cuyos principales detalles hasta la fecha, quedan oportunamente relatados.

Quien crea que en aquella época eran las corridas de toros lo que son en la actualidad, se equivoca lastimosamente. En la brega se abusaba mucho, eso sí, de los capotazos y los recortes, y el mal era antiguo, puesto que venía desde los tiempos de Cúchares; pero el adorno, como base principal de éxito, tal como ha llegado á serlo ahora, no existía aún.

Las peleas se hacían en los quites á los picadores, y, por este concepto, tanto Lagartijo como Frascuelo, se metían en la cabeza de los toros con un ardimiento que los hacía iguales en la pública admiración.

La lucha, sin embargo, no estaba propiamente allí; la lucha se entablaba, se enconaba y se enardecía en la suerte de matar. En este punto la diferencia se dibujaba palpable y fué acentuándose por momentos.

Rafael, según el verbo gráfico de Carmona, «se arropaba» de un modo admirable en los volapiés. Quien no haya

visto á Lagartijo estoquear en aquella breve etapa de su vida torera, no le ha conocido matador de toros. Se colocaba á dos pasos de la cabeza, deteníase allá presentando la cadera izquierda al cuerno izquierdo del toro, y arrancaba derecho, dejándose caer en la cuna como una masa inerte, hasta el extremo de costarle á veces trabajo salir de entre las astas.

Hundía entonces el estoque hasta la bola, y si los toros no se quedaban con Rafael, era porque salían instantáneamente muertos de su mano. El arte no entraba entonces para nada en aquellas muertes que producían entusiasmo general. Lagartijo se entregaba á los toros impulsado por un valor á toda prueba, y la circunstancia misma de salir enganchado, tropicado y hasta derribado en los volapiés, indica que faltaba al matador la condición más esencial que la ejecución del volapié requiere: la salida con todos los pies.

En las estocadas arrancando, cuando los toros hacían por él poco ó mucho, antes de llegar al centro de la suerte, Lagartijo llevaba la ventaja de la ayuda, y hería lo mismo que en el volapié, alto y hondo; pero se colocaba tan corto á matar y entraba tan derecho y con tanta rapidez, que no dejaba á las reses el tiempo material de engreirse con el engaño, sino en el momento mismo en que se sentían mortalmente heridas.

Con la muleta, su trabajo no llegó jamás á la altura del estoque; no se adornaba como había de hacerlo luego con tanta brillantez como éxito, ni llegaba á la cara de los toros con el desahogo de la inteligencia, pero pasaba corto, y, como entonces tenía piernas, se defendía con ellas cumplidamente, echando mano además á esa serie de pases preparados de pecho y de telón, que no ofrecían peligro alguno y arrancaban al público grandes aplausos como ahora.

Eso hacía Rafael en cuanto se confiaba con los toros aplomados; así los quería, y en ese estado y nobles, se quedaba con ellos con notable valentía.

Pero entonces era, si cabe, más desigual que ahora: no tenía todavía el supremo tranquilo del paso atrás, y carecía de todo recurso, no bien se veía ante un toro resabiado ó excesivamente ligero. Entonces se notaba en él falta absoluta de confianza que le llevaba á los peores excesos; cuarteaba, huía, se escupía, hería disparando pinchazos y descubriéndose á cada instante. De ahí aquellas incalificables faenas que causaban en Carmona una indignación que hoy comprendemos á penas, y llega á resultar hasta cómica á veces.

Pero á despecho de tales lunares, los aficionados perdonaban de buen grado las deficiencias de Rafael, y mostraban cada vez más simpatías hacia su persona, llegando á juzgar con relativa benevolencia faenas que no aguantaba de Cayetano Sanz, y aplaudiendo con delirio al matador cordobés, por poco que la suerte le fuera propicia.

Toda la defensa de Salvador tenía que consistir entonces en la suerte de matar, ya que en la bréga y quites se mostraba siempre á la altura de su adversario. No tardó mucho Frascuelo en dar pruebas relevantes de su superioridad como matador de toros, y ya en la corrida última de temporada, verificada como se sabe, en 22 de Octubre de 1871, consumó la suerte de recibir, alcanzando una ovación indescriptible.

Los terrenos estaban deslindados, y marcadas las diferencias que habían de separar para siempre á los dos competidores. La preferencia marcadísima que por el volapié mostraba Lagartijo, le llevaba á estancarse en la muerte de las reses aplomadas y nobles, mientras la posesión de la suerte de recibir, la más arriesgada y difícil de cuantas se conocen, tenía necesariamente que hacer de Frascuelo

un matador de toros mucho más general que su adversario.

Notemos al llegar á este punto la influencia decisiva que los temperamentos de Rafael y de Salvador ejercían sobre sus aptitudes como matadores de toros.

Apático y aplomado el uno, quería colocar á las reses en las mismas condiciones del temperamento suyo; nervioso y ligero el otro, gustaba de dejar á los toros sus medios naturales de defensa, para establecer con ellos una lucha franca, de poder á poder.

Rafael no salía de su paso; los triunfos y las derrotas le encontraban siempre en su terreno natural, y si los entusiastas aplausos del público taladraban la corteza de su apatía, no manifestaba jamás el menor engreimiento exterior.

Cuando el santo venía de espaldas y silbaban los indignados, Lagartijo se encerraba en un mutismo absoluto; y adivinábase en aquel abatimiento sombrío, algo que revelaba dolor y vergüenza tales, que no había sino desear la menor ocasión de devolver al desgraciado su pérdida tranquilidad.

Esto, que parecerá á algunos fantasía de retórico, es, sin embargo, la verdad pura y neta. La fisonomía de Lagartijo tenía entonces como ahora un no sé qué de devoto, un aire tan vergonzoso y tristón en las horas de desdicha, que le atraía las simpatías del público, en virtud de un poder irresistible.

Si la bilis se sobreponía á la linfa y trasformaba al matador, ese estímulo de la competencia se juzgaba natural y lógico, y aumentaba el mérito de los trabajos; pero cuando los toros difíciles traían á mal traer á Lagartijo, no se descubría en él más que la impotencia con todos sus lunares, y había en las fatigosísimas faenas de Rafael una nota simpática: la de su carácter.

Parecía que aquel hombre se entregaba al público, en todo el esplendor de su insuficiencia, como reclamando piedad de esta manifestación tan franca. Hubiérase dicho que, resignado ante el pesar que le agobiaba, se dirigía al público diciéndole:

—No se más, no puedo más, no hay recursos contra lo imposible!

Y aquel desmadejado clamor que se leía en el abatido semblante de Rafael, hacía su efecto. El público le contemplaba con creciente cariño, y se entregaba á él poco á poco, atribuyendo á la modestia y á la bondad, lo que no era sino resultado natural del temperamento de Lagartijo.

Las simpatías hacia su persona crecían, pues, de un modo extraordinario, y el hombre iba cubriendo insensiblemente las faltas del matador de toros.

Frascuero, en tanto, era el reverso de la medalla.

Con sed inextinguible de aprenderlo todo, y arrastrado por el vigor de una naturaleza inquieta y bullidora, su valor se sobreponía á los obstáculos de la profesión, y rebasaba los límites de la conveniencia.

Como si quisiera ganar el tiempo perdido, alcanzando en pocos días lo que había de ser labor de muchos años, multiplicaba su actividad con ardor inacabable, y dejaba ver en todo un exceso de celo, que mal comprendido y peor interpretado, le enajenaba las simpatías de gran parte de público.

El trabajo de Salvador, se resentía entonces más que nunca, del desconcierto inevitable de su carácter; la sangre torera que hinchaba sus venas, y la loca afición que le dominaba, cegaban su ánimo y lo arrastraban á todos los excesos, viéndosele impotente para contener aquel hervor continuo que se escapaba de su cuerpo, con el estridente chirrido que produce el vapor al salir por los purgadores de una locomotora.

Cuando su incomparable valentía le colocaba delante un toro manejable y le hacía apoderarse del animal, mataba Frascuelo de un modo tan magistral, que lo mismo al volapié, que arrancando, que aguantando y á un tiempo, jamás se desmentían su bravura y su nobleza. Colocábase corto, se tiraba derecho con intrépido coraje, y hacía ya de la suerte de estoquear un espectáculo nuevo, en el cual, se veía marcada la suerte con claridad y limpieza extraordinarias. Agréguese á esto que practicaba con frecuencia la suerte de recibir, y la ejecutaba lucidamente más de una vez, y se comprenderá la superioridad que esto le daba sobre Lagartijo y la devoción que despertaba Frascuelo en los aficionados inteligentes.

Los aplausos le engreían sobremanera, estimulándole siempre al «más allá» y así como su temperamento se mostraba hinchado de satisfacción en los momentos de fortuna, de igual modo se descubría en el esplendor de todos sus flacos, cuando llegaban las horas adversas.

En aquellos instantes dolorosos, Salvador se retrataba de cuerpo entero. Bastaba que pinchára dos veces de mala manera y que se le descompusiera un toro, para que Frascuelo aumentara con la propia descomposición la de la res que tenía delante.

Las nubes del amor propio le tapaban la vista, perdía toda compostura, los nervios y la sangre se apoderaban del torero, privándole en absoluto de serenidad, y se le veía luchar en vano contra dos enemigos formidables: su carácter, y el toro, mucho peor el primero que el segundo.

Abusaba entonces de la muleta, entraba á matar completamente descompuesto, se alteraba su semblante, manifestando ira y desesperación, y el desdichado matador de toros, sufría todas las consecuencias de un temperamento desquiciado, en el cual sus enemigos hacían hincapié para atacarlo despiadadamente.

El contraste que esta falta total de conveniencia ofrecía con la resignación aparente de Lagartijo, aumentaba los defectos de Salvador, y hacía más atractiva y simpática la tranquilidad y la modestia de su adversario.

No había lucha posible; Rafael con su carácter frío, con su estoicismo resignado, no tenía nada que hacer para ver aumentarse de día en día los partidarios del hombre; la indolencia que había recibido por herencia natural, era el arma más poderosa que poseía inconscientemente Lagartijo para atraer la devoción general.

Salvador, en cambio, con los arrebatos de su carácter que se manifestaban más descompuestos á medida que crecía la benevolencia hacia su competidor, ofrecía cada vez mayor y más seguro blanco á las censuras de sus enemigos.

Y de esta suerte, envuelto el uno en el manto de su apatía innata, y arrastrado el otro por el irresistible vigor de su sangre y de sus nervios, obedeciendo los dos á leyes de naturaleza cuyos efectos sufrían por virtud de inevitable impulso, iban trazando dos líneas divergentes que habrían de separarlos para siempre en la devoción de los aficionados y llevarlos á un terreno donde la pasión se entronizaría con todos sus lamentables extravíos.

Tratándose de un espectáculo que aguja la sensibilidad y perturba la razón por su esencial naturaleza, bien pronto se destacaron claramente las razones en que habían de fundar los partidarios de Rafael todas sus simpatías.

La medida de Lagartijo, su tranquilidad y su dejadez, se tradujeron como bondad y modestia, mientras el desenfundado afán de Frascuelo y las violencias de su carácter, engendraron una horrible palabra: la envidia.

Rafael era el hombre humilde, discreto y resignado.

Salvador era el hombre soberbio á quien dominaba el despecho y cegaba la ira, era el hombre envidioso.

Lagartijo seguía el camino que le trazaban los azares del oficio, sin ensoberbecerse por los triunfos propios, ni sentir celos por los que alcanzaba su competidor.

Frascuelo aceptaba los triunfos suyos como derrotas del prójimo y solo obraba empujado por la rabia y el despecho.

En el uno, la mansedumbre dominaba; en el otro, dominaba la vanidad.

No faltaba más que una cosa; faltaba que circunstancias imprevistas ahondaran, fuera de la plaza, las divisiones que existían en ella y presentaran á Lagartijo y á Frascuelo separados por la atmósfera social (!)

Y llegó también eso. Un almuerzo con que Salvador obsequió en 1875 á los señores duque de Sexto, Ayala, Romero Robledo y Elduayen, vino á coronar la obra de perdición del desdichado torero.

Aquello fué el colmo. ¡Un matador de toros almorza con duques y con ministros! ¡Un torero saliéndose de su esfera, hasta el punto de alternar con la aristocracia, el arte y la administración! ¡Frascuelo rodeado de títulos, poetas y estadistas!

Ya puede suponerse lo que ocurrió en aquellos tiempos no muy lejanos, en que todavía había clases, por lo visto. Hoy se mira eso como un diploma de glorificación, ó poco menos; entonces las cosas se juzgaban de un modo completamente distinto.

¡Que se lo pregunten á Salvador!

Llovieron sobre él las sátiras de todo género, se le erigió una leyenda de torero fino y amadamado (!!!) que se desdeñaba de rozarse con la gente de coleta, y no podía vivir sino entre la seda y el *patchouli*!

Y ayudando él á la leyenda, con haberse hecho antes del almuerzo miliciano de á caballo y vestir uniforme vistoso y montar arrogantes tordos y alazanes, no necesitó

más para que sus enemigos crecieran en número y en encono y lo colocaran en situación que había de llegar á hacerse insostenible.

Para que se vea que no exagero, bastará saber que en aquella época Frascuelo tuvo que aguantar una tremenda silba en Barcelona. ¿En la plaza de toros? — preguntará el lector. No; en el teatro !!!

Y el revistero de *El Imparcial*, ocupándose de una gran faena de Salvador, en 1878, ¡cuatro años después de verificado el almuerzo! le dedicaba la siguiente redondilla:

"Dió pases con gran salero
y de veras le aplaudí
.
me gusta usted más así
que almorzando con Romero." (1)

La concomitancia que hay entre almorzar en Fornos con el Sr. Romero Robledo y trastear bien un toro en la plaza, salta á la vista. He transcrito la redondilla de *El Imparcial* para que se vean los resultados que tuvo para Salvador el célebre almuerzo y las armas de que sus enemigos se valían para atacarle

Después del almuerzo y de los escarceos aristocráticos de Frascuelo, vino la cláusula de su escritura con Casiano, por la cual las corridas tenían que constar de siete toros, siempre que Salvador figurase como tercer espada.

Por más que el público ganaba con esta alteración, no cabía duda de que estaba motivada por el amor propio de un espada, que conceptuaba menoscabada su reputación, al estoquear el último toro de la corrida.

Esta circunstancia venció á la ventaja que ofrecía á los

(1) Corridas de toros.—Revistas de las verificadas en la Plaza de Madrid durante el año de 1878, publicadas en *El Imparcial* por D. Exito.—Madrid, 1878.—Pág: 191.

aficionados aquella perturbación insólita, y presentó nuevo flanco á los ataques y á las antipatías que fatalmente iban envolviendo á Salvador.

No daba el matador de toros un paso adelante, sin que el hombre viniera á desvirtuar los progresos del torero. Parecía que garbeaba de ello, parecía que tenía á gala entorpecer su carrera, no cuidándose para nada de la opinión del público.

Rafael, en tanto, seguía impávido su marcha, adivinando quizá instintivamente las inmensas ventajas que la conducta de su compañero le traía.

No tenía que esforzarse, no tenía para qué salir de su paso; todo, absolutamente todo, se lo daba hecho Salvador.

A las exhibiciones constantes de éste, respondía él con un retraimiento natural; si el otro se salía de su esfera, él se metía cada vez más en la suya, oponiendo á los estallidos del amor propio ageno, su propia apatía y recabando de las circunstancias el arma más terrible que podía esgrimir contra su adversario.

Y así caminaban los dos y así trabajaban, instrumentos inconscientes de sus temperamentos antagónicos, erigiéndose el uno un altar en el amor del público por dotes naturales que hacían juzgar al hombre como un sér adorable lleno de recogimiento y de modestia, y creándose el otro antipatías por condiciones ingénitas que le mostraban al desnudo, henchido de ambición, de vanidad y de soberbia.

Toda la historia de Lagartijo y de Frascuelo está ahí; todas sus competencias, todas las divisiones que han establecido en la opinión, toda la pasión, la saña toda con que sus partidarios les han juzgado y juzgan todavía, arranca de dos temperamentos incompatibles, que han creado dos toros incompatibles también, y dado margen á la incom-

patibilidad absoluta de pareceres que campea en lagartijistas y frascuelistas.

Pero lo grande, lo verdaderamente extraordinario, es que esos dos toreros, condenados por leyes ineludibles á estar en perpétua lucha, se han conducido en la plaza como hermanos.

Pocas, muy pocas veces, les han llevado los encarnizados embates del amor propio á negarse la palabra. Dos veces no más, según mis noticias, y esto muy al principio de la competencia, han estado los dos sin cruzarse un saludo; pero aún entonces, todo rencor personal desaparecía, en cuanto se encontraban delante de los toros.

Se ayudaban mutuamente, como amigos de corazón, compartían las penalidades de la lidia en medio de una armonía admirable, y jamás la menor rencilla, jamás el más mínimo exceso vino á enturbiar la grandeza de aquellos corazones que han estado siempre unidos en los azares de la profesión.

En vano era que el público de Madrid azuzara con sus insensateces á los dos, inútil que tratára de hostigar al hombre para vilipendiar al torero; Rafael y Salvador han dado una soberana lección al público madrileño, siendo siempre toreros en la plaza, y enseñándole una senda que no estaba á la altura ni de su inteligencia ni de su discreción. Si el público hubiera sido capaz de apreciar la nobleza de la conducta de los rivales, otra hubiera sido la suerte de ambos y no hubiera habido que lamentar las crueles escisiones que se manifestaron pronto, y cuyas consecuencias estamos sufriendo á la hora presente.

Vamos ahora á entrar en el período de transformación de Rafael Molina, período importantísimo y que hay que estudiar á fondo, porque es la clave de toda su vida de matador y de la influencia decisiva que el torero ejerce, hoy más que nunca, sobre el público madrileño.

VII.

Las tres épocas de la vida de Lagartijo.—El paso atrás.—Como estaba entonces el público.—Los recursos del torero.—Como los desarrolló Rafael.—Situación de las cosas antes del regreso de Frascuelo.—La prensa lagartijista.—*Sentimientos, Sobaquillo y Un alguacil*.—Vuelta de Salvador y consecuencias.—Aspecto que tomó la plaza.—La apoteosis de Aranjuez.—Los revisteros frascuelistas.—*La Lidia* subvencionada por Salvador.—Un cura.—Estudio de Lagartijo.—Su figura. El torero, el banderillero y el matador.—En el *boulevard* de San Sebastián.—El paso atrás explicado por Lagartijo.—Juicio crítico y resumen.

La vida torera de Lagartijo abraza tres épocas perfectamente caracterizadas: la primera abarca el período comprendido desde la toma de la alternativa hasta 1876; la segunda desde 1876 hasta 1881, año en que la retirada accidental de Salvador le dejó solo en la Plaza de Madrid, y la tercera desde 1881 hasta la fecha.

La primera de esas épocas, es, sin duda alguna, la más brillante del matador de toros, aquella en que la juventud ayudaba á las facultades y en que la lucha ardiente con Frascuelo, prestaba á Lagartijo la emulación que reclamaba su naturaleza indolente, para mostrarse superior á sí misma.

Varias cogidas, algunas enfermedades y las borrascosas contingencias á que se presta con tanta facilidad la vida de un torero popular y aplaudidísimo, quebrantaron, sin duda, su poder físico, y marcaron rápidamente los flacos del matador de toros y su próxima decadencia.

Se hallaba entonces Rafael en situación algo difícil, porque, á despecho del cariño idólatra con que le distinguía

marcadamente el público de Madrid, veía que su rival, lejos de perder facultades, las adquiría mayores de día en día, mostrando una voluntad de hierro, que en vez de menguar, se crecía á los golpes.

Salvador, en efecto, lejos de despegarse de los toros cuando éstos le castigaban, se arrimaba más después de cada cogida, é iba adquiriendo con la práctica mayores y más sólidos conocimientos en el arte de estoquear.

El torero quedaba entero en Lagartijo, pero el matador daba evidentes señales de aproximarse á una muerte segura y deslucida. Era, pues, preciso algo extraordinario que colocase á Rafael en condiciones de seguir la lucha, so pena de ceder el campo prematuramente á su competidor, después de los brillantísimos triunfos de 1874 y 1875.

Aquí surgió la célebre invención de Rafael, de aquí salió el famoso tranquilo que había de disfrazar las deficiencias del matador y oponer un ardid poderoso al valor nunca desmentido de su adversario.

Lagartijo había ensayado tímidamente el paso atrás en 1874, y pudo observar que apenas pararon mientes en ello algunos aficionados. No lo daba siempre, pero en cuanto los toros llegaban con facultades á la muerte, lo empleaba constantemente en 1875. En el siguiente de 1876, cuando la fortuna le volvió las espaldas por completo, el paso atrás se ostentó en todo su auge, y desde entonces ha formado parte integrante del matador.

En cuanto Rafael se ausentaba de la Plaza de Madrid, notábase en ella tal vacío, que el deseo de su vuelta se hacía unánime; bastaba un eclipse del célebre diestro para que el público lo llamase á grito herido con anhelosa solicitud, á la que no había medio de resistirse.

Y volvía Lagartijo á la corte, y su presencia era un acontecimiento; el cariño redoblaba, la benevolencia crecía, y, ¿qué había de hacer Rafael? Lo que cualquiera hubiese

hecho en su lugar : dejarse querer, dejarse mimar, dictar leyes á las empresas é imponerse al público como un dictador.

El paso atrás era ya su salvaguardia; esa enmienda le permitía cuartear con comodidad. Llamó entonces Rafael en su auxilio al banderillero incomparable, al maestro en el arte de parear, y convirtiendo la espada en banderilla, se posesionó completamente de un tranquillo que le permitió estoquear lucidísimamente en la mayoría de las ocasiones, sin arrancar corto ni derecho.

Ya estaba resuelto el problema, puesto que la mayoría del público no solo aceptaba aquella ventaja que se propinaba el matador, sino que, convirtiéndolo todo en sustancia, la calificaba como una nueva prueba de inteligencia y de maestría.

Con el paso atrás, la situación estaba salvada. El toreo, como he dicho antes, subsistía en toda su hermosa plenitud; el banderillero no podía temer rival alguno.

Quedaban las deficiencias del matador en torno del cual había sonado ya la palabra decadencia, pero estancado Rafael desde un principio en el volapié y trasformado ahora el volapié en paso de banderillas, mixtificada la suerte inmortal de Costillares, ya no había ningún temor.

La mayoría del público estaba con Lagartijo; muchos partidarios reunía también Salvador, pero mientras éste tenía que ganarse las palmas á pulso y sufrir los rigores del bando opuesto, por poco que se deslizára, aquél no tenía sino dejarse llevar para cantar victoria.

Una buena faena, una tan sola, bastaba para producir delirantes ovaciones, y una protesta, una tan sola, formulada por cualquier aficionado en momentos adversos para Rafael, era suficiente para que estalláran los aplausos y convirtieran una silba inminente en calurosísima manifestación de simpatías.

La valentía de Frascuelo y su entusiasmo creciente, le proporcionaban ruidosos triunfos; nadie igualaba á su capote providencial, que, en las ocasiones más difíciles, salvaba del peligro á todos los lidiadores; nadie se colocaba tan corto como él ni arrancaba tan derecho á la hora de matar, y nadie manejaba la muleta con más aplomo, cuando había que defenderse con ella en circunstancias difíciles.

La parte sana del público estaba al lado de Salvador, y admiraba con sinceridad y pena aquella sangre y aquella afición tan mal interpretadas, pero la mayoría de los espectadores discutía con singular encono los méritos indudables del matador, pretendiendo menoscabarlos con sutilezas que solo podían dictar el apasionamiento ó la ignorancia.

Para desvirtuar la suerte de recibir que solo practicaba Frascuelo, se inventó entonces el neologismo *aguantar*, empleándolo desatinadamente cuantas veces daba Salvador una buena estocada recibiendo.

Como la inmensa superioridad del matador se hacía patente, ocupando un terreno que estaba vedado en absoluto á Rafael, al matador dirigían los lagartijistas sus censuras, contra el matador se enconaban los ánimos, el matador era el blanco de todas las iras.

Se medía su trabajo con ridícula escrupulosidad que causaba indignación, cuando no producía risa; se le ponían los puntos sobre las íes, se tasaba el valor de las faenas con nimiedad de calculista; y mientras Lagartijo daba el paso atrás, como la cosa más natural del mundo, los pasos adelante de Frascuelo causaban rabia á sus enemigos, y levantaban las polvaredas más ridículas de que hay ejemplo en la historia de la tauromáquia.

¿Se cree que exagero? No hay tal; ahí está el *Boletín de loterías y de toros*, que no me dejará mentir.

En la corrida del 16 de Junio de 1878, Frascuelo mató su primer toro de una estocada contraria recibiendo «enfi-

lándose en toda regla, aunque pese á algunos pipis,» según decía el periódico de Carmona, que añadía lo siguiente :

«Salvador oyó aplausos y pitos; á éstos no debe dar oídos y seguir el camino de llegar á consumir cuantas veces intente, cual ha consumado hoy la suerte suprema del toreo. Los verdaderos aficionados habrán aplaudido. Los *silbantes*, no.»

De modo que en la Plaza de toros de Madrid, y en el año de gracia de 1878, había *inteligentes* que silbaban una estocada recibiendo, *en el lado contrario!*

He aquí ahora el reverso de la medalla. En la corrida verificada el 15 de Setiembre de aquel mismo año, Rafael pinchó al cuarto toro siete veces, é intentó dos el descabello. El *Boletín de loterías y de toros*, juzgaba la faena del matador, en los siguientes versos :

“Si en vez de ser *Lagartijo*
hubieras sido otro diestro,
valiente silba, hijo mio,
te hubiese largado el pueblo..”

¿Había competencia posible en esas condiciones? Ya se sabe lo que ocurrió; Salvador no pudo resistir más tiempo aquellos continuos ataques; comprendió que exponía inútilmente su vida y su reputación, y abandonó la plaza, dejando el campo libre á su adversario.

Cuando volvió en 1885, después de su memorable aparición en la corrida célebre de beneficencia, las cosas cambiaron por completo.

Aquí entramos de lleno en la tercera época de la vida de Rafael, época interesantísima que conviene estudiar con algún detenimiento.

Cuatro años estuvo Lagartijo en la Plaza de Madrid, durante los cuales reinó en absoluto. Su rival no le hacía ya sombra, se hallaba rodeado de matadores que no podían estimular su celo ni sacudir su apatía; podía, por lo tanto,

entregarse al *dolce far niente* y gozar las delicias de un trono que el público le había adjudicado por mayoría y en entusiasta votación.

La creencia general es que Lagartijo, dejándose mecer dulcemente por su indolencia, se echó entonces á perder por completo, y prosiguió una carrera decadente, fiado tan solo en el amor inextinguible del público de Madrid.

Los que tal piensan están en un error crasísimo. El matador tenía que decaer forzosamente, porque su naturaleza poco robusta había de hacerle perder facultades y ponerlo en situación cada vez más embarazosa para el último tercio.

La prueba es que desde 1876 en que se entronizó el paso atrás, hasta el día de hoy, ha podido verse, sin que la cosa ofrezca dudas, que el rápido descenso de las fuerzas de Rafael, le traía naturalmente á despegarse cada vez más de los toros, á la hora de matar.

Pero el torero, en cambio, se hallaba siempre en sazón y al torero acudió Lagartijo para recabar de él nuevos y formidables medios de defensa.

Vió que, tarde ó temprano, Frascuelo tendría que volver á la Plaza de Madrid, tanto más cuanto que la opinión le llamaba con anhelo después de la corrida de beneficencia celebrada en 1882, y debió comprender, con su suprema inteligencia de torero, que Salvador volvería más aplomado cada vez, y, por ende, más matador de toros.

Había, pues, necesidad de tocar un nuevo resorte, de desarrollar una manera de torear original y atractiva.

Las simpatías hacía el hombre tenían que llegar necesariamente á un límite, y era posible que la vuelta de Frascuelo presentara á éste con tales condiciones que le hicieran por fin conquistar un terreno á fuerza de tantas penalidades y valentía ambicionado.

No era posible que se ocultasen á la perspicacia de La-

gartijo esas circunstancias; él, tan conocedor del público, él, que lo había, como se dice vulgarmente, metido en un zapato, comprendió indudablemente que Frascuelo reunía en torno suyo un número de aficionados, que si por la cantidad no le inquietaban gran cosa, le tenían que imponer respeto por la calidad.

Quiso, pues, Rafael, que la vuelta de su rival no lo cogiera desprevenido. y ya que no era posible al matador entablar lucha alguna, sacó del torero recursos más que suficientes para conllevar dignamente la situación.

Entonces desarrolló en la brega esos recortes, esos cuarteos y esas largas que son hoy base y fundamento de todos sus triunfos.

La falta de piernas, en vez de perjudicarle, le favoreció en sumo grado; llamó en su auxilio a toda aquella escuela de adorno que había aprendido del Gordito, y la impuso al público con los irresistibles atractivos de una elegancia ideal.

La fortuna que ha acompañado siempre á Rafael, haciéndolo su niño mimado, quiso también en esta ocasión darle una nueva muestra de cariñosa solicitud, y dióselo, en efecto, por virtud de inesperada circunstancia.

Mientras Casiano tuvo la Plaza de Madrid, el público se mostró rebelde al espectáculo nacional, no bastando el buen ganado, ni los mismos Lagartijo y Frascuelo, para despertar la afición, que parecía dormida.

Pero no bien se hubo encargado del circo taurino la nueva empresa en 1880, cuando comenzó á crecer el abono de un modo inusitado.

Desde el año siguiente, en que se marchó Salvador de Madrid, inicióse la moda, y acabó por hacerse dueña inmediatamente de la diversión.

Una nueva generación de imberbes mozalbetes asaltó la plaza, con el bullicio ensordecedor de colegiales en va-

caciones; las corridas constituyeron ya una *juerga* dominiguera, hubo *toilettes* adecuadas al espectáculo, ancho pavero, americana corta y gemelos de teatro colgados del hombro con una correa.

Nos hicimos todos extranjeros, nos *engomoseamos* todos, los escándalos fueron de guante blanco, y si cayó al ruedo alguna botella, sería más bien de Champagne que de peleón.

Se quería ante todo la animación, el ruido, la alegría. ¿Se iba acaso á los toros, como se va á una iglesia? Venga bulla, venga estrépito, y viva la *juerga*!

En este terreno sembró Rafael los primores de su toreo, mientras duró la ausencia de Salvador.

Quien no lo haya visto, no ha tenido ojos, y desconoce en absoluto la perspicacia y la maestría de Lagartijo, al darse cuenta de la situación y sacar de ella el partido necesario.

La elegancia sin par de su toreo tenía que hacer caer de hinojos ante ella á la nueva generación y abroquelar á Rafael en una nueva defensa, cuyos atractivos destruían *á priori* todos los méritos de la escuela contraria.

Había, pues, allí, un nuevo y considerable plantel de antifrascuelistas, dispuestos á proclamar á Lagartijo maestro único é indiscutible, y á equilibrar, por lo tanto, las desventajas que pudiera traer á éste el retorno de Salvador.

Hay muchos que no aciertan á comprender la idolatría constante y nunca desmentida del público de Madrid por Rafael Molina. Con un poco de estudio y otro poco de espíritu de observación, se explica todo.

Lagartijo no ha tenido nunca que ir al encuentro de la fortuna, sino esperarla sentado, para que la fortuna fuera á buscarle y le tendiera sus amorosos brazos; pero una vez oída su voz, Rafael ha puesto todo de su parte para no

ser ingrato con ella, estableciendo una reciprocidad que, en mi concepto, no han sabido ó no han podido ver los que se detienen en la superficie de las cosas.

Su inacción, durante los cuatro años que Salvador le dejó solo en la Plaza de Madrid, fué más aparente que real. Sabía que una muerte bien ejecutada le compensaba los defectos de diez malas faenas, y, por este lado, como he dicho antes, nada tenía que adelantar; pero en cambio se entregó al toreo en la brega, con un afán de que hasta entonces no había dado muestras; y la revelación de aquella verdadera novedad en que el arte de Lagartijo no podía tener rival alguno, enardeció á sus antiguos partidarios y fascinó á los nuevos.

El número de los admiradores de Rafael, creció, pues, considerablemente, y el torero elegantísimo y sosegado conquistó universales simpatías. No solo se apoderó entonces del público, sino que arrastró tras sí á los periódicos políticos más populares y leídos, exceptuando únicamente á la *Correspondencia de España*, en cuyas columnas tuvo el toreo verdad un campeón inteligente y decidido en la persona de D. Federico Mínguez, que firmaba sus revistas *El tio Copa*.

Los demás diarios, es decir, *El Imparcial*, *El Liberal* y *El Globo*, se declararon acérrimos partidarios de Lagartijo, y desarrollaron en la literatura taurina el mismo toreo que Rafael en la plaza.

Eduardo de Palacio, Mariano de Cavia y Joaquín Mazas, famosos por sus seudónimos de *Sentimientos*, *Sobaquillo* y *Un alguacil*, trasladaron á las columnas de los tres citados periódicos toda la gracia picaresca, toda la intención y todo el chispeante estilo que los han hecho populares.

Impusieron al público que va á los toros á divertirse, la literatura de adorno; cuartearon ellos también, recorta-

ron y dieron largas con la misma elegancia, con la misma irresistible exterioridad que ostentaban las suertes favoritas de Lagartijo; convirtieron la revista de toros en sección amena destinada á distraer á los aficionados con los alegrísimos sonos de la sátira, y sucedió fuera de la plaza lo que en la plaza sucedía.

En vano fué que Ernesto Jiménez, en *El Enano*, y Sánchez Pastor, en *El Toreo*, defendieran valientemente los fueros del arte verdad; los periódicos políticos lo arrollaban todo por su circulación y por el tono tan atractivo de sus artículos.

Lagartijo en la plaza, y *Sentimientos*, *Sobaquillo* y *Un alguacil*, en la prensa, lo tenían todo dominado, todo acaparado; el adorno era rey, Rafael su más acabado representante, y sus apologistas los encargados de esparcir por los ámbitos de España las sacrosantas leyes del nuevo Evangelio.

Quien no está conmigo, está contra mí, decían los tres admirables anabaptistas de Rafael de Leyde; y con la espada de Mahoma que llevaban ellos en las puntas de oro de sus plumas envidiables, cortaban la cabeza tranquilamente al que no comulgaba en la iglesia lagartijista.

De modo que nuestro héroe, lejos de perder en el tiempo de su soledad, conservó sus partidarios antiguos, vió aumentar el número de los nuevos, con la irrupción de flamantes aficionados en 1881, y como si esto no bastara á arroparlo contra las inclemencias del tiempo, se encontró con tres literatos distinguidísimos, lagartijistas acérrimos los tres, y que escribían en periódicos que, todos los españoles, puede decirse, leían y leen. Pedir más, hubiera sido gollería!

¿Se comprende ahora la inespugnable posición en que las circunstancias habían colocado á Lagartijo?

En ese estado estaba la afición en Madrid, cuando Fras-

cuelo volvió á la plaza el año 1885. Venía el célebre diestro completamente trasformado, casi desconocido. ¡Ya era hora!

Durante aquellos cuatro años de ausencia que habían trascurrido fuera de la candente arena de la corte, el carácter de Salvador se había modificado mucho.

Cuatro años de tranquilidad, toreando fuera de Madrid sesenta corridas próximamente al año, en medio del aplauso general, y sin temor de apasionamientos sistemáticos, obraron, por fin, sobre aquella naturaleza tan trabajada por la injusticia, y restablecieron en aquel temperamento desquiciado el deseado equilibrio.

Aprendió á disimular los defectos que antaño ofrecían blanco seguro á sus enemigos, se acorazó cuanto pudo contra las manifestaciones exteriores de su turbulento carácter, y se presentó ante el público madrileño, con una tranquilidad, con un sosiego, que llamó la atención general, henchíó de gozo á todos sus admiradores, y desconcertó á sus detractores más empedernidos.

Sério siempre ante los toros, sin forzar nunca una suerte, atento al cumplimiento de su obligación, y sin meterse jamás á emular á sus compañeros, notábase en Frascuelo el firmísimo propósito de hacer lo suyo con todo el esmero posible, sin preocuparse de la opinión del público, y como si se hubiera decidido á torear para darse gusto á sí propio y á sus devotos, fuera completamente de toda idea de lucha y de emulación.

Lo que hizo Salvador en aquella célebre temporada de 1885, en la Plaza de Toros de Madrid; como pasó de muleta y estoqueó sus toros, los asombrosos quites aguantando que realizó en más de una corrida; todo aquel trabajo, en fin, que causó la admiración de los aficionados, ha pasado á la historia, y escrito queda como una de las páginas más brillantes de la tauromaquia de todos los tiempos.

Solo Dios sabe á costa de cuantos esfuerzos realizó aquel hombre el milagro de dominar las explosiones de su carácter! Hay quien extraña la prematura blancura del pelo de Salvador. Lo maravilloso es que le quede uno solo en la cabeza!

Por fin, aquella máquina descarrilada, había vuelto á la vía y marchaba regularmente. La hora de la justicia había sonado, y Sánchez de Neira fué profeta al anunciar dos años antes, en un admirable artículo, el gran acontecimiento.

El trabajo de Neira fechado á 14 de Julio de 1883, se publicó en el número *Extraordinario Monumental (sic)* de *La Semanâ ilustrada*, de 30 de Setiembre de aquel año, á propósito de haber pedido dicho periódico á distinguidos aficionados su opinión sobre los méritos de Lagartijo y de Frascuelo.

Como es sabido, Salvador no toreaba en Madrid entonces, y habíase elevado un clamor general que reclamaba en la Plaza de la corte la presencia de Frascuelo.

De este clamor se hizo eco mi buen amigo Luis Carmena y Millán, abriendo la marcha en las columnas de *La Semanâ ilustrada*, con una carta breve y compendiosa, en la cual, después de declarar que no era lagartijista (!!!) ni frascuelista, echaba su bendición sobre Lagartijo y Frascuelo, los casaba *coram populo* y abogaba por la vuelta de Salvador.

Neira contestó á esta carta, con otra notabilísima, obra maestra de inteligencia y de sinceridad, y que es, en mi concepto, el mejor trabajo de crítica taurina que ha brotado de la pluma de quien es considerado con razón como uno de los aficionados mas entendidos de España, y une á su talento como escritor el alma más hermosa que imaginarse puede.

Las dimensiones del trabajo de Neira me impiden, bien

á mi pesar, transcribirlo íntegro en las páginas de esta obra, pero no resisto al deseo de copiar algunos párafos que sintetizan las opiniones del autor sobre el asunto que á su inteligencia se había sometido.

Neira desmenuzó en su escrito las cualidades y defectos de Rafael y de Salvador, con gran alteza y serenidad, sin preocuparse de flores retóricas y expresandose con la mesura y la autoridad del aficionado que ha pasado de los sesenta años, y lleva más de cuarenta viendo torear.

Opúsose valientemente al regreso de Frascuelo, y dirigiéndose al público, lo abofeteó con la lógica en los términos siguientes:

«Hace cinco ó seis años *Frascuelo* era frenéticamente aplaudido en Madrid. Esto es un hecho.

¿Vale hoy menos que entonces? Más claro, ¿ha perdido en valor, en inteligencia, en deseos de agradar?

En la afirmativa, no debe venir: en caso contrario, ¿para qué motivasteis su alejamiento?

¿Hace seis años valía menos que hoy *Lagartijo*? creemos que no; creemos que todavía entonces *quería*. ¿Vale hoy más? Triste y penosa es la contestación. Oyendo estoy á consecuentes partidarios suyos, que dicen. ¡Qué admirable estaba *entonces* Rafael!

Y aquí de la lógica: si el uno nada ha perdido y el otro sí en el ejercicio de su profesión, ¿por qué esa preferencia por lo que caduca? ¿Por qué se quiere hoy traer, llamado por la necesidad, al que se dice que vale menos? Pues si vale menos, ¿á qué le llaman ustedes?

Hubiérais sido siempre justos y no hubiérais privado á la parte más principal de Madrid—y al decir principal, quiero decir más numerosa—del regocijo y del entusiasmo que inspiran siempre las suertes del toreo, cuando se ejecutan *como estan escritas*, que es como las entendieron los verdaderos maestros del arte, ó al

menos cuando se intentan con fe, voluntad y vivísimos deseos de agradar.

Frascuero, á quien llama hoy con empeño la opinion pública, manifestada por los aficionados altos y bajos, y por la prensa de todos los matices, no debe torear en Madrid, mientras no haya en los espectadores más juicio, mejor criterio y sobre todo más imparcialidad. Cuando esto suceda, que sucederá inexcusablemente, porque la justicia se abre paso siempre, y las aguas han de volver á su cauce natural, vendrá como único recurso, ya que por desgracia para la tauromaquia, no aparecen espadas nuevos que sustituyan ventajosamente á los que hoy figuran en primera línea. Hasta entonces suframos los aficionados los consecuencias de la inconstancia de esas masas domingueras, que Lope de Vega llamó vulgo necio, y gocen todas las capitales de provincia del placer que les proporciona en más de sesenta corridas, el espada Salvador Sánchez, que no es el mejor de los espadas que yo he conocido—y pasan de treinta—pero es de los mejores y más aplicados.»

Esto escribía Neira en 1883, sin creer quizá que su profecía se realizara al cabo de dos años, y que Salvador volvería á la Plaza de Madrid, en la plenitud de todas las facultades del torero, y ostentando ya la tranquilidad que tanto había de realzarlas.

Lo que pasó en la temporada de 1885, ya se sabe; en derrota completa Rafael, como matador de toros, se negó á torear en Madrid en 1886, y la empresa escrituró á Frascuelo Cara-ancha y Mazzantini para dicha temporada.

Los lagartijistas que habían visto evidente y palpable la inmensa superioridad de Salvador en el último tercio y á quienes había desconcertado enteramente el inesperado cambio de su carácter, vieron marcharse á Lagartijo más con júbilo que con pena.

Quedaban, en verdad, en cómoda sinó halagüena situa-

ción. Conviene advertir que, con la presencia de los dos en la plaza, las asperezas se habían suavizado ahora considerablemente. El aplomo de Salvador se había impuesto á todos, y como el aplomo aquel no quitaba facultades al torero, sino que regularizaba sus condiciones, presentándolas en todo su auge, los enemigos habían hecho de necesidad virtud y envolvían á los dos campeones en un común respeto.

Pero la verdadera fuga de Lagartijo, cambió de aspecto las cosas. Mientras los dos toreaban unidos, tenían razón de ser las consideraciones al uno y al otro; esta reciprocidad de opuestos bandos desapareció, sin embargo, con el alejamiento de Rafael.

Ya no hubo, es cierto, aquellas apasionadísimas manifestaciones en contra de Frascuelo, porque éste se había hecho invulnerable como hombre, y el torero y el matador de toros, estaban muy por encima de las censuras de la ignorancia: pero ofrecía siempre un blanco á las iras y al despecho de los idólatras de Rafael: su manera de torear.

El toreo de Salvador, desprovisto de elegancia, el arte suyo, reñido con todo aliciente plástico, no podía satisfacer á la numerosa parte de público que Lagartijo había plegado á los deliciosos arabescos de su brega y fascinado con la gentileza pausada de su modo de lidiar.

Faltaba el adorno, faltaban la flexibilidad, el movimiento y la vida que el toreo de Rafael imprimían al primer tercio. No bastaba que Frascuelo matase y torease con un arte en que la inteligencia y el arrojo, se daban la mano; se echaban de menos las excepcionales dotes de Lagartijo como torero, aquellos juguetes suyos ejecutados con finura sin igual, aquellos recortes, aquellos cuarteos, aquellas largas, todo aquel brillantísimo aparato que exornaba la lidia con fulgurantes colores, haciendo que la personalidad de Lagartijo monopolizara el interés y el aplauso de las mayorías.

Inútil parece consignar el ahinco con que los lagartijistas atacaron el flaco de Salvador. Comenzaron por decir que, hallándose Rafael ausente, la plaza de Madrid se convertiría en una hecatombe espantosa, porque acostumbrados por el arte de su ídolo á no ver contra los toros más defensa que la astucia, conceptuaban fuera de la ley y expuesto seguramente á las cornadas, á todo aquel que, ateniéndose á las reglas escritas, como decía Neira, buscaba su salvación en la enseñanza de los tratados.

La decepción más cruel vino á probar á los antifrascuelistas que se equivocaban de medio á medio. Nunca quizá, desde que la Plaza nueva existe, se corrió en ella ganado de más libras ni mejor colocado que entónces, ni jamás se han prodigado como en 1886, toros pertenecientes á ganaderías temidas y temibles, ganaderías que, en los que pasan hoy por tiempos de oro de la tauromaquia, infundían más que respeto á Pepe Illo y Costillares!

Y no hubo que lamentar el menor percance. Lo mismo Frascuelo, que Cara-ancha y Mazzantini salieron ilesos de la cara de los toros, y pudieran apuntar en su vida de toreros una página digna de recordación por las cédulas de vecindad de las reses lidiadas.

Pero si por este lado, los lagartijistas se veían defraudados, no así por el del adorno. En él se refugiaron, al adorno convergieron todos los esfuerzos y en aquella piedra afilaron todas sus armas.

Frascuelo era, según ellos, matador muy valiente y muy arrojado, pero no era más que matador. Torero, jamás. ¿Qué torero era ese con el cual la plaza parecía un cementerio por lo triste? Los desdichados gemían en el desconsuelo, privados del aliciente del adorno. Habían oído sin interrupción durante cinco años, la alegre orquesta del toreo de Lagartijo, y les parecía que la de Salvador se componía de un cuarteto con sordina.

Aquel violento contraste los sacaba de quicio y hay que confesar que tenían razón, si se considera que el espectáculo nacional, impulsado por la moda y por el trabajo admirable de Rafael, al sacar tanto partido de las circunstancias, se había convertido, como he apuntado hace poco, en *juerga* dominguera.

Lo falso seduce porque excita los sentidos, igualando los niveles del artista y del espectador. Lo verdadero se dirige al raciocinio é implica estudio y aptitudes. El que hace falso, cae á los pies del *servum pecus*; el que hace verdadero eleva el nivel del público por que le hace comprender un mérito que está fuera del alcance común.

Si el semanario taurino *La Lidia* publicára en negro los dibujos de Perea y de Chaves, vendería cuatro mil ejemplares; adornado con el cromo, vende veinte mil.

Tal ha sido y es el público; será mucho más fácil seducirle que convencerle, y quien se dirija á sus sentidos, vencerá más fácilmente que el que se dirija á su inteligencia.

Lo que hay es, que lo de los sentidos se va y lo de la inteligencia queda. Hermosa ley de compensación que es el consuelo de los seres superiores, lo mismo en el toreo, que en todas las manifestaciones de la actividad humana!

Decía que los lagartijistas ocupaban posición inespugnable al clamar por la animación y la vida exterior que Rafael prestaba á las corridas de toros, y así es la verdad.

En la plaza, si no silbaban á Salvador, le escatimaban cuanto podían sus aplausos, con una injusticia y con un encono que provocará el día de mañana, cuando se juzguen las cosas severamente, la indignación general y será el proceso más cruel que pueda entablarse contra el lagartijismo madrileño.

Los lagartijistas que deseaban el año anterior la marcha de su ídolo, se fundaban en algo para alimentar tales

deseos. Queríaa coger solo á Salvador; querían colocarlo fuera de toda compensación inmediata; de este modo podían vengar la ausencia de Lagartijo, puesto que ella les ponía en condiciones de comodidad considerable para hacer pagar los vidrios rotos á Frascuelo.

Pero si no lo consiguieron cumplidamente por haberles impuesto cuando menos el silencio, la magistral tranquilidad de Salvador y su arte admirable, tuvieron, en cambio, ocasión propicia para hacer, en breve, con Rafael algo de que no hay ejemplo en los fastos de la tauromaquia: la apotheosis de Aranjuez.

Allí se verificó el día 28 de Junio de 1886, una corrida de toros en la cual estoqueó Lagartijo cuatro reses de Veragua en compañía de Guerrita que mató las dos últimas. Lo que allí ocurrió, está presente en la memoria de todos los aficionados; aquello no fué una corrida, sino una romería, una manifestación lagartijista, como no la ha tenido jamás torero alguno desde que el mundo existe.

De los partidarios de Rafael que residen en Madrid, ni uno solo faltó al acontecimiento; los trenes no dieron abasto á trasportar viajeros; la Plaza de Aranjuez se llenó de bote en bote, y la corrida constituyó la glorificación de Rafael Molina.

La maestría del diestro cordobés ayudada por las inmejorables condiciones del ganado, hizo prodigios en la brega, y la fortuna le fué propicia generalmente á la hora de matar.

Y hubo palmas, sombreros cigarros chaquetas, pañuelos, música y cohetes. Y para que nada faltara en la manifestación, el vino, el calor y las apreturas, hicieron su efecto, y hubo también estacazos, sablazos, puñetazos, y heridos y contusos!

Antes de la corrida, se verificó en la estancia del matador un espectáculo que *Sobaquillo* relató en *El Liberal*,

en los siguientes párrafos, dignos de pasar á la historia:

« S. M. el rey D. Rafael I recibía corte en su cámara.
¡Un verdadero besamanos regio!

» Los aficionados acudían á saludarle en interminable desfile. Presentábanse los grupos como se presentan los musulmanes en la Meca, los hebreos en Jerusalén y los católicos en Roma .. Los admiradores del maestro prorumpían en vivas á Córdoba al salir de la estancia. Un ingeniosísimo y popular literato hizo al vivo la ceremonia... Llegó ante Rafael, que estaba sentado en un sillón, hincó en tierra ambas rodillas, cogió la diestra del torero, é imprimió en ella un ardiente ósculo.

» Lagartijo, verdaderamente emocionado, colmaba de atenciones á todo el mundo. »

Esto escribían los revisteros lagartijistas! Para ellos era el mundo, para ellos el éxito, para ellos los placeres; caminaban, al par de su ídolo, de satisfacción en satisfacción, de triunfo en triunfo!

¿Cuál era, en cambio, la situación de los revisteros frascuelistas? Aquí pido la palabra para una cuestión personal. En otra obra cualquiera de distinto género, confieso que no me atrevería á hablar como voy á hacerlo; pero ¡qué diablo! la literatura taurina debe participar algo del descarado desorden del espectáculo que defiende y propaga.

Voy, pues, allá, no sin reclamar antes la benevolencia de los lectores.

Si no he sido *la bête noire*, la preocupación constante, la pesadilla de los idólatras de Lagartijo, éstos han puesto por su parte todos los medios para hacérmelo creer.

Mis antiguas campañas en *El Imparcial*, *El Globo* y *La Europa*, me habían ya concitado las iras lagartijistas; pero cuando me encargué en 1884 de la dirección de *La Lidia*, los partidarios de Rafael cayeron sobre mí con violencia y unanimidad dignas de mejor enemigo.

La Lidia me puso en condiciones de observar un curioso fenómeno. Cuando inauguré mi dirección, cometí el error garrafal de trasladar á las columnas de un semanario *facultativo* la literatura que yo había empleado en los periódicos políticos, años antes.

Una lluvia de anónimos que conservo en su mayor parte, me hizo comprender inmediatamente mi equivocación. Aquellos anónimos rebosaban indignación sincera, no contra el escritor, sino contra el estilo que yo oponía al tan florido y galano que mi antecesor *Alegrías* había impuesto á los lectores de *La Lidia* en los dos años de su ilustrada dirección.

La tia Jeroma hizo, pues, lo que hoy llamamos una *plancha* monumental, y esta plancha fué justificadísima. Ella me hizo ver el abismo que separaba á la revista de toros en un periódico político, de la crítica taurina en un semanario profesional.

Disponíame, por lo tanto, á cantar la palinodia con la alegría que me produce siempre, gracias á Dios, dar la razón al público, cuando el estreno de Mazzantini en Madrid como matador de alternativa, vino á presentarme la más favorable de las ocasiones, para matar á la desdichada *Tia Jeroma* y reemplazarla con *Don Jerónimo*, sin necesidad de palinodias.

Entonces hinché los carrillos y escribí en serio. Ya se sabe lo que fué para Lagartijo y Frascuelo la famosa campaña de 1885; todos los rayos del cielo lagartijista se desencadenaron entonces contra mí, y la voz de la calumnia comenzó á abrirse paso.

Cuando Frascuelo quedó solo en 1886, publiqué un artículo, titulado *El trabajo de Salvador*, poniendo en evidencia la conducta de los lagartijistas, que si no silbaban á su enemigo, recibían con irritante frialdad sus magistrales faenas en el último tercio.

Aquel artículo trajo el desbordamiento que yo esperaba, porque hay que advertir que sentía crecer la marea y veía venir una pleamar en pleno novilunio, es decir, con aguas vivas.

La marea llegó, y algunas de sus furiosas olas conservo en forma de anónimos. La leyenda se formó entonces y dura todavía.

Frascuelo me había comprado, Frascuelo me daba una subvención de *diez mil reales mensuales*! Toda mi campaña en las columnas de *La Lidia* era producto de las magnanimidades pecuniarias de Salvador; *Don Jerónimo* no era más que un escritor venal que había vendido su pluma á Frascuelo por quinientos duros al mes, ni más ni menos.

Hasta tal punto corrió la voz y tal maña se dieron en propagarla mis deliciosos enemigos, que personas sensatas que vivían fuera de la candente atmósfera de las controversias taurinas, llegaron á creer lo de la subvención, como cosa corriente y de clavo pasado. Escuche atentamente el lector:

No hace mucho tiempo llegó á mi casa un cura que venía á recoger no sé qué matrícula eclesiástica. Hallábame yo fuera de mi domicilio y el clérigo fué recibido por persona unida á mí por vínculos indisolubles.

Pidió el nombre del cabeza de familia, se le dió el mío, y dijo al punto:

—¿El Sr. Peña y Gofí? ¡Ya, ya! Le he oído nombrar; es el director de *La Lidia*, de ese periódico subvencionado por Frascuelo.

Lo grande del caso es que, según me relató la persona que habló con el cura en cuestión, el apreciable presbítero dijo aquello, con la misma tranquilidad, con la misma placidez con que exclamaría al día siguiente, celebrando misa: *Orate, fratres* ó *Dominus vobiscum*!

Hasta tal punto habían hecho correr la calumnia de la

subvención algunos lagartijistas, que hacía mella en el ánimo de individuos tan... campechanos como el ínclito sacerdote!

Y pensar que bastaría á Frascuelo convidar á café ó dar cuatro pesetas á los que tales cosas propalan para convertirlos en el acto en antilagartijistas intratables!

Con gran sentimiento mio voy á destruir esa leyenda: y digo que con gran sentimiento, porque me retoza el alma en el cuerpo, al pensar que esa subvención me habría valido, hasta la fecha, unos *doce mil duros*, en números redondos.

¡Lástima grande no fuera verdad tanta belleza! Ojalá me lo pudieran hacer bueno mis enemigos! Siquiera para regalarles seis mil duros de los doce mil que, según mi cuenta, he debido cobrar hasta ahora!

En el graciosísimo *Diccionario cómico taurino*, escrito por *Paco Media-luna*, y publicado en Madrid en 1883, la palabra *revistero* se halla definida de la manera siguiente:

«Un individuo que se mete á reseñar revistas de toros sin utilidad ninguna muchas veces y recibiendo algún garrotazo en diversos casos. Hay revisteros que, según se dice, reciben cuartos de los diestros. Los que esto aseguran no saben lo que son revisteros, pero menos saben lo que son toreros »

Y muchísimo menos saben, añado yo, lo que es Salvador Sánchez Frascuelo, á quien conozco hace más de veinte años, y en cuya casa ha sido mi presencia generalmente mala señal, porque indicaba que el diestro estaba herido ó lastimado.

¡En qué error tan grande están los que creen que Lagartijo y Frascuelo se preocupan hoy, ni se han preocupado nunca, de ciertas miserias! Hay que hacerles esa justicia; jamás ha manchado sus almas nobilísimas el fango en que se revuelcan las de ciertos frascuelófobos.

Si he relatado el hecho y lo he rodeado de algunos detalles con objeto de probar su autenticidad, ha sido para poner en parangón la situación de un escritor como yo que ha sido calificado de «caballero andante del frascuelismo» con la de los revisteros que han defendido á Rafael y hasta jactádose públicamente de ser amigos suyos.

Yo era y parece ser que sigo siendo el subvencionado de Frascuelo; y á nadie, absolutamente á nadie, se le ha podido ocurrir que Lagartijo subvencionara á los que cantan sus glorias un día sí y otro también, en admirable prosa y verso. Verdad es, y sea dicho en honra del diestro cordobés, que si fuera éste á subvencionar á todos los que le defienden, no le bastaría el sueldo para subvenciones. *E così va il mondo, bimba mia!*

En este estado se hallan las cosas, cuando me toca resumir todo lo que he hablado hasta ahora de Lagartijo y de Frascuelo, y trazar á grandes rasgos una crítica sintética de los dos famosos campeones. Con ella daré cima á las páginas de esta obra y cumpliré los propósitos que me impulsaron á escribirla.

Creo que el buen criterio del lector adivinará sin pena mi juicio, fijándose en la historia de Rafael y Salvador, que he relatado con todos sus principales accidentes.

No he sido sólo narrador; he estudiado y tratado de profundizar también los hechos más importantes de esa historia, comentándolos desapasionadamente, y extrayendo de ellos los materiales más adecuados para dibujar las grandes figuras de Lagartijo y de Frascuelo.

Lo que me queda que hacer, no es, pues, gran cosa; réstame únicamente, dar relieve á esas dos poderosísimas entidades del toreo moderno, y presentarlas á la pública admiración con sus cualidades más salientes, y sus principales defectos.

Comencé á sentar como principio, que el temperamento

y el medio ambiente estudiados en Lagartijo y Frascuelo, habían de llevarnos al exacto conocimiento de sus entidades toreras.

En ese principio estriba, efectivamente, toda la vida de Rafael y Salvador, durante el trascurso de su accidentada y brillantísima carrera.

La herencia natural hizo al uno apático y lo engendró torero; la herencia natural hizo al otro nervioso y atropellado, y le privó en un principio de todo aliciente que pudiera revelar vocación inmediata.

El primero encontró desde los albores de su profesión un medio taurino adecuado á sus aptitudes; el segundo tuvo que buscar en su propio fondo lo que no podía proporcionarle la enseñanza agena.

En aquél, el orden y el método desarrollaron una entidad germinada *ab initio*; en éste, el desorden y la carencia de todo sistema desconcertaron á una individualidad que, sólo á fuerza de gigantescos trabajos, pudo conseguir el equilibrio.

Esos son Lagartijo y Frascuelo; de ahí arranca la lucha que han sostenido durante toda su vida. Temperamentos opuestos, y obrando en medios distintos, tenían que verse fatalmente separados, y trazar por fuerza, líneas divergentes.

El secreto de su eterna competencia está ahí, en ese antagonismo de fuerzas repelentes que tenía que establecer entre ellos perpétua división.

Rafael Molina apagó en el manantial de la escuela gordista la sed de todas sus aspiraciones; este es el medio taurino en que se desarrolló el lidiador de reses bravas, en que se formó el torero.

El carácter apático é indolente de Lagartijo, y su complexión más delicada que robusta, obraron necesariamente sobre aquella atmósfera que le envolvió desde sus

primeros años; y de esta suerte pudo Rafael, por la sola virtud de su temperamento, y sin darse de ello cuenta exacta, depurar el arte del Gordito de todas las extravagancias, de toda la parte grotesca que la viveza y la sangre bullidora de Carmona prestaban á su modo de lidiar.

El arte del Gordito conservó en Rafael Molina todo su fondo, toda su sustancia, pero se hermoscó, se idealizó al influjo del carácter de Lagartijo.

Lo que en aquél era movimiento y ligereza, se convirtió en éste en quietud y flexibilidad; lo que en Carmona era bonito, fué bello en Rafael; y si alguna vez extremó este sus jugueteos, hubo entre estos y los de su maestro, la diferencia que hay entre lo cómico y lo bufo.

Lagartijo no ha bullido nunca en la cara de los toros. Le conozco desde que es matador, y jamás, entiéndase bien, jamás le he visto, ni aun en las épocas más brillantes de su carrera, salvar ese paso que media entre lo sublime y lo ridículo, dicho sea con perdón.

Sus pies han sido siempre de plomo; ha toreado siempre de medio cuerpo para arriba, y tales tesoros ha encerrado su toreo, que le han permitido escalonarlos y servirse de ellos cuando le ha parecido conveniente.

Lagartijo es un lidiador que ha vivido de los intereses de su caudal hasta el año 1881; entonces, y sólo entonces, tocó al capital, y demostró que era el Rostchild de los toreros,

Pero además de su hermosísima, de su majestuosa tranquilidad, consecuencia directa, como se ha visto, de su carácter, Rafael ha tenido y tiene otra facultad inapreciable, única; me atrevería á decir que sin ejemplo en la historia de la tauromaquia: su figura.

Al llegar aquí, tiembla mi mano. ¿Quién es capaz de hacer un retrato literario de Rafael Molina? Quién es capaz de dar idea de la soberana elegancia, de la armonía de

líneas, de la apostura sin igual, de la gentileza y abandono incomparables de Lagartijo?

¿Y quién es capaz de presentar en todo su relieve aquella continencia adorable, aquella fisonomía, todo mansedumbre y todo modestia, aquellos labios finos y apretados en los cuales la astucia parece enseñorearse, aquellos ojos caídos y dulces, que á veces brillan con el fulgor de un relámpago, y en cuyas miradas se adivinan la bondad del infeliz y la fingida unción del devoto?

“Entre ellos está Martínez,
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,
bigote á la borgoñesa,
melena desmelenada,
el sombrero, guarnecido
con cuatro lazos de plata,
un pie delante del otro
y el puño en el de la espada.” (1)

Yo quisiera tener la pluma inmortal del que trazó un retrato de Velázquez en ese trozo de romance, quisiera llamarme José Zorrilla para retratar á Rafael Molina, Lagartijo.

Pero como desgraciadamente no soy Zorrilla, tengo que desistir de un empeño muy superior á mis fuerzas.

A bien que los aficionados ven torear á Rafael con mucha frecuencia y ellos me ahorrarán el trabajo de describir lo que es poco menos que indescriptible; pero si la figura de Lagartijo escapa por sus encantos á toda descripción, no así su modo de torear del cual me atreveré á dar alguna idea, ahora que ha llegado, en mi concepto, á su mayor grado de perfección.

Lagartijo, ya lo he dicho antes, torea con el busto; los

(1) José Zorrilla.—*A buen juez, mejor testigo*.—Leyenda.

piés no hacen sino acompañar los cadenciosos movimientos de una cintura flexible que imprime á todo el cuerpo ondulaciones llenas de abandono y de gracia.

El compás de esos movimientos parece regulado por un metrónomo. Cuando Rafael ejecuta un cuarteo ó un recorte, cuando pegado á la cabeza de una res, gira sobre los talones, con el capote entre las manos, describiendo airoso semicírculo, diríase que el toro obedece á una influencia magnética, que pierde todo su aspecto brutal, y que, seducido por el garbo de Lagartijo, recibe algo de su elegancia, algo que se funde en la gallardía del lidiador, para formar un cuadro perfecto.

No hay exageración en lo que digo; la manera de torear de Rafael despide tales efluvios de finura y de buen tono, si se me permite la expresión, que no parece sino que hasta á las reses bravas llega una parte de la suprema distinción de Lagartijo.

Hay que verle cuando despide un toro á punta de capote, lo recoge en los vuelos del engaño, y con un movimiento pausado y regular, se echa la defensa al hombro y sale andando, sin mirar á su enemigo.

La cintura se estira y encoje entonces con un cimbrear de palmera, cuya esbelta ondulación no puede dibujarse; los pies giran sobre los talones, imprimiendo á todo el cuerpo armonioso desgaire, y hay en toda la figura de Rafael tales atractivos, existe tal relación entre la suerte ejecutada, los medios de ejecución y la manera de practicarlos, que no queda al espectador otro recurso que caer á los pies de aquel artista incomparable, y batir palmas á la serenidad, valor, aplomo y elegancia, á la maestría sin rival, en una palabra, del coloso.

Este es Rafael toreando. Todo lo reúne, lo que dá la naturaleza y lo que pone el hombre con su esfuerzo individual, la valentía y la elegancia, la tranquilidad y la finu-

ra, la vista para ver llegar á los toros, la precisión para consentirlos y el arrojo para despegarlos, la serenidad para apreciar seguramente los contrastes y la viveza para enmendarse en un palmo de terreno; el fondo y la forma, en fin, se dan la mano para hacer de Lagartijo la personificación del torero más perfecto que haya podido existir, desde que hay toreros en el mundo.

Rafael no bulle jamás en la brega; está en ella como en terreno conquistado, anda más que corre, pisa siempre en firme, y cae á plomo.

La fascinación que sobre el espectador ejercen los adornos de Lagartijo, está en la inmovilidad de los pies, en la flexibilidad del busto, y en la prodigiosa armonía que se nota entre la quietud de las extremidades inferiores y el pausado á par que gallardísimo abandono de sus movimientos de cintura.

Y nótese bien que el prestigio que la elegancia de Rafael ejerce sobre sus innumerables admiradores, viene precisamente de la indolencia innata de su carácter.

Todo el fundamento de esas seducciones, reside en el temperamento del hombre, que al obrar sobre las dotes del lidiador, las afina y depura sin esfuerzo alguno.

Rafael es elegante, sin saberlo, sin darse de ello cuenta. Que esté quieto, que ande, que se detenga, con las banderillas, con el capote, de frente y de perfil, derecho ó escorzado, es una figura que no presenta jamás esquinas ni articulaciones, que conserva la línea, y cuyas actitudes dan siempre un cuadro hecho.

La naturaleza lo hizo así, porque así le plugo hacerlo; el carácter del diestro ha bastado para fundir en la labor natural las reglas de su toreo, y extraer de esta fusión un todo completo en su fondo y en su forma.

En el arte de lidiar de Rafael puede estudiarse perfectamente la armonía estética: la variedad una y la unidad

varia, porque hay en ese arte flexibilidad, intensidad y gracia, y contiene todos los caracteres de la potencia y del orden.

Si del torero pasamos al banderillero, la crítica es fácil, porque está trazada de antemano. Aplíquense todas las cualidades, virtuales del lidiador al maestro consumado en el arte de poner banderillas, y el retrato de Lagartijo queda hecho.

Con los palos en las manos, Rafael no tiene, ni puede tener rival; la herencia natural aparece aquí en toda su lozanísima eflorescencia, y si la forma del toreo de Lagartijo es inimitable, en el banderillero se hallan esta y el fondo en perfecto equilibrio.

El arte de parear no tiene secretos para él; á los encantos de la gentileza se unen aquí la inteligencia y el valor, dando por resultado la perfección más acabada.

«Hay que dar á los toros lo que piden»—decía Pedro Romero.—Rafael pone de manifiesto esta célebre máxima, de una manera que no admite comparación con la de ningún otro banderillero.

Y es que Lagartijo se diferencia de los demás, en lo siguiente: mientras los otros dan á los toros lo que piden, después que éstos lo han pedido, Rafael no tiene necesidad de esperar á que las reses formulen su petición, porque sabe previamente lo que le piden, y puede así adelantarse á sus deseos. ¡Hasta ese punto ha llegado á dominar todas las dificultades del segundo tercio!

Dejo á un lado el quiebro, que al fin y á la postre, y á despecho de su exterioridad brillantísima, ha degenerado en suerte de patrimonio común, y tiene, á no dudarlo, algo de mojiganga. Donde ha habido que admirar la destreza sin par de Lagartijo, es en los pares de frente, al sesgo y á topa carnero, en esas suertes difícilísimas que ha consumado siempre con serenidad y arrojo insuperables,

y en la actualidad ejecuta todavía alguna que otra vez.

Las dificultades más grandes que presenta el arte de parear, todos los riesgos y peligros que en el segundo tercio ofrece con frecuencia el estado aplomado ó incierto de las reses, han sido para Lagartijo problemas resueltos con antelación, por su maestría maravillosa.

L' arte che tutto fa, nulla si scopre, decía el Tasso. Lagartijo ha realizado, en la suerte de banderillas, el aforismo del gran poeta italiano, con brío y espontaneidad tan grandes, que la naturalidad de la suerte ejecutada, oculta por completo todas las dificultades de la ejecución.

Es, en suma, Rafael, como banderillero, un modelo admirable, torero y artista á la vez, que pasará á la historia á ocupar un lugar que, en mi concepto, no ha alcanzado nadie todavía, ni alcanzará quizá en lo porvenir. Dejo solo á salvo al Regatero, á ese portento juzgado tal por los aficionados y diestros que le han visto poner banderillas; pero si éste puede figurar como único, en un modo de parear que puede llamarse *recibiendo*, en cambio no poseyó jamás la exterioridad de Rafael Molina, que tanto y tanto ha realzado siempre su frescura y arrojo en el arte de parear, prestando á todas las suertes del segundo tercio los encantos de una forma, patrimonio único y exclusivo del célebre diestro cordobés.

Después del trono que acabo de erigirle como lidiador y como banderillero, réstame hablar del matador del paso atrás. Este ha sido su sanbenito; éste ha sido el defecto que le ha separado en absoluto de su competidor, y dejándole no ya á respetable distancia de Frascuelo, sino en una penumbra donde el matador se empequeñece y tiende á desaparecer.

¿Sabe el lector quién es el que va á hacer el juicio de Rafael como estoqueador de toros? Sabe el lector quién va á decirnos, mejor que nadie, lo que es lagartijo como ma-

tador? Pues va á ser alguien cuyo testimonio voy á presentar como irrecusable y ante cuya opinión tendrán que ceder todos, desde el lagartijista más sensato, hasta el frascuelófobo más intratable. Va á ser, para decirlo de una vez, el mismo Lagartijo, el propio Rafael Molina. Atención.

En la noche del 15 de Agosto de 1883, me paseaba yo por el *boulevard* de San Sebastián, en compañía de un primo hermano mio, cuando nos encontramos de pronto con el Sr. Romero Robledo, que seguido de numerosos amigos, entre los cuales figuraba Rafael Molina, se disponía á sentarse en las sillas de aquel delicioso paseo.

Verme D. Francisco y llamarme apresuradamente, fué todo uno. Dirigióse en seguida á Lagartijo y le dijo señalándome:

—Rafael; aquí tiene V. al frascuelista más entusiasta del orbe. Quiero que discutan Vds. los dos sobre cosas de toreo; con que á sentarse todos y vamos á ver cómo se baten Vds. aquí cara á cara.

Es preciso conocer el carácter del Sr. Romero Robledo, y los tesoros de bondad que su alma bellísima encierra para aquellos á quienes ha dado una vez la mano de amigo, para comprender que no hay medio de resistir á sus órdenes, aun cuando estén formuladas del modo que ha visto el lector.

Confieso (y séame perdonado este rasgo de inmodestia) que las situaciones difíciles me encantan porque recabo de ellas un valor real ó ficticio que busco inútilmente en los términos medios.

La brusca é inesperada interpelación de D. Francisco hecha delante del mismo Rafael, me desconcertó al principio, pero no tarde en rehacerme, y, sacando fuerzas de flaqueza, dije á Lagartijo:

—Esta es una encerrona, contra la cual protesto; pero hecha la protesta, declaro que D. Francisco tiene razón,

porque, en efecto, me gusta más Salvador que V., como matador de toros. Dicho esto, discutamos sobre lo que usted quiera, que para mí será un placer muy grande contender con un torero á quien admiro tanto como el que más.

Y nos sentamos todos, formando círculo con nuestras sillas, y charlamos y comentamos y discutimos y hablamos de todo un poco, desde las once de la noche hasta la una de la madrugada.

Allí estaban, si mal no recuerdo, además de las personas que he citado, el conde de Heredia Spínola, D. Ezequiel Ordóñez, D. Pedro Muchadas, Eduardo Vela, Juan Molina, y algunos más, cuyos nombres no he conservado en la memoria. En casos como éste, me gusta citar nombres propios, para que se vea que no invento nada.

De todo cuanto allí se dijo, no he de dar ahora detallada cuenta, porque conozco perfectamente las reservas que me impone la discreción.

Por espacio de dos horas hablé con Lagartijo, de toros y toreros, dos horas durante las cuales el famoso diestro dió pruebas de un tacto, de una medida y de una conveniencia que los frascuelófobos no conocerán jamás y que podrían haber aprendido entonces, si fueran capaces de tal milagro.

Todos los que rodeaban á Rafael eran lagartijistas acérrimos, allí no había más frascuelistas que mi primo y yo. La situación no era, pues, para mí de las más cómodas, tanto más cuanto que me hallaba en frente del mismo héroe, al cual había declarado previamente que no era devoto del matador de toros.

Y sin embargo, no hubo en aquella larga discusión la menor violencia por parte de nadie; la discreción de Lagartijo no se desmintió ni un solo instante, y si alguna vez el amor propio del hombre que realmente vale y está con-

vencido de su valer, se defendió denodadamente, ninguna expresión brotó de sus labios que pudiera mortificar en lo más mínimo al rival, por quien yo mostraba mis preferencias. ¡Oh frascuelófobos! Si hubiérais estado allí!!...

Rafael habla poco y mide al peso sus palabras.

Dicen que su vocabulario es muy reducido; lo será, pero puedo afirmar que lo emplea de un modo discretísimo, aunando la gracia y la oportunidad con un *sans façon* adorable.

Discutiendo estábamos sobre unas cosas y otras, cuando de repente, y sin que persona alguna de las allí presentes, y yo menos que nadie, hubiera sacado á colación el famoso tranquilo del matador de toros, dijo Rafael:

—Voy á hablar ahora der paso pa trá.

Cálculé la estupefacción que causarían estas palabras y la ansiedad que al oírlas se apoderaría del auditorio!

Todos acercaron sus asientos, brilló la curiosidad en todas las miradas, preparámonos á oír de aquellos labios augustos la revelación del gran secreto y en medio de un imponente silencio y de un anhelo indescriptible, comenzó á hablar Rafael:

—Antonio Sánche, er Tato, me yamó una ve y me dijo...

Pausa prolongada, durante la cual nos estremecimos todos de ansiedad.

—...Mira, chiquiyo; cuando uno está enfermo, tiene que tomar una meisina...

Nueva pausa; la ansiedad es indescriptible, todos estamos pendientes de la boca de Rafael; la curiosidad y el interés han llegado al paroxismo, parece que el alma nos va á estallar.

Lagartijo se recoge un rato, nos mira luego á todos, estira el cuello, y deja caer á plomo la siguiente conclusión:

—Y ahí tienen ostés er paso pa trá!

Explosión general de hilaridad mezclada con aplausos y señales de asombro que se traducen en entusiastas señales de aprobación.

Confieso que al oír aquello no pude menos de reirme yo también, y recuerdo perfectamente que dije á Lagartijo:

—Camará; no lo reventará á V. ningún tranvía!

Creí al principio que Rafael había salido del paso con un chiste que nada decía ni demostraba, y así se lo hice comprender; pero después reflexioné sobre la explicación de Lagartijo, ahondé sus frases y pude decir como ciertos personajes de novela:—Ahora lo comprendo todo!

Y, en efecto; lo que Rafael había encerrado en su *discurso*, no era ni más ni menos que la verdad. Sí; aquella era la verdad clara, limpia y evidente, el matador de toros se había retratado de cuerpo entero con una fidelidad admirable, y había hecho de sí mismo la más breve, sustanciosa y elocuente de las críticas.

—Cuando un hombre está enfermo, tiene necesidad de tomar una medicina.

Eso le había dicho el Tato, y él había buscado en la terapéutica del toreo el remedio que requería la enfermedad del matador. Porque aquí el *enfermo* era el matador de toros; éste era el que sufría, el que tenía una dolencia crónica, á cuyo alivio tenían que dirigirse los esfuerzos de Rafael.

Ahora bien; ¿cuál era esa enfermedad? La misma que aquejó al Gordito durante toda su vida, la misma con que el maestro contagió al discípulo, enfermedad terrible, mortal, que quebrantó naturalezas tan robustas como la de Curro Cúchares, y dió prematuramente al traste con la de Antonio Carmona: el cuarteo.

He aquí el pecado original de Rafael Molina, como matador de toros. Todo lo que servía de defensa al lidiador y

al banderillero, tenía que constituir un defecto inalienable á la hora de estoquear.

Mientras la sangre bullió á impulsos de los ardores juveniles, estimulada por la competencia, Lagartijo pudo prescindir muchas veces del cuarteo en el último tercio, pero cuando vino ese momento decisivo en el cual el matador se aploma y llega á la plena posesión de sus facultades por medio de la inteligencia y de la práctica, la ficción desapareció y la realidad asomó la cabeza, imponiéndose necesaria y fatalmente.

Lo transitorio pasó pronto y lo permanente quedó para no ocultarse jamás. Arrancar corto y cuarteo es enseñar el cuarteo á los espectadores más miopes; el cuarteo tiene que ser tanto más forzado, tanto más violento, cuanto se toma más corto el terreno para salir, por la sencilla razón de que hay que tomar ese terreno de una vez y echarse fuera antes de arrancar.

Arrancando largo, esto es, tomando el terreno conveniente y midiendo éste á voluntad del matador, el cuarteo se engendra desde un principio y se ejecuta paulatinamente, pero con rapidez de ejecución que no pueden apreciar sino los que miran en todo á los pies del matador, que son los menos.

Lagartijo tenía, pues, que encontrar la medicina ambicionada en un término medio entre el volapié y el paso de banderillas; y dió con ella acreditando un ingenio torero-farmacéutico que hasta ahora va resistiéndose á todas las imitaciones. He aquí el método de que se valió para descubrir su célebre tranquillo.

Como banderillero superior, comprendió desde luego que la mayor defensa del matador estaba en las reses aplo-madas. Toro que hace por el matador, puede rectificar los cuarteos de éste y darle un grave disgusto. Para que haya relación entre el toro que se arranca y el matador que es-

pera, tiene que haberla entre el engaño que vacía y el estoque que hiere.

Y como Rafael, mal que pese á todos sus idólatras, no ha gustado nunca de *parar* en el embroque (ya se ha visto de qué manera salía de la cara de los toros en los tiempos en que se confiaba más al meter el brazo); como Rafael vió inmediatamente las deficiencias de su muleta, en el acto de librar la cabezada, no hubo para él más cuestión que buscar un recurso que hiciera innecesario el manejo del trapo en el crítico momento de herir; de aquí el paso atrás.

El paso atrás permitía á Lagartijo: 1.º, acercarse cuanto le diera la gana; 2.º, iniciar el cuarteo á cuerpo de rey; 3.º, librar el embroque sin reunión y fuera de cacho, y 4.º, salir siempre con todos los pies después de cargar la suerte.

La primera condición se llenaba fácilmente, porque la enmienda venía en seguida; las demás eran consecuencia directa de aquélla.

En los primeros años del paso atrás que fueron los que decidieron favorablemente de los destinos del matador, Lagartijo se colocaba tan cerca, que el retroceso parecía impuesto por lo corto de la distancia que mediaba entre la cabeza del toro y el cuerpo de Rafael; pero esas distancias fueron alargándose poco á poco, á medida que el tiempo avanzaba y decaían las facultades, hasta que creciendo la desconfianza y pidiendo el matador de día en día toros cada vez más aplomados, vimos acentuarse el cuarteo, acrecentarse la desconfianza y amenguarse el ánimo del diestro.

No podía suceder otra cosa; para una ocasión en que vemos hoy á Lagartijo apoderarse de un toro aplomado y noble, vemos muchas en que su aprensión le inutiliza para acercarse á las reses.

Y es natural; queriendo como quiere Rafael toros que

lleguen despeados al último tercio, deja el cuidado de quebrantarlos á una cuadrilla de leones que rivalizan en cumplir *ad recalcandum* los deseos del matador; pero como el diluvio de recortes y capotazos que sufren los animales, si bien les quiebra las patas, les descompone todo el cuerpo, resulta que para un toro aplomado y noble, hay veinte descompuestos, resabiados ó mansos. Tratándose del estado en que Rafael desea que se hallen sus toros á la hora de la muerte, nunca puede decirse con más razón que el matador lleva en el pecado la penitencia, porque los excesos que hace cometer en la lidia de los toros, traen forzosamente los excesos suyos.

Tal es la manera de matar de Rafael Molina; no ha conocido otra, puede decirse; en ella se ha estancado y en ella concluirá su profesión. Es el supremo auxilio que le ha prestado su génio de banderillero, es la *medicina* que ha buscado para aliviarse de una *enfermedad crónica*.

Y le sucede con ella lo que sucede á todos los enfermos: al principio las drogas parecen obrar sobre la naturaleza como un reactivo poderoso, pero el mal avanza sordamente, el remedio que ayer era fuerte y eficaz se convierte pronto en anodino; y la dolencia se apodera de la economía hasta que vence por completo, haciendo infructuosos los esfuerzos más desesperados.

Tal es el estado actual de Lagartijo, como matador de toros. ¡Y todavía se defiende! Sí; todavía se defiende en él, el niño mimado de todas las fortunas, porque aún le queda algo que no ha desaparecido del todo, le queda el adorno admirable de su muleta.

La muleta de Rafael ha sido siempre más de adorno que de defensa, y en la gallardísima apostura de su cuerpo, el encorvamiento y la movilidad suma han venido á quebrar aquella hermosa armonía de líneas que resplandece en el torero; pero cuando Lagartijo se encuentra hoy con un

toro noble y aplomado, la muleta del matador se ciñe admirablemente y dibuja pases de muleta preciosos, en los cuales se despierta el arte del lidiador y se yergue el torero en todo el esplendor de su plasticidad.

Son relámpagos éstos, así como los momentos en que se confía aún al arrancarse á matar alguna que otra vez, pero relámpagos en que se cobijan las inmensas simpatías que el diestro ha conquistado en su carrera, y hacen olvidar con el estrépito de una ovación delirante las desgracias de una temporada entera.

En la manera de arrancarse Lagartijo, en su modo de liar, armarse y echarse sobre el toro con calculada rapidez y sin marcar suerte alguna, hay algo de la astucia traicionera que caracteriza á la raza felina; diríase de un tigre que se lanza sobre un león, aprovechando un momento de descuido é inhabilitándole para todo medio de defensa.

Y aquel hombre que es durante la lidia un modelo de finura, reposo y elegancia, como lo he dicho tantas veces; aquel torero que es bello siempre sin saberlo y sin quererlo, el que pisa á plomo y se mueve apenas, el que posee todos los tesoros de una belleza plástica inconsciente, y por eso mismo quizá, más seductora; ese hombre no tiene en toda la corrida más que un momento en que pierde todas las fascinaciones de su figura ideal; el momento de la muerte. Ese es el único instante en que Rafael está feo!

Creo que es la razón más concluyente para demostrar la distancia que media en Lagartijo, entre el lidiador y el banderillero, y el matador de toros. La elegancia, que es la verdad más grande en el torero, se oculta con el matador de toros, huye de él, porque comprende que está allí demás y no quiere caer envuelta en el proceso de la crítica contra aquel á quien ha prodigado sus favores en el primero y en el segundo tercio, y la abandona enteramente en el tercero.

Un torero colosal, un banderillero único é incomparable, y un matador de toros monótono y deficiente por todos conceptos: he aquí el resultado que da una crítica serena é imparcial, al estudiar á Rafael Molina Lagartijo.

Estudiemos ahora á Salvador.

VIII.

Los contrastes que presentan Lagartijo y Frascuelo.—La astucia y el valor.—Estudio de Frascuelo.—Su figura.—El torero, el banderillero, el matador.—Los quites aguantando.—Cayetano Sanz y Salvador.—El trasteo y el modo de herir.—La suerte favorita.—Los extremos y el justo medio en la suerte de recibir.—Montes y Juan León.—Una carta de Arana.—Frascuelo dormido.—Afición y vergüenza torera.—Rafael y Salvador juzgándose mutuamente.—Los resultados de la competencia.—Las corridas de toros, ayer y hoy.—Un manuscrito de D. José de la Tijera.—La verdadera obra que han realizado en el toreo Rafael y Salvador.—Despedida y apoteosis final.

El contraste ha de ser siempre el que haga más asequible á la inteligencia de los aficionados la entidad del torero y la del matador de toros, al estudiar á Lagartijo y á Frascuelo.

Todo lo que en Rafael es astucia, se convierte en valor en su contendiente. El caudal de conocimientos que á las aspiraciones de aquel presentó la escuela del Gordito, viene á constituir en Salvador una orfandad absoluta de la cual se ve forzado á salir, por el solo impulso de su afición arrebatada y de su valentía sin igual.

El uno se ha formado en poco tiempo, plegándose á las reglas de un arte que se amolda perfectamente á sus primeras inclinaciones, y cuyas escórias sacude su temperamento sin esfuerzo alguno.

El otro quiere asimilarse las leyes de todas las escuelas conocidas y por conocer, y pretende alcanzar esto de repente, sin tino ni concierto, impulsado á ello por un carácter refractario á toda noción de orden y regularidad.

Tiene afición y sangre torera; tiene naturaleza robusta

y un valor que nada detiene. Con estos elementos se lanza á pelear y consigue llegar, á fuerza de amarguras sin cuento, al pleno dominio de las dificultades del arte y de las muy temibles que encierra un carácter desquiciado.

Doma al torero y se doma á sí mismo, al establecer el equilibrio entre las facultades de aquel y las reglas de la lidia, y atempera la naturaleza del hombre á las fieras luchas de una competencia dura y cruel.

El valor, la guapeza: hé aquí el capital de Frascuelo, capital con el cual á los 19 años, realizó la increíble hazaña de Tolosa, y le ha permitido llegar después á esa altura que solo alcanzan los privilegiados del arte.

En el toreo, el valor es lo esencial; de un valiente se saca todo, porque un valiente va á todas partes, lo hace todo y lo domina todo, tarde ó temprano. La cuestión es, que el valor sea condición virtual y dominante y no ceda á las terribles contingencias de la profesión; toda la cuestión está ahí.

Y como en el valor que no se arredra ante los golpes, está encarnada la afición que implica estímulo y deseo de adelanto, no hay sino dejar al tiempo y á la práctica su obra paulatina de mejoramiento y perfección; que si la fortuna ayuda (y la fortuna, en este caso, es no hallar la muerte en las astas de un toro), el torero que tenga guapeza y afición, llegará á donde llegue el primero.

Ese es, en dos palabras, Salvador Sánchez Frascuelo.

Hoy, que se halla en el apogeo de todas sus facultades, cuando se manifiestan el torero y el matador de toros, formando magnífico conjunto, pueden apreciarse mejor que nunca, las cualidades antes citadas.

Las continuadas acciones de su temperamento han traído, finalmente, saludable reacción y el que no cedía á las cornadas de los toros, ha cedido al fin ante las crueldades y las injusticias del público madrileño.

El torero y el hombre se han equilibrado y aparecen en la hermosa ponderación de una cosa perfecta. La sangre y los nervios, obrando sobre el torero, convertían antes el valor en temeridad muchas veces inútil; el pundonor se exacerbaba entonces, llevándole á desagradables extremos que se echaban á mala parte, á la parte de la envidia.

Todo eso no existe ya, ó se ha mitigado considerablemente, por virtud de terribles sufrimientos que solo los que tienen la sensibilidad excesivamente desarrollada, pueden comprender. Esta es, por lo tanto, la ocasión de emitir sobre Frascuelo un juicio definitivo y terminante.

Ante todo su figura. Es la antítesis de la de Rafael. En Lagartijo, todo es armonía, en Frascuelo todo desproporción; en aquel hay algo que se separa de la entereza varonil, sin llegar jamás á los umbrales del afeminamiento; en este la virilidad se impone como cualidad característica y predominante.

Corto de busto y largo de extremidades inferiores, un poco zambo de la pierna derecha, enjuto de carnes y excesivamente moreno de color, hay en el cuerpo de Frascuelo una rigidez de acero que deja adivinar la consistencia y el poder de su terrible musculatura.

La cara es pequeña y en ella reside toda la expresión. Frente reducida y arrugada, cejas prominentes y huesosas que cobijan como en antros á dos ojos diminutos, cuya mirada dura y sin brillo tiene la fijeza de la obstinación, labio superior grande, abultado y carnoso, boca dilatada y mejillas apretadas y secas, como si se hubieran sometido á la maceración... Todo revela en la fisonomía de Frascuelo hervor de vida y fiereza tales, que traen involuntariamente á la memoria algo de las reses á cuyo dominio ha dedicado aquel hombre toda su vida.

Las yugulares rebasan sus límites y aparecen desmesuradamente hinchadas, como si un exceso de circulación

sanguínea quisiera romper sus cauces y estallar; el cuero cabelludo nace casi pegado á las cejas y no parece sino que la naturaleza se ha detenido allí, temerosa de dar fé á las teorías de Darwin.

Y como contraste de todas estas extravagancias, una cabeza preciosa, con pelo rizado al desgaire que permite á Salvador la coquetería de la raya, pero cuya prematura blancura y calvicie incipiente denotan las tempestades de un alma condenada á luchar contra todo linaje de inclemencias morales.

Tal es, deplorablemente dibujada, la figura de Frascuelo. Fuerte, dura y rígida, no hay que buscar en ella la elegancia y finura que seducen, sino la virilidad, la entereza y el arrojo que imponen.

Su cara tiene el color del bronce, como reflejo del color del alma, y esta parece asomarse á aquellos dos ojos diminutos que descubren la nobleza y el valor.

Ese es el hombre y ese su toreo, tan grande y completo como el de Rafael, en el fondo, pero separado de este por la tosca y viril manifestación de la forma.

Salvador cuarteo y recorta tan corto y ceñido como el que más, pero la falta de flexibilidad de su cintura y la rigidez y desproporción de su cuerpo, despojan á sus adornos de todo aliciente plástico, de todo encanto exterior.

Pero cuando el peligro inminente de un lidiador hace innecesario el adorno y exige la presencia de espíritu y el valor á toda prueba, Salvador se manifiesta entonces en todo el esplendoroso dominio de sus incomparables facultades.

Su capote es una providencia que acude al socorro de picadores y toreros, en esos momentos en que tardar un segundo es perder la batalla, con un ardimiento y con una celeridad que le han valido, desde los albores de su carrera la entusiasta admiración de todos los públicos.

Sabe como nadie donde está el peligro y llega por esa razón antes que nadie á la salvación del compañero. ¡Cuántas veces se le ha visto acudir á un quite arriesgadísimo y presentarse allí como un rayo, inopinadamente, cuando no se sospechaba quizá que su presencia fuera posible!

Y, sin embargo, los quites más asombrosos de Salvador se hallan previstos por él, con esa inteligencia suprema del peligro que hace la apología del torero. Cuando un picador pone una vara, ó un banderillero pareo á un toro difícil, el público no se fija más que en el picador y en el banderillero; no se fija en un hombre que está allí cercano al banderillero ó al picador; no se fija en un hombre que, mirando al toro en acecho constante, con el capote preparado y listo para toda eventualidad, se avanza á la carrera y llega á tiempo para resolver un conflicto que ha previsto de antemano.

De ahí sus quites milagrosos, de ahí su manera imponente de aguantar los toros estirando el cuerpo cuanto puede, abriendo en toda su extensión los brazos para que el engaño sea mayor y más eficaz, y robándoles á los toros el bulto, con la valentía imponderable y la abnegación de una fiera que defiende á sus cachorros.

Salvador ha hecho más de una vez el quite más peligroso y difícil que puede haber en la lidia: el quite aguantando por dentro.

Se le ha visto interponerse entre las tablas y el toro, en terreno vedado, donde no queda más salvación que el callejón de la barrera, si el enemigo dá tiempo para aprovechar ese recurso; y se le ha visto despegar al toro del picador, llevándoselo casi adherido al cuerpo, disputándole la tierra palmo á palmo; y, victorioso, siempre, y siempre fresco para rehacerse, en cuanto arrebatava su presa al animal y veía desvanecerse el peligro.

En estos casos, Salvador se echa sobre los toros con un

denuedo tal, que no les deja tiempo para desengañarse; y si alguna vez, como sucedió en el portentoso quite que hizo al Morenito en 1885, se dá el caso de que un toro desviado momentáneamente del bulto, quiera volver á su que-rencia, entonces Salvador se estrecha más si cabe, empapa á la fiera embozándole la cara por completo, y se apodera de ella definitivamente, dejándose coger y como si presentára al toro víctima mejor y preferible á la que yace tendida á sus piés,

De esa manera ha quitado cornadas á todos cuantos se han visto muy expuestos á recibirlas, y de ello podrán dar testimonio elocuente todos cuantos han toreado con Salvador.

En cambio habrá muy pocos que puedan jactarse de haber hecho quites á Frascuelo, por la sencilla razón de que el terreno en que él opera, no es asequible á la generalidad; pero de todos modos, si fuera á establecerse un balance entre lo que Frascuelo debe, y lo que á él deben sus compañeros, la diferencia á favor del primero sería inmensa.

La inteligencia, la guapeza, y el poder; esas son las cualidades de Frascuelo en la lidia, y ellas le permiten llegar donde han llegado muy pocos, y hoy no llega nadie, porque nadie reúne en grado tan perfecto la fuerza física que la naturaleza presta, el valor que es cualidad innata, y el entendimiento que es producto de unas aptitudes desarrolladas por trabajos incesantes, durante veinte años de laboriosísima existencia.

¡Y hay todavía quienes guiados por ignorancia supina ó apasionamiento poco envidiable, ponen en duda las cualidades de Salvador y hasta le niegan en redondo el título de torero! Esto parece mentira y es, sin embargo, la pura verdad; que á ese extremo ha llegado hoy la ceguera increíble de los frascuelófobos!

Sería rebajar el mérito de Salvador, meterse á discutir con quienes son incapaces de apreciarlo.

Hay que dar á estos la soberbia contestación que les dá un pariente mío de quien he citado ya otras frases en el prefacio de esta obra:

—Si el mérito de Frascuelo estuviera al alcance de ustedes ¿creen Vds. que yo sería frascuelista?

Dedicaré pocas palabras al banderillero. Salvador, como banderillero, ha ejecutado todas las suertes del segundo tercio, desde el quiebro con y sin silla, hasta el relance y la media vuelta, y las ha ejecutado todas con valentía y lucimiento y alcanzando grandes ovaciones; pero esto fué, mas que nada, un esparcimiento de juventud en el cual no hizo afortunadamente hincapié el arte de Frascuelo.

Comprendió que la meta de las aspiraciones de un lidiador estaba en el último tercio, y á ser matador de toros se dirigieron todas las ambiciones de su naturaleza.

Y todas las ha satisfecho, á todo ha logrado llegar, á fuerza de afición y de trabajos; y lo ha realizado todo, sin maestro que templase sus ardores y metodizara el desarrollo de un matador que hoy se encuentra indiscutiblemente en un puesto único, en el cual no teme rivales, y se ha erigido incompartible trono.

En los hechos más salientes de la historia de Salvador que quedan relatados oportunamente, están las suertes que ha practicado y ejecutado con extraordinario lucimiento. Ha querido ser el Terencio del toreo y ostentar en su historia el *nihil humani á me alienum puto*; y lo ha conseguido cumplidamente.

Es cosa averiguada por Velázquez y Sánchez, Carmoña y Sánchez de Neira, que la muleta de Frascuelo se asimiló algo del aplomo y seriedad de la de Cayetano Sanz.

Cuando maestros de esa talla lo afirman, no he de po-

nerlo yo en duda; pero séame permitido añadir que una muleta así en manos de quien no ha visto decaer su valentía en veinte años de matador de cartel, se habrá plegado á ductilidades que no pudo ostentar la de Cayetano, sino en los pocos años de su apogeo.

No pretendo con esto amenguar el mérito de la mano izquierda de Sanz; muy al contrario. Dicen que era prodigiosa, y yo lo creo sin reservas; pero por lo mismo pongo en duda que Salvador pudiera asimilarse la suprema distinción de la muleta de Cayetano que me fué dado apreciar en la última etapa de la vida del maestro, y por las mismas razones me permito dudar que Frascuelo se haya asimilado la quietud de piés que dominaba en el arte de trastear de aquel gran torero.

El trasteo de Salvador es, generalmente, de pies; esto no cabe dudarlo, porque no hay que juzgar á los matadores como se les juzga hoy, con los toros claros y boyantes. Con borregos, todos se adornan, todos se consienten, y el que más y el que menos alcanza fácilmente las ovaciones del público.

Hemos visto á Frascuelo trastear á toros así, más con el cuerpo que con el trapo, y le hemos admirado en aquella verdadera maravilla que realizó con su segundo toro en la célebre corrida de beneficencia del año 1882.

Pero no debe juzgarse, lo repito, á los grandes matadores por esas faenas en las cuales no hay desventaja alguna para el torero, porque el toro lo hace todo y facilita extraordinariamente la ejecución de las suertes.

Donde hay que ver á los matadores es en los momentos difíciles, y cuando los resábios de los toros obligan al matador á revelar todos sus medios de defensa. Y hay que juzgar estas faenas, en conjunto, apreciándolas por las condiciones generales que en ellas ostenta el lidiador, á despecho del mayor ó menor lucimiento de su trabajo.

He dicho que el toreo de muleta de Salvador es de pies, y hora añadido que tiene que serlo necesariamente. Entiéndase, ante todo, que al decir toreo de pies, no quiero decir que sea toreo de movimiento, porque hemos llegado á una época en que parece ser que para pasar bien de muleta á un toro, se requiere que el matador tenga los pies metidos en grillos. A esto llaman hoy «parar los pies.»

Lo que quiero demostrar es que en las condiciones en que se coloca Frascuelo delante de la cara de los toros, no tiene más remedio que acudir á los pies para castigar á las reses que estoquea.

Todo ello depende del terreno que ocupa el torero para trastear. Si por algo peca siempre Salvador, es por el exceso, y éste le lleva á colocarse, en general, demasiado corto, lo mismo para herir que para torear de muleta.

Y como su cintura carece de flexibilidad y el matador se coloca erguido y sin estirar los brazos más de lo necesario, de aquí que la distancia cortísima que le separa de las reses, le obligue á ganar con los pies, lo que en modo alguno puede ganar con el cuerpo; de aquí que estando casi siempre metido en el terreno de los toros, tenga por precisión que enmendarse en los remates pidiendo auxilio á los pies.

Salvador se mueve, pues, necesariamente, pero en muy poco terreno. No es que salve grandes distancias por la fuerza de piernas que conserva hoy quizá más que nunca; es que opera sus movimientos en un reducido espacio que podría salvar cómodamente sin menearse, si su brazo tuviera más elasticidad y más flexibilidad su cintura.

Pero esa valentía para estar pegado á los toros, le lleva á resolver dificultades que solo á su portentoso arrojo están permitidas. Nadie como él para sacar á las reses de las querencias naturales ó accidentales, con el empleo de los medios pases, que son el toreo de muleta aguantando; na-

die como él para crear recursos en momentos en que los recursos parecen imposibles; nadie, en fin, que, como Frascuelo, posea un caudal de conocimientos capaces de dominar ó engañar á un toro, con tal que conserve un átomo de bravura.

El toreo de muleta de Salvador es refractario al adorno elegante y fino; toda su belleza está en la poca distancia que separa al toro del matador, y ante la cual se amenguan los defectos de los pies y de los brazos.

La muleta de Frascuelo no es de adorno, pero es de gran castigo, y éste sería aún mayor si los brazos y la cintura fueran tan flexibles, como es corto el terreno que media entre la fiera y el matador; pero con esos defectos de naturaleza que significan muy poco, dadas las múltiples dificultades que ofrece un trasteo perfecto, la mano izquierda de Frascuelo no admite hoy comparación alguna con la de ningún otro matador, porque aventaja á todos en valentía y en destreza.

A la hora de herir, Salvador se transforma; su figura adquiere un relieve inmenso, y así como Rafael, todo distinción y todo gallardía, no tiene más momento feo que el de arrancarse á matar; Salvador, al contrario, todo rigidez y dureza durante la lidia, se yergue y engrandece, formando una figura admirable en el momento de colocarse para arrancar.

El cuadro del pintor valenciano Brel, cuadro que es propiedad del famoso dentista D. Vicente Andres, íntimo amigo de Salvador y popular entre toreros y aficionados, ese cuadro que representa á Frascuelo, armado ante la cabeza de una res, es no solo un admirable retrato del diestro, sino una verdadera obra de arte, en la cual el pintor ha conseguido que la sangre torera de Frascuelo palpite en la figura del matador.

Allí se ve la nobleza del hombre que no admite tretas

y á quien repugnan las traiciones; allí se ve al torero que deja á su enemigo todos los medios de defensa y se dispone á pulverizarlo con su inteligencia y su arrojo; allí se ve, en su expresión más acabada, la lucha de la fuerza bruta contra la destreza y el valor.

La suerte favorita de Frascuelo es un modo de matar toros de su peculiar invención, un término medio entre la estocada recibiendo y la estocada á un tiempo.

He aquí cómo la ejecuta el diestro. Colócase en el centro de la cuna y á tan poca distancia, que á veces la punta de la espada se halla entre los dos cuernos.

Una vez armado, con el codo derecho á la altura del pecho y el estoque inclinado hácia el morrillo, Salvador se crece; parece que se empina sobre las puntas de los pies y que todo el cuerpo se agranda y estira.

En aquel instante, el matador fija la vista en la cerviz del toro y verifica con pausada calma la puntería del estoque, después de lo cual inclina hácia delante el brazo izquierdo que lleva el engaño y el brazo derecho donde va la muerte.

Estos movimientos de los dos brazos son simultáneos. Si Salvador ve que el toro hace por él, adelanta rápidamente el pie izquierdo á par que baja la muleta hasta la arena; y como la vista no se aparta del morrillo y esto permite al matador apreciar perfectamente el momento de descubrirse el toro y de comerse la muleta, de aquí que Frascuelo puede unir los dos pies en el momento de cargar la suerte y dar lugar á que la reunión y el embroque se verifiquen en poquísimo terreno y se destaquen con precisión y claridad de todo punto admirables.

Claro es que estrechándose tanto en el centro, lo cual indica que consiente extraordinariamente á los toros, éstos hacen con frecuencia demás y salen rebozados con el matador; pero la prueba evidentísima de la maestría de Fras-

cuelo para vaciar, está en que el famoso diestro no ha tenido ninguna herida de consideración matando, y que ni una tan solo ha recibido de cintura arriba. ¡Y hay quien dice que no tiene mano izquierda !!! ..

En la suerte de recibir, Salvador cita siempre desde un terreno casi imposible, porque haciéndolo tan en corto como él lo hace, no hay manera de ver venir á los toros levantados y marcarles con holgura la salida.

Y á pesar de eso, es tal el poder de su mano izquierda, que no ha sufrido cogida alguna en la ejecución de la suerte más difícil de cuantas encierra, sin excepción, el arte de lidiar.

Los toros le han hecho perder terreno frecuentemente por estrecharse demasiado con ellos, pero nunca ha sido enganchado, nunca ha sido derribado, y ha conservado siempre su posición hasta el momento de herir.

Frascuelo en la suerte de recibir está á igual distancia que Montes del Chiclanero. Montes atravesaba los toros por darles demasiada salida; Salvador pierde terreno por embraguetarse con exceso.

Entre Montes que pecaba por carta de más, y Salvador que peca por carta de menos, está José Redondo que representa el equilibrio, la perfección.

Ahora bien; ¿quién tiene más mérito en la suerte de recibir, el que peca por carta de más ó el que peca por carta de menos? Los aficionados contestarán; yo por mi parte digo lo siguiente: si alguien atravesara hoy en Madrid los toros recibéndolos... desde Aranjuez se oiría la silbal. Así estamos en la augusta plaza de la villa y corte, y hay que tomar las cosas como están.

De todo cuanto llevo dicho se deduce que así como Lagartijo quiere que los toros vayan sin poder á la muerte, Frascuelo gusta por el contrario de matarlos vivos.

La manera de matar de Salvador se presta, por lo tan-

to, á una variedad, y suscita en el público un interés que no puede ofrecerle nunca el modo de estoquear de Lagartijo.

El afán de Frascuelo de huir de todo elemento traicionero, le lleva á trabajar sin prisa y con la conciencia del que cumple un deber, poniendo al servicio de su cumplimiento toda su voluntad, todo su arrojo y toda su inteligencia.

Podrá vérsese alguna vez bregar como un desesperado, empeñándose en dar muerte noble, cara á cara, á una res indigna de semejante honor; pero en casos tales y á despecho de faenas pesadas ó deslucidas, su valor no disminuye un punto, se le admira siempre porque está en la cabeza sin huir, sin manifestar aprensión, y descubriendo eloquentemente que allí donde la traición es á veces necesaria y otras indispensable, él no la acepta sino como supremo recurso, después de haber agotado infructuosamente los poderosos medios de su nobleza y de su voluntad, y de haber derrochado el inacabable caudal de su vergüenza torera.

No ha conocido jamás ni conoce ahora ninguna maña artera para tomar ventaja á las reses y deshacerse de ellas á lo zaino; no sabe lo que son enmiendas, ignora en absoluto lo que son tranquillos, y aún hoy mismo le sucede á veces arrancarse á matar como acostumbra, no hacer los toros por la muleta, y forzar él la salida y herir atravesado, demostrando que prefiere los inconvenientes en que le coloca la valentía, á las ventajas que le ofrecería la traición.

Y en veintitantos años que lleva bregando y matando toros, las cornadas, lejos de despegarlo de las reses, le han hecho arrimarse cada vez más á ellas, dando pruebas de una entereza y de una afición de que, en mi concepto, no hay en la historia de la tauromáquia ejemplo alguno.

Velázquez y Sánchez en sus *Anales del torero*, hablando de Juan León, escribe :

«Torero de inclinación irresistible, carecía de esas impresiones que otros de su ejercicio, entre los más encopetados, no eran dueños de disimular — *Es mucho hombre ese* (decía Montes, refiriéndose á él.) *Bebe la noche antes de torear, y duerme como si tal cosa le aguardara.*»

¿Qué hubiese dicho Montes de Frascuelo, si por acaso llega á conocerle y se entera de que á Salvador *hay que despertarlo para que se vista de torero, dos horas antes de comenzar la corrida?*

El hecho me había sido relatado por amigos íntimos del célebre diestro, y he aquí en qué circunstancias pude apreciarlo personalmente:

El pasado año de 1886 recibí el día 13 de Junio una carta de mi buen amigo el popular empresario de San Sebastián D. José Arana. En esa carta me manifestaba que deseando á toda costa que Frascuelo toreara durante el mes de Agosto, aunque no fuese mas que una corrida en la capital de Guipúzcoa, estaba dispuesto á hacer el sacrificio siguiente:

Salvador toreaba en Santander el día 15; Arana ponía á la disposición del diestro y de su cuadrilla un vapor fletado expresamente, y en el cual podía embarcarse Frascuelo en cuanto la corrida de Santander terminase, para llegar á San Sebastián el siguiente día y matar seis toros.

Arana necesitaba una contestación urgente, y me suplicaba viera sin pérdida de tiempo á Salvador, con el objeto de recabar de este pronta respuesta.

El 13 de Junio de 1886 era domingo y había en Madrid corrida de toros; recuerdo todo esto, porque el calendario reza en ese día un santo que me toca muy de cerca.

Salí de casa á las dos de la tarde para ir á la corrida que empezaba á las cuatro y media; y como Salvador era entonces y sigue siendo vecino mío, subí á verle.

Su mujer me abrió la puerta.

—¿Y Salvador?—pregunté.

—Está durmiendo.

—¿Durmiendo y son las dos dadas?

—Es su costumbre.

—El caso es que traigo una carta urgente de Arana, y quisiera ver á Salvador antes de que se vaya á la plaza.

—Pues vamos á despertarle.

Y fuimos, en efecto á su alcoba, y le ví en la cama, hecho un tarugo y durmiendo á pierna suelta.

Lo despertamos á gritos, y sólo logramos que se incorporase cuando fijó la vista en mí, y comprendió que mi presencia allí anunciaba algo inusitado.

Empecé á leerle la carta de Arana, y al llegar á lo del vapor, me interrumpió en el acto, exclamando:

—No siga V.; yo no me embarco, así me den un millón de duros.

—¿Se marea V.?

—Una vez estuve, cuando joven, en Palma de Mallorca y fui y volví sin marearme, y durmiendo en el viaje como un lirón.

—Pero, hombre: ¿qué razón hay entonces para que no acepte V. una proposición tan ventajosa?

—Pues, nada; que el verano pasáo fui á atravesar en barca el río de Fuenterrabía, y hasta que llegué á la orilla no me se marchó la calentura. A mí no me come ningún pez.

—Pero atienda V. á razones.

—Que no me embarco, ea! Dígale V. á Arana que otro año iré. En el tren estoy como en mi casa, y voy viendo árboles y tierras. Que hay un choque ó un descarrilamiento? Pues más quiero morir aplastao que ahogao. Manuela, arréglame la coleta.

No hubo medio de convencerle; y lo dejé allí con los ojos todavía hinchados por la siesta, mientras su mujer,

con un peine en la mano, se disponía á arreglarle el pelo.

—Tiemblo y deseo á la vez—me ha dicho en una ocasión la esposa de Frascuelo—que lleguen en Madrid los días de toros. Tiemblo porque es cuando puede ocurrirle á mi marido una desgracia, y deseo que lleguen esos días porque es cuando Salvador retoza más con sus hijos y está más comunicativo y alegre con todo el mundo. Parece otro porque cualquiera diría que va á una fiesta!

¡Cuán lejos estamos aquí de Juan León, que causaba la admiración de Montes, ¡de Montes! porque bebía y dormía *la vispera de una corrida!*

La desmedida afición de Frascuelo y su sangre torera que á los veinte años de matador de cartel, con nombre popular y considerable fortuna, le hacen ver una fiesta en el más peligroso de los espectáculos, en un espectáculo que le ha llenado el cuerpo de cicatrices y tenídole más de una vez á las puertas de la muerte; esa afición y esa sangre que se crecen al castigo, son algo que coloca á Salvador, como torero, á una altura inasequible.

Todos los defectos de Frascuelo menguan á los ojos del aficionado inteligente, cuando se examinan con detención sus buenas cualidades y se ven en el diestro ese denuesto y esa voluntad que hacían exclamar á un torero muy aplaudido:

—Salvador sale ganando el dinero hasta cuando hace el paseo!

Federico Mínguez, el inteligente y desapasionado revisero de *La Correspondencia de España*, relató en *La Lidia* una anécdota que pinta de un modo acabado la conciencia y la bravura de Salvador.

Cuatro meses después de haber estado en forzosa inacción á consecuencia de la herida que sufrió en un dedo de la mano derecha toreando en Pamplona en 1883, se presentó Frascuelo en la Plaza de Valencia, donde mató una

tarde seis toros, de otras tantas estocadas y un pinchazo, alcanzando entusiastas ovaciones.

Terminada la corrida, quedóse Salvador en la fonda, y allí acudieron á saludarle y felicitarle varios amigos. Un aficionado de Madrid, le dijo:

—Vamos, Salvador, estaras contento!

—No;—le contestó.

—Pues qué querías?

—Que hubiera salido mi trabajo más perfecto; no he quedado satisfecho más que en un toro: el que he brindado á Valentín.

—Pues los otros no se han quedado vivos.

—No porque los toros mueran, están bien muertos; es preciso que lo salgan de la mano y que la manga de la chaquetilla vaya sin agremenes á casa.

Esto dijo Frascuelo, y en esa exagerada crítica de su trabajo se resumen toda la bizarría y el pundonor del diestro.

Cuando sufrió en 1885 la cogida de Nimes, le preguntó en San Sebastián una persona muy conocida y respetable:

—Pero, Salvador, ¿cómo es que se ha dejado V. coger en Francia?

A lo cual contestó inmediatamente el interpelado:

—Porque lo mismo en Francia, que en España, que en todas partes donde toreo, tengo vergüenza.

No; torero de más sangre y de más conciencia, torero más valiente y pundonoroso, no le ha parido madre, perdóneseme la expresión. Su deseo de cumplir siempre y de hacerse digno del nombre que tiene y del dinero que gana, le llevan á entregarse por completo á los toros y á rechazar como cosa poco digna de un concienzudo lidiador las marrullerías del oficio.

Un gran torero, serio, arrojado, inteligente, admirable; un banderillero valiente y un matador de toros sin rival: he

aquí lo que da por resultado á las pesquisas de la crítica el estudio de Salvador Sánchez, Frascuelo.

Tales son, en suma, esos dos hombres excepcionales, esos dos hombres extraordinarios que, cada cual en su esfera, han llenado en el toreo actual los deseos de dos generaciones.

Unidos á veces por un arte igual en su esencia, pero separados en absoluto, por sus temperamentos respectivos y por los medios en que se incubaron y desarrollaron sus aptitudes, los dos han luchado con elementos opuestos y llegado por opuesto camino á la meta de sus aspiraciones.

Lagartijo y Frascuelo han sido dos buques lanzados al oleaje público, en condiciones completamente distintas.

El primero ha navegado con mar y viento en popa, y no ha tenido sino dejarse deslizar por una corriente que le ha sido siempre favorable.

El otro ha visto desencadenarse contra sí á todos los elementos. Ha navegado contra viento y marea; se ha visto obligado á poner proa al tiempo; ha hecho singladuras terribles, salvando escollos, resistiendo mares, con los masteleiros calados, cerradas las escotillas, á medio aparejo, á palo seco y en bandolas; pero, atento al timón y fija la vista en la bitácora, su potente carena y la pericia del capitán, han resistido á todos los temporales, y llevádole, al fin, á seguro puerto donde ha fondeado en medio de la admiración de todos los aficionados inteligentes.

Y ahí están los dos, camino de la cincuentena, y con más de veinte años de incesante bregar, como matadores de alternativa. Desde los once años de edad el uno, y desde los quince el otro, no han parado un instante, acudiendo al llamamiento de todos los públicos, y alcanzando de todos ellos ovaciones entusiastas.

Divorciados por sus caracteres y por su manera de torear, crearon en los aficionados corrientes encontradas,